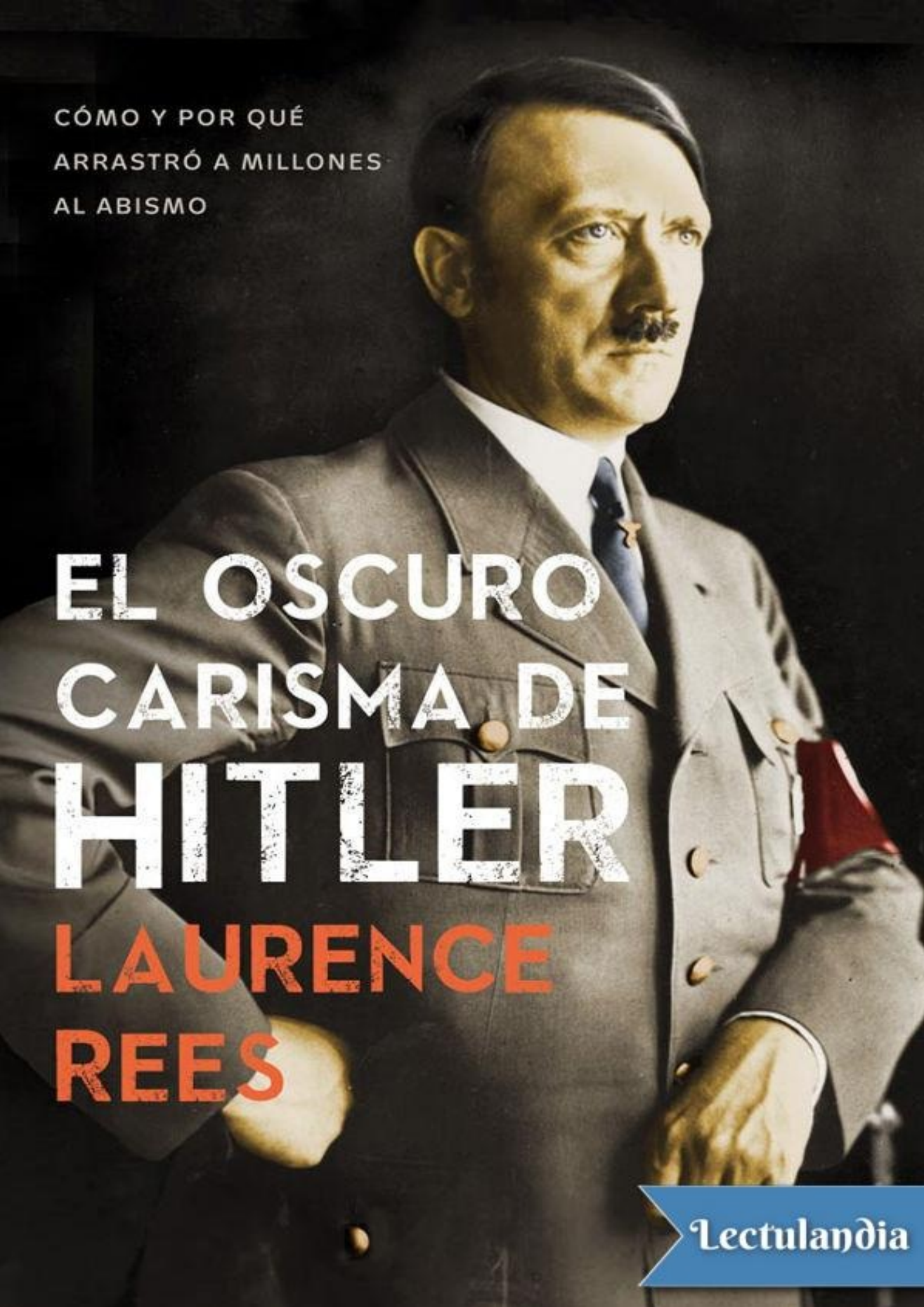

CÓMO Y POR QUÉ
ARRASTRÓ A MILLONES
AL ABISMO
EL OSCURO
CARISMA DE
HITLER
LAURENCE
REES
Lectulandia

Sobre Hitler se ha investigado casi todo: desde sus oscuros orígenes familiares hasta los últimos días de su vida en el búnker. Lo que sigue resultando un enigma son las razones que explican cómo fue posible que un hombre tan mediocre arrastrase a millones de seres humanos a una catástrofe semejante. Laurence Rees, autor entre otros muchos libros de éxito de Auschwitz, se ha propuesto responder a esta pregunta, cuya respuesta no se encuentra en los archivos. Porque si bien se ha documentado ampliamente, bajo la supervisión del profesor Ian Kershaw, y ha revisado a fondo todo el material cinematográfico filmado en vida de Hitler, su fuente principal han sido los centenares de entrevistas que, a lo largo de más de veinte años recorriendo el mundo como realizador de documentales para la BBC, ha realizado a quienes fueros testigos, víctimas o cómplices de los actos del líder nazi. Sus testimonios, publicados en estas páginas por primera vez, arrojan una nueva luz sobre uno de los períodos más dramáticos de la historia del siglo xx.

Lectulandia

Laurence Rees

El oscuro carisma de Hitler

Cómo y por qué arrastró a millones al abismo

ePub r1.0
Titivillus 29.07.15

Título original: *The Dark Charisma of Adolf Hitler*
Laurence Rees, 2012
Traducción: Efrén del Valle Peñamil
Diseño de cubierta: Jaime Fernández
Imagen de la portada: AGE fotostock

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de mis padres
Margaret Julia Rees (1927-1977)
y
Alan William Rees (1924-1973)

Toda mi vida puede resumirse como un esfuerzo incesante por convencer a otros[1].

ADOLF HITLER

Que un hombre así pudiera llegar tan lejos en la materialización de sus ambiciones y, sobre todo, que pudiera encontrar millones de herramientas y ayudantes en buena disposición es un fenómeno que el mundo ponderará en los siglos venideros[2].

KONRAD HEIDEN

Introducción

Mis padres tenían opiniones muy firmes sobre Adolf Hitler. Ambos habían experimentado la guerra —el hermano de mi padre murió en los convoyes del Atlántico— y consideraban a Hitler la personificación de todos los males. Pero recuerdo que ya de niño pensaba: si Hitler era el mal en forma humana, ¿cómo logró que tanta gente se plegara a sus mandatos? En cierto modo, es una pregunta que me he formulado desde entonces y que trato de responder en esta obra.

Adolf Hitler era, a primera vista, un líder de lo más inverosímil: incapaz de trabar amistades humanas normales, incapaz de mantener un debate intelectual, cuajado de odio y prejuicios, despojado de la capacidad de amar y «solitario»[3]. Era, sin duda alguna, «lamentable como figura humana»[4]. Sin embargo, protagonizó el papel más importante en tres de las decisiones más devastadoras jamás tomadas: la de invadir Polonia, que desembocó en la segunda guerra mundial, la de invadir la Unión Soviética y la de aniquilar a los judíos.

Pero Hitler no gestó todo este horror él solo y, junto a sus numerosas deficiencias personales, poseía indudablemente unos grandes poderes de persuasión. «Toda mi vida», rezaba una de sus célebres frases, pronunciada en 1942, «puede resumirse como un esfuerzo incesante por convencer a otros.»[5] Y he conocido a mucha gente que vivió en ese período y que confirmó dicha observación. Cuando se les insistió en el motivo por el que tan extraña figura les resultaba tan convincente, señalaron una miríada de factores, como las circunstancias de la época, sus temores, sus esperanzas y otros. Pero muchos también describieron simplemente la poderosa atracción que sentían por Hitler, algo que varias personas achacaban a su «carisma».

Pero ¿qué significa exactamente «carisma»? Las raíces griegas del término significan elegancia o favor conferidos por obra divina, pero carisma, en su uso actual, no es un don «divino», sino un «valor neutral»[6]; pueden poseerlo tanto personas despreciables como bondadosas. El significado original implica asimismo que el carisma es una cualidad absoluta que existe —o no— en un individuo en particular. Pero el atractivo carismático de Hitler no era universal. Solo estaba presente en el espacio que mediaba entre él y las emociones de su público. Dos personas podían conocer a Hitler en el mismo momento y una considerarlo carismático y la otra un estúpido.

Nuestra idea moderna del concepto de «carisma» comienza con la obra del sociólogo alemán Max Weber, que abordó el «liderazgo carismático[7]» a principios del siglo pasado. Si bien escribió mucho antes de que Hitler se convirtiera en canciller de Alemania, su trabajo posee una gran relevancia para quien esté interesado

en el estudio del nazismo en general y de Hitler en particular. Todavía más relevante es el hecho de que Weber examinara el «liderazgo carismático» como un tipo de gobierno concreto y no como una cualidad personal que pueden mostrar tanto una estrella del pop como un político. Para Weber, el líder «carismático» debe atesorar un fuerte elemento «misional» y es una figura casi religiosa. Los seguidores de un líder de esa índole buscan algo más que una bajada de impuestos o una atención sanitaria de mayor calidad; aspiran a unos objetivos más generalizados, casi espirituales, de redención y salvación. El líder carismático no puede existir fácilmente dentro de las estructuras burocráticas normales y progresa merced a un sentido del destino personal. Hitler, en ese sentido, es el líder «carismático» por antonomasia.

Más concretamente, creo que es difícil restar importancia al hecho de que el carisma se crea en una interacción entre individuos. Y en este contexto mi capacidad para conocer y entrevistar a personas que vivieron en este extraordinario período ha supuesto una enorme ventaja. Al escribir este libro he tenido la suerte de poder acceder a una fuente única: los centenares de entrevistas con testigos oculares y artífices que he llevado a cabo como cineasta histórico a lo largo de los últimos veinte años. Solo un pequeño porcentaje de este material se ha publicado con anterioridad, así que la inmensa mayoría de los testimonios citados en este libro aparecen aquí impresos por primera vez.

Tuve el enorme privilegio de poder viajar por todo el mundo y conocer a esas personas, desde aquellos que trabajaron con Hitler hasta aquellos que cometieron asesinatos para cumplir sus propósitos, pasando por personas que sufrieron por su causa o que ayudaron a destruirlo. También tuve la suerte, después de la caída del Muro de Berlín, de ser uno de los primeros en viajar a los antiguos países comunistas de Europa del Este y grabar entrevistas sinceras sobre el nazismo con personas que vivieron tras el Telón de Acero. Lo que dijeron fue a menudo espantoso y sorprendente.

También me he beneficiado de las extensas conversaciones que he mantenido con muchos de los historiadores académicos más importantes del mundo —material que recabé para mi página web educativa WW2History.com—, así como el estudio de información perteneciente a recursos de archivo y otras fuentes de investigación más tradicionales. Pero reunirme y entrevistar a personas que conocieron a Hitler y que vivieron bajo su mando fue lo que me brindó la mejor orientación sobre la naturaleza de su atractivo (por supuesto, debe tratarse la crónica de un testigo ocular con una cautela considerable, y en otros lugares he escrito sobre las numerosas pruebas y salvaguardas que utilizamos al recabar este material)[8].

También he aprendido mucho estudiando rollos y rollos de imágenes de archivo de la época, sobre todo de los discursos de Hitler. Cuando inicié mi trabajo sobre el nazismo hace veinte años, pensaba que el «carisma» de Hitler saldría a relucir en las imágenes. No obstante, pronto quedó claro —al menos para mí— que, actualmente, Hitler no es en absoluto una persona carismática en pantalla. Pero, por supuesto, esa

es precisamente la idea. No sentí nada porque no soy una persona de su tiempo, una persona, asimismo, ya predispuesta a aceptar el carismático atractivo de Hitler. Yo no estaba hambriento; humillado tras perder una guerra; desempleado; asustado por la violencia que imperaba en las calles; no me sentía traicionado por las promesas incumplidas del sistema democrático en el que vivía; aterrorizado por que mis ahorros se desvanecieran en un desplome de la banca; y quería que me dijeran que todo ese caos era culpa de otro.

También es importante subrayar que la gente que acepta el «carisma» de un líder no está «hipnotizada». Sabe a ciencia cierta lo que está sucediendo y es plenamente responsable de sus acciones. El hecho de que alguien decida seguir a un líder carismático, por tanto, no puede utilizarse como coartada o excusa.

Sin embargo, cabe señalar que Hitler no era solo un líder con carisma. También utilizó, por supuesto, la amenaza, el asesinato y el terror para salirse con la suya, y trataré de exponer cómo encajaban esos aspectos en la historia de su ascenso al poder y su posterior gobierno. Desde luego, algunas personas solo accedieron a los deseos de Hitler por miedo, al igual que otras nunca lo encontraron carismático.

Por último, aunque esta obra está enteramente consagrada a Hitler, creo que tiene relevancia a día de hoy. El deseo de ser liderado por una personalidad fuerte en una crisis, el anhelo de que nuestra existencia tenga algún propósito, la práctica adoración de «héroes» y «celebridades» y el deseo de salvación y redención no han cambiado en el mundo desde la muerte de Hitler en abril de 1945.

Los seres humanos son animales sociales. Queremos pertenecer a algún sitio. La vida, de lo contrario, sería una experiencia sumamente fría. Y solo comprendiendo cómo intentan influir en nosotros las personas que buscan poder y cómo a menudo participamos activamente en nuestra propia manipulación podremos asumir al fin los peligros que afrontamos si dejamos a un lado la racionalidad y el escepticismo y, por el contrario, depositamos nuestra fe en un líder con carisma.

Primera parte

La senda del poder

1

Descubrir una misión

En 1913, cuando Adolf Hitler tenía veinticuatro años, ningún aspecto de su vida apuntaba a que fuera a convertirse en un futuro líder carismático de Alemania. Ni su profesión —a duras penas se ganaba la vida como pintor para turistas en Múnich—; ni su hogar —vivía en una pequeña habitación alquilada al sastre Josef Popp en la tercera planta de una casa situada en Schleissheimer Strasse número 34, al norte de la estación central de Múnich; ni la ropa que llevaba —vestía con un estilo conservador, aunque desharrapado, a la manera burguesa convencional de la época: abrigo y pantalones negros—; ni su aspecto físico —su semblante era poco atractivo, con pómulos hundidos, dientes desteñidos, un bigote desgreñado y el cabello lacio y negro que le caía sobre la frente—; ni su vida emocional —le resultaba imposible mantener una amistad duradera y jamás había tenido novia.

El principal sello distintivo era su capacidad para odiar. «Estaba peleado con el mundo», escribía August Kubizek, que había vivido con él años antes. «Allá donde miraba veía injusticia, odio y enemistad. Nada era ajeno a sus críticas, nada era digno de su aprobación… Asfixiado por su catálogo de odios, volcaba su furia sobre todo, sobre la humanidad en general, que no le comprendía, que no le apreciaba y por la cual era perseguido.»[9]

¿Cómo era posible que aquel hombre tan mediocre a sus veinticuatro años se convirtiera en una de las figuras más poderosas e infames de la historia del mundo, en un líder, asimismo, conocido por su «carisma»?

Por supuesto, las circunstancias influyeron sobremanera en esa transformación. Pero uno de los numerosos aspectos destacados de esta historia es que varios de los principales rasgos de personalidad que Hitler poseía como pintor excéntrico que deambulaba fatigosamente por las calles de Múnich en 1913 —aspectos de su carácter que en su momento contribuyeron a su falta de éxito profesional y personal — no solo serían una constante durante el resto de su vida, sino que a la postre serían percibidos más que como flaquezas, como virtudes. La monumental intolerancia de Hitler, por ejemplo, le impedía debatir cualquier asunto. Exponía sus opiniones y luego perdía los estribos si era cuestionado o criticado sistemáticamente. Pero lo que se percibía como unos eslóganes ignorantes expresados a voces en 1913 se vería más tarde como una postura firme. Luego estaba su enorme exceso de confianza en sus propias habilidades. Unos años antes, en Viena, había anunciado a su perplejo compañero de habitación que había decidido componer una ópera, y el hecho de que no supiera leer ni escribir música no constituía un impedimento.

Cuando llegó a Múnich, Hitler ya había vivido años de decepciones. Nacido el 20 de abril de 1889 en la población austríaca de Braunau am Inn, situada en la frontera con Alemania, Hitler no se llevaba bien con su anciano padre, un agente de aduanas que le pegaba. Su progenitor falleció en enero de 1903 a la edad de sesenta y cinco años, y su madre sucumbió a un cáncer cuatro años después, en diciembre de 1907, cuando tenía solo cuarenta y siete. Hitler, huérfano a los dieciocho años, divagó entre Linz, en Austria, y la capital, Viena, y en 1909 experimentó durante meses unas condiciones de pobreza extrema, hasta que un pequeño regalo económico de una tía suya le permitió establecerse como pintor. Le disgustaba Viena, que consideraba una ciudad sórdida e infecta erizada de prostitución y corrupción. Hasta su veinticuatro cumpleaños, cuando recibió una tardía herencia de solo ochocientas coronas estipuladas por el testamento de su padre, no pudo abandonar Austria y buscar alojamiento en Múnich, aquella ciudad «alemana», un lugar al que, según diría más tarde, se sentía «más unido» que «a cualquier otro tramo de tierra de este mundo»[10].

Pero, aunque por fin residía en una ciudad que le encantaba, Hitler parecía abocado a una oscuridad absoluta. Pese a la impresión que más tarde quiso proyectar al mundo —en su autobiografía, *Mein Kampf* («Mi lucha»), escrita once años después, Hitler trató de convencer a sus lectores de que en aquella época había ejercido casi de político en ciernes[11]—, en 1913 era un individuo social y emocionalmente inadecuado que llevaba una vida errática. Además, a sus veinticuatro años no poseía un sentido de la misión personal, cosa que muchas otras figuras históricas percibidas como líderes carismáticos ya tenían a esa edad. Hitler descubrió la que consideraba su «misión en la vida» a consecuencia de la primera guerra mundial y su desenlace. Sin esos acontecimientos épicos probablemente se habría quedado en Múnich y sería un desconocido para la historia.

Por el contrario, emprendió su viaje hacia el inconsciente del mundo el 3 de agosto de 1914, cuando solicitó —como austríaco— alistarse en el ejército bávaro. Justo dos días antes, el 1 de agosto, Alemania había declarado la guerra a Rusia. Ahora, Hitler anhelaba servir al Estado alemán que tanto admiraba, y su deseo le fue concedido cuando en septiembre de 1914 fue destinado como soldado raso al 16.º Regimiento Bávaro de Reserva (también conocido como el Regimiento «List»). Al mes siguiente entró en acción por primera vez cerca de Ypres, y escribió a un conocido que vivía en Múnich relatando la escena: «A izquierda y derecha saltaba la metralla, y en medio silbaban las balas inglesas. Pero no prestábamos atención… Sobre nosotros aullaban los proyectiles, y los troncos y las ramas de los árboles volaban a nuestro alrededor. Las granadas impactaban contra la madera, levantando nubes de piedras y tierra y tiñéndolo todo de un vapor amarillo verdoso, hediondo y nauseabundo… Pienso a menudo en Múnich, y todos nosotros deseamos únicamente que esa gente reciba su merecido de una vez por todas. Queremos una lucha sin cuartel, cueste lo que cueste…»[12].

Esas son las palabras de un hombre que ha encontrado algo. No solo —por

primera vez— un objetivo en una empresa comunal con otros seres humanos, sino una reflexión auténtica sobre las excepcionales posibilidades de la existencia. Y este conflicto no solo tendría un efecto similar en Hitler, sino también en muchos otros. «La guerra, el padre de todas las cosas, también es nuestro padre», escribía Ernst Jünger, otro veterano de la guerra. «Nos ha martilleado y nos ha cincelado; nos ha endurecido hasta convertirnos en lo que somos ahora. Y, para siempre, mientras la rueda de la vida siga girando en nuestro interior, la guerra será el eje sobre el cual se mueve. Nos entrenó para la guerra, y guerreros seremos mientras exhalemos el aliento de la vida.»[13]

Lo que Hitler, Jünger y millones de personas experimentaron en el frente occidental fue una guerra sin parangón, una guerra en la que el poderío de armas defensivas como la ametralladora y el alambre de espino confinaron el conflicto a unos campos de batalla angostos y sangrientos, una guerra en la que los lanzallamas, los explosivos de gran potencia y el gas venenoso causaron estragos. A consecuencia de ello, para Hitler, el «romanticismo» de la batalla pronto se vio «reemplazado por el horror»[14].

No es sorprendente que Hitler se formara la opinión de que la vida era una lucha constante y brutal. Para un soldado raso, la vida durante la primera guerra mundial era justamente así. Pero no solo era eso. También reinaba —especialmente para Adolf Hitler— la sensación de que la experiencia de aquella guerra era también una prueba que brindaba la posibilidad de consumar actos de heroísmo. Y aun así, pese a obras académicas recientes que confirman que Hitler no vivió en las trincheras, sino que sirvió de correo en el cuartel general del regimiento, situado por detrás de la línea del frente[15], no cabe duda de que Adolf Hitler fue un soldado valeroso. Resultó herido en octubre de 1916 en la batalla del Somme y dos años después recibió la Cruz de Hierro de Primera Clase. Fue propuesto para esta condecoración por Hugo Gutmann, un alto mando judío, y la recomendación oficial, llevada a cabo por Emmerich von Godin, comandante del regimiento, afirmaba que «como correo», Hitler era «un modelo de sangre fría y agallas tanto en la guerra estática como móvil», y que siempre estaba «dispuesto a ofrecerse voluntario para entregar mensajes en las situaciones más difíciles, poniendo su vida en riesgo»[16].

No obstante, pese a su valentía, Hitler continuaba siendo un personaje tan inusual para sus compañeros de regimiento como lo había sido para sus conocidos antes de la guerra. Como recordaba más tarde el soldado Balthasar Brandmayer, «había algo peculiar en Hitler»[17]. Sus camaradas consideraban extraño que nunca quisiera emborracharse o mantener relaciones sexuales con una prostituta, que pasara su tiempo libre leyendo o dibujando o que en ocasiones arengara a quienes lo rodeaban sobre cualquier tema que le interesara, que pareciera no tener amigos ni familia y que, en consecuencia, fuese un hombre decididamente solitario[18]. En lo que a «carisma» se refiere, Hitler no parecía poseer ninguno en absoluto.

Pero estaba totalmente comprometido con la guerra, y extrapoló de su valentía y

compromiso la creencia de que casi todos los demás hombres que combatían en la línea del frente sentían lo mismo. Era detrás de las líneas, en Alemania, según escribía en *Mein Kampf*, donde las tropas fueron «traicionadas» por quienes querían sacar provecho del sacrificio de los soldados que estaban luchando. Esta idea de una *Frontgemeinschaft*, una camaradería unida de soldados de la línea del frente que se vieron abandonados por quienes se encontraban lejos del campo de batalla, es un mito, pero gozaba de popularidad. Cuando Hitler resultó herido por última vez en combate en octubre de 1918, cerca de Ypres, Alemania había perdido la guerra por varias razones, ninguna de las cuales fue una «traición» detrás de las líneas. La realidad era que los alemanes fueron aplastados por el gigantesco peso de las fuerzas liberadas contra ellos, en especial las estadounidenses, cuya entrada en la guerra en abril de 1917 garantizó la llegada de centenares de miles de nuevos efectivos. Asimismo, el bloqueo alemán por parte de los barcos aliados había causado una escasez de alimentos generalizada, una situación acuciante que empeoró a causa de un brote masivo de gripe en la primavera de 1918.

Aquel otoño, muchos miembros de las fuerzas armadas alemanas habían llegado a la conclusión de que la guerra estaba perdida. En octubre, los marineros del almirante Franz von Hipper se negaron a zarpar para combatir en una última acción condenada al fracaso contra los Aliados. Al poco estalló un motín en la ciudad naval de Kiel que se propagó a Lübeck, Bremen y, finalmente, a Hamburgo. La revolución en toda Alemania parecía una posibilidad, inspirada por la exitosa revuelta bolchevique que había tenido lugar en Rusia un año antes. Para los principales políticos alemanes era obvio que había que poner fin a la guerra lo antes posible, y también —dadas las exigencias de los Aliados— que, fuese cual fuese el futuro de Alemania, no se contemplaba que el káiser, el hombre más íntimamente asociado a la decisión de entrar en guerra, siguiese como jefe de estado. El general Wilhelm Groener dio al káiser esa desagradable noticia, y el 9 de noviembre de 1918, Alemania se convirtió en una república.

Esta repentina partida del jefe de estado causó una inmensa consternación entre muchos altos mandos alemanes. «En el peor momento de la guerra nos han apuñalado por la espalda», escribía Ludwig Beck, que por aquel entonces servía en el Alto Mando del Ejército y más tarde sería jefe del Estado Mayor alemán. «En la vida me he sentido tan disgustado por algo que haya contemplado personalmente como el 9 y el 10 de noviembre. Semejante abismo de mezquindad, cobardía y falta de carácter, que hasta entonces consideraba imposible. En unas pocas horas se han desmoronado quinientos años de historia; como si de un ladrón se tratase, el emperador fue deportado a territorio holandés. Tuvo que hacérsele eterno a un hombre distinguido, noble y moralmente honorable.»[19]

Entre los soldados rasos del frente, que no eran conscientes de que a Alemania le quedaba poco tiempo en aquella guerra, reinaba una sensación similar de desconcierto, no solo por la rápida destitución del káiser, sino también por la

inmediata declaración de un armisticio, que entró en vigor el 11 de noviembre de 1918. «Las tropas de la línea del frente no se sentían vapuleadas», dice Herbert Richter, que luchó en el frente occidental, «y nos preguntábamos por qué se había producido el armisticio con tanta rapidez y por qué teníamos que abandonar nuestras posiciones con tanta premura, porque todavía nos hallábamos en territorio enemigo, y todo aquello nos pareció extraño… Estábamos enfadados, porque no teníamos la sensación de que se nos hubieran agotado las fuerzas.»[20]

Alemania parecía estar escindiéndose entre quienes, como Beck y Richter, creían que el ejército había sido traicionado, y quienes, como los marineros alemanes amotinados, habían aceptado la derrota y ahora querían que el orden social fuese derrocado. En enero de 1919, una huelga general acabó convirtiéndose en un levantamiento comunista en Berlín. Fridolin von Spaun, por entonces un adolescente de Bavaria, viajó a la capital para ser testigo de aquellos acontecimientos históricos. «Sentía una gran emoción por lo que estaba sucediendo, ya que leí acerca de la revolución de Berlín en los periódicos y tenía que ver con mis propios ojos cómo se gesta algo así. Fui a Berlín movido por la curiosidad y, una vez allí, me arrojé al tumulto. La ciudad era una locura absoluta. Cientos de miles de personas corrían por las calles y gritaban, primero a un lado y luego al otro. Había una facción muy izquierdista, y esa facción muy izquierdista sin duda estaba influida por un hombre llamado Karl Liebknecht. Y la suerte, que a veces me sonríe, me permitió verlo en carne y hueso… Yo estaba entre la multitud y, de repente, oí un grito. Entonces llegó un camión y la gente le hizo sitio, una especie de callejón. Cuando llegó, todo el mundo se puso a gritar: "¡Liebknecht, Liebknecht!", y le lanzaron vítores. Yo ni siquiera le había visto, porque estaba rodeado de una masa de gente y acompañado por una escolta con rifles cargados de toda índole. Entonces, aquel hombre legendario, Karl Liebknecht, apareció en la ventana del piso de arriba y pronunció un discurso enardecedor. No duró demasiado, un cuarto de hora o media hora; no recuerdo que fuese más largo. Y aquel discurso me causó tal impresión que desde aquel momento me convertí en un antibolchevique acérrimo. Por todas las frases estúpidas que largó a la gente, por sus afirmaciones increíblemente incendiarias… me di cuenta de que no le interesa en modo alguno crear un paraíso para los trabajadores. De hecho, es solo hambre de poder. Y así, completamente inmune a todas las tentaciones de la izquierda, abandoné la plaza convertido en antibolchevique. Catorce días después, el señor Liebknecht había muerto. Sus opositores les habían dado caza a él y a su cómplice, Rosa Luxemburgo, una mujer de Polonia. Simplemente los mataron a ambos. Tal vez suene muy insensible, pero no derramé una sola lágrima por ellos. Tuvieron su merecido.»[21]

Fridolin von Spaun se sintió tan consternado por lo que percibió como el «hambre de poder» de Karl Liebknecht aquel mes de enero de 1919 en Berlín que más tarde se unió a una unidad de los *Freikorps* para luchar contra los revolucionarios comunistas. Tras la destrucción del orden al término de la guerra, se había formado a varios de

esos paramilitares *Freikorps* en un intento por aplastar la revolución izquierdista. Esos grupos consistían mayoritariamente en exsoldados que habían respondido a la llamada de su viejo comandante. Y fueron las unidades de los *Freikorps* —y no el ejército o la policía alemanes— quienes desempeñaron el papel más importante a la hora de contener la revolución comunista que tuvo lugar en Berlín en enero de 1919 y quienes se convirtieron en los primeros garantes de la nueva república alemana. Muchas figuras que más tarde habían de ser nazis célebres —Heinrich Himmler, Rudolf Höss y Gregor Strasser entre ellos— fueron activas en los *Freikorps* por aquella época. Pero, curiosamente, Adolf Hitler no lo fue.

En *Mein Kampf*, Adolf Hitler escribía que, mientras se encontraba postrado en una cama de hospital en Pasewalk en noviembre de 1918, temporalmente cegado[22] por un ataque con gas, se sintió abrumado por la sensación de que las circunstancias del fin de la guerra representaban «la mayor infamia del siglo»[23]. A su juicio, se había formado una alianza de marxistas y judíos en un intento por derrocar a la madre patria. Ese fue un momento crucial, escribía, en su decisión de «entrar en política».

El atractivo de una historia tan dramática en la formación de un mito resulta obvio. El soldado noble de la línea del frente, traicionado por políticos corruptos que velan por sus intereses, decide consagrar su vida a salvar su país. Todo encaja. Pero, si las historias de ficción pueden funcionar así, la vida rara vez lo hace. Y prueba de ello es que la gran «misión» de Hitler no se formó allí en absoluto.

Hitler salió del hospital el 17 de noviembre de 1918 y regresó a Múnich. Encontró la ciudad en pleno cambio sísmico. Diez días antes, una manifestación organizada en el parque de Theresienwiese por el político socialista Erhard Auer había causado una revolución. La mecha la encendió un periodista y abanderado antibelicista llamado Kurt Eisner, que había incitado a los soldados que asistieron a la manifestación a amotinarse contra sus superiores y hacerse con el control de sus barracones. Se formaron «consejos de trabajadores y soldados» para poner orden en la revolución, y la monarquía hereditaria de Bavaria, la casa de Wittelsbach, fue depuesta. Múnich se había convertido en una república socialista bajo el liderazgo de Kurt Eisner.

Más tarde, Hitler expresaba en *Mein Kampf* su repulsión por cómo habían transcurrido los acontecimientos en su querida Múnich, lo cual no es de extrañar, pues Kurt Eisner era judío y socialista. No obstante, sus acciones en aquel momento fueron bien distintas. A diferencia de miles de alemanes como Fridolin von Spaun, que se incorporó a unidades paramilitares *Freikorps* para combatir la rebelión comunista, Hitler decidió continuar en el ejército. Después de trabajar brevemente como guardia en un campo de prisioneros de guerra, volvió a la ciudad a principios de 1919 para servir en su unidad en un momento en el que Múnich todavía se hallaba bajo el control de Kurt Eisner[24]. Y cuando, semanas después, fue declarada la malograda «república soviética» de Bavaria, liderada por fanáticos comunistas como Eugen Levine (quien, al igual que Eisner, era judío), algunos documentos demuestran que Hitler fue elegido como representante de su batallón[25], algo que habría sido

prácticamente imposible si se hubiera opuesto a la revolución comunista.

Por aquel entonces, Hitler tenía alternativas claras: podría haber intentado abandonar el ejército e incorporarse a una unidad de los *Freikorps* o, al menos, haber decidido mantener tan poca relación como fuera posible con el régimen comunista de Múnich. Que no lo hiciera plantea serias dudas sobre las posteriores afirmaciones incluidas en *Mein Kampf*, según las cuales poseía una fanática «misión» de índole política a principios de 1919. Sin embargo, ese mismo otoño, cuando Hitler escribió su primera declaración política, estaba cuajada de odio hacia los judíos y de ideas que habría de expresar durante el resto de su vida.

Lo que cambió entre la aparente aceptación de la revolución comunista que tuvo lugar en Múnich en abril de 1919 y la expresión de su odio hacia los judíos en septiembre fue la situación política. El 1 de mayo de 1919, varias unidades de los *Freikorps* se dispusieron a retomar la ciudad. La «república soviética» de Bavaria no tardó en derrumbarse, no sin que antes los comunistas asesinaran a unos veinte rehenes. La venganza de los *Freikorps* fue sangrienta y exhaustiva, y murieron al menos mil personas. La ciudad se sintió traumatizada por aquella experiencia con la revolución izquierdista y ahora adoptaría con presteza a las fuerzas de la derecha, como hizo Adolf Hitler. Poco después de la caída del Gobierno comunista en Bavaria, Hitler formó parte de un nuevo comité de soldados que investigó si algunos miembros de su regimiento habían prestado apoyo práctico al régimen. El breve coqueteo de Hitler con las instituciones de la izquierda había terminado para siempre.

El descubrimiento relativamente reciente de esta evidencia sobre la inverosímil relación de Hitler con la revolución izquierdista de Múnich ha propiciado, como es comprensible, varios intentos por explicar sus acciones. Tal vez Hitler fue posteriormente un «chaquetero»[26], y sus acciones un signo de una situación «extremadamente confusa e incierta[27]» que sirvió para ilustrar que su vida podría «haberse desarrollado en distintas direcciones»[28].

Así pues, ¿cómo podemos comprender mejor las acciones de Hitler durante este período? ¿Es posible que su apoyo tácito a la revolución socialista de Bavaria fuese una estafa, que Hitler, en el fondo, fuese coherente con las creencias de extrema derecha que abrigaba antes pero siguiese el rumbo de los acontecimientos, tal vez actuando como espía para conocer mejor a sus oponentes? Sin duda, esta habría sido la explicación que habría ofrecido el propio Hitler si se hubiese visto obligado a hacerlo. Se habría sentido extremadamente vulnerable ante la acusación de que esta historia demuestra que era como la mayoría de los seres humanos y que estaba consternado por lo ocurrido.

Sin embargo, no existen pruebas convincentes que respalden la idea de que Hitler estaba pergeñando algún tipo de estrategia maquiavélica en los meses inmediatamente posteriores al fin de la guerra; más bien al contrario. El capitán Karl Mayr, jefe del departamento de «Información» del ejército en Múnich (encargado de «reeducar» a los soldados tras la revolución socialista), conoció a Hitler en la

primavera de 1919, y su posterior recuerdo es claro: «En aquella época, Hitler estaba dispuesto a unirse a cualquiera que le mostrase amabilidad. Nunca tuvo aquel espíritu mártir de "Alemania o muerte" que más tarde utilizó tanto como eslogan propagandístico. Habría trabajado para un empresario judío o francés con tanta disposición como para un ario. Cuando lo conocí, era como un perro extraviado y cansado que buscaba dueño»[29].

Mayr era un personaje inusual. Más tarde pasó de la extrema derecha de la política alemana a convertirse en socialdemócrata y fiero opositor de Hitler. Acabó muriendo en un campo de concentración nazi en 1945. Y, si bien algunos de sus ataques contra Hitler parecían exagerados hasta el paroxismo —afirmaba, por ejemplo, que era tan estúpido que no podía escribirse él mismo los discursos—, no parece haber demasiados motivos para dudar de sus impresiones sobre su primer encuentro con él en mayo de 1919. De hecho, ofrecen la explicación más convincente sobre la conducta de Hitler en aquel momento.

Así pues, Hitler no era un astuto actor político a principios de 1919. Era simplemente un soldado de a pie, desesperanzado por haber perdido una guerra, confuso por lo que le deparaba el futuro, y satisfecho con permanecer el máximo tiempo posible en el ejército, el único hogar y trabajo que poseía. Esto no significa que fuese un lienzo en blanco. Hitler ya creía en ciertos principios políticos —como el pangermanismo—, y el tiempo que pasó en la Viena de preguerra lo había expuesto a diversas influencias antisemíticas de gran virulencia. Pero fueron los meses siguientes de instrucción, como uno de los agentes de «reeducación» de Mayr, los que le permitieron cristalizar su pensamiento.

La tarea de Hitler consistía en hablar con otros soldados acerca de los peligros del comunismo y las ventajas del nacionalismo. Y, para formarse en tales menesteres, Hitler asistió a un curso especial en la Universidad de Múnich entre el 5 y el 12 de junio de 1919. Allí escuchó varias conferencias, entre ellas «Historia política de la guerra y nuestra situación económica»[30], todas ellas dictadas a la manera «correcta» antibolchevique. A decir de todos, Hitler acogió todo esto con entusiasmo y en agosto lo regurgitó a otros soldados alemanes en un campo situado cerca de Augsburgo.

En concreto, daba rienda suelta a despiadadas opiniones antisemitas en sus discursos, comparando a los judíos con el bolchevismo y la revolución de Múnich. No era una idea muy original —era habitual entre los extremistas de derechas alemanes de la época—, y fue aquella ecuación sumamente simplista de judaísmo y comunismo lo que constituyó una fuente inagotable para buena parte de los prejuicios antisemitas posteriores a la primera guerra mundial. «La gente enviada a Bavaria para instaurar un régimen de consejos [comunistas]», decía Fridolin von Spaun, que también era un antisemita convencido, «eran casi todos judíos, si se fija en los nombres de las personas que participaron en aquello. Naturalmente, también sabíamos por Rusia que los judíos ocupaban una posición muy influyente… La teoría marxista también tuvo su origen en un judío [Karl Marx], y Lenin supuestamente se

inspiró en ella.»[31]

Hitler ya había estado expuesto a una dura retórica antisemita, por ejemplo del alcalde de Viena, Karl Lueger, pero, contrariamente a la visión expresada en *Mein Kampf*, no existen pruebas convincentes que demuestren que era un antisemita consumado antes del final de la guerra. Que sin duda manifestó fuertes posturas antisemitas en agosto de 1919 está claro, pero, para entonces, había asistido a las conferencias de Mayr y había sido testigo del estado de ánimo de numerosos muniqueses en respuesta a la fugaz república soviética que se había establecido en la ciudad.

Con todo, no hay indicios de que Hitler estuviese fingiendo en relación con su antisemitismo. El poder y la fuerza con la que expresaba sus opiniones eran los de un creyente obstinado.

Hitler tenía treinta años. Y es en ese momento, en el verano de 1919, cuando podemos detectar en las crónicas históricas la primera referencia a la cualidad «carismática» que pudiera atesorar. En el campamento del ejército en Augsburgo, varios soldados comentaron positivamente la capacidad de Hitler como conferenciante. Un artillero llamado Hans Knoden escribió: «[Hitler] ha resultado un orador brillante y vehemente que obliga a toda la audiencia a seguir su exposición. En una ocasión no pudo terminar un discurso más prolongado [en el tiempo del que disponía] y preguntó al público si le interesaba escuchar su charla después del servicio diario. Todos aceptaron de inmediato. Era obvio que había concitado el interés de los hombres»[32].

Hitler siempre había despreciado el debate y solo quería dar conferencias. Sin embargo, antes de la guerra no había existido una audiencia receptiva a sus arengas sobre ópera o arquitectura. Pero ahora había gente que estaba dispuesta a escuchar sus opiniones sobre las dificultades de Alemania inmediatamente después de la guerra. Hitler siempre se había mostrado firme en sus argumentos y jamás atendía a razones. Y en esta crisis, muchos estaban predispuestos a acoger de buen grado semejante inflexibilidad.

Muchas opiniones de Hitler eran ya reconocibles como las del futuro *Führer* del pueblo alemán. El 16 de septiembre de 1919, por ejemplo, Hitler escribió, a petición del capitán Mayr, una declaración antisemita que resultaba inflexible y desagradable. En ella decía que los judíos «causan una tuberculosis racial entre las naciones» y que el objetivo debía ser la «expulsión de todos los judíos» de Alemania[33].

Cuatro días antes de escribir esa carta, Hitler había asistido a una reunión de signo político en el salón Leiber de la cervecería Sterneckerbräu, en Múnich. Como parte de su trabajo para el capitán Mayr, a Hitler le habían pedido que observara e informara sobre partidos políticos radicales, y pocos había más «radicales» que el Partido Obrero Alemán. Era apenas un club de debate, formado en enero de 1919 por un cerrajero de treinta y cinco años llamado Anton Drexler y el periodista Karl Harrer. Ambos habían decidido sacar adelante un programa antisemita,

antibolchevique y pro obrero como los que ya se habían convertido en un lugar común en la derecha. Drexler había sido miembro del Partido de la Patria, que había sido creado por Wolfgang von Kapp dos años antes y era uno de los innumerables grupos de derechas que existían en aquella época, como la Federación para la Protección y el Desafío Nacionalista Alemanes y la Sociedad Thule.

Aquella noche solo había unas veinticinco personas en el salón Leiber, y cuando Hitler se mostró contrario al llamamiento de Bavaria a declarar su independencia del resto de Alemania, causó una impresión inmediata. Drexler detectó el talento retórico de Hitler y lo alentó a afiliarse al diminuto partido. Aquel fue el momento de unión entre Adolf Hitler y el que había de convertirse en el Partido Nazi.

En las semanas posteriores, Hitler reveló que tenía una «misión»: proclamar cómo podía reconstruirse Alemania de las ruinas de la derrota. Pero todavía no anunció que él mismo era el gran líder que llevaría a cabo personalmente dicha tarea, aunque en su carta de 16 de septiembre en la que atacaba a los judíos mencionaba la necesidad de que Alemania se convirtiera en un Estado autocrático gobernado por individuos también autocráticos: «Este renacer no será puesto en marcha mediante el liderazgo político de mayorías irresponsables bajo la influencia de dogmas de partido o de una prensa inconsciente, ni tampoco por lemas ni eslóganes de cuño internacional, sino gracias a unos líderes nacionales y un sentido interno de la responsabilidad»[34]. El hombre, al parecer, había descubierto su misión, pero no era una misión que estuviese predestinado a tener.

Después de su llegada a la cervecería Sterneckerbräu, la vida de Hitler cambió. Había sido zarandeado en mares tempestuosos y ahora avistaba tierra. Durante el resto de su vida fingiría que siempre había estado destinado a llegar a ese lugar.

2

Estableciendo contacto

El triunfal ascenso al poder de Hitler —y su carismático liderazgo— se basó en sus habilidades retóricas. «Amenazando e implorando con manos suplicantes y unos ardientes ojos azules, tenía la mirada de un fanático», escribía Kurt Lüdecke, quien oyó a Hitler en 1922. «Sus palabras eran un azote. Cuando mencionaba la desgracia de Alemania, me sentía preparado para abalanzarme sobre un enemigo. Su atractivo para los hombres alemanes era como un llamamiento a las armas, y el Evangelio que predicaba, una verdad sagrada. Parecía otro Lutero. Lo olvidé todo, excepto a aquel hombre. Mirando a mi alrededor, vi que su magnetismo convertía a miles de personas en una sola.»[35] En los años posteriores a la primera guerra mundial existían numerosos grupos políticos extremistas en Múnich, pero ninguno contaba con un orador que pudiera inspirar al público de aquella manera.

Hitler ya había adquirido mucha práctica como orador didáctico, aunque sin convencer antes a nadie de que era «otro Lutero». Si bien impresionó a August Kubizek en la Viena de preguerra, por ejemplo, con su capacidad para expresarse «con fluidez»[36], Hitler también podía vociferar tanto que parecía «desequilibrado»[37]. Pero los tiempos habían cambiado, y Alemania era un lugar totalmente distinto a la confortable Viena de preguerra. Los alemanes tenían que afrontar el trauma de haber perdido el conflicto, con la destrucción del viejo sistema político basado en el káiser, con el temor de una revolución comunista, con un humillante tratado de paz que los conminaba a aceptar la «culpa» por haber iniciado la guerra, y con unas indemnizaciones punitivas que en la conferencia celebrada en París en enero de 1921 imponían el pago de más de doscientos veinte mil millones de marcos de oro a los vencedores.

Así pues, Hitler predicaba para gente que estaba desesperada. La situación económica era tan nefasta que parecía que toda la infraestructura económica de la nación podía venirse abajo cuando llegó la hiperinflación en 1923. «[Los Aliados] querían castigar a Alemania económica e industrialmente durante generaciones», afirma Bruno Hähnel, que se crió en los años inmediatos posteriores a la primera guerra mundial. «Había inflación: pagabas miles de millones [de marcos] por una barra de pan.»[38] Y, para los soldados que regresaban a casa, como Herbert Richter, era descorazonador ver las penurias económicas, amén del sufrimiento de la guerra. «Mis padres solo tenían capital», recuerda. «No poseían tierras, ni una casa, y su fortuna se derritió como la nieve bajo el sol. Desapareció. Antes éramos bastante adinerados y, de repente, carecíamos de recursos; éramos pobres.»[39]

Los alemanes estaban viviendo una crisis que no era solo económica, sino también política y, en muchos casos, espiritual. En tales circunstancias, es fácil comprender por qué se preguntaban: ¿quién tiene la culpa de este horror? ¿Por qué nos vemos obligados a sufrir tanto? Y, según Adolf Hitler, él podía responder a aquellas preguntas, y decía a su público cómo debía encajar la vida que llevaba y qué podía hacer para mejorar las cosas.

Hitler no solo estructuraba sus primeros discursos con el fin de controlar el estado de ánimo del público, sino, lo que era más importante, de provocar una respuesta emocional. A menudo empezaba, como hizo en su parlamento del 12 de abril de 1922, esbozando la terrible situación en la que se hallaba Alemania. «Prácticamente», decía, «ya no tenemos un Reich alemán políticamente independiente. Somos una colonia del mundo exterior.»[40]

Después preguntaba quién era responsable de aquella pesadilla y, en este caso, había buenas noticias para el público. Porque resultaba, a juicio de Hitler, que el grueso de la población alemana no tenía la culpa de su infortunio. Era, aseguraba, de los judíos: ellos habían sido los responsables del estallido de la primera guerra mundial, de los abusos del capitalismo y del nuevo credo revolucionario del comunismo, y estaban detrás de los «criminales de noviembre» que habían firmado el armisticio de 1918 que había puesto fin a la guerra. Los judíos, argüía Hitler, no mostraban lealtad a ninguna nación-estado, sino a otros judíos de todas las fronteras nacionales. Hitler creó un mundo de fantasía en el que los judíos incluso fingían encontrarse a ambos bandos de una disputa industrial para desmoronar la sociedad: la de los trabajadores y la de los empresarios. «[Los judíos] persiguen una política y un propósito comunes. Moses Kohn, por un lado, alienta su asociación para refutar las exigencias de los trabajadores, mientras que su hermano Isaac incita a las masas en la fábrica y grita: “¡Miradlos! ¡Solo quieren oprimiros! Quitaos los grilletes…”. Su hermano se ocupa de que los grilletes estén bien forjados.»[41]

Hitler también era consciente de que se dirigía a un público que habitaba el corazón de la Bavaria católica, e incluso estaba dispuesto, en el contexto de la lucha contra los judíos, a comparar al incipiente movimiento nazi con Jesús y sus discípulos. «Mi sentimiento como cristiano me señala a mi Señor y Salvador como un combatiente», decía Hitler en abril de 1922. «Me señala al hombre que, otrora en soledad, rodeado de unos pocos seguidores, reconoció a esos judíos por lo que eran y emplazó a los hombres a luchar contra ellos y quien —¡la verdad de Dios!— era más grande no como sufriente, sino como guerrero. Con un amor sin límites como cristiano y como hombre leí el pasaje [de la Biblia] que nos cuenta que el Señor se alzó por fin con todo su poder y cogió el látigo para expulsar del templo al nido de víboras.»[42]

Es extremadamente improbable que Hitler fuese, incluso en aquel momento, el cristiano que decía ser. Pero un considerable número de oyentes desde luego sí lo eran, y podían establecer otras comparaciones personales —y blasfemas— entre

Jesús y Hitler. Por ejemplo, que ambos líderes habían esperado a cumplir los treinta años para emprender su «misión» y que ambos prometían paliar el sufrimiento. Para respaldar dichas visiones, los nazis —como cabría esperar— ignoraban las crónicas históricas y afirmaban que Jesús no era judío.

Hitler no hizo nada fuera de lo común al intentar retratar a los judíos como los responsables del infortunio de Alemania. A la sazón eran un chivo expiatorio conveniente y popular para muchos integrantes de la extrema derecha. Tal como explica el profesor Christopher Browning: «Casi todos los males de Alemania pueden ser achacados a los judíos: indemnizaciones, financieros judíos depredadores y humillación nacional. Los judíos también eran [descritos como] la debilidad que se hallaba detrás del frente nacional, los especuladores que no quisieron participar en la guerra. El liberalismo —considerado un producto judío—, la emancipación, la igualdad ante la ley, los soviéticos y el judeo-bolchevismo hacen viable un antisemitismo mucho más radical y extendido que ejerce influencia política… Por tanto, no salta ninguna alarma cuando Hitler se obsesiona con los judíos, porque expone de una manera extrema unos argumentos que, por así decirlo, ya han cobrado forma. Así pues, Hitler está apelando a los alemanes a terminar con las dificultades económicas, a fortalecer y enorgullecer a Alemania internacionalmente y a acabar con la desintegración de su cultura y, para él, todo esto va ligado al antisemitismo»[43].

Desde el principio, Hitler también mostró su desprecio por la democracia, mofándose de la idea de que «el pueblo es soberano»[44]. Lo necesario, decía, no era la democracia, sino un individuo resuelto que se alzara y restableciera un liderazgo sólido en el país. Y era explícito al hablar de la idea política central que debía reivindicar ese líder fuerte a fin de rescatar a Alemania, una renovación nacional basada en la ausencia de clases y en la raza. Hitler exigía que todos, excepto los «arios», fuesen excluidos de la ciudadanía alemana (de nuevo, la idea de que existía un subgrupo «ario» definido o de que aquel grupo de tipología nórdica era una «raza superior» no era original, sino que había sido difundida por varios teóricos de la raza antes de la primera guerra mundial). En su día, Alemania consistía solo en esas gentes «arias» y, según Hitler, buena parte de la población actual ya era «aria». Entonces, Alemania podía convertirse en una nación de una sola «raza» y, en el proceso, podrían eliminarse todas las distinciones de clase. «Y entonces nos dijimos a nosotros mismos: no existen las clases. No pueden existir. Clase significa casta, y casta significa raza.»[45]

Este llamamiento a «todos los alemanes verdaderos» a trabajar juntos para forjar una nueva Alemania resultaba particularmente atractivo para jóvenes bávaros como Emil Klein. «Ese partido quería erradicar las diferencias de clase», dice. «[El orden existente era] la clase trabajadora aquí, la burguesía aquí, y las clases medias allí. Eran conceptos profundamente arraigados que dividían a la nación. Así que era un argumento importante para mí, un argumento que me gustaba: “¡La nación tiene que

estar unida!”. Ya de joven lo tenía claro. Era evidente que no existía una clase trabajadora aquí y una clase media allí.»[46] Y vinculado a esa idea estaba el hecho de que «las altas finanzas internacionales, el poder económico de la judería», debían ser eliminados. Creyendo en la fantasía que vendía Hitler, Klein estaba convencido de que su poder provenía en parte de Nueva York. «Siempre se mencionaba Wall Street».

Emil Klein y otras personas que escucharon aquellos primeros discursos descubrieron que un parlamento de Hitler era como emprender un viaje: desde una sensación inicial de desesperación cuando esbozaba los terribles problemas que aquejaban al país, pasando por la confirmación de que la ciudadanía no tenía la culpa de las penurias del momento, hasta una visión de cómo podía corregirse aquello y transformarse en un mundo mejor, exento de clases, cuando un líder fuerte nacido en el seno del pueblo alemán pudiera atesorar poderes a la cabeza de una revolución nacional. Para la gente que sufría por el impacto de una crisis económica, esto podía resultar fascinante.

A menudo se ha acusado a Hitler de ser un «actor», pero un aspecto vital de su atractivo incipiente era que los partidarios que acudían a las cervecerías, como Emil Klein, lo consideraban «auténtico» en todo momento. «Cuando lo vi ofrecer un mitin en la Hofbräuhaus [una gran cervecería de Múnich]», relata Klein, «transmitía tal carisma que la gente se creía todo lo que dijera. Y cuando hoy aseguran que era un actor, yo tengo que responder que la nación alemana debía de estar integrada por idiotas redomados por achacar a un hombre como él semejante apelativo, en la medida en que el país resistió hasta el último día de la guerra… Hoy sigo creyendo que Hitler pensaba que podría cumplir lo que predicaba. Lo creía honestamente, lo creía… Y, en última instancia, todas aquellas personas a las que me sentía unido, las muchas personas que asistían a conferencias del partido en todas partes, creían en él, y solo podían creer en él porque era evidente que él también [creía], que hablaba con convicción, y eso era algo que escaseaba por aquel entonces.»[47]

La sinceridad emocional que muchos creían detectar en Hitler como orador era una condición necesaria de su atractivo carismático. Hans Frank, que más tarde se convertiría en gobernador de gran parte de la Polonia ocupada por los nazis durante la segunda guerra mundial, se sintió enormemente influido por lo que percibía como la falta de artificio de Hitler cuando lo oyó hablar en enero de 1920: «Lo primero que venía a la mente era que el orador era honesto, que no quería convencerte de algo que él no creyera a pie juntillas… Y en las pausas de su discurso, sus ojos azules brillaban apasionadamente mientras se peinaba hacia atrás con la mano derecha… Todo salía del corazón y nos tocó la fibra sensible… [Hitler] expresaba lo que los allí presentes guardaban en la conciencia y relacionaba experiencias generales con un entendimiento claro y con los deseos comunes de quienes sufrían y querían un programa… Pero no solo eso. Mostró un camino, el único camino que quedaba para todos los pueblos arruinados de la historia, el del lóbrego nuevo comienzo desde las

más grandes profundidades a través del coraje, la fe, la disposición a actuar, el trabajo duro y la devoción, un gran objetivo brillante y común… A partir de aquella noche, aunque no era miembro del partido, me convencí de que, si había un hombre que podía hacerlo, solo Hitler sería capaz de tomar las riendas del destino de Alemania»[48].

Hans Frank tenía solo diecinueve años cuando oyó hablar a Hitler, y tal vez sea normal que un hombre joven e impresionable como él se sintiese tan afectado por sus palabras en aquellos tiempos desesperados para Alemania. Lo que resulta más difícil de explicar es por qué Hermann Göring, un excombatiente de las fuerzas aéreas que contaba con numerosas condecoraciones y comandante del famoso escuadrón Richthofen durante la primera guerra mundial, se comprometió con Hitler, un antiguo soldado raso, cuando se conocieron en otoño de 1922.

Göring tenía casi treinta años cuando se encontró con Hitler, y era un individuo acostumbrado a impresionar a los demás. Sus osadas hazañas como uno de los miembros pioneros de las fuerzas aéreas alemanas no solo le habían valido una Cruz de Hierro, sino muchas otras condecoraciones, entre ellas la Pour le Mérite, una de las menciones más notables del Imperio alemán. Se sintió indignado por la decisión de terminar la guerra el 11 de noviembre de 1918, y solo ocho días antes del armisticio dijo a los hombres de su escuadrón: «La nueva lucha por la libertad, los principios, la moral y la patria ha comenzado. Nos aguarda un camino largo y difícil, pero la verdad nos guiará. Debemos estar orgullosos de esa verdad y de lo que hemos hecho. Debemos pensar en esto. Nuestro momento llegará de nuevo»[49].

En otoño de 1922, Göring había regresado a Alemania después de trabajar una temporada en Escandinavia, primero como piloto acrobático y después como piloto comercial para la aerolínea sueca Svensk Lufttrafik. En breve contraería matrimonio con la baronesa Carin von Kantzow, que estaba a punto de divorciarse. Göring, ahora un maduro estudiante de ciencias políticas en la Universidad de Múnich, era un curtido hombre de mundo que irradiaba una inmensa confianza en sí mismo. Sin embargo, se sintió impresionado de inmediato al ver a Hitler por primera vez. «Un domingo de noviembre u octubre de 1922, asistí a una manifestación de protesta como espectador», declaró Göring durante el juicio por crímenes de guerra celebrado en Núremberg en 1946. «Finalmente, también se requirió la presencia de Hitler. Había oído su nombre de pasada en una ocasión y quería escucharle. Él se negó a hablar, y fue pura coincidencia que me encontrara cerca de allí y oyera los motivos de su negativa… Consideraba absurdo lanzar protestas sin ningún peso detrás de ellas. Esto me causó una honda impresión, ya que yo opinaba lo mismo.»[50]

Interesado en Hitler, Göring fue a oírlo hablar unos días después. «Hitler habló sobre Versalles. Dijo que… una protesta solo prospera si cuenta con el respaldo del poder. Esa convicción fue expresada palabra por palabra como si proviniera de mi propia alma». A consecuencia de ello, Göring solicitó un encuentro personal con Hitler. «Al principio solo quería hablar con él para ver si podía ayudarlo de alguna

manera. Por fin me recibió y, después de presentarme, me dijo que había sido un extraordinario giro del destino que pudiéramos conocernos. Hablamos de las cosas que llevábamos en el corazón: la derrota de nuestra patria… Versalles. Le dije que todo cuando yo era y poseía estaba completamente a su disposición en esta, a mi juicio, cuestión sumamente esencial y decisiva: la lucha contra el tratado de Versalles».

Lo que revela el testimonio de Göring es sobre todo que Hitler no necesitaba convencerlo de nada; ambos compartían la misma idea sobre el problema de Alemania. Esta es una reflexión vital sobre la naturaleza del «carisma» de Hitler en aquellos primeros días, ya que lo que ofreció principalmente a Göring (y a muchos otros) fue una profunda reafirmación, la constatación de que su idea del mundo era correcta[51].

En este sentido, Hitler se ayudó de una cualidad importante que rezumaban sus discursos: una seguridad absoluta en sí mismo. El análisis de Hitler no dejaba lugar a dudas. Jamás parecía vacilar ni remotamente entre varias opciones. Hitler había empleado esta técnica en sus monólogos durante años. Leía un libro, por ejemplo, y entonces declamaba sonoramente cuál debía ser la conclusión «correcta». «No le interesaba "otra opinión"», señalaba August Kubizek, «ni mantener un debate sobre el libro.»[52]

Hitler también era un especialista en presentar la vida en términos de «o bien o», con lo cual se refería a que, o bien había que destruir al «enemigo» (normalmente «los judíos»), «o» a todos los demás. El mundo era de un profundo blanco y negro para él. La vida era una batalla perpetua y abandonarla era impensable. «[Las personas que no desempeñan un papel activo en política] no han entendido todavía que no es necesario ser enemigo del judío para que te arrastre un día sobre el modelo ruso hasta el patíbulo», afirmaba en abril de 1922[53]. «No se dan cuenta de que basta con tener una cabeza sobre los hombros y no ser judío: eso les garantizará el patíbulo».

Para sus primeros seguidores, Hitler poseía un «carisma» demostrable, pero tenían que estar predispuestos, en virtud de su personalidad y de su perspectiva política, para creer en ese «carisma»[54]. «Apenas hacía falta preguntar con qué artes conquistaba a las masas», escribía Konrad Heiden, que oyó hablar a Hitler en numerosas ocasiones. «Sus discursos son ensoñaciones de un alma masiva… Siempre empiezan con un profundo pesimismo y culminan en una redención rebosante de alegría, en un final feliz triunfante; a menudo pueden ser refutados por la razón, pero siguen la lógica harto más poderosa del subconsciente, que ninguna refutación puede tocar… Hitler ha otorgado un discurso al terror estupefacto de la masa moderna…»[55]

Esta era una opinión que compartía Otto Strasser, hermano de uno de los primeros partidarios nazis, Gregor Strasser: «Solo puedo atribuirlo [el éxito de Hitler como orador] a su asombrosa intuición, que diagnosticaba infaliblemente los males que está

sufriendo su público… Movido por el espíritu… pronto se transforma en uno de los mejores oradores del siglo. Sus palabras vuelan como una flecha hacia el blanco, toca cada herida privada sin ambages, liberando el inconsciente de las masas, expresando sus aspiraciones más íntimas, diciéndole lo que más quiere oír»[56].

Era un análisis que *sir* Nevile Henderson, embajador británico en Alemania a finales de los años treinta, también secundaba: «[Hitler] debía su éxito en la lucha por el poder al hecho de que era el reflejo del subconsciente de sus partidarios y a su capacidad para expresar con palabras lo que deseaba esa mente subconsciente»[57].

Si aquellos que conocían a Hitler no estaban predispuestos a que sus «aspiraciones más íntimas» fuesen acariciadas por sus palabras, no detectaban en él «carisma» alguno. A Josef Felder, por ejemplo, no le convenció cuando lo oyó hablar en la Hofbräuhaus de Múnich a principios de los años veinte. Como seguidor convencido del Partido Socialdemócrata, los argumentos de Hitler le parecieron repulsivos. «Escuché con mucha atención aquel discurso de Hitler y me di cuenta de que trabajaba de un modo extraordinariamente demagógico. Es como si arrojara frases al público. El discurso estuvo dedicado en parte a la traición de los socialdemócratas al firmar el tratado de Versalles en 1919. Hitler empezó hablando de la revolución de noviembre y de la humillación sufrida. Y después, claro está, expuso sus teorías contra Versalles. Más tarde insistió, con varias afirmaciones particularmente agresivas, en que aquello solo fue posible debido a la intervención de los judíos. Y fue entonces cuando convirtió el problema antisemita en la base de su discurso… Expuso ciertas afirmaciones que carecían de toda validez. Cuando salí de ese mitin, nos reunimos y hablamos en grupo, y le dije a mi amigo: “Después de ese discurso, tengo la impresión de que ese hombre, Hitler, con suerte nunca llegará a las altas esferas de la política”. Por aquel entonces coincidieron con nosotros.»[58]

Herbert Richter, un excombatiente de la primera guerra mundial, sintió una antipatía aún mayor por Hitler cuando lo conoció en un bar de Múnich en 1921. Le «disgustó de inmediato» debido a su voz «áspera» y a su tendencia a «gritar» ideas políticas «realmente simples». Asimismo, la apariencia de Hitler le resultó «bastante cómica», «con su bigotito raro», y llegó a la conclusión de que era «repulsivo» y «poco normal»[59].

El testimonio de gente como Herbert Richter y Josef Felder nos recuerda que la aparición de Hitler en la escena política de Múnich en aquel momento no supuso un momento cumbre. Si bien atrajo paulatinamente a un grupo de seguidores, solo representaba a una pequeña proporción de los votantes potenciales. De hecho, un estudio reciente[60] ha revelado que en 1919 la mayoría de los soldados (más de un 70 por 100) que todavía se hospedaban en instalaciones militares de Múnich no votaban a formaciones de la derecha, sino al Partido Socialdemócrata.

Pero, dentro de los partidos escindidos de derechas —los denominados grupos «völkisch»—, Hitler sin duda dejó cierta huella. No tardó en dominar el diminuto Partido Obrero Alemán, y no solo se convirtió en su orador estrella, sino también en

jefe de propaganda. Trabajó con Anton Drexler en un «programa de partido» y presentó los «veinticinco puntos» resultantes en un mitin celebrado el 24 de febrero de 1920. Poco después, el grupo pasaría a llamarse Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP), de ahí «nazis» en su forma abreviada.

Los «veinticinco puntos» del programa del partido reflejaban los temas habituales que Hitler convertía repetidamente en el eje de sus discursos: la exigencia de que los tratados de paz de Versalles y Saint-Germain fuesen invalidados; que se retirara a los judíos la ciudadanía alemana; que no se permitiera la entrada de más inmigrantes extranjeros en el país; y que solo las personas de «sangre alemana» fuesen consideradas ciudadanos auténticos. También incluía varias medidas dirigidas contra el capitalismo: un llamamiento al reparto de los beneficios y la destrucción de los grandes almacenes para que pudieran prosperar los pequeños comerciantes.

No se mencionaba cómo podría poner en práctica esos «veinticinco puntos» un futuro gobierno nazi. Todo el «programa» era deliberadamente impreciso en sus detalles. Esa vaguedad resultaría ventajosa para Hitler en varios sentidos. Le ofrecía máxima flexibilidad para interpretar la política nazi a su antojo cuando se convirtiera en líder, y permitía a los nazis posicionarse como un «movimiento», y no como un partido común y corriente maniatado por la tarea de formular y pactar una política detallada. También permitía a una amplia variedad de personas profesar su apoyo hacia los nazis, ya que la propuesta de «eliminar a los judíos», por ejemplo, podía interpretarse de muchas maneras: desde una legislación que les impidiera acceder a determinadas profesiones hasta su expulsión forzada de Alemania o algo mucho peor.

Esa idea de que los nazis debían defender una «visión» de Alemania en lugar de una recopilación de políticas detalladas no era única. El *Freikorps* Oberland, por ejemplo, también quería la instauración de un «Tercer Reich» en Alemania (sucesor del «primer» Reich del Sacro Imperio Romano y el «segundo» Reich alemán establecido por Bismarck en 1871, que finalizó en 1918). Sus miembros menospreciaban las definiciones detalladas. «Nada es más característico del Oberlander que su idea del Tercer Reich», decía uno de sus partidarios. «Los hombres soñaban con este misterio, un misterio que se habría visto denigrado en un programa político concreto en cuanto alguien intentara definirlo con precisión.»[61] Y, al igual que los nazis, el Oberland abogaba por «la subordinación del individuo… a las necesidades de toda la nación»[62].

En agosto de 1921, Hitler se había fraguado un poder dictatorial en el embrionario Partido Nazi. Los viejos tiempos de las reuniones del comité y las propuestas de debate de Anton Drexler se habían ido para siempre. Pero Hitler todavía no se postulaba como el salvador de Alemania. Tan solo aseguraba que Alemania necesitaba un salvador.

«En los primeros años no decíamos “*Heil* Hitler”. No se dijo nunca y a nadie se le habría ocurrido», rememora Bruno Hähnel, miembro activo del partido en los años veinte. «Por aquel entonces, Hitler todavía no ocupaba un lugar tan preponderante

como sí ocurrió después. Era tan solo presidente del NSDAP.»[63]

También era obvio, desde que Hitler empezó a involucrarse en el Partido Obrero Alemán, que buena parte de la fuerza y la confianza que fluían a través de él cuando hablaba a la multitud parecían abandonarlo cuando se dirigía a dos o tres personas. Como decía más tarde al fotógrafo Heinrich Hoffmann: «En un pequeño círculo íntimo nunca sé qué decir… Como orador en una reunión familiar o un funeral no sirvo para nada»[64].

Otros también advirtieron esa extraña inconsistencia en Hitler, esa enorme brecha entre sus actuaciones en público y la realidad privada. El capitán Mayr, que había «descubierto» a Hitler como orador, comentaba que era «tímido y reservado[65]» entre los demás soldados del barracón y, sin embargo, podía inspirar a un público numeroso en la cervecería. Más tarde, Mayr aseguraba que esto permitió que otras figuras más inteligentes de la extrema derecha manipularan a Hitler para cumplir sus propios fines. «Como líder», escribía Mayr, «Hitler probablemente sea la mayor farsa jamás interpretada en el mundo.»[66]

Pero, si bien es cierto que figuras políticamente más astutas como Hermann Göring y Ernst Röhm, que había sido capitán del ejército alemán durante la guerra, ingresaron en el Partido Nazi en aquellos primeros días, no es verdad que Hitler estuviese subordinado a ellos en ningún aspecto. Sin duda, tomaba la mayoría de sus ideas de otros —como Gottfried Feder, el economista político que llamó a poner fin a la «esclavitud por interés»—, pero, en verano de 1921, era el líder indiscutible del Partido Nazi. En cierto sentido, la propia rareza de Hitler —en particular el hecho de que le resultaran difíciles las relaciones sociales «normales» y, no obstante, pudiera inspirar a una multitud— contribuyó a la creciente sensación de que se hallaban ante un líder político diferente. «Siempre había cierto elemento de su personalidad en el cual no permitía penetrar a nadie», recordaba un conocido de aquella primera época. «Guardaba secretos inescrutables y, en muchos aspectos, siempre fue un enigma para mí.»[67]

Esta combinación extraordinaria —la habilidad de Hitler para conectar con un público numeroso, a menudo reforzando y potenciando las creencias que ya abrigaban, junto con su incapacidad para interactuar de forma cotidiana con individuos— fue el principal artífice de la creación de su «carisma» como orador. Aunque parezca increíble, Hitler podía a la vez intimar con el público y mostrarse distante con un individuo.

La necesidad de que un líder político mantuviera las «distancias» es algo que Charles de Gaulle, contemporáneo de Hitler, reconocía como un elemento de vital importancia. «En primer lugar», escribía, «no puede haber prestigio sin misterio, pues la familiaridad alimenta el desprecio. Todas las religiones poseen su sanctasanctórum, y nadie es un héroe para su ayuda de cámara. En el estilo, el porte y las operaciones mentales de un líder siempre debe haber “algo” que los demás no alcancen a comprender, que los confunda, que los agite y que despierte su interés[68]… La

actitud distante, el carácter y la personificación de la calma: son esas cualidades las que envuelven de prestigio a quienes están preparados para llevar una carga que es demasiado pesada para los pequeños mortales… Él [el líder] debe aceptar la soledad que, según Faguet, es "la desdicha de los seres superiores".»[69]

Pero una de las numerosas diferencias entre De Gaulle y Hitler —que nacieron con solo unos meses de diferencia— es que el primero reconocía el valor de mantener las «distancias» con aquellos a quienes lideraba y actuaba conscientemente hacia ese fin. Hitler no se comportaba así por elección propia. Siempre le había costado conectar con otros seres humanos. Una «amistad» normal era imposible para él, pero ahora, esa característica jugaba a su favor. Muchos seguidores de Hitler fueron testigos de aquel aparente desprecio por la intimidad personal y lo interpretaron como la marca de un hombre con carisma, incluso de un héroe.

3

Buscando un héroe

El heroísmo y el carisma van de la mano, hasta tal punto que Max Weber sostenía que el «heroísmo personal» era uno de los indicadores más importantes de un «carisma auténtico»[70]. Por tanto, no es casual que Adolf Hitler afirmara que su liderazgo en el Partido Nazi estaba justificado, en gran medida, por su pasado «heroico».

En la Alemania posterior a la primera guerra mundial había mucha gente que ansiaba la aparición de un héroe —un «hombre fuerte»[71], como dice el seguidor nazi Emil Klein— que los condujera a un mundo nuevo y más optimista. Con paso firme, Adolf Hitler se convirtió entre 1919 y 1923 en ese líder y, al hacerlo, pudo inspirarse en una poderosa tradición de heroísmo individual que avivó la creación del Estado alemán moderno en el siglo XIX. Por ejemplo, se habían erigido más de doscientas *Bismarcktürme* (torres Bismarck) por toda Alemania para conmemorar el «heroico» liderazgo del canciller que había unido el país. Filósofos alemanes como Arthur Schopenhauer también alababan la autoridad de los individuos en lugar de los gobiernos, mientras que Friedrich Nietzsche era un defensor acérrimo de la importancia del héroe en el que anunciaba que era un mundo sin Dios. Nietzsche adoraba a Napoleón, a quien consideraba la «personificación del ideal de nobleza»[72].

Ahora, los alemanes se sentían inspirados a buscar en su historia pasada ejemplos de héroes individuales. Una de las atracciones turísticas más populares del país era el Hermannsdenkmal («monumento a Hermann»), completado en 1875 en el bosque de Teutoburgo para conmemorar la victoria de las tribus alemanas encabezadas por Arminio (o Hermann, líder de los queruscos) sobre el general romano Varo y sus tres legiones hacía casi dos mil años.

Antes de la guerra, muchos miembros del Wandervogel, un movimiento juvenil popular, pedían un líder heroico que rescatara a los alemanes de la creciente industrialización del país y guiara un regreso a la naturaleza. «Sus rostros impacientes, tensos y jóvenes se encendían», escribió Peter Viereck sobre un grupo de Wandervogel, «como cuando alguien lee a su escritor favorito a la luz de una hoguera: Nietzsche o tal vez Stean George, quien ya en 1907 había suplicado: "¡El Hombre! ¡La Hazaña! ¡El pueblo y el consejo superior anhelan al Hombre! ¡La Hazaña!… Quizá alguien que se haya sentado durante años entre vuestros asesinos y haya dormido en vuestras prisiones se levantará para llevar a cabo la hazaña".»[73]

El Wandervogel, fundado en 1901 e inspirado en los ideales del joven diplomático Herman Hoffmann Fölkersamb, se convirtió en el movimiento juvenil

más popular de la Alemania de preguerra. Más tarde, varios de sus miembros, como Bruno Hähnel, se unieron al Partido Nazi y llevaron su idealismo juvenil con ellos. «Nos sentábamos allí [en el campo] por la noche. Eran grandes acontecimientos para nosotros, y mi mujer también participó más tarde; nos conocimos cuando éramos muy jóvenes. Con los años siempre lo recordábamos, porque para nosotros fue una época hermosa de nuestra vida. Cantábamos a menudo. Teníamos coros y grupos de danza tradicional. Mi mujer y yo venimos del movimiento de la danza tradicional. Reinaba un verdadero sentimiento de pertenencia basado en la filosofía del Wandervogel. Éramos una especie de protesta contra el mundo burgués.»[74]

«Fue una reacción contra la época del emperador Guillermo, que estuvo consagrada a la industria y el comercio», confirma Fridolin von Spaun, otro miembro del Wandervogel que llegaría a convertirse en un fiel seguidor de Adolf Hitler. «Era gente joven. Simplemente se aburrieron, se adentraron en la naturaleza y buscaron allí algo que no podían encontrar en su entorno. Yo me uní casi por casualidad a una asociación de Elberfeld; fue durante la primera guerra mundial. Íbamos de excursión… Podíamos cantar nuestras canciones, cocinar, jugar, practicar deporte… Era un movimiento espiritual.»[75]

Richard Wagner, otro partidario de los «movimientos espirituales» y contrario al «mundo burgués», era un héroe para muchos de esos Wandervogel, al igual que para Adolf Hitler. Sus óperas, como *Der Ring des Nibelungen* («El anillo del nibelungo»), que contiene obras épicas como *Götterdämmerung* («El ocaso de los dioses»), se remontan a los grandes mitos de las sagas nórdicas y alemanas. Hitler estaba tan obsesionado con la naturaleza «heroica» de la obra de Wagner que vio la ópera *Lohengrin*, en la que aparece un caballero del Santo Grial, «al menos diez veces[76]» en la Viena de preguerra. Incluso intentó —en vano— escribir una ópera heroica titulada *Wieland el herrero*.

En Viena, la lectura favorita de Hitler era *Die Deutschen Heldensagen* («La saga del héroe alemán») y, según August Kubizek, su compañero de piso, «se identificaba con los grandes hombres de aquellos tiempos pasados. Nada parecía más digno de la lucha que una vida como la suya, trufada de actos de valentía de gran repercusión, la vida más heroica posible…»[77].

Más recientemente, durante la primera guerra mundial, los líderes habían estampado su nombre en sus unidades en una demostración de la importancia del «héroe» individual. El propio Hitler, por ejemplo, se unió al 16.º Regimiento Bávaro de Reserva, pero su unidad era conocida en realidad como regimiento «List», por el coronel Julius von List, que lo capitaneó al principio de la guerra. Esta tendencia a bautizar unidades con el nombre de los comandantes se consolidó todavía más con la formación de las unidades paramilitares *Freikorps* inmediatamente después de la primera guerra mundial. Una de las más poderosas, por ejemplo, era conocida como «Rossbach *Freikorps*», por su comandante Gerhard Rossbach, y otra como la «Brigada Ehrhardt», dirigida por un excapitán de la Armada Imperial llamado

Hermann Ehrhardt. Unidades como aquellas, dice Fridolin von Spaun, que también era miembro de los *Freikorps*, «dependían enteramente de la personalidad y la destreza de su líder»[78]. Asimismo, escribía Ludwig Gengler, «el comandante [de los *Freikorps*] a menudo era denominado *Führer*. Era idolatrado como la personificación de todas las cualidades que el voluntario deseaba poseer. Y el *Führer* es también una abstracción, el hombre que vendrá»[79].

Además de esta predisposición histórica a creer en el «héroe» individual, a principios de los años veinte existían para Hitler y el Partido Nazi pruebas concretas de cómo un «hombre heroico que vendrá» podía influir en todo un país. En Italia, Benito Mussolini, quien, al igual que Hitler, había resultado herido durante la primera guerra mundial y había participado activamente en violentas políticas nacionalistas de signo extremista, había formado un partido fascista en 1919 para combatir la influencia de los socialistas y los comunistas. Esta era una prueba de que el líder «heroico» podía abandonar la oscuridad luchando.

En aquellos primeros años, fue un escritor alcohólico llamado Dietrich Eckart quien más ayudó a Adolf Hitler a convertirse en la persona que podía constituir la respuesta de Alemania a Benito Mussolini. Hitler conoció a Eckart en el segundo encuentro del Partido Obrero Alemán al que asistió en otoño de 1919. Eckart, irascible y calvo, aparentaba más de los cincuenta años que tenía en realidad y era un virulento antisemita que, al igual que Hitler, creía que Alemania había sido traicionada por el modo en que había terminado la guerra y por el tratado de paz de Versalles. Su odio hacia los judíos era tal que comentaba que le gustaría «cargarlos a todos en un tren y hundirlo en el mar Rojo»[80]. Pero, a diferencia de Hitler, Eckart tenía buenos contactos en sofisticados círculos sociales de Múnich y, en comparación con él, era adinerado. Sus obras, en particular su versión de *Peer Gynt*, de Ibsen, le habían procurado una considerable suma monetaria. Y Eckart había estado esperando a un hombre como Hitler. En 1919, manifestó que Alemania necesitaba a un líder que pudiera «soportar el tableteo de una ametralladora. La chusma tiene que cagarse de miedo. No me sirve un oficial; la gente ya no siente respeto por ellos. Lo mejor sería un trabajador que tenga la boca en su sitio… No necesita una gran inteligencia; la política es lo más estúpido del mundo»[81]. Como cabría esperar, Eckart detectó de inmediato el potencial de Hitler. Era un soldado raso, la voz desafiante de los desposeídos y los derrotados. Un soldado raso, además, que había sido condecorado por su heroísmo y que había recibido la Cruz de Hierro. Tras su primer encuentro con Hitler, Eckart observó: «Este es el futuro hombre de Alemania. Algún día, el mundo hablará de él»[82].

Eckart presentó a Hitler a posibles mecenas acomodados de Múnich, y gozaba de mucho éxito entre las mujeres de cierta edad. Una viuda lo cortejaba de tal manera que se dio a conocer como «Hitler-Mutti» («La mamá de Hitler»). Antes de fallecer a causa de un infarto en 1923, Eckart ayudó económicamente a Hitler y al naciente Partido Nazi, recaudando dinero para comprar el periódico *Völkischer Beobachter* a

fin de propagar la ideología.

Pero puede que la mayor ayuda práctica que prestó Eckart a Adolf Hitler fuese apoyarlo cuando su papel dominante en el Partido Nazi se vio amenazado en el verano de 1921. Anton Drexler había estado coqueteando con la idea de fusionar la formación con grupos similares como el Partido Socialista Alemán (el DSP). Drexler lo consideraba el camino obvio para que el partido creciera con rapidez. Entonces, en el verano de 1921, quedó impresionado con la obra de un profesor de filosofía de la Universidad de Augsburgo llamado Otto Dickel. Este había escrito *Die Auferstehung des Abendlandes*, un libro que contenía ideas similares a las expresadas en los veinticinco puntos del programa nazi pactado el año anterior, si bien Dickel exponía sus opiniones con un mayor peso intelectual. Cuando Drexler lo oyó hablar, él y otros miembros del Partido Nazi estaban de acuerdo con que se estableciera una alianza con Dickel y su propio partido, la Abendländischer Bund (Liga Occidental).

Todas esas maniobras se produjeron mientras Hitler estaba fuera de Múnich, y se mostró indignado al descubrir que se habían debatido en su ausencia. Hitler abandonó enfurecido una reunión con Dickel y dejó el Partido Nazi. Una vez más, había demostrado que no estaba dispuesto a participar en un debate intelectual ni era capaz de hacerlo.

Inicialmente, Eckart estaba interesado en las posibles aportaciones que pudiera realizar Dickel al partido —sobre todo respetabilidad intelectual—, pero una vez que Hitler dimitió, hizo cuanto estuvo un su mano para convencerlo de que volviera. Y eso mismo hizo, pero poniendo sus condiciones en calidad de dictador incuestionable del Partido Nazi. Más tarde, Eckart hizo gala de su respaldo a Hitler en la primera plana de *Völkischer Beobachter*[83].

Aquel fue un momento importante en el viaje de Hitler: ya no recababa apoyos para un futuro líder de Alemania todavía desconocido, sino que se posicionaba como ese posible líder. Hitler había demostrado que no estaba preparado para compartir el poder, y aceptaría cualquier consecuencia que pudiera acarrear su negativa a colaborar. E igualmente importante es el hecho de que otros empezaran a aceptar la valoración que hacía Hitler de sí mismo. Dietrich Eckart, por ejemplo, habría preferido involucrar al profesor Dickel en el partido, pero cuando Hitler se negó, se vio obligado a elegir y en el proceso aceptar que Hitler estaba dotado de un poder indiscutible dentro del movimiento nazi. Ahora Hitler podía retratarse como un «héroe» en parte porque otros veían su intransigencia como algo en cierto modo «heroico». A menudo podía ser un carácter difícil de tratar, pero en esa dificultad estribaba —potencialmente— un atractivo poderoso. Al fin y al cabo, ¿quién espera que los «héroes» sean personas razonables?

Al año siguiente —1922—, el Partido Nazi había empezado a crecer por absorción. En octubre de 1922, Hitler logró convencer a los seguidores del Deutsche Werkgemeinschaft de Núremberg de que se subordinaran al Partido Nazi, no en una alianza flexible como se había propuesto el año anterior, sino reconociendo que ahora

Hitler era su líder. Este siempre se mostró agradecido al cabecilla del Deutsche Werkgemeinschaft de Núremberg por organizarlo. Era un hombre llamado Julius Streicher.

Streicher había oído hablar a Hitler el año anterior y quedó hipnotizado. «Nunca lo había visto», declaró en el juicio después de la guerra. «Y allí estaba yo sentado, un desconocido entre desconocidos. Vi a aquel hombre poco antes de la medianoche, después de hablar durante tres horas, bañado en sudor, radiante. A mi vecino le pareció ver un halo alrededor de su cabeza, y yo experimenté algo que trascendía lo normal.»[84]

Streicher era un personaje atroz. En 1923 empezó a publicar *Der Stürmer*, un periódico sádico y semipornográfico dedicado a las imágenes e historias antisemitas más desagradables. Pero no era atípico entre la clase de personas que se relacionaban en aquel momento con Hitler. Otras figuras influyentes del Partido Nazi incluían a Christian Weber, antiguo portero de un club nocturno, Hermann Esser, un agresivo acosador de judíos, y Ernst Röhm, un disoluto capitán del ejército alemán que más tarde escribiría: «Yo quería servir a un *Volk* de luchadores, no a un pueblo de poetas y soñadores»[85]. Todos aquellos hombres llegarían a ocupar altos cargos en el Partido Nazi, y todos ellos eran matones de dudosa reputación. Huelga decir que esa clase de personajes violentos de los bajos fondos habrían estado de acuerdo con lo que expresaba Hermann Göring en su juicio por crímenes de guerra, cuando dijo que se había unido al Partido Nazi a comienzos de los años veinte porque era un «revolucionario». La opinión de Otto Strasser era, en pocas palabras: «Hitler disfruta en su compañía, pues confirman su profunda convicción de que el hombre es esencialmente vil»[86].

Ernst Röhm en particular fue una figura crucial en aquellos primeros días de los nazis, en parte porque ayudó a recabar el armamento para la incipiente ala militar del partido, las *Sturmabteilung* (SA), o tropas de asalto. Las SA fueron creadas oficialmente en noviembre de 1921, pero casi desde el nacimiento del partido, varios matones nazis —muchos de ellos exsoldados— habían «protegido» los mítines celebrados en las cervecerías echando a cualquiera que interrumpiese a Hitler, y las SA se desarrollaron a partir de este grupo de gorilas[87].

Fue en esta amalgama violenta y sórdida cuando en octubre de 1922 trascendió la noticia de que Benito Mussolini se había convertido en primer ministro de Italia, un momento que infundió ánimo a los revolucionarios del Partido Nazi, ya que si un líder ultranacionalista podía hacerse de repente con el poder en Italia, ¿por qué no podía suceder lo mismo en Alemania? El 3 de noviembre de 1922, solo unos días después del triunfo de Mussolini en Italia, Hermann Esser declaraba a una multitud congregada en la guarida nazi de la cervecería Hofbräuhaus de Múnich que «el Mussolini de Alemania» se llamaba «Adolf Hitler»[88]. En diciembre de ese mismo año, el *Völkischer Beobachter* publicaba un artículo que proclamaba que Adolf Hitler no era un mero «comparsa», sino el líder que rescataría a Alemania[89].

En 1923, Hitler aprovechó la oportunidad para demostrar sus credenciales como revolucionario heroico. Pero —y este es un tema recurrente de su ascenso al poder—, para hacerlo, necesitaba explotar una crisis del Estado alemán. Por suerte para él, en 1923 el país afrontó esa crisis cuando los franceses ocuparon el Ruhr, la región industrial situada al oeste de Alemania. Según los términos del tratado de Versalles, a los alemanes les estaba prohibido desplegar tropas en aquella zona, de modo que los franceses apenas hallaron oposición concertada cuando entraron en territorio germano el 11 de enero de 1923. El primer ministro francés, Raymond Pincaré, había adoptado tan drástica medida porque los alemanes no habían satisfecho las entregas de carbón y madera que adeudaban a Francia como parte de las indemnizaciones.

Como es lógico, la ocupación francesa era extremadamente impopular. «Fue entonces cuando descubrimos que los franceses gobernaban con mano de hierro», dice Jutta Rüdiger[90], que a la sazón era una adolescente. «Si había algo que no les gustaba, por ejemplo, si paseabas por la acera, se acercaban con la fusta y tenías que bajar a la calzada… Había bastante hostilidad». Y, además de enfrentarse con los franceses en el Ruhr, la población de Alemania debía seguir adelante bajo la presión de la hiperinflación. «En 1923», recuerda Rüdiger, «creo que un libro de ejercicios costaba unos tres mil millones de marcos».

Hitler no hizo un llamamiento a sus seguidores para que participaran en la resistencia pasiva que algunos alemanes estaban organizando contra los franceses en el Ruhr. Él seguía interesado en afianzar la inspiración del ejemplo de Mussolini en Italia. Pero se dio cuenta de que necesitaba al menos el apoyo tácito del *Reischwehr*, las fuerzas armadas alemanas, en su pugna por derrocar al gobierno de Berlín. Sin embargo, en mayo de 1923, cuando en un primer paso hacia la revolución nacional, los nazis trataron de alborotar a los soldados del *Reischwehr* que desfilaban en el Oberwiesenfeld de Múnich, sus tácticas fueron rechazadas de forma generalizada. No obstante, Hitler creía que tenía que actuar. ¿Quién sabía cuánto duraría la crisis? Así las cosas, en noviembre de 1923 lanzó el *Putsch* de la Cervecería, un acontecimiento que por primera vez había de dar publicidad a Hitler en todo el país, aunque no como él pronosticaba.

Entre quienes participaron en la planificación del *putsch* nadie tenía claro si Hitler era realmente el equivalente «heroico» de Mussolini. Hitler comentó con el general Erich Ludendorff, héroe de la victoria alemana en Tannenberg durante la primera guerra mundial, su posible participación en una revolución de inspiración nazi, pero nunca se especificó cuál sería el papel del alto mando. ¿Había de ser solo el líder militar y Hitler la cabeza política de la revolución, o sería Ludendorff el auténtico «héroe» para el cual Hitler simplemente había estado allanando el camino?

Lo que sí estaba claro es que, a finales de 1923, Hitler había decidido tomar la iniciativa. El plan era sencillo: obligar a los líderes del gobierno autoritario de Bavaria a declarar su apoyo a una «marcha sobre Berlín» liderada por los nazis para derrocar a los «criminales de noviembre» que ostentaban el poder. Puesto que era

obvio que los nazis necesitaban la ayuda —o, cuando menos, la aquiescencia— de las fuerzas de seguridad del estado bávaro, así como a sus líderes políticos, Hitler decidió que había que asestar el golpe mientras el «comisionado» de Bavaria, Gustav von Kahr, hablaba en un mitin celebrado en la Bürgerbräukeller de Múnich. Kahr era en la práctica el dictador de Bavaria, y había sido nombrado en septiembre de 1923 en respuesta a una crisis de gobierno en Berlín, causada por la amenaza de una nueva revolución.

Había ciertos indicios de que la estrategia de Hitler podía funcionar: el gobierno bávaro, por ejemplo, parecía mostrar más simpatía por los nazis que por las autoridades de otros estados alemanes. Los nazis habían sido vetados en gran parte del territorio alemán desde el asesinato el año anterior del judío Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores del país. Pero en Bavaria los nazis podían seguir actuando, y Kahr compartía el desprecio de Hitler por el gobierno de Berlín.

Actuar en el mitin de Kahr sería ventajoso para los nazis, ya que tanto Hans von Seisser, jefe de la policía bávara, como el general Otto von Lossow, comandante del ejército alemán en Bavaria, también estarían presentes. Hitler estaba convencido de que si les presentaba un hecho consumado, todas aquellas figuras relevantes ampararían la revolución que planeaba.

De este modo, el 8 de noviembre de 1923 hacia las 20.20, Hitler y más de una docena de seguidores, entre ellos Hermann Göring, Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, irrumpieron en la Bürgerbräukeller mientras Kahr se dirigía a un público integrado por varios miles de personas. Frente a la cervecería, varias unidades de las SA custodiaban las salidas. Tras disparar al techo del establecimiento, Hitler anunció que la revolución había comenzado. Después, él y sus camaradas se llevaron a las figuras clave del triunvirato —Kahr, Von Seisser y Von Lossow— a una sala contigua.

Pero entonces a Hitler se le presentó un problema: ninguno de los tres mostró entusiasmo por apoyar la causa nazi. Fue necesaria la llegada de Ludendorff a la cervecería para que finalmente ofrecieran su tibio consentimiento. Hitler, que había anunciado melodramáticamente a Kahr y sus compañeros que se suicidaría si el golpe fracasaba, se fue a recabar apoyos para el *putsch* en otros lugares de Múnich, y dejó a Ludendorff al mando de la Bürgerbräukeller. Pero Ludendorff, que era un oficial a la antigua usanza, decidió poner en libertad a Kahr, Von Seisser y Von Lossow, que le dieron su palabra de que respaldarían la revuelta. Fue un error catastrófico, como comprobó Hitler al regresar a la Bürgerbräukeller aquella misma noche y descubrir que los tres habían desaparecido. Ahora todos ellos negaban su apoyo a Hitler y trabajaban activamente contra el *putsch* de inspiración nazi.

No se había pergeñado ninguna estrategia para la revolución, así que se improvisó apresuradamente una marcha por todo Múnich después de que un grupo de nazis robaran en una fábrica en la que estaban imprimiendo miles de millones de marcos. Emil Klein participó en la marcha, y recuerda el sonido de los disparos cuando los partidarios nazis llegaron al monumento bélico del Feldherrnhalle, en el centro de

Múnich, y se enfrentaron a las fuerzas de seguridad bávaras. «Lo primero que preguntamos fue si Hitler estaba herido», dice Emil Klein. «Después, si lo estaba Ludendorff, y todo el mundo se dispersó. Lógicamente, si hay disparos tienes que buscar cobijo. Nosotros éramos hombres bien entrenados de las SA que sabíamos qué hacer cuando se producía un tiroteo… Y la gente se levantó y empezó a mirar a un lado y a otro para ver qué ocurría. Se formó un gran alboroto, en parte porque las masas que se encontraban allí —todas uniformadas— no sabían qué estaba sucediendo. Pero sí sabíamos una cosa: Kahr había sido un traidor. No cumplieron su palabra. Dieron un apretón de manos y Kahr y sus compañeros lo quebrantaron dejando a Hitler aparentemente solo.»[91]

En medio del tiroteo que se produjo en el Feldherrnhalle —y nadie sabe exactamente quién inició la batalla—, Erwin von Scheubner-Richter, que se encontraba junto a Hitler, fue abatido. Hitler se echó a tierra, y sus detractores aseguraron más tarde que era una prueba de su cobardía[92]. Pero Emil Klein discrepa vehementemente, y aduce que Hitler «siempre» demostró que era una persona valiente. «Siempre me asombró que Hitler solo fuese acompañado de dos guardaespaldas en sus viajes y que cuando se desplazaba siempre lo hiciera en un coche descapotable».

Ludendorff también demostró su valentía prosiguiendo con la marcha y atravesando las líneas policiales ileso. Pero aquel día murieron dieciséis partidarios de Hitler, además de cuatro miembros de las fuerzas de seguridad bávaras. Hubo muchos heridos, entre ellos Hermann Göring, que recibió un disparo en la ingle. Se lo llevaron del Feldherrnhalle, le pusieron una venda y cruzaron la frontera austríaca para ingresarlo en un hospital de Innsbruck.

Hitler fue detenido dos días después del tiroteo. Había gestionado pésimamente toda la operación: no se aseguró de que Kahr, Von Seisser y Von Lossow fueran retenidos por los conspiradores una vez que irrumpieron en la Bürgerbräukeller y carecía de un plan coherente en caso de que los líderes bávaros no demostraran entusiasmo por el *putsch*. Asimismo, Hitler no había cumplido su promesa de suicidarse si la revolución fracasaba, puesto que ahora se encontraba bajo la custodia de las autoridades bávaras aguardando su juicio. Aquel no era el comportamiento de un «héroe carismático».

El proceso contra Hitler empezó el 26 de febrero de 1924 en Múnich. Y, desde el principio, adoptó la que desde fuera parecía una estrategia de alto riesgo: no solo reconoció lo que había hecho, sino que se regodeó en ello. Y no solo eso, sino que expuso abiertamente en el tribunal su papel en la lucha que se avecinaba. «He decidido ser el destructor del marxismo», dijo. Y aunque reconocía que en su día había sido un «comparsa», ahora exigía «el liderazgo en la batalla política». A consecuencia de ello, anunció que era el «héroe» que salvaría a Alemania: «He exigido que el liderazgo de la organización que todos anhelábamos y que ustedes en el fondo anhelan también recaiga en el héroe que, a ojos de toda la juventud alemana,

está llamado a esa misión»[93].

Los simpatizantes de Hitler en Bavaria interpretaron su conducta en el juicio como una prueba del fuerte carácter de su líder. «Me dije a mí mismo que había salido bien parado y que se había comportado decentemente ante el tribunal», comenta Emil Klein. «Es importante que un hombre se defienda aunque esté obrando mal, y tuve la sensación de que Hitler se había defendido en ese juicio.»[94] El proceso causó mucho revuelo y Hitler se dio a conocer en toda Alemania. Muchos lo consideraban, al igual que Emil Klein, un hombre íntegro y valiente, un «héroe carismático». Esa transformación se produjo en gran medida gracias a la conducta desafiante de Hitler en el juicio por alta traición y pese a las pruebas fehacientes de que el golpe de estado había sido catastróficamente concebido.

Pero Hitler sabía antes de prestar declaración que los jueces probablemente lo tratarían con benevolencia. El presidente del tribunal, Georg Meithardt, ya había demostrado en un caso anterior[95] sus simpatías hacia él y la causa nazi. Asimismo, Hitler era consciente de que podía exponer revelaciones potencialmente vergonzantes sobre Kahr y las autoridades bávaras. ¿Acaso no había aceptado el propio Kahr su participación en aquel acto de «alta traición» frente al público de la Bürgerbräukeller?

Para quienes estaban al corriente de todo ello, el indulgente veredicto del tribunal no pudo ser ninguna sorpresa. El periódico londinense *The Times* afirmaba que Múnich se reía entre dientes de la resolución, lo cual demostraba que «tramar contra la constitución del Reich» no se consideraba «un delito grave en Bavaria»[96].

A Hitler le fue impuesta la mínima condena posible —cinco años—, y es probable que volviera a las calles de Múnich mucho antes gracias a la libertad condicional. Entre tanto, se beneficiaría del tiempo que pasara en prisión, ya que, aun encarcelado, transcurriría los días tramando cómo retratarse a sí mismo —inequívocamente— como un «héroe» carismático con la «misión» de salvar Alemania.

4

Desarrollando una visión

Para ser percibido como una persona verdaderamente carismática, un líder político debe poseer una visión coherente del futuro, una panorámica de cómo debería ser el mundo basada en un conocimiento especial sobre la naturaleza de la realidad, ya que, como decía Max Weber, un líder carismático no solo ha de ser un «héroe», sino también un «profeta»[97]. En 1924, Hitler intentó resumir sus credenciales en *Mein Kampf* y, pese a la crudeza de la obra y a su pésimo estilo literario, es de una importancia crucial para comprender su desarrollo como líder carismático.

Tres años antes, Hitler había tenido problemas cuando algunas figuras destacadas del Partido Nazi coquetearon con la idea de asociarse con el profesor Dickel, autor de *Die Auferstehung des Abendlandes*. Y, aunque había superado ese desafío y afianzado su autoridad, el recuerdo de aquel «intelectual» que había puesto de relieve la parquedad del pensamiento político de Hitler debía de resultarle doloroso. *Mein Kampf* estaba concebido para demostrar que no solo era un agitador que frecuentaba las cervecerías, sino un pensador político con una visión muy diversa.

El libro sin duda presenta una perspectiva coherente del mundo, aunque horrenda. Para Hitler, vivimos en un frío universo en el que lo único constante es la batalla. Y si no podemos ganar esa batalla, merecemos morir. No existe estructura moral más allá de la cruda realidad del combate que libran diferentes personas por la supremacía. «Quienes quieran vivir», decía, «que luchen, y quienes no quieran luchar en la batalla eterna que es este mundo, no merecen vivir.»[98]

Lo que no se aprecia en *Mein Kampf* —y este hecho no ha recibido el reconocimiento que merecía— es un énfasis en la cristiandad. Alemania había sido una sociedad cristiana durante más de mil años, y la creencia en un Dios y una redención cristianos tras la muerte había sido fundamental para millones de vidas alemanas. Pero en *Mein Kampf*, Hitler apenas ofrece consuelo en este sentido. Más tarde alteraría su retórica sobre la religión de acuerdo con la época y la situación, pero su ideología esencial queda plasmada aquí. Y, aunque en una frase del libro afirma que «no puede concebirse una religión en el sentido ario que no esté convencida de que existe alguna forma de supervivencia después de la muerte»[99], la motivación del libro es un oscuro nihilismo. Hitler nunca entra en detalles sobre qué «forma» podría adoptar la vida después de la muerte ni si cree en ella como individuo. En consecuencia, la interpretación más coherente de *Mein Kampf* es que, si bien Hitler estaba dispuesto a creer en un Dios creador, no aceptaba la visión convencional cristiana del cielo y el infierno ni la supervivencia del «alma», un

análisis que, como veremos, resulta de muchas de sus afirmaciones privadas posteriores sobre la materia[100]. A juicio de Hitler, hay poco para la personalidad individual más allá de la experiencia del «aquí y ahora». Somos animales y, como tales, afrontamos la posibilidad de destruir o ser destruidos.

Hitler subraya la naturaleza animal de la vida humana con gráfico y desolado detalle. Ernest Becker exploraría las consecuencias de este tipo de creencias cincuenta años después con *La negación de la muerte*, una obra ganadora del Pulitzer en la que se preguntaba: «¿Qué vamos a pensar de una creación en la que la actividad habitual es que los organismos se destruyan unos a otros con dientes de todo tipo: mordiendo, desgarrando la piel, tallos de plantas, huesos entre los molares, engullendo con avaricia y placer la pulpa, incorporando su esencia a nuestro sistema y excretando el residuo con un hedor nauseabundo y gases, todo el mundo tratando de integrar a otros que sean comestibles para él?»[101].

Casi con total certeza, Hitler habría apoyado la visión que expresa Becker aquí. Hitler llegó a la conclusión de que la vida consistía en «destrozar» a los débiles, aunque discrepaba con la conjetura de Becker sobre el lugar al que nos lleva esta idea. Para Becker, pedir a la conciencia humana que conciba un mundo en el que el individuo debe extinguirse de modo inevitable después de una vida de lucha animal era demasiado. «… Es fácil darse cuenta de que se trata de una situación imposible para un animal. Creo que quienes especulan que la aprensión de la condición de un hombre lo volvería loco tienen razón, de una manera bastante literal.»[102] Por el contrario, para Hitler, la idea de que la vida consistía fundamentalmente en que los fuertes destruyeran a los débiles resultaba enormemente estimulante. Esto obedecía a que aunaba su visión casi darwiniana con la idea de la raza. No era solo que un individuo fuerte debiera destruir a otro débil, sino que grupos raciales enteros debían unirse para eliminar a otros. La raza «aria», escribía Hitler, era una raza «superior» responsable de «toda la cultura humana»[103]. La esencia del mensaje de Hitler era que la vida tenía significado porque el individuo formaba parte de una «raza». Los individuos que se subordinaban al bienestar de la «comunidad» racial llevaban una vida mejor. De este modo, la vida tenía un significado: podías no seguir viviendo como individuo, pero si llevabas una vida correcta, la comunidad racial a la que pertenecías florecería después de tu muerte.

Para Hitler, el componente clave de esta lucha por la supremacía racial era el judío. *Mein Kampf* rezuma animosidad en casi todos sus párrafos, pero el grueso de su odio va dirigido a los judíos. «Él [el judío] sigue siendo el típico parásito», escribe Hitler, «un vividor que, cual bacilo nocivo, no cesa de propagarse en cuanto un medio favorable lo invita.»[104] Y aunque Hitler no pide la muerte de todos los judíos, deja claro que el «sacrificio» de soldados alemanes en la línea del frente durante la primera guerra mundial «no habría sido en vano» si «doce o quince mil de esos corruptos hebreos del pueblo hubiesen sucumbido al gas venenoso…»[105]. Hitler también vinculaba el judaísmo al marxismo, y decía que el «destino» llamaba al

pueblo alemán a colonizar las tierras de «Rusia y sus estados fronterizos vasallos»[106], y conminaba a sus lectores a «no olvidar nunca que los gobernantes de la Rusia actual son delincuentes comunes manchados de sangre»[107].

Hitler había llegado a esta funesta y violenta visión gracias a la influencia de numerosas fuentes. De los darwinistas sociales extrajo la idea de que la esencia de la vida era la lucha; de Arthur de Gobineau, autor de *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, y sus seguidores, la idea de la superioridad de la raza aria; de los acontecimientos que tuvieron lugar en el frente oriental hacia el final de la primera guerra mundial —cuando Alemania había arrebatado terrenos agrícolas a la naciente Unión Soviética (unos terrenos que Alemania había perdido al término del conflicto) — la idea de crear un imperio en el Este; y de Alfred Rosenberg, un nazi oriundo de los estados bálticos, la idea de un vínculo entre el judaísmo y el bolchevismo. Después mezcló esos elementos dañinos en una filosofía potente y mortífera. Sus ideas estaban asentadas.

El argumento de Hitler era el siguiente: la vida era una batalla entre las razas por el espacio vital; el mayor peligro para la raza aria en su búsqueda de la victoria eran los judíos; la Unión Soviética estaba dirigida por judíos y contenía importantes tierras agrícolas que los alemanes arios necesitaban. Por tanto, crear un imperio alemán ario en los ricos territorios agrícolas del oeste de la Unión Soviética solventaría tres problemas de una tacada: acabaría con la amenaza del bolchevismo y los judíos y procuraría a Alemania un *Lebensraum*, un valioso «espacio vital».

Cada elemento de este engañoso argumento respaldaba al otro, cosa que confería a la visión de Hitler una firmeza enorme. Si alguien discrepaba con que los judíos constituían una amenaza, con que controlaban la Unión Soviética, o con cualquier otro aspecto del pensamiento político de Hitler, este se limitaba a replicar que la persona estaba «equivocada» y que era incapaz de ver lo que tenía delante. Pero una vez que aceptaba un elemento, dicha persona se embarcaba en un carrusel en el que una idea conducía a la otra.

Envuelto en esta visión esencial de odio, lucha y conquista, Hitler trató de hilvanar una historia coherente a partir de su autobiografía, demostrando la consistencia de sus opiniones a lo largo de su vida. Pero, como ya hemos comprobado, y como ha demostrado la investigación histórica durante los últimos veinte años, muchas de esas secciones autobiográficas eran un simple intento por reescribir la historia. Hitler nunca se mostró tan convencido de sus opiniones antes de 1919 como asegura en *Mein Kampf*.

No obstante, es una obra extraordinaria, sobre todo porque no existen indicios de que la gran mayoría de los alemanes coincidieran con los dos pilares que sustentaban la visión de Hitler: la intensa y sistemática persecución de los judíos y la necesidad de conquistar y colonizar los territorios occidentales de la Unión Soviética. Al fin y al cabo, la idea de «colonizar» algunas regiones de dicho país probablemente significaría otra guerra.

Por tanto, ¿qué clase de político propugna unas teorías que parecen imposibilitar su elección? Un político por convicción, podríamos aducir, alguien que primero expone unas directrices que resultan poco atractivas y después convence a la ciudadanía para que las secunde. Pero no es eso lo que sucedió en este caso. Cuando el Partido Nazi tuvo la posibilidad de dar un gran paso adelante —a partir de 1929—, Hitler se cuidó de otorgar relevancia a esas dos políticas. Seguía siendo antisemita, por supuesto, y todavía odiaba a la Unión Soviética, y jamás renunció públicamente a esas posturas, pero pretendía poner de relieve otras ideas que eran mucho más populares, como el rechazo a los tratados de paz firmados al final de la primera guerra mundial y un llamamiento a una nueva Alemania hermanada.

Pero, aunque más tarde no insistiera en el programa fundamental de *Mein Kampf* tanto como podrían denotar sus creencias, el libro seguía existiendo, y cualquiera que estuviese interesado en sus posturas podía leerlo. Como cabría esperar, muchos seguidores nazis no creían que las palabras de Hitler fuesen «literales». Johannes Zahn, un economista que respaldaba algunos aspectos de la política nazi, dice: «Leer *Mein Kampf* era exactamente como creer en las reivindicaciones de la Biblia. Son reivindicaciones, pero nadie pensaba que fueran a cumplirse al cien por cien»[108]. Para el diplomático Manfred von Schröder, *Mein Kampf* era un libro fácil de desestimar. «Nadie pensaba que *Mein Kampf*, que el hecho de que un joven hubiera escrito un libro, tuviese alguna importancia. ¡Qué pensarían los políticos de hoy sobre lo que escribieron hace veinte años! Así que nadie se lo tomó en serio. Creo que cuando era estudiante lo leí una vez y no me pareció interesante, así que no volví a abrirlo jamás. Debería haberlo hecho, pero no fue así.»[109] Herbert Richter, que combatió en la primera guerra mundial y más tarde se unió al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, dice que empezó a leerlo, pero que le resultó demasiado extravagante como para continuar. «Es lo que le ocurrió a la mayoría de la gente cultivada.»[110]

Esos comentarios, vertidos después de la guerra, pueden parecer interesados. Pero también es cierto que en aquella época mucha gente consideraba que *Mein Kampf* era difícil, si no imposible, de leer. A Benito Mussolini, por ejemplo, le resultó tan aburrido que fue incapaz de terminarlo[111]. Asimismo, debemos contextualizar una sección del libro en la que Hitler menciona el «gas venenoso» en relación con los judíos entre muchas otras páginas de un odio más generalizado que alientan a la persecución de los judíos y a arrebatarles la ciudadanía, pero no a asesinarlos en masa.

Sin embargo, aunque no existen pruebas de que la mayoría de los alemanes apoyaran en los años veinte las creencias aparentemente desaforadas que Hitler expresa en *Mein Kampf*, hay numerosos indicios de que muchos, como Johannes Zahn, creían que la influencia judía había «ido demasiado lejos» y, al igual que Herbert Richter, que el pacto al final de la primera guerra mundial había sido demasiado duro y que el territorio perdido —especialmente en el Este— debía ser

restituido. Así pues, al pedir la persecución de los judíos y la conquista de los territorios de la Unión Soviética, Hitler manifestaba una vez más y de manera extrema unas creencias que albergaban muchos alemanes con un carácter más moderado[112].

No obstante, es difícil leer *Mein Kampf* sin pensar que es obra de una mente obsesiva, casi desquiciada. Ello obedece en parte a la sensación de violencia que impera en el libro. «El hecho de que todos sus planes, incluso sus amistades, signifiquen un derramamiento de sangre», escribía Konrad Heiden, «es lo que otorga a esta política exterior su siniestra importancia. Hable de arte, de educación o de economía, siempre ve sangre.»[113] Pero en *Mein Kampf* es igualmente importante su enorme ambición y vanidad. Hitler era un terrorista convicto de treinta y cinco años que acababa de liderar a un pequeño grupo de seguidores en un intento desesperado de revolución en Bavaria. Sin embargo, trata de escribir un libro que afronta en gran medida con una propuesta de política exterior para Alemania, uno de los estados más importantes de Europa. Curiosamente, Hitler apenas reconoce a nadie más el desarrollo del Partido Nazi. No solo se sitúa en el centro de los acontecimientos, sino que, en la práctica, se describe como su único creador. «La combinación de teórico, organizador y líder en una sola persona es lo más inusual que puede encontrarse en esta Tierra», escribe en *Mein Kampf*. «Esta combinación distingue a un hombre extraordinario.»[114] Y no cabe duda de que, a la sazón, Hitler quería que el mundo pensara que él era ese «hombre extraordinario».

Mein Kampf, publicado en dos volúmenes, el primero en 1925 y el segundo al año siguiente, no vendió muchos ejemplares, al menos al principio. En 1929, por ejemplo, se habían vendido menos de quince mil copias del segundo volumen. Solo el ulterior éxito electoral de Hitler catapultó el libro a la estratosfera editorial con diez millones de ejemplares vendidos solo en Alemania en 1945[115].

Hitler salió de la prisión de Landsberg el 20 de diciembre de 1924, poco después de mediodía. Había cumplido solo parte de una condena de cinco años. El fiscal del estado bávaro se había opuesto a la libertad bajo fianza, pero el Tribunal Supremo de la región discrepaba y ordenó su liberación.

Durante la breve ausencia de Hitler, el Partido Nazi había empezado a desmembrarse. Alfred Rosenberg, elegido por Hitler para supervisar el movimiento nazi mientras estaba encarcelado, había sido incapaz de controlar a las diversas facciones. El hecho de que nombrara a Rosenberg, una persona débil y de mentalidad académica, como sustituto era uno de los primeros ejemplos de su negativa a permitir que alguien se convirtiera en una amenaza seria para su autoridad, aunque ello significara que el elegido fuese inadecuado para la tarea que tenía entre manos.

Al salir de Landsberg, Hitler no solo era líder del Partido Nazi, sino de gran parte de la derecha *Völkisch*. Asimismo, creía que los nazis debían probar una nueva manera de hacerse con el poder: las urnas[116]. En unas célebres declaraciones afirmaba: «Si superarlos en votos lleva más tiempo que ganarles a disparos, ¡al

menos los resultados estarán garantizados por su Constitución!».

Sin embargo, aunque le permitieron refundar el Partido Nazi al salir de la cárcel, a Hitler le estaba prohibido hablar en público en casi toda Alemania. No obstante, sus rivales políticos parecían desvanecerse. En marzo de 1925, Erich Ludendorff, el que fuera su socio en el *Putsch* de la Cervecería, se presentó —con resultados desastrosos — a las elecciones presidenciales alemanas, en las que obtuvo poco más de un 1 por 100 del voto. Ludendorff quedó destruido como fuerza política. Nadie volvería a decir que Hitler era inferior a él.

Hitler trabajó para consolidar su posición como líder. Y en ese sentido, el mayor desafío que tuvo que superar en los meses inmediatamente posteriores a su liberación fue Gregor Strasser. A petición de Hitler, este había trasladado su farmacia de Bavaria al norte de Alemania para ayudar a organizar el Partido Nazi. Strasser aprovechó la oportunidad para iniciar un debate dentro de aquel satélite septentrional acerca del contenido exacto de la política nazi. En las discusiones participó un joven seguidor suyo llamado Joseph Goebbels, un miembro relativamente nuevo del partido; se había afiliado a finales de 1924 y contaba con un doctorado en literatura alemana.

Strasser no pretendía derrocar a Hitler como líder del Partido Nazi, pero el hecho de que propusiera cambios en la política de la formación le parecía igual de peligroso. No estaba en juego si los nazis debían adoptar una perspectiva más socialista —que sin duda era el argumento que dividía a Strasser y Hitler—, sino la cuestión más genérica de si era un partido político «normal» que permitía el debate interno o un «movimiento» encabezado por un líder carismático.

Otro problema que afrontaba Hitler era que, al parecer, Strasser y los otros líderes del Partido Nazi en el norte de Alemania estaban tan enfrentados con la cúpula de Múnich —exceptuando al propio Hitler— como con todo lo demás. Y la manera que tuvo Hitler de enfrentarse con este aspecto de la disputa es uno de los primeros ejemplos de su método predilecto para resolver diferencias entre miembros destacados del partido. Su técnica —siempre que se sintiera capaz— consistía en no hacer nada. Intuitivamente reparó en que abalanzarse sobre un bando u otro solo serviría para alienar a la facción decepcionada. Ese estilo de liderazgo iba en contra de su profunda creencia en que la gente debía resolver las cosas por sí misma. Esa inacción también encajaba con su carácter un tanto indolente. En última instancia, debía de pensar, ¿qué importancia tenía que Gregor Strasser y algunos nazis del norte no soportaran a Julius Streicher y Hermann Esser, que vivían en Bavaria?

Pero esa actitud relajada cambiaba en un instante si Hitler consideraba que su autoridad personal como dictador absoluto del Partido Nazi era cuestionada. Y eso es lo que sucedió en noviembre de 1925, cuando el grupo de líderes nazis del norte pidió a Gregor Strasser que propusiera modificaciones al programa político que Hitler y Drexler habían confeccionado en 1920. Strasser mostró su disposición, pero algunas de sus nuevas propuestas —como la redistribución de la tierra— amenazaban el deseo de Hitler de convertir el Partido Nazi en una formación más atractiva para la

comunidad empresarial. Así pues, Hitler convocó un congreso especial el 14 de febrero de 1926 en Bamberg, al norte de Bavaria. A él asistieron Strasser y Goebbels, además de los devotos seguidores de Hitler en Múnich, entre ellos Esser, Streicher y Feder.

Como era habitual en él, Hitler no debatió con Strasser. Habló durante dos horas en términos didácticos, exponiendo su oposición inalterable —y, por tanto, también la del Partido Nazi— a todas las cuestiones políticas que Strasser y sus partidarios deseaban revisar. Goebbels estaba desconsolado. No solo le molestaba la opinión de Hitler de que la tarea del nazismo era destruir el bolchevismo —Goebbels quería trabajar con los soviéticos contra lo que él veía como el poder judío en Occidente—, sino también cómo se había llevado la reunión. Hitler hablaba, sus partidarios asentían, hubo un breve intercambio de opiniones, Strasser pronunció unas palabras y eso fue todo. El programa de partido seguía siendo exactamente igual a como fue redactado en 1920.

Según escribió Goebbels, él y Strasser no encajaban con «esos cerdos de ahí abajo», y ya no podía creer del todo en Hitler[117]. Estaba «desesperado». Pero también tenía la sensación de que Hitler se veía constreñido por los mandatarios del partido en Múnich y de que la única salida para Strasser y sus seguidores era hablar directamente con su líder.

Goebbels creía que solo podían resolverse las cosas si Hitler se apartaba de sus asesores «rebeldes», lo cual ejemplifica una actitud que se convertiría en algo habitual dentro del estado nazi. Esa idea de que «si Hitler lo supiera», todo quedaría resuelto, acabaría siendo una válvula de seguridad vital para que el régimen eximiera de críticas al líder. Pero lo sorprendente es que Goebbels no solo muestra esta actitud al principio del desarrollo del Partido Nazi, sino también cuando existen indicios demoledores que apuntan lo contrario. No fueron los «rebeldes» del partido quienes sermonearon a Strasser y Goebbels sobre su conducta errónea en Bamberg, sino el propio Hitler. Así pues, ¿por qué creía Goebbels que una posible salida era hablar con Hitler? Incluso en aquel momento, Adolf Hitler era la persona menos proclive en el mundo a cambiar de parecer en cualquier aspecto que juzgara de importancia.

Desde luego, la respuesta es que Goebbels estaba proyectando en la figura de Adolf Hitler lo que quería ver. Sabía que formaba parte de una estructura política que confería al líder una autoridad absoluta, así que la única manera de alterar las directrices del partido era creer que era posible hacer cambiar de opinión a su superior.

Hitler comprendía todo esto y se mostró dispuesto a reparar cualquier daño que hubiera sufrido su relación con Goebbels, ya que obviamente reconocía el valor potencial que tenía aquel intelectual radical de veintiocho años para el partido. Por ello, Hitler le escribió para pedirle que viajara a Múnich y ofreciera un discurso en abril de 1926. A consecuencia de ello, la actitud de Goebbels hacia Hitler dio un giro. Goebbels no se esforzó en convencerlo de que cambiara de parecer en los asuntos

clave que habían causado tanto revuelo en el mitin de Bamberg. Por el contrario, se deleitaba en lo que consideraba que era el carisma de Adolf Hitler. «Lo adoro», escribía en su diario. «Ha meditado todo esto. Una mente tan brillante puede ser mi líder. Me inclino ante el más grande, ante el líder político.»[118] Poco después escribiría: «Adolf Hitler, te adoro porque eres extraordinario y simple al mismo tiempo. A eso le llamo "un genio"»[119].

Los detractores de Goebbels[120] argumentaban que el motivo por el que había cambiado de opinión acerca de Hitler era que se había sentido seducido por los privilegios y el poder que rezumaba el Partido Nazi en Múnich —y en particular su líder— en comparación con el grupo de Strasser en el norte. Pero los diarios y las acciones de Goebbels en aquella época denotan una interpretación alternativa centrada en su sincera aceptación de la idea de que el Partido Nazi no era tal, sino un «movimiento», y de que Hitler no era tanto un líder político como un profeta casi religioso. Goebbels decidió abandonar el debate de Strasser sobre algunos detalles políticos y poner su fe en el criterio de Hitler en todos los asuntos de relevancia.

La importancia de la «fe» para comprender las acciones de los miembros del Partido Nazi en aquel momento es crucial, como afirmaba el propio Hitler. En 1927 decía: «Tened por seguro que nosotros también anteponemos la fe al conocimiento. Hay que creer en una causa. Solo la fe crea un estado. ¿Qué motiva a la gente a luchar por unas ideas religiosas? No es el conocimiento, sino la fe ciega»[121]. Al poner énfasis en la importancia de la «fe», Hitler se hacía eco de la visión de Benito Mussolini, quien en 1912 había escrito: «Queremos creer, tenemos que creer; la humanidad necesita un credo. La fe mueve montañas porque nos ofrece la ilusión de que las montañas se mueven. Puede que esa ilusión sea la única cosa verdadera en la vida»[122].

Rudolf Hess, a la sazón una de las personas más próximas a Hitler, también escribía sobre la importancia de generar una sensación de compromiso entre los seguidores nazis que fuera más allá de lo que se esperaba normalmente en un partido político tradicional. «El gran líder popular», aseguraba en 1927, «es similar al gran fundador de una religión. Debe comunicar a sus oyentes una fe apodíctica. Solo entonces puede orientarse a la masa de seguidores. En ese momento también seguirán al líder cuando tropiecen con algún revés; pero solo si les han comunicado la creencia incondicional en la rectitud absoluta de su pueblo». Hess observaba además que Hitler no debía «sopesar los pros y los contras como un académico»; nunca debía «brindar a sus oyentes la libertad de pensar que cualquier otra cosa era correcta»[123].

Cuando Hess manifestaba esas ideas, Hitler las había puesto en práctica hacía tiempo. El líder denotaba una inclinación natural a mostrar gran cantidad de cualidades que Hess exigía a «un gran líder popular». Una de las principales, como Hitler había demostrado a Goebbels en Bamberg, era la seguridad en la corrección de sus valoraciones. Pero lo aunaba a la certidumbre de que algún día los acontecimientos jugarían a favor de los nazis. En suma, el mensaje más importante

que quería transmitir a sus seguidores era la necesidad de «no perder la fe».

Obviamente, no todos los partidarios de Hitler lo aceptaban. Desde luego, ese era el caso de Gregor y Otto Strasser. Y la insistencia de Gregor en tratar a Hitler como un líder político «normal» y en cuestionar su criterio provocaría más conflictos. Pero la mayoría de los seguidores que se unieron al Partido Nazi en aquella época habrían tenido pocas opciones, excepto seguir la misma línea que Goebbels tras pasar cierto tiempo con Hitler después del mitin de Bamberg. La estructura y los sistemas del partido estaban grabados a fuego, y todos señalaban a un mismo lugar: Hitler como el líder que «nunca otorgaría a sus oyentes la libertad de pensar que cualquier otra cosa era correcta». A cambio de aceptar la omnipotencia de Hitler, los partidarios nazis obtuvieron —por utilizar la expresión de Ernest Becker— «una ideología comunal y firme de redención»[124].

A Hitler —sobre todo porque ya no parecía constituir una amenaza— le habían levantado en toda Alemania la prohibición de ofrecer discursos, empezando por Sajonia en enero de 1927, más tarde Bavaria en marzo de aquel mismo año y, por último, Prusia en septiembre de 1928. Sin embargo, aunque podía hablar abiertamente y los afiliados nazis se cifraban en unos cien mil en 1928, parecía haber pocas posibilidades objetivas de un gran paso adelante para el partido. El momento más bajo fueron las elecciones de mayo de 1928, cuando los nazis cosecharon solo un 2,6 por 100 del voto. Más de un 97 por 100 del electorado alemán seguía rechazando a Adolf Hitler y sus políticas.

En los comicios de 1928, dos de los doce escaños del Reichstag que consiguieron los nazis fueron para Goebbels y Göring. El primero explicaba con claridad cómo percibía sus responsabilidades parlamentarias en aquella Alemania democrática: «Entramos en el Parlamento para abastecernos en el arsenal de la democracia de sus propias armas… Si la democracia es tan estúpida como para regalarnos billetes [de tren] y unos salarios por realizar este trabajo, es asunto suyo… Nos negamos a cooperar con un montón de estiércol hediondo. Hemos venido a retirar el estiércol… No llegamos como amigos, ni siquiera como personas neutrales. Llegamos como enemigos. Igual que el lobo irrumpe en el rebaño, así venimos»[125].

Goebbels no estaba solo en su odio hacia la democracia. Era una actitud habitual en la extrema derecha. El coronel Von Epp, por ejemplo, también se presentó al Reichstag en 1928. Había liderado uno de los *Freikorps* más célebres y ahora anunciaba: «Se supone que soy parlamentario. Dudarán ustedes de que posea las cualidades necesarias para ese cargo. No las tengo. Nunca las tendré, porque nada depende de esas cualidades»[126]. Tras su elección, anotaba en su diario que el Reichstag era «un intento del cieno por gobernar. El cieno de la Iglesia, el cieno burgués, el cieno militar».

Pero, para los nazis, en 1928 era evidente que el «cieno» democrático estaba ganando. De hecho, escaseaba tanto el dinero que tuvieron problemas para financiar el mitin de su partido celebrado en Núremberg ese mismo año[127]. Sin embargo, en la

sociedad alemana se detectaban indicios que infundían cierta esperanza a un Partido Nazi que necesitaba una crisis para progresar. Los agricultores alemanes sufrían debido a la caída del precio de los alimentos en el mercado internacional. Puesto que la relativa prosperidad del gobierno de Weimar se había cimentado en los préstamos de Estados Unidos para pagar a los británicos y los franceses las indemnizaciones, era una economía frágil, y ya daba muestras de resquebrajarse.

Gustav Stresemann, secretario de Asuntos Exteriores del gobierno, trabajaba duro para estabilizar la posición de Alemania. Había convencido al ejecutivo de que firmara el pacto de Kellogg-Briand en 1928, que comprometía al país a una resolución pacífica de los problemas internacionales. En febrero de 1929, Stresemann aprovechó la buena voluntad imperante para negociar el Plan Young, mediante el cual podría reducirse la carga de las reparaciones alemanas.

En aquel momento de la historia, Stresemann era inusual, en el sentido de que se trataba de una importante figura política a la que le preocupaban profundamente Hitler y los nazis. Como recuerda Theodor Eschenburg: «Estaba a menudo con Stresemann, el entonces ministro de Asuntos Exteriores. Era un liberal de derechas. Lo recuerdo muy bien. Era el día de Pentecostés de 1929. Una noche, Stresemann empezó a hablar de Hitler y dijo: “Es el hombre más peligroso de Alemania. Posee una retórica endiablada y un instinto sin igual para la psicología de masas. Cuando me retire, viajaré por todo el país y me desharé de ese hombre”. Allí estaban también algunos miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores. No entendimos a Stresemann y pensamos: “¿Ese partidito? Déjelo gritar”»[128].

Gustav Stresemann sufrió una embolia y murió el 3 de octubre de 1929, unos días antes de la debacle de Wall Street. Y en medio de aquella nueva crisis económica, millones de personas responderían por primera vez a la carismática oferta de liderazgo de Hitler. Ahora, cuando Hitler gritara, la gente escucharía.

5

Ofreciendo esperanza en una crisis

Entre 1929 y 1933, millones de alemanes dieron la espalda a sus anteriores filiaciones políticas y decidieron apoyar a Adolf Hitler y los nazis, y lo hicieron a sabiendas de que el líder pretendía destruir el sistema democrático y de que secundaba algunos actos de violencia criminal.

Dos acontecimientos de 1932 ilustran la extraordinaria naturaleza de lo que estaba sucediendo en aquella nación culta situada en el corazón de Europa. En un discurso electoral[129] —uno de los primeros que se grabaron con sonido sincronizado—, Hitler se mofaba de la democracia multipartidista de Alemania y de las aproximadamente treinta formaciones que se enfrentaban a los nazis. Anunció que tenía «un objetivo», que era «expulsar a los treinta partidos de Alemania». Se jactaba con orgullo de que los nazis eran «intolerantes» y de que había «más en juego [en las elecciones] que decidirse por una mera coalición». Difícilmente podría haber sido más explícito sobre su intención de crear un estado totalitario. En agosto, Hitler ofreció su «lealtad sin límites[130]» y su apoyo a cinco soldados de asalto nazis que acababan de ser condenados a muerte por el asesinato de un comunista en Potempa, en la región de Silesia. Hitler no negó que se hubiera producido el asesinato, ni tampoco que los cinco nazis lo hubieran cometido. Simplemente dijo que el veredicto contra ellos había sido «monstruoso». De este modo, Hitler, que aspiraba a ser canciller de Alemania, se alineaba con los asesinatos extrajudiciales.

A la luz de todo eso, ¿cómo pudieron decidir tantos alemanes que Hitler debía llegar al poder y qué papel desempeñó su supuesto «carisma» en el indudable triunfo electoral de los nazis?

La condición previa más importante para la creciente popularidad de Hitler fue el aparente fracaso de la democracia ante la crisis económica. En marzo de 1930, la coalición de los socialdemócratas y el Partido Popular Alemán que había gobernado el país se desmoronó al no llegar a un acuerdo para la gestión de la crisis. Para muchos, como el seguidor nazi Bruno Hähnel, aquello era una prueba de la necesidad de un cambio radical. El Reichstag era conocido como el «círculo de la cháchara» entre Hähnel y sus amigos porque creían que todos los partidos políticos —muchos de los cuales representaban a grupos de interés concretos— hacían poco más que hablar. Por ello, decía, «nuestro objetivo era que un hombre fuerte tuviera voz y voto, y contábamos con ese hombre fuerte… Hoy la gente habla mucho de la República de Weimar, pero era un desastre, al menos para nosotros… A partir de 1929, estaba dispuesto a apostarme con cualquiera, incluso con mi padre, que los

nacionalsocialistas llegaríamos al poder»[131].

También imperaba la sensación de que bajo el gobierno de un «hombre fuerte» el país estaría unido por fin. Se creía que aquella «difícil situación [económica]» debía controlarse por medio de la «solidaridad», que fue crucial para que Fritz Arlt, que en 1930 era un estudiante de dieciocho años, ingresara en el Partido Nazi. Debido a la influencia de su hermano mayor, había coqueteado con la idea del marxismo, pero ahora creía que la «solidaridad del socialismo» a través de las fronteras nacionales, tal como predicaba Marx, era imposible, ya que cada país velaba por sus intereses. «Los socialistas del extranjero nos abandonaron», dice Arlt. «Así que me pareció que esa otra solución era mejor [el nazismo]. Cabe añadir que la gente que representaba esa idea era más creíble. Eran exsoldados. Eran trabajadores. Eran personas que vivían de acuerdo con sus creencias. Puede que ahora parezca propaganda, pero no lo es. Así me sentía entonces… En nuestro grupo había un albañil, un propietario de una fábrica y un aristócrata. Estaban todos juntos en ello. Éramos, simple y llanamente, una unidad, y nos apoyábamos unos a otros. Una segunda característica es que teníamos que compartir. Dicho de otro modo: era una comunidad nacional. El rico da al pobre, y había mucha pobreza en aquellos tiempos.»[132]

Fritz Arlt esboza una visión «positiva» del nazismo que el propio Adolf Hitler habría firmado palabra por palabra. Pero Arlt también sabía que una de las creencias fundamentales del nazismo era la idea racista de que aquella nueva «comunidad nacional» se definiría excluyendo a otros alemanes, en especial los judíos. «En mi opinión, racista no es la palabra adecuada», afirma Arlt, quien diez años después, como miembro de las SS, desempeñaría un papel protagonista en la limpieza étnica de los nazis en Polonia. Prefiere decir que los nazis creían «en órdenes naturales» que iban contra el «multiculturalismo». «No había una teoría de la mezcla [racial]», añade. «No existía».

En enero de 1930, solo cuatro meses después del *crack* de Wall Street, había más de tres millones de alemanes sin empleo y, contando a los trabajadores a tiempo parcial, puede que incluso cuatro. En ese ambiente de crisis, muchos ciudadanos escucharon el mensaje de «solidaridad» y unidad nacional de Hitler, al punto de que los nazis lograron un asombroso ascenso en las elecciones generales de septiembre de 1930. El porcentaje del voto pasó del 2,6 al 18,3 por 100, y a la sazón eran la segunda formación más importante del Reichstag, con más de cien escaños. Y lo que es más importante, este excepcional resultado se obtuvo sin ofrecer al electorado un programa político detallado. Era casi como si la población alemana votara a favor de una idea emocional que se manifestaba físicamente en la carismática persona de Adolf Hitler.

Desde luego, esa es la impresión que se llevó Albert Speer cuando oyó a Hitler hablar a un grupo de estudiantes en una cervecería. «Me vi arrastrado por la oleada de entusiasmo que llevaba al oyente de una frase a otra. Podías sentirlo físicamente… Al final, Hitler ya no parecía hablar para convencer; por el contrario, parecía sentir que

estaba expresando lo que el público, que en ese momento se había transformado en una única masa, esperaba de él.»[133]

A Speer le afectó tanto el discurso de Hitler que después del mitin dio un largo paseo por un bosque de pinos y pensó en lo que había oído. «Me pareció que allí había esperanza», concluía[134]. En su autobiografía, Speer subraya que decidió convertirse en «seguidor de Hitler» más que en miembro del Partido Nazi (aunque se afilió en 1931), y que había sido una elección más emocional que intelectual. «Volviendo la vista atrás, a menudo tengo la sensación de que algo me elevó por encima del suelo, me arrancó todas mis raíces y arrojó sobre mí un gran número de fuerzas extrañas.»[135]

Pero Speer —como muchos otros que se sintieron conmovidos por las palabras de Hitler— ya se mostraba receptivo a su mensaje. Su profesor, Heinrich Tessenow, a quien adoraba por considerarlo un héroe, había hablado con anterioridad de la importancia de recuperar las sencillas virtudes «del campesino» frente a la urbanización galopante, y también anhelaba una figura «simple» que liderara Alemania, unas palabras que, para Speer, parecían «ser sinónimo de Hitler»[136].

Por supuesto, Speer basó su defensa en Núremberg en la idea de que se había intoxicado de Hitler, negando que apoyara fríamente los objetivos racistas y antisemitas del partido. Pero, aunque es más que probable que estuviera al corriente del Holocausto y que participara en las posteriores atrocidades del régimen —cosa que negó después de la guerra—, este testimonio temprano parece sincero, no solo porque en 1931 era arquitecto, y no el ministro de Armamento en el que acabaría convirtiéndose, sino porque muchos otros alemanes expresaban opiniones similares en aquel momento y más tarde. Para esos alemanes —Speer incluido—, el componente clave del carismático atractivo de Hitler a principios de los años treinta era un sentido de conexión. Hitler hablaba explícitamente sobre sus necesidades, y ellos respondían con gratitud.

Entre 1930 y 1932, la crisis económica empeoró aún más. A comienzos de 1932, más de seis millones de alemanes estaban en paro. «Era muy deprimente ver la cantidad de gente que había en la calle», rememora Herbert Richter, «buscando cualquier trabajito. Cuando llegabas en tren, te cogían la maleta de las manos para ganarse unas monedas.»[137]

«Seis millones de desempleados. ¿Qué significaba eso?», dice Johannes Zahn, que en aquel momento era un joven economista. «Seis millones de desempleados significa que, con familias de tres miembros, ¡seis por tres son dieciocho millones de personas sin comida! Y, por aquel entonces, cuando un hombre estaba en paro, solo quedaba una cosa: hacerse comunista o ingresar en las SA [soldados de asalto nazis].»[138] A principios de 1932, había más de doscientos cincuenta mil miembros de las SA, el triple que un año antes. Luciendo camisa marrón y portando banderas nazis, eran una imagen habitual, no solo desfilando por las ciudades y pueblos alemanes, sino también enfrentándose a grupos de jóvenes comunistas. La

desesperación económica estaba llevando a un choque violento en las calles. Parecía que la sociedad alemana estaba escindiéndose a medida que crecía no solo el apoyo a los nazis, sino también a los comunistas.

Alois Pfaller era uno de los numerosos jóvenes comunistas que participaron en la lucha contra los nazis. Como aprendiz de pintor y decorador a comienzos de los años treinta, se había unido al Partido Comunista Alemán en Bavaria porque despreciaba las políticas antisemitas de los nazis y porque no creía que guardaran relación alguna con el bienestar de todos y cada uno de los alemanes. «Cuando desfilaban, no percibías que representaran los intereses de los trabajadores, del pueblo, no decían que debían tener trabajo y demás. Solo apoyaban a su *Führer* y mencionaban lo espléndido que era el Reich que querían construir.»[139]

Pfaller se dio cuenta de lo preparadas que estaban las SA para emprender el combate contra los comunistas cuando alquiló una sala de la Bürgerbräukeller, en Múnich, para celebra un mitin. Llegó temprano y descubrió que varios miembros de las SA ocupaban dos mesas. «Todos los SA tenían un *stein* [un vaso grande de cerveza] delante de ellos. Era prácticamente un mísil. Ya te imaginabas qué iba a ocurrir: querían impedir el mitin… ¡Me quedé estupefacto! Entonces mandé a mi gente a buscar ayuda en bicicleta… refuerzos».

Una vez que llegaron más camaradas, Pfaller trató de iniciar el mitin, pero en cuanto el primer orador se dirigió hacia el estrado comenzó la pelea. Los soldados de asalto nazis se enfrentaron a los comunistas, y se utilizaron sillas, botellas y vasos a modo de armas. Alois Pfaller resultó herido y se retiró de la batalla. «Me metí en los lavabos y tenía sangre en la cabeza. Para huir de la policía salí por la ventana del baño y recorrí el canalón a gatas, salté a una nave y bajé. Luego desaparecí. Tenía la cara ensangrentada y me vi obligado a subirme al tranvía, pero allí también había gente de las SA, así que me pareció demasiado arriesgado e intenté llegar a casa [a pie]. La batalla fue bastante encarnizada. Varias personas, algunas de las SA, fueron hospitalizadas. Tenían heridas en la cara. Algunos de los nuestros también. Hubo numerosos heridos».

En medio de ese descontento civil —unos problemas a los que contribuían los propios nazis—, Hitler trató de posicionarse como el mesías político que guiaría a los alemanes para salir del caos. Y en ese contexto hizo hincapié en temas de renovación nacional. Habló de suprimir un sistema democrático que, según él, le había fallado a Alemania, y de «enmendar» los «errores» del tratado de Versalles. Su obsesión con el antisemitismo —algo que dominaba las páginas de *Mein Kampf*— no cobraba protagonismo. Así, aunque continuaba manteniendo que en Alemania existía un «problema judío» que había que resolver, el 15 de octubre de 1930 llegó a decir: «No tenemos nada en contra de los judíos decentes; sin embargo, en cuanto conspiran con el bolchevismo los vemos como un enemigo»[140].

En julio de 1931, el gigantesco Danat-Bank alemán se desplomó[141]. De resultas de ello, no solo sufrían los millones de desempleados de Alemania, sino también

algunos sectores de la clase media. La familia de Jutta Rüdiger fue una de las afectadas, y su padre se vio obligado a aceptar una rebaja salarial. Ahora estaba predispuesta a la influencia del carismático atractivo de Adolf Hitler y, cuando lo oyó en un mitin electoral en 1932, se convenció de que era su salvador. «No se oía un murmullo, y entonces empezó a hablar con mucha tranquilidad. Hablaba lentamente, con una voz sonora y, siempre calmado, quedó atrapado en su propio entusiasmo. Describió cómo se podía ayudar al pueblo alemán, cómo podía salir de aquella miseria. Y cuando terminó el mitin, tuve la sensación de que aquel hombre no pensaba en sí mismo y en su provecho, sino en el bienestar del pueblo alemán.»[142]

Hitler había fomentado cada vez más el vínculo de poderoso idealismo que supuestamente había unido a las tropas alemanas que sirvieron en la línea del frente durante la primera guerra mundial[143], e hizo un llamamiento a un regreso a esa «camaradería» de las trincheras y a que todos los alemanes «verdaderos» trabajaran juntos. Según relata Jutta Rüdiger: «Me contaron que un soldado de la línea del frente había dicho: “En caso de necesidad real, ni unos orígenes aristocráticos ni el dinero serán de ayuda. Lo único que importa es la camaradería, la voluntad de ayudar y permanecer unos junto a otros. Y si pasamos apuros en la Alemania actual, debemos estar unidos y tirar de la cuerda en la misma dirección”»[144].

A Hitler le resultó útil establecer un vínculo directo entre su «heroico» servicio durante la guerra, la «misión» que adoptó después en respuesta a la «traición» a esos nobles soldados, y la miseria que imperaba en la sociedad alemana y que él atribuía al legado de un «mentidero» democrático de inspiración judía y esclavo de los países que se beneficiaron de la derrota de Alemania. Por tanto, el hecho de que un periódico de Hamburgo llamado *Echo der Woche* publicara el 29 de febrero de 1932 un artículo que aseguraba que Hitler se había inventado algunos aspectos de su historia personal durante la guerra supuso una considerable amenaza para su creciente reputación[145]. El artículo, que fue escrito por un alto mando del regimiento de Hitler pero publicado de forma anónima, alegaba que este no había combatido nunca en el frente, sino que había vivido detrás de las trincheras como mensajero, y que le habían concedido la Cruz de Hierro porque conocía a los oficiales que proponían a los soldados para tales condecoraciones. Hitler se dio cuenta de lo perjudicial que podía llegar a ser un ataque de esa índole para su «heroísmo». Sabía por instinto —como dijo el profesor Nathaniel Shaler en 1902— que «el sacrificio valiente por cuestiones de fe» es, «al menos para el hombre verdaderamente civilizado, el de más valor»[146]. El carismático atractivo de Hitler se cimentaba en su «valor personal» y no podía permitir que fuera cuestionado.

Así pues, Hitler actuó con presteza para demandar a *Echo der Woche* por calumnia. Solo un alto mando militar —no la persona que había escrito el artículo— se ofreció a presentar pruebas que respaldaran al periódico, mientras que los nazis recabaron una serie de testigos dispuestos a defender el honor de Hitler. Y puesto que el artículo era anónimo y contenía un error flagrante, ya que alegaba que Hitler había

desertado del ejército austríaco, el periódico perdió el caso. De este modo, Hitler convirtió aquel posible perjuicio a su imagen carismática en una ventaja. Había «demostrado» ante un tribunal que había sido un «héroe» en la primera guerra mundial.

Pero Hitler no solo había hecho frente a acusaciones sobre su historial en tiempos de guerra. En 1931 corrieron rumores sobre su vida personal. Y dado que los alemanes decidirían si votaban a los nazis basándose en gran medida en el atractivo carismático de Adolf Hitler, era muy importante para las posibilidades de éxito electoral del partido que su vida privada fuese tan irreprochable como al parecer lo era su trayectoria bélica a la luz del veredicto de *Echo der Woche*.

Pero las preguntas formuladas a Hitler sobre su sexualidad eran mucho menos sencillas que aquellas relacionadas con sus hazañas de guerra. El 19 de septiembre de 1931, Geli Raubal, la sobrina de Hitler, fue hallada muerta en su piso de la segunda planta de Prinzregentenplatz número 16, en Múnich. Se había disparado con la pistola de Hitler. Algunos periódicos, entre ellos el *Münchener Post*, que había manifestado duras críticas contra los nazis y su líder durante años, empezaron a plantear una serie de interrogantes incómodos sobre la posible implicación de Hitler en el caso, interrogantes que amenazaban con perjudicar su cuidadoso posicionamiento como un hombre «solo», un héroe soltero y carismático que había sacrificado su felicidad personal por el bien de Alemania.

Hitler estaba obsesionado con Geli, hija de su hermanastra Angela, que ejercía de ama de llaves. Geli se había rebelado contra las asfixiantes atenciones de su tío y trabó amistad —o tal vez una relación sexual— con Emil Maurice, el chófer de Hitler. Este se puso furioso cuando lo descubrió, y Maurice temía incluso que intentara matarlo[147].

Pero la pregunta clave —si no formulada de forma directa, sí implícita— era cuál había sido con exactitud la relación entre Hitler y Geli. Varias fuentes, principalmente personas que guardaban rencor a Hitler, salieron al paso asegurando que este había mantenido una relación sexual con Geli y que había llegado a tales extremos de perversión que contribuyó a su decisión de quitarse la vida.

Pero, aunque no había ninguna prueba directa que vinculara a Hitler con una relación sexualmente inadecuada con su sobrina —y, de haber existido, podrían haber acabado con sus posibilidades de subir al poder a principios de los años treinta—, sí era obvio el efecto devastador que tuvo su muerte en él. En sus memorias, Leni Riefenstahl describe un encuentro con Hitler en su piso de Múnich en la Navidad de 1935, durante el cual abrió una habitación y sacó un busto de Geli «engalanado con flores»[148]. Más tarde, Hitler le dijo que había «querido mucho» a Geli y que «era la única mujer» con la que podría haberse casado. Inmediatamente después de su fallecimiento en 1931, Hitler se encontraba en tal estado emocional que recurrió a Gregor Strasser para que lo ayudara a sobreponerse de la crisis, lo cual resultaba irónico, ya que el hermano de este último realizaría en el futuro alegaciones de

impropiedad sexual contra él.

La obsesión de Hitler con Geli no demostraba que de repente necesitara una relación íntima entre iguales. No buscaba una amistad ni una pareja emocional en ella. Por el contrario, pretendía dominarla por completo. Lejos de mostrar un lado tierno del personaje de Hitler, el episodio de Geli constituye otra prueba de su incapacidad para conectar íntimamente con otro ser humano de forma normal.

Igual que hizo en el caso de *Echo der Woche*, Hitler consiguió proteger su imagen, pese al suicidio de su sobrina en su piso. Los rumores acerca de una relación sexual entre Hitler y Geli quedaron en habladurías no probadas. Hitler recobró la compostura tras su muerte, pero —como descubrió Riefenstahl— convirtió su habitación en un templo a ella. Hitler decidió continuar su coqueteo ocasional con una joven rubia y descerebrada llamada Eva Braun, a la que había conocido en la tienda de fotografía de Heinrich Hoffmann, y dedicar buena parte de su tiempo —como había hecho durante años— a la política.

La cuestión a la que Hitler debía responder con urgencia es si debía enfrentarse a Paul von Hindenburg por la presidencia en 1932. No había grandes posibilidades de victoria; pese al reciente éxito electoral de los nazis, Hindenburg ofrecía a la población alemana una alternativa mucho más unificadora como jefe de estado. Pero una campaña ruidosa e intensa podía contribuir al perfil público de Hitler, aunque unos malos resultados en las urnas resultarían humillantes. Fue una elección difícil, y durante semanas Hitler fue incapaz de decidir.

Vacilar no es una cualidad normalmente asociada a un líder carismático; pero Hitler sin duda la poseía. Goebbels, por ejemplo, había protestado por su tardanza en decidir si expulsaba a Otto Strasser del Partido Nazi en 1930. «Es muy típico de Hitler», escribía en su diario el 25 de junio de 1930. «Hoy ha vuelto a echarse atrás. Hace promesas y no las cumple.»[149] Pero, como hemos visto, las dudas de Hitler no debían confundirse con una falta natural de decisión. En las grandes cuestiones y los objetivos últimos, Hitler siempre era claro. En cuanto a las tácticas que debía seguir, a menudo se mostraba más equívoco. Al demorar la toma de decisiones, podía esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, algo que, a su juicio, permitía que la decisión tuviese más posibilidades de acierto. Y así fue, sin duda, con la expulsión de Otto Strasser en verano de 1930. Al vacilar, Hitler ahuyentó la idea que tenían otras figuras destacas del partido y permitió a Strasser dejar todavía más clara su oposición.

Asimismo, la decisión de aspirar o no a la presidencia en realidad estuvo muy bien sopesada y, a la postre, Hitler pensó que tenía más que ganar enfrentándose a Hindenburg que evitando la competición. Fue una batalla que a Joseph Goebbels en particular le encantaba. Este había sido nombrado jefe de la maquinaria propagandística nazi en abril de 1930 y, dos años después, iba a demostrar que se había convertido en un político formidable. La campaña de Hitler a la presidencia sería célebre por el uso de aviones para llevarlo de un mitin a otro. La imagen del

Führer descendiendo de los cielos como un semidiós, que más tarde sería utilizada por Leni Riefenstahl para inaugurar su filme propagandístico *Triumph des Willens* («El triunfo de la voluntad») en 1934, tuvo su origen en esa campaña presidencial. Pero el trabajo de Goebbels en 1932 no se limitaba ni mucho menos al uso de los viajes por aire. La coordinación de artículos de prensa en toda Alemania, la escenografía de los mítines y la utilización de un cartel revolucionario en el que aparecía la cabeza de Hitler resaltada sobre un fondo negro fueron algunas de las técnicas propagandísticas en las que los nazis fueron pioneros. Casi todas esas innovaciones eran un intento por crear una mística carismática en torno a la figura de Adolf Hitler.

Johann-Adolf Graf von Kielmansegg, un oficial del ejército de poco más de veinte años, fue uno de los que oyeron hablar a Hitler durante la campaña. «Por aquel entonces, Hitler era el primer y único político que utilizaba todos los medios de transporte modernos. A los demás políticos solo los veíamos en los informativos o leíamos sobre ellos en los periódicos. Hitler estaba en todas partes, volaba de un lugar a otro, de un mitin a otro.

»Así que hubo un acto en Kassel. En aquel momento yo estaba en el cuartel de la ciudad y, por puro interés y curiosidad, digámoslo así, me acerqué con un compañero. Quería verle y escucharle. Se celebró debajo de una gran carpa. Al parecer asistieron siete mil personas… y lo que me impresionó al principio fue que Hitler no se encontraba allí. En aquel momento no nos dimos cuenta, lo sabemos hoy, pero formaba parte de sus tácticas, de sus métodos. Hacía esperar a la gente deliberadamente. Creo que esperamos dos o tres horas. Normalmente, cuando tienes que esperar tanto tiempo, te impacientas, pero esperar a aquel hombre apaciguaba a la gente. Me impresionó.»[150] Cuando Hitler llegó y habló, a Kielmansegg —que se encontraba en la parte posterior— no le pareció que estuviese oyendo nada especial. Era, dice, «lo que se leía en los periódicos». Pero lo que sí le causó una impresión duradera fue la conducta de la enorme multitud que había aguardado tan pacientemente la llegada de Hitler. Para él estaba claro que «esperaban a un salvador».

Las apelaciones de Hitler a los altos mandos del ejército alemán eran más directas que las vagas promesas de redención nacional que hacía a la población en general. Hitler ofrecía a los miembros de las fuerzas armadas la salvación de la «vergüenza» de la derrota y la mengua generalizada de su prestigio, como la que sufrieron tras la primera guerra mundial. «Yo nací en 1912», dice Ulrich de Maizière, por aquel entonces un joven oficial, «así que mi conciencia se desarrolló en los años veinte, con todos los problemas económicos de la República de Weimar y las cargas del tratado de Versalles, que toda la nación alemana consideraba una desgracia. Habíamos perdido territorios, teníamos que pagar indemnizaciones y, además, llevábamos el peso de la culpa por una guerra que el pueblo alemán no aceptó, la culpa de la guerra de 1914… Y entonces llegó un hombre proclamando una revolución nacional.»[151]

Fue por esa época cuando Theodor Eschenburg asistió también a su primer mitin. Como hemos visto, en 1929 Eschenburg consideraba a Hitler una amenaza política. Pero en ese momento lo veía de otra manera: «No volví a experimentar nunca algo así, cómo un hombre podía dominar un mitin masivo de una manera tan cautivadora, como hizo en el Sportpalast [en Berlín]. Me impresionó enormemente y me asustó al mismo tiempo. Allí estaba yo sentado y, a izquierda y derecha y detrás, los nacionalsocialistas gritaban con entusiasmo. Esto sucedió cuando Hitler hizo entrada, como si fuera un Dios. Era un hombre mesiánico. Era impresionante y aterrador al mismo tiempo»[152].

Eschenburg tuvo la sensación de que el público respondía con tanta pasión a Hitler por dos motivos: «Por un lado estaba la desesperación [por la crisis económica] y, por otro, la genialidad de Hitler para la psicología de masas». Eschenburg, un sofisticado crítico en materia política, se dio cuenta de que «Hitler no prometía nada. Siempre decía: “Solo por el pueblo alemán” y “tenemos que liberar al pueblo del marxismo”. Pero no hacía promesas concretas. Lo detecté muy fácilmente… Solo admiraba su técnica».

La decisión de Hitler de competir con Hindenburg por la presidencia tuvo su recompensa. Como cabía esperar, no ganó, pero obtuvo un 30 por 100 del voto popular en la primera ronda de las elecciones, celebrada el 13 de marzo de 1932, y casi el 37 por 100 en el enfrentamiento directo con Hindenburg que tuvo lugar al mes siguiente. Hitler ocupaba ahora una posición preponderante en el Estado alemán; después del presidente Hindenburg, era el individuo más importante en la esfera política. Pero el problema que afrontaba ahora era aparentemente insalvable. Hindenburg no creía que Hitler fuera la persona adecuada para convertirse en canciller de Alemania. No importaba que tres meses después de presentarse al cargo, Hitler condujera a los nazis a una asombrosa victoria en las elecciones generales de julio de 1932. Los nazis eran el partido más numeroso del Reichstag con 230 escaños y un porcentaje del voto de casi el 38 por 100. Hindenburg no pensaba pedir a Hitler que formara gobierno.

Hindenburg no rechazó a Hitler porque, en calidad de presidente del Reich, tenía un compromiso con la democracia en Alemania. Durante dos años, el Reichstag había sido poco menos que irrelevante, y Alemania estaba gobernada por un decreto presidencial conforme al artículo 48.º de la Constitución de Weimar. Muchas figuras poderosas que rodeaban a Hindenburg, como el secretario de estado Otto Meissner y el aristócrata Fritz von Papen, que había sucedido a Brüning como canciller a finales de mayo de 1932, tampoco eran amigos de la democracia. Todos eran partidarios de una solución autoritaria para los problemas que padecía Alemania en aquel momento, una solución que pudiera afrontar la crisis económica y poner freno al Partido Comunista. No se oponían a la supresión de la democracia. Simplemente, Hitler no era la clase de persona que querían como canciller de Alemania.

Según el secretario de estado Otto Meissner, Hindenburg dijo a Hitler el 13 de

agosto que «no podría justificar ante Dios, ante su conciencia o ante la patria la transferencia de toda la autoridad del gobierno a un único partido, especialmente un partido que se enfrentaba a la gente que opinaba diferente»[153].

Las posibilidades de éxito de Hitler parecían haberse desvanecido. Cómo superó el devastador juicio de Hindenburg y se convirtió en canciller de Alemania cinco meses después es una de las historias políticas más interesantes de los últimos cien años.

6

Certeza

La historia de cómo Hitler superó el rechazo inicial del presidente Hindenburg y se convirtió en canciller de Alemania no es, como algunos nazis creían, una prueba del «destino» de su líder. Por el contrario, ilustra dos percepciones distintas del carisma de Hitler. Una demuestra el efecto de dicho carisma en sus comprometidos seguidores, y la otra, paradójicamente, nos recuerda una vez más que muchas personas eran por completo inmunes a sus poderes de seducción.

El primer motivo del éxito de Hitler fue la fuerza de su intransigencia. Se negaba a aceptar cualquier cosa que no fuera la cancillería, incluso cuando el éxito parecía imposible. La certeza de que todo saldría bien fue una inspiración para sus seguidores. Tras su desastroso encuentro con el presidente Hindenburg el 13 de agosto de 1932, Hitler debatió las consecuencias con sus colegas nazis. «Hitler conserva la calma», plasmaba Goebbels en su diario. «Está por encima de las maquinaciones. Le quiero.»[154]

Puede que Hitler no estuviera nervioso por las trabas de Hindenburg, pero muchas personas que lo rodeaban sí. ¿Qué sentido tenía, preguntaban, evitar una revolución violenta y aferrarse a las urnas si Hindenburg todavía podía frenar a los nazis aunque fueran la formación más importante del Reichstag? Gregor Strasser, una figura destacada del Partido Nazi, quería encontrar una solución pragmática para eludir al presidente.

Pero Hitler no transigía en su exigencia más importante: que debía ser nombrado canciller de Alemania. Como reconocía el entonces titular del cargo, Franz von Papen, en una declaración realizada en Múnich en octubre de 1932, Hitler no era un político «normal» y el movimiento nazi tampoco era un partido político «corriente». Se refirió al Partido Nazi como una «religión política[155]» cuyos seguidores profesaban una «fe mística y mesiánica» a Hitler.

Aunque Von Papen sabía que millones de alemanes reconocían en aquel momento a Hitler como un «mesías místico», él era inmune a su carisma. Cuando lo conoció, en verano de 1932, lo encontró «curiosamente mediocre»[156]. Si bien «había oído hablar a menudo de la cualidad magnética» de los ojos de Hitler, no tenían ningún efecto sobre él. Von Papen escribió: «Era incapaz de encontrar una cualidad interior que pudiera explicar su extraordinario dominio sobre las masas».

El pasado aristocrático de Von Papen y su carácter le hacían sentirse superior al mezquino agitador que tenía delante en junio de 1932. Sus escritos sobre el tema —compuestos después de la guerra— todavía están llenos de condescendencia y

petulancia, aunque esos fueron algunos de los rasgos de su personalidad que contribuyeron a llevar a Hitler al poder. Von Papen escribe como un profesor que puntúa a las diversas personalidades con las que se encuentra. Este, por ejemplo, es su veredicto sobre Mussolini: «El dictador italiano me pareció un hombre de un calibre muy distinto a Hitler. Es corto de estatura, pero con un aire de gran autoridad, y su enorme cabeza transmitía la impresión de un carácter muy fuerte». A diferencia de Hitler, Mussolini era un hombre de un «encanto inmenso», mientras que el primero «siempre mostraba algo de incertidumbre». Mussolini, en opinión de Von Papen, «sería una buena influencia para Hitler»[157].

Esta fue una apreciación errónea sobre las cualidades de personalidad y liderazgo de Adolf Hitler, y es el segundo motivo crucial por el que este pudo proclamarse canciller. Von Papen, como muchos miembros de la élite alemana, sobrestimó enormemente su capacidad para controlar a Hitler. Como exoficial del ejército y diplomático, creía saber cómo podía manipularse los nazis para que satisficieran las necesidades de los miembros de los estratos más elevados de la sociedad alemana que pretendían suprimir la democracia y crear un nuevo régimen autoritario basado en el apoyo popular. Hitler y los nazis, pensaba Von Papen, contaban con el respaldo popular, mientras que él y sus amigos tenían la inteligencia para manejarlos. Creía que la mejor manera de utilizar a Hitler era introducirlo en el gobierno con algún cargo subordinado, tal vez como vicecanciller. Puesto que Hitler se consideraba un «mesías místico», no tardaría en transigir y cumplir las órdenes de Von Papen. Por desgracia para este, los nazis no eran tan estúpidos como él pensaba.

Tal como recordaba Hermann Göring durante su juicio después de la guerra: «Hubo conversaciones cuando al presidente le propusieron el nombre de Von Papen como candidato a canciller del Reich; se dijo que Hitler debía ser vicecanciller de su gabinete. Recuerdo que en su momento le dije a *Herr* Von Papen que Hitler podía ser varias cosas pero nunca vice. Si había de convertirse en algo, naturalmente ocuparía el cargo más relevante, y sería completamente intolerable e impensable situar a nuestro *Führer* en una segunda posición»[158].

Así pues, en otoño de 1932 se daba una situación enigmática: mientras Hitler era percibido como un líder carismático por gran cantidad de alemanes de a pie, miembros clave de la élite alemana se mostraban casi desdeñosos con él. Igualmente instructivo es el hecho de que a Von Papen y sus compinches les resultaba fácil menospreciar las cualidades de Hitler porque no pertenecía a su clase. No era oficial, no contaba con una educación formal y a Von Papen la parecía un «pequeño burgués redomado» con su «bigotito y su curioso corte de pelo»[159]. Igual de desdeñoso se mostraba el presidente Hindenburg, que se refería a Hitler como un «cabo bohemio»[160].

El problema de Von Papen es que él y su gabinete no contaban con la autoridad electoral del pueblo para seguir gobernando. La falta de apoyo a su ejecutivo quedó dramáticamente reflejada el 12 de septiembre de 1932, cuando Göring —ahora

elegido presidente del Reichstag (un papel similar al del portavoz de la Cámara de los Lores)— ayudó a orquestar un exitoso voto de no confianza contra el régimen de Von Papen. En una maniobra política asombrosamente cínica, nazis y comunistas —enemigos acérrimos— votaron juntos para humillar a Von Papen.

Se convocaron nuevas elecciones para noviembre, y Hitler empezó a viajar de nuevo por toda Alemania para recabar votos para la causa nazi. Pero pronto quedó claro que se había alcanzado el punto álgido del respaldo nazi. Los comprometidos seguían siendo entusiastas —más de cien mil jóvenes asistieron a un mitin en Potsdam—, pero en otros lugares había hectáreas de espacio vacío. Parte del problema del Partido Nazi era que, al negarse a entrar en el gobierno de Von Papen, Hitler había demostrado su intransigencia en aquella crisis nacional. Y aunque esa actitud inflexible gustaba al núcleo de sus seguidores, no impresionaba a quienes titubeaban. Los ataques de Hitler contra el régimen de Von Papen tampoco denotaban un apoyo de los nazis a la clase media y, sin esto último, el voto nazi era frágil. Por ejemplo, el respaldo nazi a una huelga de transportes en Berlín antes de las elecciones de noviembre fue, casi con total certeza, un error táctico.

El 6 de noviembre de 1932, los comicios eran una batalla perdida para Hitler y los nazis. Mientras el Partido Comunista Alemán aumentaba los votos cosechados en un 3 por 100, los nazis obtuvieron dos millones menos que en las elecciones de ese mismo año, y el total quedaba reducido en un 4 por 100 hasta alcanzar el 33 por 100. Sin embargo, pese a la caída del voto nazi, la dificultad fundamental que afrontaba el gobierno de Von Papen seguía siendo la falta de apoyo popular. Von Papen sopesaba ahora una solución sencilla, aunque radical: sustituir la Constitución de Weimar por algún tipo de dictadura. Pero era un camino arriesgado, sobre todo porque a algunas figuras destacadas del ejército alemán les preocupaba que estallara una guerra civil entre nazis y comunistas si esos movimientos populares eran excluidos del gobierno.

El gabinete de Von Papen dimitió el 17 de noviembre de 1932, y en las maquinaciones de las semanas posteriores, salió de la sombra la figura de Kurt von Schleicher. Este era un general con inclinación por la intriga política y había sido nombrado ministro de Defensa seis meses antes. Schleicher recordaba la agitación inmediatamente posterior a la primera guerra mundial, y era muy consciente de los peligros que entrañaba enfrentar a los soldados alemanes con los manifestantes. Su solución predilecta al *impasse* era intentar convencer a elementos de la derecha y la izquierda de que se unieran al gabinete bajo su liderazgo. Con la esperanza de que pudiera crearse ese gobierno de compromiso, un reacio Hindenburg había permitido a Von Papen dimitir y nombró canciller a Schleicher.

Este sabía que Hitler no aceptaría un cargo en su gobierno, de modo que el 3 de diciembre de 1932 se reunió con Gregor Strasser para ofrecerle la vicecancillería y el importante puesto de ministro presidente de Prusia. El 4 de diciembre, los nazis sufrieron una reducción del 40 por 100 de los votos en las elecciones de Turingia, en el centro de Alemania. Hitler tenía buenos motivos para sentirse aterrorizado, pero se

mantuvo firme y se reunió con Strasser en el Hotel Kaiserhof de Berlín el 5 y el 7 de diciembre para prohibirle expresamente que aceptara la oferta de Schleicher.

Hitler se enfrentaba a una crisis potencial. Si Strasser se incorporaba al gabinete de Schleicher, su prestigio como líder de los nazis se vería dañado considerablemente. Sin embargo, Strasser, tras conocer la indignación de Hitler por la oferta de Schleicher, decidió dimitir del Partido Nazi y apartarse por completo de la esfera política. No serviría ni a Hitler ni a Schleicher. La mañana del 8 de diciembre, un día después de su reunión con Hitler, Strasser habló con un grupo de líderes nazis en el Reichstag. Uno de ellos, Heinrich Lohse, documentó después de la guerra lo que había dicho.

Strasser recalcó que desde la formación del gobierno de Von Papen en verano, sentía que Hitler solo había dejado clara «una cosa: que desea ser canciller del Reich»[161]. Pero, en su opinión, Hitler «debía ser consciente de que todo el mundo» le negaba «sistemáticamente el cargo y de que en un futuro inmediato» no había «posibilidad de conseguir ese objetivo». Strasser no quería «esperar hasta que el *Führer* se convierta en canciller del Reich, porque, para entonces, la caída [del movimiento nazi] ya se habrá producido». El error de Hitler, según Strasser, había sigo rechazar la oferta de Von Papen para el puesto de vicecanciller. Strasser no mencionaba en ese discurso que a él también le había sido ofrecido, pero queda claro el mensaje de que había decidido actuar porque Hitler estaba comportándose irracionalmente.

Después, Strasser se quejaba de un elemento en especial interesante en cualquier investigación sobre el liderazgo carismático de Hitler. Strasser reveló que estaba molesto por un «aspecto personal del problema» y protestaba porque «algunos miembros del séquito del *Führer*» lo insultaban. Además, afirmaba que Göring, Goebbels, Röhm y otros eran convocados a reuniones con Hitler, cosa que no sucedía en su caso: lo consideraba «un desaire, una humillación personal que no me merezco y que ya no estoy dispuesto a tolerar. Aparte de esto, se me agotan las fuerzas y los nervios. He dimitido del partido y ahora me marcho a la montaña a recuperarme».

Eran unas declaraciones extraordinarias en un momento de emergencia nacional, que recordaban más a un arrebato emocional causado por el rechazo de un amante que a una serie de argumentos razonados sobre estrategia política. Y Gregor Strasser no era un alfeñique. Le habían concedido una Cruz de Hierro al valor en la primera guerra mundial, había participado en el *Putsch* de la Cervecería y se había abierto paso hasta los escalafones más elevados del Partido Nazi. Antes había reconocido que la política era «dura… sobre todo en un movimiento de orientación activista» como el suyo[162].

Sin embargo, allí estaba Strasser, alejándose no solo del Partido Nazi, sino también de la posibilidad de obtener uno de los cargos públicos más importantes del Estado alemán, en parte porque creía que Hitler no lo invitaba a las reuniones ni le hacía suficiente caso. Y esto viniendo de una persona que, de todos los dirigentes

nazis (con la posible excepción de Ernst Röhm), parecía el más impermeable al carisma personal de Adolf Hitler. Strasser, por ejemplo, era el único nazi destacado que llamaba a Hitler «jefe» o «PG» (*Parteigenosse*, o camarada de partido) en lugar de «*Führer*»[163].

Según un historiador que ha realizado un estudio especial sobre Gregor Strasser: «La ironía es que, aunque Strasser había repudiado sistemática y abiertamente el culto casi místico al *Führer*, parece que, pese a su fingida seguridad en sí mismo, y siendo un hombre sensible por naturaleza, se sentía cautivado por la personalidad carismática de Hitler. De este modo, se convirtió en la víctima más desprevenida del mito del *Führer*»[164].

En cuanto Hitler tuvo conocimiento de que Strasser había hablado con aquel grupo de nazis, convocó de inmediato una reunión para mediodía en el Hotel Kaiserhof. Allí se dirigió a quienes habían escuchado a Strasser hacía solo unas horas. En una respuesta calmada y racional a sus objeciones, señaló que si hubiera aceptado la oferta de la vicecancillería, habría tenido «graves diferencias[165]» con Von Papen «la primera semana». Luego se habría visto obligado a dimitir y su posición habría quedado sumamente debilitada. También dijo que la opción de otro *putsch* era imposible, y reveló que el coronel Von Reichenau, un alto mando del ejército alemán que simpatizaba con los nazis, le había explicado que los militares no tendrían más opción que disparar contra las tropas de asalto si se intentaba una insurrección armada. Reichenau había «alentado» a Hitler «a respetar la ley», ya que, «algún día, el poder» caería «inevitablemente» en su regazo. En cuanto a la afirmación de Strasser de que no era invitado a reunirse con Hitler tan a menudo como quería, respondió que siempre estaba disponible para quien deseara hablar con él.

Hitler expresó su confianza en que todo saldría bien, dijo que pretendía esperar hasta que le ofrecieran la cancillería, y prometió: «Ese día llegará. Probablemente esté más cerca de lo que pensamos». El éxito dependía, según él, «de nuestra unidad y nuestra fe inamovible en la victoria: depende de nuestro liderazgo». Hitler finalizó sus observaciones —como solía hacer en momentos de posible crisis— con una apelación personal a la lealtad.

Hitler había logrado evitar una crisis dentro de las altas esferas nazis. Y, lo que es más importante, lo había conseguido pronunciando un discurso que no contenía ninguna explicación lógica sobre cómo iba a alcanzar el objetivo deseado de la cancillería. Bastaba con tener una «fe inamovible». Era suficiente para adquirir un compromiso emocional. Sin embargo, Hitler sabía también que sin Strasser en su gobierno, el puesto del general Schleicher como canciller no era más sostenible que el de Von Papen. Schleicher había logrado expulsar a Von Papen asegurando a Hindenburg que podía ofrecer un régimen con una base más amplia, y no era cierto. Asimismo, ahora se había ganado la enemistad de Von Papen (en alemán, Schleicher significa «rastrero», y muchos de sus contemporáneos lo consideraban un nombre

apto para el general).

En aquel momento, Von Papen entabló negociaciones con Hitler para formar un nuevo gobierno, y se reunió con él en la casa de Kurt von Schröder en Colonia el 4 de enero de 1933 a fin de mantener conversaciones preliminares. Fiel a su estilo, Hitler insistió en que el precio a pagar por su participación activa en una nueva administración seguía siendo la cancillería, pero sería flexible en la composición del gabinete y estaba dispuesto a incluir en él a una mayoría de no nazis.

Hitler, consciente de que el ritmo era un elemento crucial en toda decisión política, ordenó a los nazis que concentraran sus esfuerzos —aparentemente desproporcionados— en las elecciones estatales que se celebrarían en la diminuta demarcación de Lippe-Detmold el 15 de enero. La táctica funcionó. Cuando se anunciaron los resultados, el voto nazi había aumentado un 20 por 100, de 33 000 a 39.000. El mensaje para la élite política alemana estaba claro: el Partido Nazi no iba a desaparecer. Von Papen decidió que podía aceptar a Hitler como canciller, siempre que él fuese su segundo. El problema en ese momento era convencer a Hindenburg de que aquella era la solución adecuada para la crisis política de Alemania.

A Hindenburg seguía sin convencerle Hitler. Pero, aun así, empezaba a plantearse la posibilidad de que ocupara la cancillería. Había varios motivos para que estuviese dispuesto a cambiar de parecer, todas ellas pragmáticas y sin relación alguna con una recién encontrada creencia en el «carisma» de Hitler. En primer lugar estaba la presencia de Von Papen. Hindenburg le tomó cariño cuando trabajaron juntos en verano y otoño de 1932, al punto de que en el momento de su dimisión como canciller le regaló un retrato de sí mismo en el que había escrito: «Ich hatt einen Kameraden[166]» («Tenía un camarada»), la letra de una emotiva canción militar. Ahora, allí estaba Von Papen, un hombre en el que confiaba, diciendo que lo mejor era que Hitler fuese canciller, y que podría verse constreñido por otros miembros de la élite alemana.

Luego estaba la cuestión del apoyo de Schleicher a una posible reforma agraria en Alemania Oriental, donde varios aristócratas (entre ellos el propio Hindenburg) poseían grandes extensiones de terreno. Un gobierno de Hitler y Von Papen haría desaparecer ese contencioso. Asimismo, Hindenburg no había olvidado los resultados de un juego de guerra del ejército que le habían regalado a principios de diciembre de 1932 y que demostraba que las fuerzas armadas del estado no podían aplastar un levantamiento de los nazis y los comunistas y proteger las fronteras de Alemania al mismo tiempo[167].

Por último, estaba la repentina entrada en escena del general Werner von Blomberg. Von Papen propuso a Hindenburg que lo nombrara ministro de las Fuerzas Armadas en el gabinete de Hitler. Este cargo era vital para Hindenburg, y anteriormente lo había ocupado Schleicher, quien lo consideraba una base de poder. Blomberg parecía ser todo lo que Schleicher no era: recto, honesto y nada «rastrero», pero recientemente se había convertido a los méritos del nazismo. Era entusiasta por

naturaleza, y durante su reciente destino en Prusia Oriental se había formado la idea de que los nazis estaban intentando llevar a cabo un renacer nacional. Además, se había visto influido por un importante capellán del ejército llamado Ludwig Müller, que también era nazi. Así pues, Blomberg era un personaje al que Von Papen, Hindenburg y Hitler podían respaldar. Sin embargo, finalmente fue Hitler quien más se benefició de la presencia de Blomberg en el futuro gobierno.

Pero Hindenburg vaciló casi hasta el último instante. Por instinto, debió de sentir que Hitler era el hombre equivocado para liderar Alemania. No obstante, tenía ya ochenta y cinco años, y ahora que la gente en la que confiaba —incluso su hijo Oskar — decía que Hitler debía ser nombrado canciller, su resistencia se desmoronó. La única alternativa inmediata habría sido permitir a Schleicher formar una dictadura, y eso era peor, según Hindenburg, que ver a Hitler como canciller.

«[A Hindenburg] le pesaban los años», afirma Josef Felder, que fue elegido miembro socialista del Reichstag en 1932. «Y se dio cuenta de que estaba físicamente debilitado, muy debilitado. Apenas podía con el bastón de mariscal. Uno de los altos cargos que se fueron con él dijo en una ocasión que, cuanto más envejecía Hindenburg, más difícil se volvía la situación y más miedo tenía a no lograr que Alemania volviera a ser un imperio, a morir antes de que la vieja Constitución reemplazara al Parlamento alemán, un Parlamento que volviera a la monarquía. Quería ver una monarquía antes de fallecer.»[168]

Hindenburg resistió hasta el domingo 29 de enero por la tarde. Hasta entonces no comunicó a Von Papen que estaba dispuesto a aceptar a Hitler como canciller. A las once de la mañana siguiente, Hitler logró el objetivo que se había propuesto: era canciller de Alemania.

Para sus partidarios, el éxito al conseguir la cancillería era una demostración más de su legitimidad como líder carismático. En momentos clave del futuro, cada vez que surgían dudas y creían que Hitler estaba llevando a cabo una política aparentemente perjudicial, podían retrotraerse a ese instante y recordar que, al final, el *Führer* tenía razón y ellos no.

Sin embargo, el nombramiento de Hitler como canciller no fue considerado por todos un trance crucial en la historia de Alemania. «Al principio no nos lo tomábamos en serio», dice Herbert Richter, un excombatiente de la primera guerra mundial que hasta entonces se había mostrado inmune al carisma de Hitler, «ya que en su primer gobierno, los nazis ni siquiera tenían mayoría». En opinión de Richter, puesto que Hitler estaba rodeado de «gente bastante razonable», «no podía causar mucho daño»[169]. «Creíamos que todavía podíamos controlarlo [a Hitler] a través del Parlamento», recuerda el político socialista Joseph Felder. «¡Menuda locura!»[170] Incluso después de ser testigo del abismo al que Hitler había abocado a Alemania, Von Papen seguía negándose a aceptar la plena responsabilidad de su catastrófico error al postularlo como canciller. Hitler, escribía, se convirtió en canciller «por la interacción normal de los procesos democráticos» y «seguía pareciendo razonable

que un jefe de gobierno adoptaría una actitud diferente» a la de «un líder de partido irresponsable»[171].

Pero, para quienes creían en el liderazgo carismático de Adolf Hitler, aquel momento fue de una importancia obvia e inmensa. Hitler había manifestado abiertamente en sus discursos electorales que despreciaba la democracia y quería erradicarla. Por tanto, para los partidarios nazis no constituía solo un cambio de gobierno, sino el comienzo de una transformación de los sistemas políticos. «Yo nunca he sido demócrata», observa Reinhard Spitzy, a la sazón un nazi convencido. «Creo que un país debería estar gobernado como una gran empresa. Eso significa un consejo de especialistas y demás, pero no creía en el papel del Parlamento. Cuando sufríamos una crisis terrible, como la crisis económica, y hambre y desempleo, anhelábamos un nuevo director general, como sucede en una gran empresa. Encuentras a un hombre y tiene que ponerlo todo en orden.»[172]

En cuanto al presidente Hindenburg, presenciaría el comienzo de una «nueva monarquía» antes de morir, pero no la que él esperaba.

Segunda parte

Camino a la guerra

7

El hombre que vendrá

La mañana del 30 de enero de 1933, Adolf Hitler miraba por la ventana de la Cancillería del Reich en Berlín, mientras una sucesión de tropas de asalto nazis desfilaban ante él para celebrarlo. Pero, pese a ser testigo de aquella demostración de fuerza, sabía que todavía no estaba seguro en su puesto de canciller. Menos de la mitad de la población alemana les había votado a él y al Partido Nazi. Solo había tres nazis en el gabinete y debía gobernar, como habían hecho los recientes cancilleres fallidos, con el consentimiento del presidente Hindenburg por medio del recurso constitucional del Artículo 48.º.

Hitler había afirmado explícitamente durante la campaña electoral que quería eliminar la democracia en Alemania. Pero un líder verdaderamente carismático necesita el apoyo de las masas, incluso en un estado unipartidista. Sin ese apoyo, Hitler podía aferrarse el poder como dictador al uso, pero nunca se convertiría en lo que aspiraba a ser: un hombre de estado que gobernaba por aclamación.

De resultas de ello, debía intentar trascender el apoyo del partido que lideraba. Cuanto más se lo asociara con las acciones de algunos nazis concretos o se vinculara a la aplicación detallada de políticas, más se arriesgaba a que la ciudadanía alemana lo percibiera como un político igual que los demás. Por tanto, durante los primeros dieciocho meses de cancillería, Hitler no intentó únicamente imponer medidas que lo liberaran de la carga del Artículo 48.º y de la Constitución de Weimar, sino demostrar que no solo era el líder del Partido Nazi, sino el gobernador de toda Alemania. Para perseguir este objetivo, ordenaría el asesinato de muchos de sus viejos compañeros de partido.

Al comienzo de la cancillería, Hitler actuó de manera bastante previsible. Siempre había apoyado el uso de la violencia contra sus enemigos, y los nazis se dispusieron a eliminar a la oposición desde el momento en que subieron al poder. En este sentido, las acciones de Hermann Göring le fueron de gran ayuda. Göring, ministro prusiano de Interior, ejercía un control directo sobre las fuerzas policiales de gran parte de Alemania y pronto dejó claro sus deseos en una directriz emitida el 17 de febrero de 1933: «Los agentes de policía que disparen sus revólveres en el cumplimiento de su deber serán protegidos por mí con independencia de las consecuencias del uso de las armas»[173]. Después sintetizaba su actitud hacia los derechos humanos en un discurso pronunciado en Dortmund al cabo de unos días: «Una bala disparada desde el cañón de un policía es mía. Si dicen que eso es asesinato, entonces soy un asesino… Conozco dos tipos de ley porque conozco a dos tipos de hombre: los que

están con nosotros y los que están contra nosotros»[174].

Göring era una criatura devota de Hitler. No obstante, Ernst Röhm y las tropas de asalto eran una propuesta menos sencilla. Muchos de ellos veían en el ascenso de Hitler a la cancillería una posibilidad de obtener recompensas y vengarse de sus enemigos ideológicos. El padre de Rudi Bamber, por ejemplo, fue una de sus víctimas en aquellos primeros días de gobierno nazi. Las tropas de asalto nazi se lo llevaron, junto con un grupo de judíos, a un estadio de Núremberg y los obligaron a cortar la hierba con los dientes. «Es muy traumático», dice Rudi Bamber, «sentir que, hagas lo que hagas, no tiene importancia, que eres solo un judío y nada más.»[175]

Pero, aunque se produjeron algunos ataques contra judíos inmediatamente después del nombramiento de Hitler como canciller, los principales objetivos fueron los enemigos políticos de los nazis. «Desde el principio», afirma Maria Mauth, por aquel entonces una colegiala del norte de Alemania, «se llevaron a los primeros comunistas y socialdemócratas. Yo misma vi los camiones, pero no nos hacía pensar. Al fin y al cabo, eran solo comunistas… Eran enemigos del pueblo.»[176]

Al principio, esos «enemigos del pueblo» eran confinados en prisiones improvisadas donde a menudo recibían un trato cruel. Se les retenía sin cargos, sin el debido proceso legal y al antojo de sus captores. Pero Hitler, aun aprobando la supresión violenta de cualquier oposición, no secundaba necesariamente todas las acciones de las SA. Quería, como manifestó en un discurso pronunciado el 10 de marzo de 1933, que cesara «por principios el acoso a individuos y la obstrucción de la vida empresarial»[177]. Dos días después, exhortaba a sus «camaradas de partido» a ejercer en adelante «la disciplina más estricta y ciega. No debe haber más operaciones aisladas…»[178].

Curiosamente, el 21 de marzo de 1933 se inauguró el primer campo de concentración «oficial» en Dachau, a las afueras de Múnich. Dachau estaba controlado por Heinrich Himmler, jefe de las SS. Aunque Himmler nominalmente respondía ante Röhm, era obvio que abrigaba ambiciones mayores. No era un matón como su superior directo, sino un personaje en general más frío que atemorizaba de forma sistemática y por encargo a los enemigos de los nazis. Dachau, administrado por un policía secreto fiable como Himmler, encajaba en la visión que tenía Hitler de la nueva Alemania, a diferencia de las tropas de asalto de Röhm.

Pero quienes se veían atrapados en el horror de la opresión nazi no habrían detectado grandes diferencias en el trato que recibían de las SS de Himmler o las SA de Röhm. Bajo el control de Himmler, las condiciones dentro de Dachau seguían siendo atroces. El político socialista Josef Felder fue encarcelado en el célebre «búnker», una serie de celdas de aislamiento alejadas de los barracones principales. Allí fue atado con cadenas y acosado con amenazas de ejecución inminente. También pasó hambre, ya que solo le daban agua y algún que otro mendrugo de pan duro.

No obstante, muchas personas que habían acogido de buen grado la promesa de Hitler de restablecer el «orden» en Alemania no se mostraban descontentas con la

creación de campos de concentración y, en consecuencia, aplicaron una pátina inadecuada a los acontecimientos. «En Dachau [Hitler] reunió a todo el mundo, a los verdaderos delincuentes profesionales», asegura Karl Boehm-Tettelbach, a la sazón un joven alto mando de las fuerzas aéreas. «Estaban en aquel campo de trabajo y la gente no ponía demasiadas objeciones.»[179] Otros racionalizaban el sufrimiento como una consecuencia necesaria de una «revolución». «En aquel momento [la creación de campos como Dachau] nos parecía necesario», dice Reinhard Spitzy. «Sabíamos que era una revolución. Pero, veamos, yo estudié la Revolución Francesa. ¿Cuánta gente murió en la guillotina? Perecieron cuarenta mil personas en Francia… Eso significa que en todas las revoluciones —y nosotros creíamos estar viviendo una— corre la sangre… Creo que es normal que la revolución nazi matara a gente. Nunca se ha producido una revolución en el mundo sin muertos.»[180]

Hitler se cuidaba de satanizar a los comunistas como la amenaza más importante e inmediata para la nueva «comunidad nacional» que la revolución nazi deseaba instaurar. Y, en este sentido, contó con la ayuda de un comunista holandés llamado Marinus van der Lubbe, que prendió fuego al Parlamento alemán —el Reichstag— el 27 de febrero de 1933. La destrucción de ese icónico edificio avivó el temor entre la población alemana a una posible revolución comunista y sirvió para justificar la opresión de los nazis contra sus oponentes políticos. Lo oportuno de las acciones de Van der Lubbe —una semana antes de las elecciones convocadas por Hitler— ha llevado a varios historiadores a pensar que los nazis conspiraron para provocar el incendio ellos mismos y que Van der Lubbe no actuó solo, pero no hay pruebas concluyentes que corroboren esa teoría. Desde luego, las acciones poco sistemáticas de los nazis después del incendio no indican que lo conocieran de antemano.

Sin embargo, el incendio del Reichstag provocó —al día siguiente— la apresurada adopción de una de las medidas legislativas más restrictivas que jamás impuso el estado nazi: el decreto del presidente del Reich para la Protección del Pueblo y el Estado. El artículo 1.º del decreto suspendía derechos humanos básicos —como el derecho a la libertad de prensa y una asamblea pacífica—, mientras que el 2.º permitía al gobierno del Reich, a través del ministro de Interior nazi Wilhelm Erick, hacerse con los poderes policiales de los estados alemanes para «restablecer la seguridad».

Cinco días después, el 5 de marzo de 1933, los alemanes votaron en las últimas elecciones generales que se celebrarían en más de doce años. Pese a la enorme campaña propagandística, pese al temor a un levantamiento comunista, pese a la «apelación de Hitler a la nación», pese a todo esto y más, los nazis no cosecharon el apoyo de una mayoría del electorado alemán. Un 56 por 100 de los ciudadanos votaron a otros partidos políticos.

El hecho de que gran parte de los alemanes no quisieran que los nazis los representaran supuso un enorme desafío para Adolf Hitler. Ya había anunciado en privado que las elecciones no le harían cambiar la composición de su gabinete ni lo

desbancarían del poder. Por el contrario, arremetió tratando de aprobar una ley facultativa en el nuevo Reichstag. Ello le permitiría emitir decretos sin consultar al presidente Hindenburg, tal como dictaba el Artículo 48.º, pero necesitaba dos tercios del voto en el Reichstag para aprobar la legislación necesaria.

Los nazis necesitaban sobre todo el apoyo del católico Partido de Centro, y en el discurso pronunciado ante los nuevos representantes del Reichstag el 23 de marzo de 1933 —celebrado en la Ópera de Kroll a consecuencia del incendio en el Parlamento —, Hitler se mostró deliberadamente conciliador y aseguró que su Gobierno consideraba al «cristianismo la base inquebrantable de la moral y el código ético de la nación»[181]. Hitler no pensaba de ese modo, pero sabía que debía decirlo por razones puramente políticas. Ya había actuado antes así. A su salida de la prisión de Landsberg, había demostrado comprender el poder de la cristiandad en la política alemana cuando expulsó del Partido Nazi a Artur Dinter, *Gauleiter* de Turingia. Contra los deseos de Hitler, Dinter quería fomentar una religión aria conocida como *Geistchristentum*, una versión hereje de la cristiandad que excluía el Viejo Testamento de la Biblia y atacaba violentamente a los judíos. Pero, en aquel momento, Hitler necesitaba el apoyo del ministro presidente de Bavaria, un miembro del partido católico, así que Dinter debía marcharse[182].

En 1933, tal como había ocurrido años antes, a Hitler le funcionó el ardid de decir a los católicos alemanes lo que querían oír. Los miembros del Partido de Centro —que también eran muy conscientes del destino que aguardaba a quienes se opusieran a los nazis— decidieron apoyar la Ley Facultativa.

El primer discurso de Hitler en el Parlamento, que preparó a conciencia y pronunció el 23 de marzo, contrastaba enormemente con la respuesta apresurada que ofreció en el mismo debate a los ataques contra la Ley Facultativa lanzados por el socialdemócrata Otto Wels. En ese primer discurso, Hitler intentó retratarse como un hombre de estado y como el líder de toda Alemania: «Queremos restablecer la unidad de espíritu y voluntad de la nación alemana. Queremos preservar los cimientos perpetuos de nuestra vida…»[183]. En el segundo, regresaba a sus orígenes en las cervecerías y ridiculizaba a Wels, mostrando su desprecio hacia él y hacia el partido que dirigía. «Caballeros, son ustedes unos cobardes [*wehleidig*; literalmente, “quejicas”]», decía Hitler, «e indignos de estos tiempos si empiezan a hablar de persecución a estas alturas». También anunció que los nazis estaban «conteniéndose» para no actuar contra aquellos que los habían torturado y humillado durante catorce años[184]. Después de asegurar a los socialdemócratas que ni siquiera quería que votaran a favor de la Ley Facultativa y que Alemania sería liberada, pero no por ellos, Hitler se sentó y recibió una sonora ovación de los miembros nazis del Parlamento.

Fue un momento revelador. En su ataque a los socialdemócratas, Hitler había demostrado todos los atributos retóricos que lo habían convertido en un líder dictatorial indiscutible del Partido Nazi. Pero también había dejado constancia de muchas de las cualidades que atemorizaban a numerosos votantes alemanes de a pie:

intolerancia, agresión y un salvaje partidismo.

Aun así, los nazis ganaron la votación. Con el respaldo del Partido de Centro, la Ley Facultativa obtuvo 444 votos a favor y los 94 en contra de los socialdemócratas. Fue el momento en el que cualquier pretensión democrática abandonó Alemania. A consecuencia de ello, al cabo de cuatro meses, todos los partidos políticos del país, a excepción de los nazis, fueron prohibidos o se disolvieron voluntariamente.

No obstante, aunque alcanzó esa cúspide, Hitler no podía actuar exactamente a su antojo. Una de las limitaciones más graves era que las dos políticas fundamentales para su visión del mundo —el deseo de eliminar a todos los judíos de Alemania y el anhelo de construir un imperio nazi en Europa del Este— no habían sido anunciadas en las diversas campañas electorales de los tres años anteriores. Había escasos indicios de que una mayoría de alemanes las apoyara. Esto situaba a Hitler en una posición inusual para un líder que acababa de salir elegido: todavía no se sentía capaz de llevar a cabo sus ideas «visionarias» más importantes.

No es que Hitler fingiera no creer en dichas políticas, pero era cuidadoso a la hora de expresarlas. La delgada línea que transitaba se hizo patente en las medidas que tomó ante el boicot judío de abril de 1933. Hitler estaba furioso por la recepción que habían tenido medidas como la Ley Facultativa y el maltrato de los judíos alemanes por parte de las tropas de asalto nazis —así como el inicio de la supresión de los judíos en cargos públicos y universidades— en la prensa extranjera, y consideraba esas críticas una prueba de sus fantasías más preciadas: una «conspiración judía» internacional. Esta creencia en una influencia judía a través de las fronteras nacionales sin duda era compartida por gran parte de los seguidores nazis. «Lo interpretábamos [el antisemitismo] como una judería global que quería obtener poder, que quería dominar el mundo», señala Bruno Hähnel, uno de los primeros adeptos nazis. «Así que era la judería internacional a lo que —no quiero decir temíamos, aunque tal vez fuera así— nos enfrentábamos.»[185]

Para «enfrentarse» a la «judería internacional», los nazis organizaron un boicot contra los judíos que daría comienzo el 1 de abril de 1933. Curiosamente, Hitler decidió no plasmar su nombre en el documento fechado el 28 de marzo que anunciaba esta acción contra los judíos alemanes. Solo iba firmado por «la cúpula del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán». Otra prueba de la sensibilidad de Hitler con respecto a esta cuestión era un artículo publicado por el periódico nazi *Völkischer Beobachter* el 29 de marzo, según el cual, el *Führer* decía que había sido necesario organizar esas «medidas defensivas» porque «de lo contrario [la acción contra los judíos] tendría que salir del pueblo [*Volk*] y podría adoptar formas indeseables»[186]. Hitler, que en *Mein Kampf* ya se postulaba como un antisemita del tipo más venenoso, pretendía retratarse ahora como una persona juiciosa en sus actos contra los judíos.

El boicot fue cancelado al cabo de un día. Hitler consideró que no era el momento adecuado para sostener acciones «oficiales» tan visibles contra la población judía de

Alemania durante días y semanas. Sus intentos por equilibrar su violento antisemitismo con el ánimo imperante de la ciudadanía alemana serían uno de los rasgos recurrentes del gobierno nazi durante los años treinta.

La reticencia de Hitler a publicitar su deseo de que Alemania forjara un imperio en Europa del Este —concretamente a expensas de la Unión Soviética— también era evidente. Aunque había reconocido abiertamente ese objetivo en *Mein Kampf*, y pese al hecho de que Alemania estaba a punto de embarcarse en el programa de rearme más importante jamás realizado en tiempos de guerra, Hitler se ciñó al cántico, expresado en una entrevista con *sir* John Foster Fraser, de *The Daily Telegraph*, de que «en Alemania, nadie que haya sufrido la guerra quiere repetir esa experiencia»[187]. Sin embargo, en la misma entrevista declaraba: «El destino de Alemania no depende de colonias ni dominios, sino de sus fronteras orientales», una frase que se interpretó como un deseo de recuperar el territorio perdido a consecuencia de los tratados de paz al final de la primera guerra mundial.

Quedaba claro que estaría en manos de Hitler la decisión de cómo y cuándo presentar a la población alemana las políticas nazis más relevantes. Goebbels escribió que no habría más votaciones y que lo que contaba ahora era la «personalidad del *Führer*»[188]. Dos días antes de pronunciar esas palabras, Goebbels había ayudado a organizar unas celebraciones públicas masivas coincidiendo con el 44.º cumpleaños de Hitler, una manifestación física de cómo impulsaría la política alemana la personalidad del nuevo canciller. En adelante, y hasta la fiesta del 56.º aniversario de Hitler en la Cancillería del Reich en Berlín, el 20 de abril sería tratado como una fecha sagrada en el calendario alemán.

Puesto que toda la atención se había centrado en Hitler, empezando por su intento de derrocar al presidente Hindenburg el año anterior, estaba produciéndose un fenómeno interesante. Algunas personas que no se habían dejado impresionar por Hitler en el pasado empezaban a considerarlo carismático. Fridolin von Spaun, por ejemplo, un simpatizante de los nazis desde principios de los años veinte, había visto por primera vez a Hitler en un mitin celebrado en 1923: «Allí estaba Ludendorff, una poderosa figura de uniforme con sus condecoraciones» dice. «Y junto a él había una pequeña figura, ni mucho menos tan imponente, con un abrigo bastante raído, y no le presté atención. Más tarde pregunté quién era el que estaba cerca [de Ludendorff]. Era Hitler, el líder de los nacionalsocialistas.»[189]

Pero, diez años después, Von Spaun se encontró de nuevo con Hitler y se formó una opinión totalmente distinta. En una cena a la que asistieron gran cantidad de simpatizantes nazis, Spaun vio que Hitler lo miraba. Sintió sus ojos clavándose en él y, a consecuencia de ello, se convenció de inmediato de su sinceridad. Entonces, Hitler se levantó a hablar con alguien y se apoyó en el respaldo de la silla de Spaun. «Noté el temblor de sus dedos penetrándome. Lo sentí de verdad, pero no era un temblor nervioso. Por el contrario, pensé: “Este hombre, este cuerpo, es solo la herramienta para materializar una grande y todopoderosa voluntad aquí en la Tierra”.

Para mí, eso es un milagro».

Por tanto, en opinión de Spaun, Hitler había pasado de ser un hombre insignificante con un abrigo raído a convertirse en una «herramienta para materializar una grande y todopoderosa voluntad». Evidentemente, habían cambiado muchas cosas en los diez años transcurridos entre sus dos encuentros con Hitler. Pero, sobre todo, lo que se había visto alterado era la percepción que tenía Spaun de aquel hombre. Cuando tembló al sentir el tacto de Hitler, ya sabía que estaba en presencia del hombre más famoso de Alemania. Asimismo, Spaun siempre había estado predispuesto a creer en la política derechista y *völkisch* que Hitler aunaba. El *Führer* no había cambiado tanto. Simplemente, gente como Spaun estaba dispuesta a creerse su carisma.

Sin embargo, dicho carisma tenía unos límites obvios. Algunos de sus colaboradores —e incluso ciertos miembros de su gabinete— seguían mostrándose inmunes a él. Von Papen, por supuesto, era uno de ellos, y también Alfred Hugenberg, el magnate de los medios de comunicación. Ambos causarían problemas a Hitler cuando se dieron cuenta de que su esperanza de «domesticar» a los nazis y utilizarlos para sus fines había sido absolutamente ingenua. Hugenberg en particular pronosticó que atesoraría un poder inmenso en el gobierno de Hitler como ministro de Economía, Alimentos y Agricultura. A diferencia de Hitler, Hugenberg poseía unas cualificaciones académicas y empresariales impresionantes; tenía un doctorado en economía y había sido presidente de Krupp, una de las empresas más importantes de Alemania. Pese a ello, Hitler fue mejor estratega. Una vez que se aprobó la Ley Facultativa, el gabinete dejó de tener un poder real. Hitler quería que siguiera funcionando, pero solo con fines ceremoniales. Hugenberg se percató de que Hitler lo orillaría cuando su subordinado, el secretario de estado en el Ministerio de Economía, un nazi acérrimo llamado Fritz Reinhardt, presentó una propuesta para crear nuevos puestos de trabajo a la que Hugenberg se oponía. Hitler decidió apoyar a Reinhardt, y Hugenberg no pudo hacer nada al respecto[190]. Lidiar directamente con subordinados para inquietar y desestabilizar a figuras ostensiblemente poderosas del régimen era una táctica que Hitler utilizaría muchas veces en el futuro.

Hugenberg no estaba dispuesto a soportar ese trato, y dijo a Hitler que quería dimitir. El *Führer* se reunió con él el 27 de junio de 1933 e intentó convencerlo de que se quedara, pues pensaba que podría ser vergonzante que, tras solo cinco meses como canciller, pareciera que incumplía la promesa de no modificar la composición de su gabinete. Pero Hugenberg se mostró inmune a los halagos de Hitler. Ni siquiera sus amenazas surtieron efecto. Hitler se vio obligado a notificar al presidente que Hugenberg quería abandonar el gobierno. Hindenburg, que nunca había demostrado simpatía hacia Hugenberg y se sintió aliviado por quitarse de encima la carga de una participación habitual en la política gubernamental que le había impuesto el Artículo 48.º, no se inquietó por estos nuevos acontecimientos.

Pero lo sorprendente es lo que sucedió después con Hugenberg: nada. No hubo

persecución, encarcelamiento ni venganza. Conservó su escaño en el Reichstag y, aunque tuvo que renunciar al control de su imperio mediático, cerró un ventajoso acuerdo económico que le permitió invertir considerablemente en la industria alemana. Hugenberg falleció en paz en 1951, cuando tenía ochenta y cinco años. Aunque Hitler sin duda poseía lo que el historiador David Cesarani describe como una «personalidad asesina»[191], si creía que quienes decidían abandonar su gobierno no le habían traicionado, podían seguir viviendo tranquilamente en Alemania tras dejar de servirle, como hizo Hugenberg.

Sin embargo, Ernst Röhm no era tan dócil como Hugenberg, y no estaba dispuesto a ser marginado. «Se ha cosechado una victoria en el camino hacia la revolución alemana», escribía en un artículo en junio de 1933. «¡Pero no la victoria absoluta!»[192] El «objetivo», añadía, de «una nueva Alemania renacida en una revolución espiritual de signo nacionalista y socialista» todavía no se había alcanzado. «Y mientras la verdadera Alemania nacionalsocialista siga esperando a que se cumpla, la fiera y apasionada lucha de las SA y las SS no se detendrá. Alemania será nacionalsocialista o morirá. Y ese es el motivo por el que continúa la revolución alemana, hasta que la esvástica de nuestras banderas y emblemas deje de ser un símbolo externo de confesión honesta o de conformidad y constituya la posesión sagrada de todo el pueblo». Este era un llamamiento en clave a un mayor papel para Röhm y sus tropas de asalto en la nueva Alemania, no solo en materia laboral y de recompensa económica, sino para conservar el espíritu y la camaradería de las SA en una especie de unificación con —o conquista de— el ejército alemán.

Esas ambiciones se vieron intensificadas por la idea de que las tropas de asalto eran auténticos revolucionarios. Wolfgang Teubert, por ejemplo, se unió a las SA en 1928 y quería ver un cambio fundamental en Alemania. En primer lugar, eso significaba la eliminación de los judíos: «Podríamos decir que la fábrica de mis padres en Görlitz ya había sido liquidada por la influencia judía, ya que uno de mis tíos tenía un agente judío que le había estafado decenas de miles de marcos… Queríamos poner freno a la creciente "judaización" de Alemania… Yo podría decirles a los judíos: "Ya no os queremos aquí. Por favor, marchaos de este país"»[193].

Wolfgang Teubert no solo era antisemita —y estaba dispuesto a condenar a todos los judíos alemanes por el presunto mal comportamiento de uno de ellos—, sino que abrigaba un deseo más general de cambio en Alemania. Creía apasionadamente en el concepto de la *Volksgemeinschaft*, la «comunidad del pueblo», en la que todos los alemanes étnicamente «puros» se trataban como iguales. Por encima de ello —y el factor más importante para él— estaba la convicción de que los nazis romperían la *Zinsknechtschaft*, la «esclavitud interesada» a la que tanto se oponía Gottfried Feder en los primeros días del partido. En esencia, era la idea de que los trabajadores propietarios de granjas o tiendas tenían que pagar unos intereses desproporcionados a quienes les habían prestado dinero. Era la política manifiestamente «socialista» de la que Hitler se había retractado en las diversas campañas electorales de comienzos de

los años treinta.

Sin embargo, fue el deseo de Röhm de que las SA se convirtieran en la fuerza militar dominante de la nueva Alemania lo que causaría las mayores fricciones. Hitler trató a su viejo camarada con cautela, al menos al principio. En 1933, no solo había el triple de tropas de asalto que de soldados en el ejército alemán, sino que debió de ver en el posible conflicto entre ambos un medio para beneficiarse como líder carismático, siempre y cuando manejara la situación con destreza.

El 1 de diciembre de 1933, Röhm fue incorporado al gabinete, y desde su base de poder institucional —aunque simbólico—, realizó una propuesta a Blomberg, ministro de Defensa, el 1 de febrero de 1934: que las SA fueran reconocidas como una fuerza militar preeminente en Alemania. De este modo solicitaba que las fuerzas armadas alemanas, la *Reichswehr*, estuviesen subordinadas a las SA. Era prácticamente una declaración de guerra contra las fuerzas armadas tradicionales del país.

Como cabría esperar, altos mandos del ejército alemán como JohannAdolf Graf von Kielmansegg no lo acogieron de buen grado. «Rechazábamos a las SA por su conducta, por su aspecto y por su forma de ser. Poco a poco… podríamos decir que al final los odiaban la mayoría de los soldados. Además del rechazo a las SA, estaba el hecho cada vez más patente, y no solo en el ejército, de que Röhm, el máximo responsable de las SA, estaba intentando apoderarse de la *Reichswehr*.»[194]

Blomberg y el resto de la cúpula militar se oponían también a este intento por dejarlos en la cuneta. Y, sabedores de que la decisión final sobre este asunto crucial estaría en manos de Adolf Hitler, actuaron para introducir cambios en la *Reichswehr* que pudieran contentarlo. Uno de esos cambios, que se produjo solo unos días después de la propuesta de Röhm, fue incorporar en todos los uniformes el emblema nazi de un águila sosteniendo una esvástica. El hecho de que todos los miembros de las fuerzas armadas alemanas lucieran la cruz gamada era un paso simbólico hacia la politización de la *Reichswehr*. A ello se sumó la decisión de imponer una cláusula «aria», que significaba que los miembros de la *Reichswehr* debían demostrar la pureza de su ascendencia o corrían el riesgo de ser expulsados.

Hitler dejó clara su postura en una conferencia celebrada el 28 de febrero de 1934, a la que asistieron los líderes de las SA y la *Reichswehr*. Allí rechazó la propuesta de Röhm. Las SA no tomarían las riendas del ejército, sino que estarían subordinadas a él en cuestiones de defensa nacional. También sintetizó en términos generales las funciones que desempeñaría la nueva *Reichswehr*. Había que crear «espacio vital» y «las potencias occidentales» no iban a permitírselo, con lo cual, quizá serían necesarios «breves golpes decisivos a Occidente y después a Oriente»[195].

Era asombroso que Hitler reconociera semejante cosa en una conferencia de esa índole y, tal como escribiría el mariscal de campo Weichs, «es casi un milagro que esta profecía de 1934 nunca se haya dado a conocer»[196]. Pero Weichs creía que,

puesto que «el soldado estaba acostumbrado a no tomarse nunca muy en serio las palabras de los políticos», esas «profecías belicosas» no fueron interpretadas «al pie de la letra» en su momento.

Hay, por supuesto, otra posible interpretación sobre la aquiescencia del ejército en la conferencia del 28 de febrero: el hecho de que Hitler sumara su decisión de frenar las ambiciones de las SA al anuncio de sus objetivos militares era un intento deliberado por ahogar cualquier posible oposición a sus planes de expansión a largo plazo, ya que a los mandos castrenses les resultaría difícil oponerse a ellos a la vez que felicitaban la supresión de las SA.

Como era de esperar, Röhm estaba extremadamente descontento con la decisión de Hitler de situar a las SA bajo el control del ejército en caso de un futuro conflicto. Y en los meses posteriores corrieron rumores de que las SA podían estar planeando tomarse la justicia por su cuenta, quizá por medio de un golpe de estado. Tras una reunión con Hitler celebrada el 7 de junio de 1934, Röhm anunció que estaría de baja por enfermedad y que las tropas de asalto también debían tomarse unas vacaciones y regresar al servicio el 1 de agosto. La misiva concluía con las palabras: «Las SA son y siguen siendo el destino de Alemania»[197].

Desde luego, Hitler no compartía esa opinión. Las SA eran en aquel momento una fuerza divisiva que no le ayudaba a prosperar del mero liderazgo del Partido Nazi a conquistar el corazón de los alemanes «verdaderos» como el líder de toda la nación. Y, para él, el problema de Röhm entrañaba una urgencia especial, ya que estaba claro que al presidente Hindenburg no le quedaba mucho tiempo. A la muerte de este, Hitler quería combinar los cargos de canciller del Reich y presidente y, de ese modo, convertirse en el líder político de Alemania y en jefe de estado, pero la oposición de la élite tradicional del país —en especial de la *Reichswehr*— podía obstaculizar una transición sin complicaciones.

Este peligro quedaba patente en una declaración pública realizada por Franz von Papen en junio de 1934. En un discurso pronunciado en la Universidad de Marburgo afirmaba: «El gobierno debe representar al pueblo en su conjunto y bajo ningún concepto debe ser solo exponente de algunos grupos en particular; de lo contrario, fracasará en su intento por construir la comunidad nacional»[198]. También advertía sobre una «segunda oleada» revolucionaria, y añadía: «El gobierno es muy consciente del egoísmo, de la falta de principios y sinceridad, de la conducta poco caballerosa y de la arrogancia que van a más bajo la guisa de la revolución alemana». Decía asimismo que el pueblo seguiría al *Führer*, pero no si «cada palabra crítica» era «interpretada inmediatamente como maliciosa».

La reacción de Hitler al discurso de Von Papen fue la esperada. Se prohibió su difusión, y Edgar Jung, autor de las advertencias y críticas en él contenidas, fue arrestado y ejecutado. Pero Hitler sabía que Von Papen también estaba verbalizando las preocupaciones de un gran segmento de la población alemana. Y lo que era más importante, estaba expresando las inquietudes de dos personas cuya opinión le

importaba mucho: el presidente Hindenburg y el general Blomberg. Ambos dijeron al *Führer* el 21 de junio que debía «hacer entrar en razón a los alborotadores revolucionarios[199]» o que, de lo contrario, su «experimento» cesaría.

Heinrich Himmler y su ambicioso subordinado Reinhard Heydrich aprovecharon la coyuntura para conseguir más influencia y poder informando a figuras destacadas del ejército sobre los planes golpistas de Röhm. Pronto se formó una espiral de rumores y las unidades del ejército alemán se sumieron en un estado creciente de alerta, al igual que ocurrió a los líderes de las SA cuando conocieron las acciones de los militares. Todo ello culminó el 26 de junio, cuando la Abwehr, la organización militar de espionaje, descubrió una orden que presuntamente había dictado Röhm conminando a las SA a prepararse para un ataque contra el ejército[200]. Con toda probabilidad era falso: Röhm y sus compañeros no estaban satisfechos con el ritmo de la «revolución» y querían más poder, pero eran leales a Hitler. Aun así, Röhm había cometido un grave error al subestimar la escala y la naturaleza de sus enemigos. La cúpula de las SS, los líderes del ejército, la élite alemana tradicional y los empresarios locales que eran acosados por las tropas de asalto se alegrarían de ver desaparecer a Röhm.

Hitler decidió enfrentarse a los líderes de las SA en su centro vacacional de Bad Wiessee, en Bavaria. Fue una decisión que llevaba mucho tiempo gestándose. Ya en enero había pedido a la Gestapo que vigilara las acciones de las SA y le facilitara ejemplos de su mala conducta[201]. El 30 de junio de 1934 a primera hora de la mañana tomó medidas. Acompañado por un grupo de camaradas, se dirigió a una habitación de la primera planta del Hotel Hanselbauer. Röhm, que todavía estaba acostado, miró a Hitler y dijo «con aire somnoliento»[202]: «Heil, mein Führer». Hitler exclamó que estaba detenido, dio media vuelta y se fue. El SA *Obergruppenführer* Heines, que se alojaba en una habitación cercana, fue descubierto en la cama con un soldado de asalto de dieciocho años. Otras personas presuntamente implicadas en «los planes de Röhm» fueron retenidas temporalmente en la lavandería del hotel y después conducidas a la prisión de Stadelheim, en Múnich.

Al mismo tiempo, Göring no solo organizó en Berlín la detención de figuras clave de las SA, sino también el asesinato de otros opositores del régimen. Se saldaron viejas cuentas de forma brutal. El general Schleicher y su esposa fueron ejecutados, al igual que Gregor Strasser y otros. Nadie conoce la cifra exacta de muertos, pero es de al menos ciento cincuenta, incluido Ernst Röhm, quien, tras rehusar la posibilidad de suicidarse, fue disparado en su celda por dos hombres de las SS.

«La noche de los cuchillos largos», como vino en llamarse el episodio, fue un asombroso ejemplo del desmoronamiento del estado de derecho en Alemania. Ninguna de sus víctimas fue juzgada en un tribunal. Ninguna de las presuntas pruebas contra ellos fue demostrada. Ninguno tuvo la posibilidad de defenderse. Y, sin embargo, la decisión de Hitler de ordenar el asesinato de muchos de sus viejos camaradas fue ampliamente aceptada. El general Blomberg, en una declaración

fechada el 1 de junio, decía: «El *Führer*, con decisión militar y un increíble coraje, ha atacado y destruido a los traidores y asesinos»[203]. El presidente Hindenburg manifestó que estaba agradecido porque las «intrigas desleales» habían sido «cortadas de raíz» y porque Hitler había «salvado a la nación alemana de un grave peligro»[204]. En estratos muy inferiores de la jerarquía, las impresiones del alto mando de las fuerzas aéreas Karl Boehm-Tettelbach eran típicas: «Aquello fue descrito como una revuelta contra Hitler… Como joven oficial, leía los informes y escuchaba las historias que había publicado el periódico y [el ataque a las SA] parecía razonable. Es bueno que si alguien desata una revolución, sea asesinado de buen comienzo»[205].

Fue el ejemplo más revelador de una paradoja esencial del gobierno de Hitler. Mucha gente temía la violencia que abundaba en la sociedad alemana, perpetrada tanto por los comunistas como por las SA. La mayoría anhelaba la paz y la estabilidad. Ahora, Hitler parecía estar a punto de procurar esa paz y estabilidad, pero solo mediante el uso de más violencia. De ese modo, muchas personas que la condenaban llegaron a respaldarla, e incluso a agradecerla.

Gracias al control de los medios de comunicación, Hitler pudo sesgar los acontecimientos del 30 de junio de 1934 de un modo extremadamente ventajoso para él. El hecho de que hubiera actuado contra elementos del Partido Nazi le permitió posicionarse como el protector de toda Alemania, y no solo de sus limitados intereses. El descubrimiento de Heines en la cama con un joven soldado de asalto en el momento de la incursión en el balneario y de los «lujos» que habían disfrutado las SA también le permitieron defender la moralidad convencional y el ahorro. El 30 de junio, tras la detención de Röhm y otros, Hitler dictó la orden del día al nuevo jefe del Estado Mayor de las SA, Lutze, que exhortaba a los líderes de las SA a ser «un modelo de modestia y no de extravagancia» y, en una referencia específica al número de homosexuales que ocupaban altos cargos de la organización, manifestaba su deseo de que «todas las madres» pudieran «entregar a su hijo a las SA, al partido o a las Juventudes Hitlerianas sin temor a que se vuelva ética o moralmente corrupto»[206].

Se trataba de una hipocresía extraordinaria. Hitler estaba rodeado de líderes nazis, como Hermann Göring, que no eran en modo alguno ejemplos «de modestia y no de extravagancia», y la existencia de homosexuales en puestos de liderazgo dentro de las SA era de sobra conocida antes de que Hitler llegara a Wiessee el 30 de junio de 1934. «Ya sabíamos lo del *Obergruppenführer* Heines», afirma el exsoldado de asalto Wolfgang Teubert. «Siempre nos referíamos a su ayudante como "*Fräulein* Schmidt". Pero no nos molestaba mucho. Teníamos otras cosas en que pensar.»[207] El propio Hitler había ignorado a quienes denunciaron la homosexualidad de Röhm. Por ejemplo, Emil Klein[208], uno de los líderes de las Juventudes Hitlerianas, había acompañado años antes a uno de los comandantes de las SA de Múnich a una reunión con el *Führer* en la que salió a relucir la homosexualidad de Röhm, pero a Hitler no pareció interesarle la noticia. Sin embargo, ahora se postulaba como un modelo de

decoro.

Todo ello contribuyó a una fisura en la percepción que tenían muchos alemanes de los nazis por un lado y de Hitler por otro. Al fin y al cabo, podían aducir: ¿no había demostrado Hitler su lealtad a Alemania atacando a los nazis «malos»? Esta lógica retorcida —retorcida porque Hitler había actuado manifiestamente fuera de los márgenes de la ley establecida y había tolerado con anterioridad muchos de los «abusos» que ahora condenaba— estaba especialmente presente en la mente de varios altos mandos del ejército, como JohannAdolf Graf Kielmansegg. «Para el ejército, hay que establecer una clara distinción, y esto atañe a todo el Tercer Reich, entre Hitler, el régimen y la conducta y el programa de los nazis. Esto [la conducta y el programa de los nazis] fue rechazado incluso antes de la guerra… Pero Hitler, no.»[209]

Los beneficios prácticos de la acción contra las SA fueron inmediatos y cuantiosos para Hitler. Cuando el presidente Hindenburg falleció el 2 de agosto de 1934, transcurrido poco más de un mes desde el asesinato de Röhm y los demás, Hitler fue confirmado por aclamación como canciller y jefe de estado, y el cargo de presidente del Reich fue abolido. El 20 de agosto, todos los miembros de las fuerzas armadas y las autoridades públicas juraron lealtad a Hitler como «*Führer* del Reich alemán».

Según recuerda Karl Boehm-Tettelbach, que realizó el juramento como oficial de las fuerzas aéreas, fue algo serio: el juramento «me acompañó toda la vida, hasta el fin. Un juramento es un juramento… No puedo romperlo. De lo contrario, quizá tendría que suicidarme». O, como expresaba llanamente Johann-Adolf Graf Kielmansegg: «Un oficial alemán no rompe un juramento ante Dios».

Una vez que Hitler se convirtió en comandante supremo de las fuerzas armadas y en jefe de estado indiscutible, se produjo en Alemania un fenómeno verdaderamente asombroso. Entre 1934 y 1938, pese a gastar dinero en rearme a una escala sin precedentes, pese a varias dificultades económicas y políticas, pese a que el Partido Nazi a menudo emprendió enmarañadas batallas en el gobierno por quién era responsable de qué, pese a la creación de campos de concentración y a la persecución de minorías, pese a todo eso y más, el poder y el prestigio de Adolf Hitler fueron creciendo hasta que recibió un grado de adulación sin parangón en la historia moderna de Europa.

Un motivo crucial de esta transformación fue la creación de un aura carismática en torno a Hitler, cuya legitimidad se basaba presuntamente tanto en cuestiones científicas como semirreligiosas. Esta amalgama de justificación ancestral del liderazgo carismático —aprobación espiritual— y justificación moderna —ciencia— era nueva[210]. También era enormemente poderosa.

Joseph Goebbels, ministro de Propaganda nazi, consideraba la fabricación consciente de la «imagen» de Hitler uno de sus mayores logros. En diciembre de 1941 comentaba que, por medio de la «creación del mito del *Führer*, Hitler había

recibido el halo de la infalibilidad, con el resultado de que mucha gente que miraba con recelo al partido mostraba una confianza absoluta en él a partir de 1933»[211].

Desde luego, Goebbels no subestimaba sus habilidades, y dijo a su ayudante de prensa en tiempos de guerra, Wilfred von Oven, que trabajaba «casi veinte horas al día; aseguraba que podía sobrevivir durmiendo cuatro horas, al igual que Federico el Grande y otros hombres extraordinarios»[212]. Según Von Oven, Goebbels también «hacía gala de una enorme necesidad de reconocimiento… Pero yo siempre digo que no hay nada malo en ello, siempre y cuando uno esté suficientemente dotado».

Pero, al adjudicarse el mérito de la «creación del mito del *Führer*», Goebbels exageraba su aportación al éxito de Hitler, ya que fue este quien desempeñó el papel más importante en la creación de su propia leyenda. Hitler siempre había sido consciente de la importancia de la propaganda, y creía saber mejor que nadie cómo debían ser retratados él y el partido. Es significativo que su primer trabajo en el Partido Obrero Alemán fuese como jefe de propaganda. Era Hitler, tanto como Goebbels, quien comprendía que, como líder carismático, debía mantener las distancias con el mundo laboral corriente, que debía aparentar ser ajeno a la necesidad humana de mantener relaciones estrechas y presentarse como «infalible». Más que todo eso, Hitler se dio cuenta de que su descripción de sí mismo fuera del común de la humanidad daba espacio a los demás para proyectar sus necesidades y deseos sobre él. Fue en esta interacción donde se produjo una transferencia de grandes consecuencias. Los seguidores de Hitler adquirían confianza y autoestima gracias a su fe en él. Su creencia en Hitler otorgaba un significado especial a su vida. Eso explicaría la adulación que expresaba Göring en 1934: «Hay algo místico, inexpresable, casi incomprensible en ese hombre… Amamos a Adolf Hitler porque creemos, profunda y categóricamente, que lo envió Dios para salvar Alemania… No existe cualidad alguna que no posea en grado sumo… Para nosotros, el *Führer* es simplemente infalible en cuestiones políticas y en todos los aspectos relacionados con el interés nacional y social del pueblo»[213].

¿Creía realmente Göring que Hitler poseía todas las cualidades humanas «en grado sumo»? Sin duda, era lo bastante cínico y duro como para reconocer que le interesaba decir tal cosa. Pero Göring —que despreciaba el concepto de democracia — también estaba profundamente predispuesto a creer en el valor de un solo líder «infalible», y reparó en que dicha creencia lo absolvía de la carga de la responsabilidad última de sus acciones.

Esa idea del *Führer* como una fuerza liberadora y casi mística impregna la película propagandística más famosa e influyente jamás rodada sobre Hitler, *Triumph des Willens* («El triunfo de la voluntad»), de Leni Riefenstahl. Producida en el mitin del Partido Nazi celebrado en 1934 en Núremberg, pretendía ser un «documental», pero en realidad estaba tan milimetrada y estructurada como cualquier obra de ficción. Curiosamente, *El triunfo de la voluntad* no estuvo controlada por Goebbels, sino que Riefenstahl trabajó directamente con Hitler en su composición. Fue incluso

el *Führer* quien propuso el título[214].

Riefenstahl no era una observadora neutral de Hitler. De hecho, se sentía cautivada por él. «Tuve una visión casi apocalíptica que nunca pude olvidar», escribiría después de verle en un mitin electoral unos años antes. «Parecía que la superficie del planeta estuviese extendiéndose frente a mí, como un hemisferio que de repente se agrieta por la mitad y escupe un chorro de agua enorme y tan poderoso que toca el cielo y hace temblar la tierra.»[215]

Riefenstahl intentó transmitir esa «visión apocalíptica» a un público de masas. Y desde los primeros planos del filme, donde se muestra el avión de Hitler sobrevolando Núremberg y su llegada casi mesiánica desde los cielos, la intención es obvia: demostrar la naturaleza especial del *Führer*, que es retratado como un hombre solo, separado de las multitudes de seguidores. Las imágenes de la esvástica, el uso del fuego en los rituales y los reiterados conjuros están concebidos para propiciar asociaciones con un oficio religioso. Pero las imágenes de *El triunfo de la voluntad* no eran solo pseudorreligiosas, sino que poseían también un poderoso y moderno atractivo. No se trataba de un oficio religioso que admitiera a todo el mundo en el culto —los enfermos y los ancianos estaban ausentes—, sino de una demostración del gran poder de la naturaleza en la que solo se ve a adultos y jóvenes vigorosos. El nazismo se presentaba, por tanto, como un movimiento enraizado en una amalgama de pseudorreligión y ciencia pseudodarwiniana.

Actos como el mitin de partido que aparece en *El triunfo de la voluntad* permitieron a miles de personas deleitarse en la presencia de Hitler. Tal como escribía el periodista William Shirer, quien asistió al mitin de 1934: «Y allí, en la noche iluminada por los focos, apiñados como sardinas en una formación masiva, los pequeños hombres de Alemania que habían hecho posible el nazismo alcanzaron el estado más elevado que conoce el alemán: desprenderse de su alma y su mente individuales —junto con las responsabilidades personales, las dudas y los problemas — hasta que, bajo las luces místicas y el sonido de las palabras mágicas del austríaco, se fundieron por completo en el rebaño germánico»[216].

El análisis de Shirer, según el cual «el estado más elevado que conoce el alemán» era «desprenderse de su alma y su mente individuales», era una creencia habitual por aquel entonces (y no es infrecuente a día de hoy). Ya hemos comentado que había motivos históricos y culturales por los que los alemanes de la época eran especialmente susceptibles a la idea de liderazgo de un «héroe» individual. Pero el peligro que entraña llevar demasiado lejos esa idea es que minimiza la personalidad única de Hitler. Sí, la escenografía y la dirección del mitin de 1934 tuvieron su influencia, pero lo más importante era la personalidad del líder, cosa que George Orwell —un antinazi acérrimo— reconoció mejor que nadie. En su brillante reseña de *Mein Kampf* escribía sobre la «atracción» de la personalidad de Hitler, que, para él, era «abrumadora cuando uno oye sus discursos»[217]. Según Orwell: «El hecho es que hay algo profundamente atractivo en él. Uno lo siente de nuevo al ver su

fotografía: es una cara patética, como de perro, la cara de un hombre que sufre injusticias intolerables. De un modo bastante más masculino, reproduce la expresión de innumerables imágenes del Cristo crucificado, y no cabe duda de que es así como se ve Hitler».

Orwell subrayaba con acierto ese aspecto del «sufrimiento» que mostraba Hitler, ya que una parte importante de su atractivo era la afirmación de que Alemania había «padecido» y de que él estaba destinado a enmendar ese terrible error. Asimismo, mítines como el celebrado en Núremberg en 1934 atraían a gran cantidad de alemanes porque iban en contra de muchas suposiciones de la época, tal como expone Orwell: «Hitler sabe que los seres humanos no solo quieren comodidad, seguridad, jornadas laborales reducidas, higiene, control de natalidad y, en general, sentido común; también desean, al menos intermitentemente, lucha y sacrificio, por no hablar de tambores, banderas y desfiles de lealtad»[218].

Por encima de todo, lo que ofrecía Hitler a su público era redención. En sus discursos no hablaba tanto de política como del destino. Era un privilegio, decía, vivir un momento tan decisivo de la historia. Los nazis se hallaban en una «espléndida cruzada» que pasaría «a la historia como uno de los fenómenos más milagrosos y extraordinarios»[219]. Puede que el camino fuese duro, insinuaba, pero el viaje que se avecinaba brindaba a todos los alemanes la posibilidad de dar significado a su vida. Así, añadía, no solo eran especiales porque fuesen racialmente superiores, sino porque habían nacido en esa época y les aguardaban grandes empresas.

«¡Cuan profundamente sentimos una vez más, en esta hora, el milagro que nos ha unido!»[220], decía Hitler en una reunión de líderes nacionalsocialistas que tuvo lugar en Núremberg en septiembre de 1936. «Habéis venido aquí desde vuestros pequeños pueblos, vuestras villas, vuestras ciudades, desde minas y fábricas, desde detrás del arado. Habéis abandonado vuestra rutina diaria y vuestro trabajo en pos de Alemania para compartir este sentimiento. ¡Estamos juntos, y ahora somos Alemania!». Aquel mismo día, en un extraordinario discurso pronunciado ante un grupo de mujeres de la NS Frauenschaft (la «Liga de Mujeres» nazi), Hitler afirmaba que los niños alemanes no solo pertenecían a sus madres, sino también a él. De ello se desprendía una conexión casi mística entre él y esos niños.

Jutta Rüdiger, que había de convertirse en líder de la Liga de Muchachas Alemanas del Reich un año después de que Hitler ofreciera aquel discurso, dice que estaba «absolutamente anonadada» por el logro de Hitler a la hora de reunir a los alemanes (o al menos a aquellos alemanes a los que los nazis consideraban «arios») en una comunidad: «Si observan al pueblo alemán a través de los tiempos —cómo se enfrentaban entre ellos y siguen haciéndolo—, Hitler consiguió meterlos a todos, o a casi todos, bajo un mismo techo, consiguió unirlos. La gente decía que Hitler ejercía un magnetismo que pasaba por encima de la cabeza del pueblo alemán». Y ese «magnetismo» parecía tener un efecto especial en las féminas, como observaba William Shirer en Núremberg, cuando en 1934 se encontró con un grupo de mujeres

frente al hotel de Hitler. «Lo miraban como si fuese un mesías», comentaba. «Sus rostros se transformaron en algo manifiestamente inhumano.»[221]

Hitler siempre había empleado términos religiosos en sus discursos, hablando de la «resurrección» del pueblo alemán y, como hemos visto, haciendo hincapié en el compromiso con la Iglesia cristiana de Alemania en 1933. También aseguraba que el programa nazi original de 1920, en el punto 24.º, estipulaba que el partido representaba «una perspectiva de cristiandad positiva». Y, como comentábamos antes, había realizado comentarios elogiosos sobre Jesús, a quien describía como un «luchador» contra los judíos[222]. Pero la explicación más convincente sobre esas afirmaciones es que Hitler, como político, simplemente reconocía la realidad práctica del mundo que habitaba. En una conversación con Ludendorff años antes había manifestado: «Necesito a los católicos bávaros y a los protestantes prusianos para construir un gran movimiento político. El resto llegará después»[223]. Si Hitler o su movimiento se hubieran distanciado demasiado de la cristiandad es prácticamente imposible que hubiera triunfado en unas elecciones libres. Por ello, su relación con el cristianismo en público —en realidad, su relación con la «religión» en general— era oportunista.

No existen indicios de que Hitler expresara en el ámbito personal su creencia en los principios de la Iglesia cristiana. En una ocasión dijo a Albert Speer: «Ha sido una desgracia tener la religión equivocada. ¿Por qué no profesamos la religión de los japoneses, que consideran el sacrificio por la patria el bien más preciado? La religión musulmana también habría sido mucho más compatible con nosotros que la cristiandad. ¿Por qué tuvo que ser esta, con su mansedumbre y su debilidad?»[224].

Todo ello hace que el papel casi religioso de Hitler en el estado nazi sea especialmente interesante. Las hordas de alemanes que se desplazaron —casi como peregrinos— para rendirle homenaje en su casa de Berchtesgaden, las miles de peticiones personales remitidas al *Führer* en la Cancillería del Reich; la iconografía de los mítines de Núremberg; el hecho de que a los niños alemanes se les enseñara que Hitler era «un enviado de Dios» y que era su «fe» y su «luz»[225], todo ello denotaba que no era considerado tanto un político normal como un profeta tocado por la divinidad. Para Wilhelm Roes, que se crió en los primeros años del gobierno nazi, Hitler «era Dios en persona. Los medios de comunicación lo glorificaban. Y los jóvenes nos lo creíamos todo; éramos estúpidos. Cuando miro a mis nietos me doy cuenta de lo tontos que éramos»[226].

Adolf Hitler se convirtió en objeto de veneración para millones de personas. Y prueba de ello es que en sus declaraciones públicas durante esos primeros años en el poder abandonó paulatinamente el énfasis que ponía en las ideas tradicionales de la cristiandad por una idea menos precisa de la «providencia». En un discurso memorable pronunciado en 1936, observaba: «Ni las amenazas ni las advertencias me impedirán seguir mi camino. Yo transito la senda que me ha asignado la providencia

con la seguridad instintiva de un sonámbulo»[227].

¿Quién o qué creía Hitler que era aquella «providencia» que le había «asignado» su «senda»? Casi con total certeza no era el Dios cristiano. Como dijo a un grupo de líderes nazis en 1937: «No existe un consenso universal sobre la naturaleza específica de Dios»[228], sino que «la fe en Él es uno de los presentimientos más ingeniosos y nobles del hombre, lo cual nos sitúa por encima de los animales». Es muy probable, por tanto, que Hitler estuviera utilizando lo que consideraba el mecanismo «ingenioso» de un ser sobrenatural para justificar sus acciones. Si estaba siguiendo los dictados de la «providencia», entonces sus acciones solo podían ser cuestionadas por ella y, sin duda, jamás por simples mortales. Y puesto que era la única ruta hacia esa «providencia», podía hacer lo que gustara y reclamar apoyo divino. Además, la creciente ambigüedad de los discursos de Hitler en relación con el hecho de si su idea de la «providencia» entroncaba con el cristianismo impedía a los clérigos católicos o protestantes afirmar que poseían alguna habilidad especial para interpretar su aseveración de que mantenía un vínculo directo con un ser sobrenatural.

El resultado fue que la Iglesia cristiana establecida en Alemania no sabía muy bien qué pensar sobre Adolf Hitler o cómo responder exactamente a su gobierno. Los nazis nunca prohibieron su existencia. De hecho, varios de sus representantes más destacados eran creyentes. Por ejemplo, Erich Koch, el intransigente *Gauleiter* de Prusia Oriental, decía después de la guerra: «Yo opinaba que la idea nazi debía desarrollarse a partir de una actitud básica prusiano-protestante y de la reforma inacabada de Lutero»[229].

Al acumular poder, a Hitler, aun no compartiendo las ideas de Koch, parecía preocuparle sobre todo la posible influencia de la Iglesia en Alemania —tanto católica como protestante— como bloque de oposición a sus ambiciones y no como fuerza espiritual. Durante años, el *Führer* propició el nombramiento de clérigos manifiestamente nazis en altos cargos de la Iglesia protestante en Alemania. Pero sabía que esta nunca sería tan aquiescente como él deseaba, y su retórica —en privado— se tornó más abiertamente anticristiana. Y, aunque en público seguía mostrándose ambiguo acerca de sus relaciones con un Dios cristiano, varios nazis importantes expresaban con claridad su disgusto por el cristianismo. Martin Bormann, que se convertiría en secretario de Hitler, Alfred Rosenberg, un destacado ideólogo del partido, y Heinrich Himmler lo condenarían sin ambages. A los miembros de las SS de Himmler no les estaba permitido decir que no creían en Dios, pero tampoco se los animaba a manifestar que alababan a un Dios cristiano. La opción predilecta era que se proclamaran «gottgläubig» o «creyentes en Dios» sin necesidad de especificar la naturaleza exacta de la divinidad en la que creían.

Con el paso del tiempo, los verdaderos sentimientos de Hitler hacia la cristiandad resultaban cada vez más claros para la élite nazi. «El *Führer* es un hombre en armonía absoluta con la Antigüedad», escribía Goebbels en su diario el 8 de abril de 1941. «Odia el cristianismo, porque ha socavado todo lo que es noble en la

humanidad.»[230] Ese mismo año, hablando con cinco de sus compinches —entre ellos Ribbentrop y Rosenberg—, Hitler decía: «La guerra acabará algún día. Entonces consideraré que la última tarea de mi vida es resolver el problema religioso». Declarando que la cristiandad es «un invento de mentes enfermas», añadía que «la imagen concreta del más allá que me impone la religión no resiste un examen». Por el contario, soñaba «con un estado de las cosas en el que todo hombre sepa que vive y muere por la preservación de la especie»[231].

Sin embargo, puesto que Hitler sabía que si expresaba abiertamente esas opiniones antirreligiosas su popularidad podía resentirse, lo que hizo fue mezclar dos justificaciones para su autoridad: una de carácter religioso y otra científica. Por un lado, Hitler proclamaba la legitimidad derivada de la «providencia», que millones de cristianos alemanes podían interpretar como su Dios, pero, por otro, afirmaba también que las leyes fundamentales de la naturaleza respaldaban sus posturas; de ahí las visiones duales presentadas en *El triunfo de la voluntad*, con su iconografía pseudorreligiosa y el poder animal de los saludables jóvenes nazis.

Goebbels estaba ansioso por el encargo de *El triunfo de la voluntad*. En parte, esa ansiedad venía motivada por los celos hacia la directora, Leni Riefenstahl. Como explicaba Fritz Hipper, que trabajaba estrechamente con él: «Riefenstahl irritaba a Goebbels porque el mismo Hitler le permitió rodar películas creativas y Goebbels no ejercía ninguna influencia sobre ella»[232]. Pero en su renuencia a aceptar la idea de *El triunfo de la voluntad* había algo más que simple resentimiento. Goebbels siempre estaba preocupado por el efecto de la propaganda abiertamente nacionalsocialista en el cine. Wilfred von Oven recuerda que Goebbels consideraba que películas como *Hitler-junge Quex*, sobre un heroico muchacho de las Juventudes Hitlerianas que tiene una visión de banderas nazis ondeando en el cielo mientras yace moribundo, eran «lamentables»[233]. Tal como anunciaba Goebbels en el *Völkischer Beobachter* de febrero de 1934: «Si creo que existe una actitud artística honesta detrás de una película, la protegeré… No exigiré que una película empiece y termine con desfiles nacionalsocialistas. Los desfiles nazis deben recaer en nosotros, que somos quienes mejor los entendemos»[234].

Fritz Hippler explica que su jefe, Goebbels, creía que «los artículos publicados en la prensa o lo que se decía influían en el cerebro, en la conciencia, en la inteligencia y en la imaginación, mientras que las fuerzas primarias del hombre son movidas por el inconsciente, eso que el hombre no eleva a su conciencia, pero que lo lleva más allá de esta. Sobre esas fuentes primarias, la imagen en movimiento funciona de una manera especialmente intensa, y deseaba utilizar ese medio de un modo particularmente directo»[235]. Goebbels creía que para que la propaganda funcionara tenía que poseer dos cualidades: no debía parecer propaganda pura y dura y debía ser entretenida. Como decía en un encuentro de grandes figuras de la radio alemana en marzo de 1933: «El principio fundamental es evitar ser aburrido a toda costa. Lo

antepongo a todo lo demás»[236].

Eso significaba que Goebbels estaba predispuesto a desconfiar de una iniciativa propagandística como *El triunfo de la voluntad*. Pero una vez que vio el filme y, lo que es más importante, la reacción positiva de Hitler, lo alabó, definiéndolo como «una magnífica visión cinematográfica del *Führer*», y apostillaba: «La película ha esquivado el peligro que entraña una obra políticamente sesgada… Es una historia épica que forja el tempo de las formaciones desfilando, férrea en sus convicciones y alimentada por el arte apasionado»[237].

No obstante, el experimento de retratar a Hitler en un documental de gran metraje nunca se repitió. Goebbels prefería un planteamiento más sutil para introducir a Hitler en la psique alemana. En los largometrajes se decantaba por no mencionarlo explícitamente. Por el contrario, quería que el público estableciera la conexión entre el filme que estaba viendo y su *Führer*. Esto llevó al encargo de una serie de películas históricas en las que aparecían héroes del pasado alemán como Friedrich Schiller, Bismarck y Federico el Grande. Los guiones se confeccionaron exhaustivamente para que pudieran establecerse paralelismos entre esas figuras históricas y Hitler, pero las analogías nunca se exponían de forma clara, sino que se alteraba la historia para que, por ejemplo, Bismarck actuara de forma similar a Hitler al disolver la democracia parlamentaria[238]. Por otro lado, según Fritz Hippler, en *Der Grosse König* («El gran rey»), dedicada a Federico el Grande, «el espectador alemán supuestamente debía pensar que aquella situación era similar al presente… Federico el Grande en principio simbolizaba a Hitler»[239].

Goebbels pretendía demostrar que todas esas grandes figuras históricas —sobre todo Hitler— estaban vinculadas por ciertos componentes carismáticos fundamentales. Ninguno de ellos aspiraba a la legitimidad por medios democráticos; por el contrario, ya fuera explícita o implícitamente, recurrían a un concepto místico de la «providencia» para justificar sus acciones. Ninguno se veía motivado por unas ganancias económicas personales y todos velaban por los intereses del pueblo alemán por encima de todo lo demás. Goebbels subrayaba en esas películas, tal como había escrito Max Weber años antes, que aquellas figuras carismáticas se hallaban «fuera de los límites de este mundo»[240].

Asimismo, Goebbels quería que el público sintiera, tras el visionado de los filmes, que había llegado de manera independiente a la conclusión que él deseaba. En ocasiones discrepaba con Hitler, que exigía una perspectiva menos sutil. «Algunas diferencias sobre el noticiario», anotaba Goebbels en su diario. «El *Führer* quiere más material polémico en el guión. Yo preferiría que las películas hablaran por sí mismas y que el guión se limitara a explicar lo que el público no entienda. Me parece más eficaz, porque entonces el espectador no detecta el arte que hay en todo ello.»[241]

Pero no había discrepancias entre Goebbels y Hitler sobre la verdad de otra de las

teorías de Weber: que «la autoridad carismática es específicamente inestable»[242]. Sabían que no tenía mucho sentido alentar a la población alemana a tratar a Hitler como una figura casi religiosa si la vida del ciudadano medio no mejoraba bajo su mandato. Hitler pedía a la gente que tuviera «fe» y «creyera» en él. Pero si durante varios años todas sus intervenciones e iniciativas fracasaban, esa fe y esa creencia morirían.

No es casual que ese período de crecimiento en la popularidad de Hitler —entre 1933 y finales de 1937— coincidiera con una serie de triunfos en política exterior, de los cuales Hitler se llevó todo el mérito. En rápida sucesión, Alemania se retiró de la Liga de Naciones (1933), aceptó un pacto de no agresión de diez años con Polonia (1934) y firmó un acuerdo naval con Gran Bretaña (1935). La última acción de los británicos socavó significativamente a la Liga de Naciones y la idea que se tenía de una respuesta europea colectiva a un rearme alemán. En 1926, Hitler ordenó a las tropas alemanas que ocuparan de nuevo Renania, una zona del país en la que la Wehrmacht (el nombre que recibió la *Reichswehr* en 1935) tenía prohibido entrar según el tratado de Versalles. A consecuencia de ello se produjo una oleada de orgullo nacional.

En el frente nacional, al margen de un abundante gasto en armamento —procedente de fábricas alemanas—, los nazis consiguieron reducir el desempleo, que pasó de seis millones en enero de 1933 a un millón en septiembre de 1936 y a solo 34 000 personas cuando estalló la guerra en septiembre de 1939. Estudios recientes han demostrado que este logro no guardaba tanta relación con planes de obras públicas tan cacareados como el programa de construcción de la *autobahn* como con una recuperación del sector privado de la economía[243].

En paralelo a la caída del desempleo llegó el ascenso de la *Volksgemeinschaft* (la idea de una «comunidad del pueblo»), que no solo se manifestó en actos como el mitin de Núremberg, sino también en movimientos como la *Kraft durch Freude* (Fuerza a través de la Felicidad) y la *Schönheit der Arbeit* (Belleza del trabajo), unas iniciativas instigadas por Robert Ley, jefe del Frente Laboral Alemán. La primera iba dirigida al tiempo libre de los empleados, con la organización de toda una serie de actividades comunitarias, y la segunda era un intento por convencer a la patronal de que ofreciera más facilidades en el puesto de trabajo.

Según el profesor Christopher Browning, el significado de todo esto era el siguiente: «Gran parte de lo que aporta Hitler en los años treinta puede considerarse en cierto sentido algo beneficioso para la gran mayoría, con un coste extremo para las minorías vulnerables y aisladas. Por tanto, si es usted asocial, gitano, judío o comunista, sufrirá enormemente. Pero el grueso de los alemanes se benefician de esas cosas y no se sienten en absoluto amenazados»[244].

Para alguien como Erna Krantz, a la sazón una colegiala de Múnich, aquella fue una época «positiva» de su vida. «Estaba fomentándose una raza de élite», afirma. «Debo admitir que era contagioso. Solíamos decir que si le asegurábamos cada día a

una persona joven que era especial, al final se lo creía.»[245]

Pero la única manera de «fomentar» una «raza de élite» era, por supuesto, excluir a otros. Y el modo en que Hitler se propuso perseguir a los alemanes que no quería en su estado nazi revela otro aspecto fundamental de su liderazgo carismático. Porque, a su juicio, un enemigo puede ser el mayor activo de un líder.

8

La importancia de los enemigos

Es casi imposible sobrestimar la importancia de los enemigos de Adolf Hitler. Estos no solo alimentaron el odio que sentía hacia casi todo el mundo desde una temprana edad, sino que proporcionaron un muy necesario elemento vinculante para los primeros seguidores del Partido Nazi. Tal como descubrió Hitler, a los líderes carismáticos les resulta mucho más fácil definirse por aquellos a los que odian que por aquello en lo que creen.

Hitler también tomó conciencia del valor que entrañaba el centrar su odio en un solo enemigo. Como escribía en *Mein Kampf*: «Es tarea de la genialidad de un gran líder el lograr que incluso adversarios muy distintos entre sí pertenezcan a una misma categoría… Siempre debe combinarse una multiplicidad de adversarios, de modo que a ojos de las masas de seguidores, la lucha vaya dirigida a un solo enemigo. Esto fortalece su fe en sus derechos y acentúa su enconamiento contra quienes los atacan»[246].

En el fondo de su psique, Hitler tenía a un enemigo claramente definido: los judíos. Pero varias limitaciones políticas le impedían materializar su odio apasionado de forma tan drástica como habría deseado. A consecuencia de ello, cuando en 1933 se aprobó una legislación para excluir «legalmente» a los judíos de los empleos en el sector público —como el funcionariado y el ejército—, contenía varias condiciones que eximían a algunos judíos, por ejemplo, los que habían combatido en la primera guerra mundial o los que habían perdido un hijo en el conflicto.

La ventaja que brindaba dicha legislación a Hitler era que podía recibir un apoyo más amplio que otras medidas más extremas, y su éxito indicaba un fuerte antisemitismo latente en Alemania (aunque, cuando los nazis subieron al poder, los judíos representaban menos del 1 por 100 de la población). Por ejemplo, el economista Johannes Zahn reconoce que la opinión «generalizada» en Alemania era que los judíos estaban representados de manera desproporcionada en profesiones fundamentales como el derecho y la medicina (lo que no hizo fue contextualizar esa estadística, ya que ello obedecía a que, durante siglos, a los judíos alemanes se les había negado el acceso a otros muchos otros trabajos).

Esta sensación de que la población judía de Alemania constituía un «peligro» reinaba incluso entre algunos cristianos devotos. Por ejemplo, Paul Althaus, un teólogo protestante, decía en una conferencia en 1927 que, si bien rechazaba el antisemitismo de los nazis, creía que Alemania estaba «amenazada» por una «clase intelectual urbana desmoralizada y desmoralizadora» que estaba «representada

primordialmente por la raza judía»[247].

Los nazis acérrimos, por supuesto, llevaban mucho más allá su odio hacia los judíos, y opinaban que aquellos primeros intentos por desterrarlos legalmente de los cargos de influencia eran ineficaces contra un pueblo al que describían como su «enemigo mundial número uno». A consecuencia de ello, siguieron produciéndose actos espontáneos de persecución a los judíos alemanes. Lucille Eichengreen fue una de las afectadas. Se crió en una familia judía de Hamburgo en los años treinta, y en cuanto Hitler llegó al poder, los demás niños del bloque dejaron de hablarles a ella y a su hermana. De camino a la escuela les arrojaban piedras. «Existía un miedo permanente», asegura. Además de la amenaza física estaba el perjuicio psicológico causado por el ostracismo y los insultos. «Era muy desagradable ser ridiculizada, insultada, ver a los niños que solían jugar con nosotras con uniformes marrones y blancos [de las Juventudes Hitlerianas]. No te dedicaban un "buenos días" ni un "buenas noches", sino un "*Heil Hitler*!". Para un niño resultaba aterrador. Era incomprensible y no dejabas de preguntarte por qué. No tenía sentido.»[248] La experiencia de Lucille no era algo inusual. Los judíos alemanes incluso podían ser atacados física o verbalmente por partidarios nazis de línea dura si trataban de acceder a una piscina o una pista de patinaje públicas.

Esos ataques incontrolados contra los judíos eran motivo de preocupación para Hjalmar Schacht, ministro de Economía nazi, y en verano de 1935 declaró que ese «giro hacia la anarquía» estaba «poniendo en riesgo la base económica del rearme»[249]. Johannes Zahn, que conocía a Schacht, admite que, si bien el ministro de Economía nunca «ejerció presión» sobre el principio básico de los nazis, que consistía en eliminar a los judíos de la vida pública y de profesiones como la banca, «sí lo hizo a favor de unos procedimientos regulados y de leyes que no permitieran grandes extremismos»[250].

En el mitin de partido celebrado en Núremberg en septiembre de 1935, Hitler anunció dos legislaciones apresuradas: la Ley de Protección de la Sangre y el Honor Alemanes, que prohibía el contacto sexual y el matrimonio entre judíos y no judíos, y la Ley de Ciudadanía del Reich, que retiraba a los judíos la nacionalidad alemana. Sin embargo, Hitler no especificaba cómo podía definirse a un «judío». Más tarde, dado que era imposible determinar una definición «racial», los nazis emplearon una de naturaleza religiosa; un «judío completo» era una persona con tres abuelos que hubieran pertenecido a la comunidad religiosa hebrea.

Esa definición iba en contra de la apasionada creencia de Hitler en que los judíos no eran una religión, sino una «raza». Pero, aun así, el tiempo que invirtieron los nazis en definir quién era judío y quién no, cosa que posteriormente sería vital para determinar quién viviría y quién moriría, demostraba una vez más el fanatismo de la perspectiva de Hitler. No importaba que un judío alemán atesorara un valor económico enorme para el estado —el científico teórico o el inventor práctico más brillante—; aun así, le sería vetada la ciudadanía alemana y otros derechos si se

establecía su «naturaleza judía». Esto ilustra también que —desde el punto de vista de Hitler— los judíos eran un enemigo en extremo útil. La gran mayoría de los alemanes sabían que no eran judíos y, por tanto, se sentían relativamente seguros ante las persecuciones. Para un líder carismático como Hitler, cuanto más se centre la propaganda en un solo enemigo y más pertenezca a una minoría definida de la que el grueso de la población se sepa excluida, mejor.

Hitler consiguió tomar esa idea de un «solo enemigo» y darle la vuelta: intercaló su odio a los judíos con el odio hacia la figura del régimen de Stalin en la Unión Soviética con la intención de crear un enemigo gigantesco. En un discurso pronunciado en Núremberg el 13 de septiembre de 1937, dijo explícitamente que el mundo hacía frente a «un ataque[251]» de proporciones épicas y que estaba encabezado por los «líderes del bolchevismo judío en Moscú». Esos «líderes» eran, según él, «un gremio internacional de delincuentes judeobolcheviques incivilizados» que habían intentado, entre otros abusos, causar una revolución en España. Asimismo, recordaba a su público que los líderes de la revolución de Berlín y Múnich tras la primera guerra mundial habían sido judíos.

En realidad no existía prueba alguna de que Stalin actuara con la colaboración de un grupo judío, pero la retórica de Hitler era tan firme y persuasiva que influía en muchos de sus oyentes. Para Hitler, una de las numerosas ventajas de afirmar que existía una «conspiración» secreta internacional entre los judíos era que cualquier inconsistencia de su visión podía justificarse diciendo que los judíos pretendían confundir y ocultar «la verdad». Para un joven como Johannes Hassebroek, este pensamiento planteaba una idea sencilla del mundo. Según él, estaba «lleno de gratitud[252]» por la «orientación intelectual» que le habían proporcionado. Antes de unirse a los nazis y más tarde a las SS, él y sus compañeros estaban «desorientados». No comprendían lo que estaba sucediendo a su alrededor, ya que todo estaba «muy mezclado». Pero ahora les habían procurado «una serie de ideas simples» que podían comprender y creer.

Jutta Rüdiger, que en 1937 era líder de la Liga Nazi de Muchachas Alemanas (la BDM), afirma que Hitler «hablaba a los jóvenes de manera tan fácil y comprensible —y supongo que eso era un don— que podían seguirlo perfectamente e incluso una persona muy simple podía entender lo que estaba diciendo»[253]. Y, al expresarse de esa manera tan comprensible, siempre se podía confiar en que Hitler fuese fiel a su visión racista del mundo. «En una ocasión, por ejemplo», explica Jutta Rüdiger, «dijo: “En África la gente puede tumbarse debajo de un banano” —puede que fuese una exageración, pero no importa—, “y los plátanos les crecen en la boca. Pero aquí, en Alemania, tenemos que reunir provisiones para el invierno. Tenemos que asegurarnos de que hay carbón y patatas en el sótano y debemos trabajar para ello”».

Cada año que Hitler permanecía en el poder y presionaba para llevar a cabo un rearme cada vez mayor, se centraba más y más en el objetivo que expresaba en *Mein Kampf* de arrebatar territorio a la Unión Soviética para crear un gran imperio nazi en

el Este. Para quienes observaron por aquel entonces a Hitler trabajando y en su tiempo libre, como Herbert Döhring, jefe de las SS en Berghof, la casa de Hitler en Bavaria, era obvio cómo se percibía el *Führer* a sí mismo. «Se veía como el salvador del mundo occidental, porque, en aquella época, con Stalin, el comunismo era muy fuerte. Y él creía que estaba llamado a hacer algo para salvar Occidente.»[254]

En 1936, un año antes de su discurso en Núremberg, en el que habló de los peligros derivados del liderazgo «judeo-bolchevique», Hitler exponía una visión asimismo apocalíptica en un memorándum secreto, pero esta vez afirmaba de modo abierto que, a su juicio, el destino de Alemania era enfrentarse militarmente a la Unión Soviética. Incluso en ese memorándum vinculaba a la cúpula soviética con una conspiración judía, demostrando así, si es que alguien lo dudaba, que creía verdaderamente en aquella idea disparatada. «Desde que estalló la Revolución Francesa», escribía, constatando de nuevo que la historia era su asignatura favorita en el colegio, «el mundo ha avanzado cada vez a más velocidad hacia un nuevo conflicto» que sería causado por la necesidad de impedir que el «bolchevismo» intentara reemplazar a los líderes de la sociedad por la «judería internacional»[255].

Este memorándum iba mucho más allá que el discurso que pronunciaría al año siguiente en Núremberg. Hitler, al igual que Goebbels, sabía que había que manipular a la opinión pública poco a poco. «La propaganda es como un convoy en la guerra», decía Goebbels a Wilfred von Oven, su ayudante de prensa, «que tiene que avanzar hasta el objetivo bajo una fuerte protección militar. Tiene que adaptar su velocidad a los más lentos de la unidad.»[256]

El 4 de septiembre de 1936, durante una de sus reuniones cada vez más infrecuentes, se compartió el contenido del memorándum de Hitler con el gabinete. Göring, con su inclinación por las síntesis belicosas, anunciaba: «[El memorándum de Hitler] parte de la premisa básica de que el enfrentamiento con Rusia es inevitable[257]» y de que Alemania debía seguir preparándose con entusiasmo para la guerra. El tono de Göring era de una confianza despreocupada, cuya base radicaba en una fe suprema en el liderazgo carismático de Hitler.

Todos aquellos planes podían materializarse, decía Göring, porque «gracias a la genialidad del *Führer*, las cosas que eran aparentemente imposibles» se habían hecho realidad «con suma rapidez»[258].

Era una actitud positiva habitual en Göring, el aventurero arquetípico. «De todos los grandes líderes nazis, Hermann Göring era para mí el más simpático», escribía *sir* Nevile Henderson, embajador británico en Berlín desde mayo de 1937. «En una crisis, por ejemplo una guerra, podía ser bastante despiadado. Una vez me dijo que los británicos a los que verdaderamente admiraba eran aquellos a los que tildaba de piratas, como Francis Drake, y nos reprochaba habernos “desbrutalizado” demasiado. De hecho, él era el típico bucanero brutal, pero tenía ciertas cualidades atractivas, y debo reconocer que, personalmente, me caía muy bien.»[259]

En octubre de 1936, a Göring le fue encargada la dirección de un Plan Cuatrienal

concebido para preparar a Alemania para la guerra incrementando el gasto en armamento y atenuando su dependencia de la materia prima extranjera, cosa que debía conseguirse manteniendo el bienestar de la población general a un nivel aceptable. Era una tarea que habría resultado imposible para el economista con más talento, por no hablar de un expiloto de cazas que confesaba alegremente no saber nada de economía, pero que poseía una «voluntad desenfrenada»[260].

A pesar de sus obvias deficiencias intelectuales, Göring era de un valor enorme para Hitler. Desde el primer momento en que lo conoció en 1922, Göring aceptó su liderazgo carismático. A consecuencia de ello, fue admitido en el círculo de gente que sabía que su *Führer* pretendía causar un conflicto en el futuro. Otro que era consciente de la magnitud de los acontecimientos que les aguardaban era Walther Darré —al igual que Göring, un nazi de línea dura—, que en 1936 había anunciado a las autoridades del *Reichsnährstand*, el Organismo Alimentario Nacional: «El área natural de asentamiento del pueblo alemán es el territorio situado al este de los límites del Reich hasta los Urales, que linda al sur con el Cáucaso, el mar Caspio, el mar Negro y la línea divisoria que separa la cuenca mediterránea de los mares Báltico y del Norte. Ocuparemos ese espacio, conforme a la ley que dice que un pueblo superior siempre tiene derecho a conquistar y adueñarse de las tierras de un pueblo inferior»[261].

Hitler sabía que algunos miembros del gobierno, a diferencia de Göring y Darré, no compartían la fe en su genialidad carismática, por ejemplo Hjamlar Schacht, el ministro de Economía, que ya había visto cómo menguaba su poder de resultas de varios enfrentamientos con otras autoridades por la jurisdicción sobre el Plan Cuatrienal. Schacht dimitió en 1937 y fue sustituido temporalmente por el maleable nazi Walther Funk. Sin embargo, en un intento por enfrentarlo con sus dobles enemigos (o, bajo su punto de vista, con su único enemigo), el judaísmo y el bolchevismo, Hitler reparó en que el grupo de poder más importante que debía afrontar era el ejército. Ya se había ganado la confianza y admiración de Werner von Blomberg, el ministro de Defensa, tras la eliminación de Röhm y las SA. De hecho, Blomberg prácticamente idolatraba a Hitler como si fuera un héroe. Karl Boehm-Tettelbach, ayudante de Blomberg durante los años treinta, recuerda que su jefe regresaba exultante de sus reuniones con Hitler, alabando todas las ideas del *Führer*, fueran grandes o pequeñas. «Por ejemplo», recuerda Boehm-Tettelbach, «Hitler imaginaba su carrera como la de un soldado de la primera guerra mundial… y había un capitán montado a caballo por delante de cien o ciento diez personas que transportaban una pesada mochila. “Esa no es manera de librar una guerra moderna”, [decía Hitler]. “El capitán debería ir caminando y su caballo tirar de un carro con las pesadas mochilas encima”.»[262] Blomberg quedó boquiabierto ante esta y casi todas las demás propuestas de Hitler.

El antisemitismo fundamental de Hitler y los nazis no era de gran trascendencia para Blomberg y el resto de la cúpula militar. Por ejemplo, Ludwig Beck, jefe del

Estado Mayor alemán, escribía a un amigo diciendo que la decisión de expulsar a los judíos de las asociaciones de excombatientes debía «depender del tacto de los miembros respectivos»[263]. Asimismo, observaba: «Soy consciente de que en varios casos, exoficiales de la reserva no arios han dimitido voluntariamente de las asociaciones para no tener problemas ni causárselos a otros». De este modo, Beck intentaba convertir el antisemitismo de los nazis en una prueba de buenos modales.

«Hoy en día aún existe cierto antisemitismo en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania», señala Johann-Adolf Kielmansegg, por aquel entonces un joven alto mando del ejército. «Pero no tiene nada que ver con el concepto fundamental del exterminio de los judíos… Y esas medidas cada vez más duras contra ellos [durante los años treinta] no dejaban entrever adónde conduciría todo ello.»[264] No obstante, las acciones de los mandos militares en apoyo al régimen nazi durante este período iban mucho más allá del antisemitismo «tradicional» que menciona Kielmansegg. Comandantes veteranos como Ludwig Beck aceptaban que los oficiales recibieran formación sobre «higiene» y «biología» raciales[265] en línea con la ideología nazi.

Pero, aunque en principio altos mandos como Blomberg y Beck estuvieran de acuerdo con Hitler respecto de la amenaza del bolchevismo y también con que Alemania debía pugnar por ser más autosuficiente —incluso al punto de que algún día podría ser necesario expandirse hacia el Este en busca de un imperio—, ello distaba mucho de establecer un calendario concreto para alcanzar tal propósito. En este sentido, Hitler fue capaz de utilizar el viejo deseo de «enmendar los errores de Versalles» como una cortina de humo para ocultar el plazo de ejecución de su anhelo por combatir el bolchevismo en suelo soviético. Porque, si bien las consecuencias prácticas de una invasión de la Unión Soviética en años posteriores podrían haber asustado a muchos oficiales alemanes, un intento por revocar las condiciones del tratado de Versalles era mucho menos aterrador. Por ejemplo, Ludwig Beck, en un discurso pronunciado en presencia de Hitler en octubre de 1935 en la Kriegsakademie, manifestaba su esperanza de que los altos mandos alemanes se dieran cuenta de la «obligación» que habían contraído con el «patrón de la Wehrmacht alemana [Adolf Hitler]» debido a sus esfuerzos por romper «los grilletes de Versalles»[266].

Beck también llegó a la conclusión, después de cenar con Hitler, de que no tenía ningún vínculo personal con él. En su opinión —y en marcado contraste con los sentimientos de su superior, Werner Blomberg—, Hitler no poseía ningún carisma. Pero eso no tenía importancia. Hitler respaldaba al ejército en todos los aspectos. El rearme proseguía a buen ritmo, el reclutamiento universal se reintrodujo en marzo de 1935 y Renania había sido ocupada de nuevo por las tropas alemanas en 1936. Para Beck, el hecho de que el hombre que había posibilitado todo aquello tuviera carisma o no era irrelevante.

Pero, obviamente, todavía quedaba mucho por hacer para romper por completo «los grilletes de Versalles». Uno de los legados más flagrantes del tratado, por

ejemplo, seguía siendo la separación permanente de Prusia Oriental del resto de Alemania. Los polacos controlaban un corredor de tierra entre esas dos zonas, y el puerto de Danzig, dentro de dicho corredor, se encontraba bajo la soberanía de la Liga de Naciones. «De joven visité Danzig», dice Ulrich de Maizière, a la sazón oficial del ejército, «porque tenía una tía allí, y me pareció una ciudad absolutamente alemana. Todo el mundo esperaba que aquello pudiera resolverse negociando. Y si Polonia hubiera accedido a negociar, me atrevería a decir que tal vez no habría estallado la guerra». El hecho de que Maizière, entrevistado mucho después del final de la segunda guerra mundial, todavía creyera que las «negociaciones» podrían haber resuelto el problema de Danzig y el corredor polaco demuestra lo afianzada que estaba la idea en ciertos sectores de que el rearme estaba concebido para devolver pacíficamente a Alemania sus fronteras de 1914.

Cuando 1937 tocó a su fin, se produjo una escisión entre los servidores de Hitler. Todos ellos conocían el poder de sus creencias antisemitas y antibolcheviques, y muchos de ellos las compartían en mayor o menor medida. Pero estaban divididos entre quienes seguían a Hitler por consideraciones fundamentalmente racionales —como Schacht y varias figuras destacadas del ejército— y quienes cumplían sus órdenes no solo porque lo respaldaban ideológicamente, sino porque aceptaban su liderazgo carismático —como Göring y muchos otros nazis comprometidos—. Creían en la fe más que en los hechos constatados. Y, como cabría esperar, eran las personas que Hitler quería tener cada vez más a su alrededor.

9

El atractivo de lo radical

El líder carismático no es un político corriente que aspira a gobernar tras una consulta amplia. Hay un elemento de convicción personal rayana en lo mágico asociada al proceso de toma de decisiones de una persona con carisma, una magia que destruye la sala del comité. Y Hitler, que odiaba profundamente esas reuniones, llevó al paroxismo la idea de tomar decisiones importantes a solas.

Por ejemplo, cuesta pensar en otro político que defendiera la importancia de *no* leer informes y memorandos de sus colaboradores, pero esa era la postura de Hitler. Cuando, Martin Bormann le envió en 1935 un parte sobre cuestiones relacionadas con la juventud, obtuvo respuesta de Fritz Wiedemann, el ayudante del *Führer*, el 5 de junio: «Le devuelto el memorándum adjunto. El *Führer* lo ha recibido, pero me lo retornó al instante sin leerlo. Desea abordar esta cuestión en su gran discurso del próximo mitin de partido y, por tanto, no quiere que sus ideas se vean influidas desde ningún ámbito»[267]. Era esa actitud la que se ocultaba detrás del comentario de Göring al embajador británico, *sir* Nevile Henderson: «Cuando hay que tomar una decisión, contamos menos que las piedras sobre las que nos encontramos ahora mismo. Solo el *Führer* decide»[268].

Todo ello era en gran parte una ilusión, por supuesto. Obviamente, Hitler recibía aportaciones intelectuales de otros; por ejemplo, había aprendido mucho de Dietrich Eckart y Gottfried Feder en los primeros años del Partido Nazi. Pero jamás reconoció a nadie haberle ayudado a formarse sus opiniones, y en lugar de hablar con otros para tratar de comprender diferentes puntos de vista, Hitler prefería trabajar solo en sus ideas.

Herbert Döhring, como encargado de Berghof, conocía la rutina del *Führer*. «Hitler era un noctámbulo. Trabajaba de noche»[269], afirma. «Se acostaba muy tarde. Si era posible, leía un libro extenso en una noche… [Por la mañana] pedía que le llevaran la prensa a la habitación, pero se quedaba allí hasta las 12.30, las 13.00 o las 13.30. Nunca se relajaba. Siempre tenía planes para algo, y luego leía toda la noche».

El personal de Berghof llegó a detectar si las solitarias meditaciones de Hitler en su dormitorio habían ido bien o mal. «Cuando bajaba», explica Döhring, «si lo oías silbar, era la alarma más seria. No se le podía hablar. Apenas saludaba. Había que dejarlo pasar… Pero si llegaba tarareando una melodía y observaba los cuadros, si uno era listo, prestaba atención a las pinturas, y cuando se percataba, él no se mostraba descontento en absoluto y entablaba conversación».

Karl Wilhelm Krause[270], ayuda de cámara de Hitler de 1934 a 1939, confirma

que al *Führer* le gustaba pasar mucho tiempo en su dormitorio, y que nunca abandonaba su habitación en la Cancillería del Reich mucho antes de la hora de comer. De hecho, esboza un retrato de un hombre obsesionado con la privacidad. Hitler exigía que Krause no entrara en su habitación por la mañana, sino que dejara los periódicos y un resumen de las noticias internacionales confeccionado por Otto Dietrich, su jefe de prensa, en una silla situada frente a la puerta del dormitorio. Cuando Hitler se despertaba, abría la puerta, cogía el material que había sobre la silla y volvía a encerrarse varias horas más. Pero, pese a esa extraña rutina, Krause, al igual que Döhring, no temía a su jefe. «Me llevaba bien con él. No era un tirano. A veces se enfadaba, pero ¿quién no lo hace?».

El deseo de Hitler de meditar los problemas y limitarse a presentar los resultados al público era un aspecto de su carácter que estaba presente desde su juventud. Pero ese rasgo se puso especialmente de relieve en la Cancillería de Berlín el 5 de noviembre de 1937, durante una de las reuniones más importantes que se celebraron durante el Tercer Reich. Dicha reunión había sido convocada originalmente para decidir el reparto de recursos entre los tres servicios militares. El almirante Raeder, jefe de la armada alemana, creía que su programa de construcción de acorazados se veía amenazado por la falta de acero. También había tensión por los papeles enfrentados de Göring dentro del estado nazi, puesto que estaba al cargo del Plan Cuatrienal y de las fuerzas aéreas alemanas. Pero la reunión del 5 de noviembre cobró una importancia mucho mayor, ya que Hitler decidió utilizarla como una oportunidad para presentar lo que él denominaba «el fruto de una exhaustiva deliberación y de las experiencias de sus cuatro años y medio en el poder» ante un público integrado por Hermann Göring, Konstantin von Neurath (ministro de Asuntos Exteriores), Werner Blomberg (ministro de Guerra), Erich Raeder (jefe de la armada) y Werner von Fritsch (jefe del ejército).

Aunque todos los asistentes respaldaban la política nazi en términos generales, no todos creían en el carisma de Adolf Hitler. Göring y Blomberg sin duda tenían fe en los poderes «especiales» del *Führer*, al igual que, en menor medida, Raeder, un oficial de carrera. Pero Neurath seguía siendo por naturaleza un alto cargo tradicional del Ministerio de Asuntos Exteriores, y Fritsch un arquetípico oficial prusiano sin tendencia a prendarse de un exsoldado raso presuntamente «carismático» como Hitler.

El *Führer* inició la reunión leyendo en voz alta un largo memorándum que había redactado. No era habitual que un jefe de estado anunciara políticas importantes de aquel modo, sobre todo porque no se había producido una consulta previa con ninguno de los allí presentes sobre las cuestiones que pensaba plantear. Hitler subrayó la naturaleza vital de su papel en el Estado alemán y la importancia de aquella reunión, y dijo que «en interés de una política alemana a largo plazo, su exposición debía ser considerada, en caso de fallecer, su última voluntad y testamento». Luego reiteró la habitual opinión de que el problema de Alemania era cómo «resolver la

necesidad de espacio». Lo novedoso —y chocante para varios de los asistentes— fue su visión de cómo y cuándo debía resolverse ese «problema». En su estudio sobre las diversas «contingencias» que podían darse en el futuro, Hitler dejó claro que estaba decidido a forzar una unificación con Austria y eliminar Checoslovaquia entre 1943 y 1945 a más tardar. Esto conllevaría, por supuesto, posibles conflictos, no solo con Francia, sino también con Gran Bretaña.

La respuesta, en especial de Fritsch, el líder del ejército, no fue la que Hitler deseaba. Fritsch planteó varias objeciones a su plan, sobre todo que Alemania no podía ganar una guerra contra Gran Bretaña y Francia. Blomberg coincidía, y también mencionó la fuerza y el poder de las defensas checas en la frontera con Alemania. Neurath, por su parte, discrepó abiertamente con la suposición de que estallaría una guerra en el futuro entre Italia por un lado y Gran Bretaña y Francia por otro, y con que ese conflicto sería ventajoso para Alemania[271]. Era obvio, tal como observaba Hossbach, ayudante de Hitler en materia militar, que la gran visión política del *Führer* no se había ganado «el aplauso y la aprobación» de sus líderes militares, sino una «crítica sobria»[272].

Hitler discutió con ellos, y al hacerlo demostró un aspecto de su liderazgo carismático que lo distinguía de otro dictador como Stalin, ya que habría sido potencialmente fatal haber osado contradecir de forma tan abierta y feroz al líder soviético. Sin embargo, pese a las objeciones de los allí presentes, Hitler estaba decidido a ceñirse al calendario que había anunciado y a actuar con más rapidez si las circunstancias lo permitían. Lo que algunos consideraban un aspecto firme de su liderazgo —su certidumbre— fue percibido allí como una debilidad. Cualquier dato que fuese inconveniente para su análisis era disputado o negado por Hitler. Había llegado a la conclusión de que cualquier ventaja armamentística que poseyeran los alemanes pronto se perdería cuando otras potencias europeas incrementaran sus programas de rearme. Por tanto, había llegado el momento de actuar. Lo que pensaran los demás era irrelevante para él.

Transcurridos menos de tres meses desde la reunión de noviembre, dos de los participantes militares clave —Blomberg y Fritsch— ya no ocupaban su cargo. Pero no fue consecuencia de un plan maestro diseñado por Hitler, sino que obedecía a las circunstancias. El 12 de enero de 1938, Blomberg se casó con Margarethe Gruhn, una mujer a la que le llevaba más de treinta años. Pero unos días después, la policía descubrió que la señora Gruhn tenía un oscuro pasado: seis años antes había posado para unas fotografías pornográficas. Blomberg no sabía nada de aquello. De hecho, no conocía a su nueva novia en absoluto. Gruhn trabajaba de mecanógrafa y se había encaprichado de ella recientemente. Era viudo desde 1932 y ahora, demostrando tal vez el mismo entusiasmo impetuoso que se ocultaba tras su adhesión al carisma de Hitler, había sido víctima de los encantos de *Fräulein* Gruhn.

A la luz del controvertido matrimonio de Blomberg, Hitler pidió a Heinrich Himmler que abriera una investigación sobre Fritsch, el jefe del ejército. Himmler le

había presentado ya pruebas de su homosexualidad, unas pruebas que el *Führer* había desestimado. Pero, después de las acciones de Blomberg, quería asegurarse de que las alegaciones no eran consistentes.

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Blomberg fue obligado a dimitir y Fritsch tuvo que enfrentarse en presencia de Hitler a un testigo que afirmaba haber mantenido relaciones homosexuales con él. Fritsch juró por su honor que las acusaciones eran falsas. Aun así, fue relevado de su cargo, aunque Hitler coincidió en que las pruebas contra él podían ser presentadas a un tribunal militar a su debido tiempo.

Entonces sucedió algo extraordinario. Blomberg, en su última reunión para despedirse de Hitler, propuso que este, y no uno de sus compañeros, se convirtiera en ministro de Guerra. Era una idea calculada para atraer al *Führer*. Hitler siempre había comprendido el valor de ocupar múltiples puestos en la jerarquía de poder. Por ejemplo, no solo era *Führer* del pueblo alemán y canciller, sino que también seguía siendo jefe de las SA. Pero esta nueva propuesta crearía una extraña estructura jerárquica en la que Hitler, como ministro de Guerra, era responsable de sí mismo como canciller. Más tarde, Hitler modificó la propuesta de Blomberg y se convirtió en comandante en jefe de las fuerzas armadas en lugar de ministro de Guerra, un cargo que desapareció. Las consecuencias de que Hitler adoptara ese papel fueron de gran magnitud, sobre todo cuando el pusilánime Wilhelm Keitel —un alto mando a quien Blomberg no tenía en buena consideración— fue nombrado jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas que respondía directamente ante Hitler. De un plumazo, el *Führer* no necesitaba sortear —en su opinión— un laberinto de grandes figuras restrictivas del orden militar para conseguir lo que quería.

¿Por qué propuso Blomberg que Hitler fuese jefe de las fuerzas armadas y no protestó después por el nombramiento del adulador Keitel como ayudante? Un académico que ha estudiado a fondo dicha historia afirma que Blomberg estaba lleno de «rencor hacia sus colegas[273]» porque creían que había manchado el honor del cuerpo de oficiales por su reciente matrimonio, pero es más probable que Blomberg quisiera asegurarse de que Göring no conseguía el puesto, ya que Hitler seguía siendo la cara «aceptable» para muchos miembros de la élite de las fuerzas armadas.

Hitler también sacó provecho de la marcha de Fritsch, no solo porque podía plantearse el nombramiento de un jefe del ejército más dócil, sino porque sumó a ese cambio la jubilación de más de una docena de altos mandos y la destitución de Neurath como ministro de Asuntos Exteriores. Neurath fue nombrado presidente de un comité del Consejo Secreto que nunca llegó a reunirse, y fue sustituido como ministro de Asuntos Exteriores por Joachim von Ribbentrop, un hombre cuyo principal objetivo era complacer a Adolf Hitler siempre que pudiera.

A primera vista, esta rápida reorganización recuerda a la purga realizada por Stalin entre los oficiales del ejército de la Unión Soviética durante los años treinta —en ambas intervinieron unos dictadores que eliminaron influencias obstaculizadoras

en la jerarquía militar—, pero se aprecian divergencias significativas. A diferencia de Stalin, Hitler no fue proactivo en el cambio de personal. Por el contrario, reaccionó al atolladero en que se encontraba Blomberg. Stalin, por su parte, instigó él mismo el Gran Terror de los años treinta, una serie de asesinatos masivos en los que murieron unas setecientas mil personas. El destino de los generales destituidos por los dictadores también fue muy distinto. Cuando el mariscal Mijail Tujachevski, por ejemplo, fue detenido por la Policía Secreta soviética en 1937, era el pensador militar más brillante del Ejército Rojo, responsable de la innovadora teoría de las «operaciones profundas», en las que unidades acorazadas se adentrarían en territorio enemigo para asestar un ataque. Pero Stalin desconfiaba de él —sin apoyarse en ninguna prueba coherente— y ordenó que fuese torturado y disparado en la cabeza. Sin embargo, cuando el mariscal de campo Blomberg cayó en desgracia en febrero de 1938, no fue torturado ni detenido, sino que recibió «una despedida» dorada de cincuenta mil marcos[274], además de una generosa pensión. Luego, Blomberg y su mujer dieron la vuelta al mundo. Tras sus lujosas vacaciones de un año, se instalaron tranquilamente en la casa que tenía Blomberg en el recinto vacacional de Bad Wiessee.

Por supuesto, ambos líderes —en última instancia— fueron asesinos en masa, pero Hitler empleaba técnicas de liderazgo carismático que Stalin no utilizaba. Hitler, como demuestra la reunión del 5 de noviembre, se sentía obligado a convencer a sus líderes militares de que aceptaran su visión, mientras que Stalin prefería aterrorizar a sus generales para que la acataran. Hitler sabía que durante unos años necesitaría que sus fuerzas armadas actuaran agresivamente en guerras de conquista, mientras que Stalin no tenía un plan tan grandilocuente. Su principal objetivo era impedir que sus generales tramaran contra él e intentaran derrocarlo en una revolución. Y Stalin, al que, como a Hitler, le gustaba leer sobre historia, siempre recordaba que Napoleón, un general francés, había suplantado a los líderes de la Revolución Francesa (incluso denominaba a Tujachevski «Napoleonchik»)[275]. Más recientemente le había sorprendido lo fácil que le resultó al general Franco fomentar un levantamiento contra la República española en 1936[276].

En Alemania, Ludwig Beck, el jefe del Estado Mayor del ejército, que no temía ser torturado ni asesinado por el estado nazi, había sumado su voz a la de quienes protestaban por las ideas que había expuesto Hitler en la reunión del 5 de noviembre. Beck, quien, a diferencia de Hitler, solía plasmar sus pensamientos sobre el papel, firmó una crítica devastadora contra la visión de su comandante supremo, e incluso llegó a cuestionar la política que sostenía todo lo demás: el *Lebensraum*. Aunque reconocía que las naciones que estaban integradas en una red de comercio extranjero no eran «independientes», argumentaba: «Concluir a partir de ese hecho que la manera de avanzar es la creación de un espacio vital más grande (*Lebensraum*) me parece poco reflexivo»[277].

No obstante, cuando estalló la crisis que engulló a Blomberg y Fritsch, a Beck

seguía costándole creer que Hitler no fuera un hombre de honor. El general Keitel había ocultado deliberadamente a Beck la intención que tenía el *Führer* de nombrar a un nuevo jefe del ejército para sustituir a Fritsch, si bien la acusación contra este todavía no se había demostrado en un tribunal militar. Keitel preguntó confidencialmente al general Walther von Brauchitsch si estaría dispuesto a convertirse en jefe del ejército, pero con la condición de que respaldara los cambios estructurales que estaba realizando Hitler y de que consiguiera que el ejército simpatizara aún más con el estado nazi.

Cuando lo descubrió, Beck pidió ayuda al distinguido general Gerd von Rundstedt en un intento por mediar con Hitler y modificar los cambios propuestos, pero fue en vano. Hitler había tomado ya la decisión. Toda la organización de la cúpula de la Wehrmacht sería reestructurada. Hitler sería comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, y el general Keitel se convertiría en su esclavizado ayudante. El general Brauchitsch —una figura mucho más dócil para los nazis que Fritsch— sería jefe del ejército. Así, Hitler se salió con la suya. Pero, a su manera, los generales Keitel y Brauchitsch también. Keitel fue ascendido a una posición de poder que de lo contrario no habría logrado (Blomberg había hablado con Hitler sobre Keitel en términos despectivos, asegurando que se limitaba a «dirigir su oficina» por él)[278], y Brauchitsch superó a varios rivales para sustituir a Fritsch. La ambición personal, y no un profundo compromiso con Hitler, fue la motivación más importante para ellos. Sin embargo, Hitler debía de ser consciente de que ambos generales alemanes eran más susceptibles a su liderazgo carismático que Fritsch. Brauchitsch en particular se sentía intimidado por Hitler y a menudo enmudecía en su presencia. «Por favor, no me guarde rencor por ello», diría más tarde al general Halder. «Sé que no está satisfecho conmigo. Cuando me enfrento a ese hombre, tengo la sensación de que alguien está ahogándome y no me salen las palabras.»[279] Asimismo, Brauchitsch estaba literalmente en deuda con Hitler, ya que recibió doscientos cincuenta mil marcos poco después de su nombramiento como jefe del ejército para poder divorciarse de su mujer y casarse con su amante, una fanática nazi.

Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del ejército alemán, seguía indignado por el trato que había recibido Fritsch, pero también confuso por el papel de Hitler en la crisis. Beck, que no era susceptible al liderazgo carismático del Führer, le había obedecido por ser jefe de estado, pero no sin reservarse el derecho a cuestionar sus decisiones. Sin embargo, tras la destitución de Fritsch, Beck llegó a la conclusión de que Hitler no era de fiar. Tras una conferencia el 5 de febrero de 1928, dijo a un compañero que Hitler había incumplido su promesa con él. El *Führer* aseguró que le consultaría cualquier propuesta de reestructuración militar, pero no lo había hecho. El compañero de Beck lo llamó «tonto» por creerse dicha promesa y le preguntó: «¿Cuánto tiempo seguirá dejándose engañar por los ardides de Hitler?»[280].

Por tanto, el asunto de Fritsch supuso un punto de inflexión importante en la historia del liderazgo de Hitler, el momento en que tradicionalistas como Beck

finalmente abrieron los ojos y vieron el carácter y la personalidad de su jefe de estado. Para soldados como Beck, su «palabra de honor» era una promesa sagrada. Y Hitler no solo había roto la promesa de que le consultaría sobre cualquier cambio en las altas esferas del ejército, sino que también se negó a aceptar la palabra de honor de Fritsch cuando dijo que las acusaciones de homosexualidad que se habían vertido contra él eran falsas. Fritsch no era un oficial corriente, sino el jefe de un cuerpo de altos mandos militares que valoraba el honor por encima de todo lo demás.

«Lo conocía [a Fritsch] muy bien», dice Johann Adolf-Kielmansegg. «Era padrino de uno de mis hijos, así que hay una relación humana ahí. Fritsch era un oficial prusiano conservador y de buena familia, y no solo eso, sino [una familia] en el mejor de los sentidos… Hay muchas cualidades prusianas positivas, y Fritsch las tenía». Además, en opinión de Kielmansegg, «Fritsch era el último muro de contención contra Hitler, y el ejército el único que podía hacer algo [contra el gobierno nazi]»[281].

Beck ayudó a preparar la defensa de Fritsch contra los cargos de homosexualidad frente a un tribunal militar. Beck seguía creyendo en la anticuada y «honorable» manera de hacer las cosas. Y parecía que esa forma de proceder sería la correcta, cuando los compañeros de Beck que investigaban el caso descubrieron que un joven oficial, el capitán Von Fritsch, había mantenido relaciones sexuales con el hombre que ahora acusaba a Fritsch. No solo constituía una prueba de la inocencia del jefe del ejército, sino una posible explicación para todo el episodio. Puede que el incidente fuese un caso de identidad errónea. Beck ansiaba ahora la rehabilitación de Fritsch.

Pero, para Hitler, la vida seguía adelante. En el mismo momento en que se abrió la investigación formal del ejército sobre el caso de Fritsch, un duradero y delicado problema de política exterior llegó a un momento de crisis. El 10 de marzo de 1938, Beck y Von Manstein, su ayudante, fueron requeridos para mantener una reunión con Hitler, y se les notificó que el ejército debía prepararse para entrar en Austria inmediatamente.

Desde su juventud, Hitler había deseado el *Anschluss* (unificación) entre Alemania y Austria, y los nazis austríacos habían causado agitación para que se produjera ese hecho. Lo que daba urgencia a la cuestión era la decisión de Kurt Schuschnigg, el canciller austríaco, de celebrar un referéndum el 13 de marzo sobre la cuestión de la unificación con Alemania.

Hitler estaba decidido a que la ciudadanía nunca tuviera la oportunidad de votar en el referéndum de Schuschnigg. Pero, en respuesta a la exigencia del *Führer* de emprender acciones militares contra Austria, Beck expresó una considerable ansiedad. Le preocupaba sobre todo la reacción extranjera a una invasión. Finalmente, hasta que Hitler no amenazó con utilizar tropas de asalto nazis y de las SS para invadir el país, Beck no se dispuso a diseñar planes —con renuencia— para que el ejército cumpliera las órdenes de su *Führer*.

Beck no era el único que sentía ansiedad por las consecuencias políticas de una incursión alemana en Austria. El general Keitel, que ocupaba su nuevo puesto de coordinación entre varios servicios de la OKW, la sede de las fuerzas armadas, describía la noche del 10 al 11 de marzo de 1938 como un «martirio»[282]. Recibió varias llamadas telefónicas de figuras destacadas del ejército —incluido el propio Brauchitsch— en las que casi le rogaban que consiguiera que Hitler «renunciara» a sus planes. Keitel, que ya era muy consciente de las sensibilidades de su nuevo jefe, no mencionó a Hitler esas llamadas. Sabía que le enojaría la cautela de los mandos castrenses, y «quería ahorrar» a todos los implicados aquella «experiencia».

En vista de las amenazas de Hitler, Schuschnigg canceló el referéndum y dimitió. Pero, aun así, el *Führer* ordenó la invasión el 12 de marzo. Y, contrariamente a las ansiedades de los generales alemanes, la entrada en Austria fue un éxito abrumador. Las tropas alemanas fueron cubiertas de flores por los austríacos en medio de escenas que podrían tildarse de éxtasis. «El *Anschluss* austríaco era como una manzana madura que iba a caer en cualquier momento»[283], señala Reinhardt Spitzy, un nazi de origen austríaco que regresó a su tierra natal con Hitler.

Debilitados por una depresión económica no muy distinta de la que había padecido Alemania seis años antes, millones de austríacos dieron la bienvenida a las tropas alemanas. «Tenía la sensación de que debíamos pertenecer a Alemania»[284], dice Susi Seitz, que por aquel entonces era una adolescente. Le habían enseñado que a los austríacos se les había negado el derecho a unificarse con Alemania tras la primera guerra mundial, y había presenciado los efectos de la depresión económica en los años treinta. «Éramos conscientes de las necesidades de la gente, y me deprimía terriblemente cuando paseaba por la calle principal y en cada esquina veía a alguien alzando las manos o con un platillo para pedir dinero… Había niños que parecían hambrientos… A finales de 1937, la gente solía ir a pedir comida por las puertas de los apartamentos y los pisos. Veía a muchas personas así, y siempre tenía que sacar un plato de sopa o un poco de pan, un mendrugo».

Al entrar en Austria, alemanes como Herbert Richter, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, se asombraron por la magnitud de la bienvenida que les procuraron. «El día del *Anschluss* iba con mi mujer en un coche descapotable por el Tirol austríaco, y descubrimos que nuestras matrículas de Berlín ya provocaban entusiasmo entre los ciudadanos. Comimos en un restaurante de Schwaz, que es una pequeña población antes de llegar a Innsbruck; había un agricultor tirolés guiando a sus bueyes, y les había puesto pequeñas banderas con esvásticas entre los cuernos… Lo recuerdo con mucha claridad. Ese era el grado de su entusiasmo. Austria se encontraba en una pésima situación económica en aquel momento, y esperaban que mejorara. Pero el entusiasmo era inmenso de todos modos.»[285]

Para un nazi acérrimo como Bruno Hähnel, fue un momento de intensa alegría: «Durante mis diez años participando en conferencias y mítines de partido con Adolf Hitler había percibido fervor, pero el que imperaba en Austria en aquella época no

solo nos sorprendió, sino que nos pareció increíble. Aquella fue la impresión que nos llevamos desde el primer día hasta el último. ¡Cuando le contaba a la gente lo que había visto, les decía que los austríacos se subían hasta el tercer piso de su casa por puro entusiasmo!»[286].

Aquel fue un éxito arrollador para Hitler, sobre todo porque ninguno de los problemas que Beck y sus compañeros temían que pudieran aflorar en el extranjero llegaron a materializarse jamás. Hitler había recibido la bendición de Mussolini para la invasión justo antes de que diera comienzo, y nunca pareció que Gran Bretaña y Francia fueran a entrar en guerra por el *Anschluss*. La actitud de Gran Bretaña era resumida por el diplomático británico *sir* Frank Roberts: «Supongo que mucha gente en Inglaterra pensó: "Bueno, al fin y al cabo [en Austria] son alemanes, y si eso es lo que quieren…"»[287]. Esa idea se sumaba además a la sensación de que Alemania había sido maltratada. «En Gran Bretaña, la opinión generalizada», afirma *sir* Frank, «era que los franceses habían impuesto un acuerdo demasiado duro a Alemania en 1918, y nosotros obviamente influimos en ello y había que rectificar. Y en ese sentido reinaba la sensación de que deberíamos haberlo hecho mejor. Si quiere llamarlo sentimiento de culpabilidad, de acuerdo. No estoy seguro de que nosotros lo viéramos así».

Hitler protagonizó una entrada triunfal en Austria, su tierra natal, justo antes de las cuatro de la tarde del 12 de marzo de 1938. Pasó por su lugar de nacimiento en Braunau am Inn y se dirigió lentamente hacia Linz, saludando a las multitudes. Hablando aquella noche desde el ayuntamiento de Linz al entusiasta gentío que se agolpaba en la plaza, dijo: «El hecho de que la providencia me arrancara en su día de esta ciudad para liderar el Reich significaba que tenía un encargo especial, y solo puede tratarse del retorno de mi querido hogar al Reich alemán»[288]. Al día siguiente firmó una declaración en la que anunciaba que Austria se había unido a Alemania, y el 15 de marzo ratificó en un discurso pronunciado en Viena que aquella tierra era alemana y que había «comprendido su misión»[289].

Aquel fue un momento crucial en la evolución del atractivo carismático de Hitler. Constituía, con diferencia, su mayor triunfo en política exterior hasta la fecha, y le resultaba especialmente dulce por el vínculo emocional con su patria. Un aspecto casi más importante era que había llevado adelante sus planes para invadir Austria pese a que muchos altos mandos habían expresado sus recelos. «El resultado», escribía Franz von Papen, «fue que Hitler se volvió inmune a los consejos de quienes deseaban que obrara con moderación en política exterior.»[290]

Hitler fue objeto de la adulación de cientos de miles de austríacos que lo recibieron como a un héroe. En particular, las escenas presenciadas en Viena fueron monumentales. Es poco probable que ver a una multitud de casi doscientas cincuenta mil personas coreando «Sieg Heil!» y «Ein Volk, Ein Führer!» no reforzara la creencia de Hitler en su «misión» y en sus carismáticos poderes. El suyo fue un viaje asombroso. Había salido de Viena veinticinco años antes sin cualificación alguna, sin

perspectivas y aparentemente sin esperanzas, y ahora regresaba como el líder que había unificado Alemania y Austria.

En cuanto a los que ocuparon las plazas de Linz o Viena para escuchar a Hitler, muchos nunca olvidarían las emociones que experimentaron. «Creo que la mayoría de nosotros lloramos», dice Susi Seitz, que formaba parte de la multitud de Linz la noche del 12 de marzo. «Nos caían las lágrimas por las mejillas, y a quienes teníamos al lado les ocurría lo mismo».

Seitz logró entregar a Hitler unas flores e impregnarse de la luz que notó en su presencia. Asegura que aquel encuentro la hizo mejor persona. «Y me prometí a mí misma que haría cuanto estuviera en mi mano por ser buena, ayudar a los demás y no cometer nunca actos deshonestos. En mi tiempo libre, aparte de la escuela, me entregaba al trabajo, porque él nos llamaba "todos vosotros" y nos había dicho: "Me ayudaréis a construir mi imperio, que será un gran imperio con un pueblo feliz que piense y prometa ser bueno".»[291] Seitz pudo iniciar su nueva vida en el Reich alemán con alegría: «Antes de la guerra, por supuesto, e incluso los primeros años, fueron la mejor época de mi vida. Con muchas otras personas entusiastas podíamos ayudar… Nos habían enseñado todos los propósitos de cara al futuro: una familia saludable, un pueblo saludable, un país saludable y gente que trabajaba con placer y entusiasmo. Era algo que considerábamos valioso. Y, por supuesto, aquella época nos pareció buena».

En la actualidad, la gente a menudo pregunta: «¿Por qué respaldaron tantos alemanes y austríacos a Hitler y los nazis en los años treinta?». Pero el testimonio de Susi Seitz es un recordatorio de que esa puede ser una pregunta errónea. Una más acertada es: «¿Por qué tantos alemanes y austríacos recibieron con entusiasmo a Hitler y el nazismo en los años treinta?». Y, en este sentido, el testimonio de Seitz ofrece muchas pistas, no solo por la cualidad emocional que desprende, sino también por la conexión que experimentó entre el público y Hitler. Sintió que este era prácticamente un recipiente en el que los entusiastas austríacos podían depositar sus anhelos. En la jerga contemporánea de los asesores políticos, Hitler lograba «hablar a las necesidades» de su público.

Todos los elementos del carisma de Hitler que hemos examinado hasta el momento en esta historia estuvieron presentes —ya fuera abiertamente o entre bastidores— durante su avance triunfal por Austria: su misión de unir a todos los alemanes bajo su mandato; su capacidad, a través de la oratoria, para establecer una conexión y expresar lo que su público quería y sentía; su «heroico» retorno a casa como austríaco; su visión de una sociedad «sin clases»; la certidumbre de que todo les iría bien a ambas naciones ahora que estaban unidas; la afirmación de su lugar en aquellos grandes acontecimientos, no como un líder corriente, sino como un hombre elegido por la «providencia» para una tarea especial; y su capacidad para actuar por intuición, dado que la decisión de invadir Austria había sido suya y solo suya.

El aspecto del carisma de Hitler que atraía a muchos de sus partidarios más

devotos también quedó patente: su deseo de aislar a grupos vulnerables y perseguirlos, porque los consideraba enemigos del estado. Gran cantidad de judíos fueron tratados brutalmente después de la conquista de Austria por parte de los nazis, y numerosos opositores políticos encerrados en campos de concentración. El excanciller Schuschnigg, por ejemplo, fue detenido momentos después de que los nazis entraran en el país. Pero para la mayoría de los austríacos, todo aquello carecía de importancia en comparación con el «renacer nacional» que ofrecía Hitler.

El contraste entre lo que era prácticamente histeria en Austria y la reacción de algunos generales alemanes todavía sobrios como Ludwig Beck no podía ser mayor. Beck se sintió disgustado por la conducta de los nazis en Austria, repugnado por «los buitres carroñeros del partido» que seguían «el escudo sin mácula del ejército»[292]. También le consternó el desenlace del caso Fritsch. El 18 de marzo, cuando la mayoría de los alemanes tenían la mirada puesta en los acontecimientos de Austria, Fritsch fue absuelto de cualquier delito y se demostró que la acusación de la Gestapo era una invención. Pero no le sirvió de gran cosa. Hitler, con su reciente triunfo, no lo restituyó ahora que el dócil Brauchitsch ocupaba el cargo, y en una trágica nota al pie de todo el episodio, Fritsch solo pudo escribir a Himmler retándolo a un duelo (finalmente, sus camaradas lo convencieron de que no entregara la carta).

Fritsch y muchos otros altos mandos que se habían jubilado a la fuerza pagaron el haber aceptado el mandato de Hitler. Habían colaborado notablemente con su régimen, habían realizado un juramento a su *Führer*, adoptado la esvástica en sus uniformes, destituido a sus compañeros judíos y asistido a conferencias sobre «higiene racial», pero ello no bastó para protegerlos.

10

El placer de la liberación

La condición más importante para la creación del carisma de Hitler fue su habilidad para conectar con los sentimientos, las esperanzas y los deseos de millones de compatriotas alemanes. Era en la naturaleza de esa conexión donde residía el poder de su carisma. Y tras varios años en el cargo, Hitler cada vez era más capaz, a través de ese vínculo, de ofrecer a sus seguidores una poderosa sensación de liberación. No solo liberación de la traumática pérdida de la primera guerra mundial y la humillación de Versalles, como hizo en sus primeros años en la cancillería, sino de la limitación de cualquier constricción convencional.

Hitler, por ejemplo, dijo a la esposa de Albert Speer en los años treinta: «Su marido erigirá edificios para mí como no se han creado en cuatro mil años»[293]. Es fácil imaginar la liberación que debió de sentir Speer, que ya era un arquitecto enormemente ambicioso. Hitler le brindó la oportunidad no solo de ser famoso en Alemania o en todo el mundo, sino de pasar a la historia. Al igual que se han recordado las pirámides, también se recordarían los edificios de Speer. Este observaría más tarde, desdeñoso del sufrimiento de los judíos sometidos a trabajos forzados en los campos de concentración: «Al fin y al cabo, los judíos ya fabricaban ladrillos en tiempos de los faraones»[294].

Pero fue la profesión médica alemana de los años treinta la que más experimentó una sensación de libertad gracias a la presencia de Adolf Hitler. Casi la mitad de los médicos alemanes eran miembros del Partido Nazi y, como cabría esperar, muchos de ellos aprobaban las políticas raciales de Hitler. En particular, respaldaban su deseo de introducir la esterilización obligatoria de aquellos a los que los nazis consideraban «indeseables». Alemania no era el primer país que instauraba esa legislación. Suiza había aprobado una ley que permitía la esterilización forzada en 1928[295], y a mediados de la década siguiente, unos treinta estados de Estados Unidos autorizaban su aplicación a ciertos enfermos mentales. Pero serían los nazis quienes la adoptarían en una escala que empequeñecía a todos los demás.

En julio de 1933, solo cinco meses después de convertirse en canciller, Hitler aprobó la Ley para la Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias. Ello permitía que unos «Tribunales de Salud Genética» ordenaran la esterilización forzada de quienes sufrían no solo alguna enfermedad mental como la esquizofrenia, sino también de personas sordas o ciegas a consecuencia de un gen hereditario e incluso de los alcohólicos crónicos.

La inhumanidad fundamental de esa práctica se refleja en el caso de Paul Eggert,

de Dortmund. Eggert era el mayor de doce hermanos cuyo padre había combatido en la primera guerra mundial y ahora «le daba a la botella… Solía pegarle a mi madre, y no había nada para comer»[296]. Al ser el mayor, lo enviaban a pedir comida a los agricultores locales. «Y si traía algo, no había problema, pero si no, me pegaban». Al final «la gente se hartó… Informaron a los servicios sociales y nos enviaron a cada uno por su lado».

Paul ingresó en un hospital infantil de Bielefeld, donde fue catalogado de «delincuente», aunque en aquel momento lo ignoraba. Cuando cumplió once años le dijeron que tenía que operarse una hernia. Con el tiempo descubrió que no le habían intervenido una hernia, sino que lo habían esterilizado. La sensación de violación que lo invadió al conocer la noticia sigue siendo tan fuerte como entonces: «Siento lo mismo cada año, cada Navidad, cada Nochebuena. Mi cuñada… Todos tienen hijos y bajan corriendo las escaleras. Yo me quedo arriba con mi esposa. No tengo niños correteando por allí y no es agradable».

Los médicos alemanes no estaban obligados a esterilizar a niños como Paul Eggert. No era necesario, porque muchos profesionales de la medicina aprovechaban las oportunidades que les brindaba el estado nazi. Como dice el profesor Richard Evans: «En la cultura alemana en general, la medicina había cosechado una fama y un prestigio enormes a finales del siglo XIX con hombres como Robert Koch, que descubrieron la causa de la tuberculosis, el cólera y toda una serie de enfermedades. Koch era el Louis Pasteur de Alemania. No era tan conocido como este, pero creo que debería serlo. La medicina había realizado grandes avances en Alemania, y el prestigio de la profesión era enorme. A todo ello hay que sumarle la idea nazi de la higiene racial, de que la medicina debía liderar la purga de los elementos degenerados de la raza alemana, de modo que la medicina se convierte, con diferencia, en la profesión más importante en los años treinta. Más de la mitad de los universitarios alemanes estudiaban medicina en 1939. Es extraordinario. Hay gran cantidad de puestos de trabajo en el ejército, las fuerzas armadas y las SS para el personal médico. Se crean institutos de higiene racial en todas partes, e impera cierta arrogancia, pues consideran que pueden experimentar con personas que ellos juzgan racialmente subhumanas o inferiores en un aspecto u otro, como los delincuentes y los prisioneros de los campos de concentración. Creen que tienen derecho a hacerlo por el futuro de la raza alemana»[297].

En esa coyuntura, más de doscientas mil personas fueron esterilizadas forzosamente en el estado nazi (algunos cálculos hablan de trescientas cincuenta mil)[298]. Esa enorme cifra fue posible por la interacción entre un personal médico voluntarioso —y a menudo entusiasta— y las publicitadas opiniones de un jefe de estado que adoptó la selección racial y un control social brutal como las piedras angulares de la existencia. En *Mein Kampf*, Hitler decía explícitamente: «Un estado que en esta era de envenenamiento racial se dedica al cuidado de sus mejores elementos debe convertirse algún día en señor de la Tierra»[299]. De resultas de ello,

los médicos se dieron cuenta de que su profesión —siempre importante— era aún más vital. El racismo era un sucedáneo religioso para Hitler y, por tanto, los médicos eran casi sacerdotes.

Debido al lugar preponderante que ocupaba la raza en su visión del mundo, ganarse el apoyo entusiasta de la profesión médica era casi tan prioritario para Hitler como garantizarse el respaldo del ejército. Y es significativo que el *Führer* no tuviera con los miembros más relevantes de la profesión los problemas que le plantearon destacados mandos castrenses como Fritsch o Beck. Obviamente, había algunos doctores que se oponían a la interpretación nazi de la ética médica, pero la mayoría estaban a favor de la esterilización forzada[300] y de la supervisión de su profesión por parte de la «Cámara de Médicos del Reich». Por supuesto, económicamente, a los médicos «arios» les interesaba adoptar esa ideología, en parte porque les ofrecía más oportunidades laborales, ya que los nazis fueron prohibiendo de modo gradual a sus homólogos judíos trabajar en Alemania, un proceso que se completó en 1939 después de la imposición de medidas restrictivas a partir de 1933.

Esto no significa que la mayoría de los médicos alemanes estuvieran de acuerdo con que se pasara de impedir que los «indeseables» raciales tuvieran hijos a eliminarlos. Sin embargo, era la política que quería aplicar Hitler. Asombrosamente, no ocultaba su compromiso —en teoría— con la idea de destruir a los miembros menos productivos de la sociedad alemana. «Si cada año Alemania tuviera un millón de niños», aseguraba en un discurso pronunciado en el mitin de Núremberg de 1929, «y eliminara a setenta mil u ochenta mil de los más débiles, el resultado probablemente sería el aumento de la fuerza nacional.»[301] Pero Hitler sabía que la reordenación racial a esa escala no era práctica en aquel momento, sobre todo por la enorme oposición de las familias afectadas y de la Iglesia.

No obstante, la idea básica de que podía ser legítimo matar a algunas personas para beneficiar al resto de la sociedad no era nueva, como tampoco lo era el sueño de los nazis, esto es, sacrificar a los discapacitados mentales. En 1920 se publicó un libro titulado *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens* («Permitir la destrucción de vidas inútiles»), una colaboración entre el profesor Karl Binding, uno de los juristas más importantes de Alemania, y el profesor Alfred Hoche, uno de los psiquiatras más destacados del país. A ambos les preocupaba que, tras la primera guerra mundial, viviera en Alemania gran cantidad de gente «inútil» que representaba una «carga» para el estado; a dichas personas las denominaban *Ballastexistenzen*, literalmente, aquellos que solo constituían un «lastre». Binding y Hoche rechazaban la idea de matar a alguien que pudiera expresar consciente y racionalmente el deseo de no ser asesinado. Pero quienes se encontraban en estado vegetativo o padecían una enfermedad mental grave podían ser eliminados sin su consentimiento. «Nunca cesaremos de hacer cuanto esté en nuestra mano por los enfermos físicos y mentales», escribía el profesor Hoche, «siempre y cuando haya la posibilidad de mejorar su estado; pero puede que algún día maduremos y lleguemos a la conclusión

de que la eliminación de quienes están mentalmente muertos no es un crimen, ni un acto inmoral, ni una crueldad emocional, sino un hecho permisible y beneficioso.»[302]

Detrás de este debate sobre quién podía o no podía ser asesinado en un «acto beneficioso» radica una idea fundamental para la visión que tenía Hitler del mundo: la preponderancia de la nación racial, o *Volk*, sobre el individuo. Según recuerda Franz Jagemann, que se crió en Alemania en los años treinta: «En las Juventudes Hitlerianas nos machacaban con esa idea: "Alemania debe vivir aunque nosotros tengamos que morir"»[303]. Por tanto, los enfermos mentales graves debían ser aniquilados no porque decidirían morir si pudieran, sino porque eran inútiles para la nación.

El primer paso en esta senda ya lo habían dado los numerosos médicos que decidieron practicar operaciones como la esterilización forzada, que no eran necesarias para el bienestar del individuo. En ese momento habían cruzado la línea de la ética médica. Y, para poder racionalizar sus acciones, achacaban la responsabilidad no al individuo, sino a la nación. Al igual que Hitler, ahora actuaban como si la salud del *Volk* —el pueblo alemán racialmente puro en su conjunto— fuera mucho más importante que la salud del individuo[304].

No obstante, Hitler se dio cuenta de que debía proceder con cautela en su política de asesinar selectivamente a discapacitados alemanes. Necesitaba el consentimiento proactivo de al menos algunos médicos, y lo idóneo sería también un elemento de apoyo de la ciudadanía en general. Con ese propósito, en 1937 se estrenó la película *Opfer der Vergangenheit* («Víctimas del pasado») en los cines alemanes. El filme mostraba imágenes de niños con enfermedades crónicas y discapacidades, mientras el narrador detallaba lo mucho que costaba mantenerlos con vida, y concluía: «Acabando humanamente con su miserable y desamparada vida estaremos cumpliendo la ley de la selección y el orden naturales de nuestro Creador»[305].

Los nazis ya habían reducido sistemáticamente la cantidad de dinero que podía gastarse en pacientes discapacitados y, a consecuencia de ello, las condiciones en los hospitales mentales empeoraron cada vez más[306]. Se alentaba a los creadores de opinión locales a visitar los hospitales y ver de cerca a los discapacitados, que eran expuestos deliberadamente para que pareciesen lo más *Ballastexistenzen* posible. Bruno Hähnel, un nazi convencido, visitó el hospital mental de Aplerbeck, cerca de Dortmund, y se formó esta opinión: «Lo más asombroso, que nunca me abandonó y que veía delante de mis ojos una y otra vez, era el pabellón de los esquizofrénicos. Era una sala en la que había unos cuarenta catres. No eran realmente camas, sino simples tablas de madera. Y en aquellas cuarenta camas yacía gente desnuda y demacrada… El profesor decía que era la última fase de la esquizofrenia, y que la enfermedad podía atacarnos a cualquiera de nosotros mañana mismo debido a una mutación del cerebro. Aquello me preocupaba terriblemente y, sobre todo, salí de la sala pensando que lo correcto era matar a la gente que se encuentra en ese estado, no

mantenerlos con vida, contrariamente a las enseñanzas de la Iglesia cristiana, según la cual, todas las personas son valiosas… En mi opinión, para aquella gente ya no merecía la pena vivir. Eso es lo que me llevé de aquel pabellón»[307].

Eran los propios nazis, por supuesto, quienes habían creado las condiciones en las que esos pacientes se veían obligados a existir. Por ello, no es ninguna sorpresa que, para muchos visitantes, su aspecto resultara atroz. Era el resultado de una profecía que tendía a cumplirse y que constituía un truco habitual de los nazis. Estos utilizarían una técnica similar en el contexto de los judíos polacos. Al generar unas condiciones de masificación, suciedad y enfermedad en los guetos polacos, los nazis pudieron señalar la inquietante forma de vida de los judíos para sustentar sus prejuicios contra ellos.

Entre tanto, y pese al apoyo de nazis como Bruno Hähnel a la idea de matar a enfermos mentales graves, Hitler recelaba de instaurar dicha política en tiempos de paz, aunque veía una salida. En 1935 comentó al doctor Gerhard Wagner, el «Líder de Salud del Reich», que adoptaría la medida cuando comenzara la guerra, ya que en el contexto de una batalla a vida o muerte por el futuro de la nación, esas acciones serían aceptadas con mucha más facilidad[308].

Es un comentario revelador, ya que demuestra que Hitler comprendía que en política no hay hechos absolutos. No era correcto decir que una política era inviable, simplemente que tal vez era inviable en ese momento. Cuando las circunstancias cambiaban, también lo hacía la receptividad de la población a cualquier medida nueva, y era más sencillo instaurar políticas radicales en tiempos radicales. Esa idea se aunaba a otras dos reflexiones de Hitler. La primera era que —principalmente a través del trabajo de Joseph Goebbels— tenía poder para alterar de forma sistemática las opiniones de la población alemana sobre la aceptabilidad de cualquier programa de «eutanasia». El terreno que allanó *Opfer der Vergangenheit*, por ejemplo, se ampliaría cuatro años después con la película *Ich klage an* («Yo acuso»), que evaluaba las acciones de un marido que mataba a su compañera, que padecía una esclerosis múltiple incurable.

Hitler también se percató de que el término «opinión pública» podía ser engañoso, ya que enmascaraba el hecho de que había diferentes opiniones en la sociedad. A menudo la opinión individual no era blanco o negro en cuestiones como la eutanasia, sino que había escalas de grises. Hitler podía desempeñar un papel importante a la hora de alentar a los individuos a seguir un camino pautado hasta que aceptaran su idea como propia. Como líder carismático, en este sentido ejercía de legitimador, de posibilitador, dando permisos, casi como una figura paterna que decía a sus seguidores: «Sí, perseguid esos sueños. Olvidad las convenciones de la denominada sociedad civilizada». Y ahora, ya fuera abierta o tácitamente, muchos médicos seguían las instrucciones de Hitler, que pedía el rechazo del «humanitarismo sentimental moderno»[309].

Bastaba una chispa para propiciar la aprobación formal de una política que

permitiera los asesinatos en hospitales mentales. Esa chispa llegó a finales de 1938 (nadie sabe a ciencia cierta la fecha exacta), cuando Philipp Bouhler, que dirigía la oficina de la Cancillería del Führer, encontró entre la miríada de cartas y peticiones dirigidas a Hitler una solicitud del padre de un niño muy enfermo mental y físicamente para que se permitiera a los médicos acabar con su vida. Hitler autorizó a su médico, Karl Brandt, que investigara el caso. Brandt se desplazó a Leipzig para consultar con los médicos del niño y les dijo que podía matarlo. Así comenzó la «acción de eutanasia infantil».

A menudo considerado el clásico ejemplo de lo que el profesor *sir* Ian Kershaw denominaba «trabajar hacia el *Führer*[310]» —la idea de que los seguidores de Hitler iniciaban acciones que esperaban fuesen de su agrado—, también lo es del poder del liderazgo carismático de Hitler. Porque, si bien es cierto que algunos administradores nazis ambiciosos actuaban de manera similar a Bouhler, que aprovechó esa petición en particular sabiendo que guardaba relación con un tema que interesaba a su jefe, cuesta imaginar que el padre del niño gravemente discapacitado buscara otra cosa que una salida desesperada a una situación terrible. El padre no «trabajaba hacia el *Führer*», sino que buscaba una solución a un problema emocional aparentemente intratable, y ¿quién mejor para ofrecer esa solución que el paternal jefe del estado nazi? La idea central de la propaganda de Goebbels en los años treinta era crear una atmósfera en la que el criterio del *Führer* se considerara infalible, así que debió de pensar que la única persona que sabría qué hacer con su hijo y podría «legitimar» su muerte y, probablemente, el final de su sufrimiento, sería Adolf Hitler.

Después de que aquel niño fuese sacrificado a petición de su padre, Hitler autorizó que otros casos similares fuesen tratados del mismo modo. Para administrar aquella «voluntad del *Führer*» se creó una nueva organización independiente de la estructura sanitaria ya existente, conocida como «Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Hereditarias y Congénitas Graves». Se ordenó a las comadronas que informaran de cualquier niño nacido con presuntos defectos congénitos. Después, tres médicos diferentes evaluaban los formularios que les entregaban con todos los detalles de esos defectos y decidían por separado si el niño debía vivir o morir. Los seleccionados para morir eran arrebatados a sus padres (se los «convencía» de que dejaran a su hijo al cuidado de unos médicos en una «clínica especial») y eliminados en treinta centros repartidos por toda Alemania. Por ejemplo, el hospital de Aplerbeck, cerca de Dortmund, era uno de esos centros, y allí los niños eran asesinados con una inyección letal u obligándolos a tragar pastillas de Luminal (fenobarbital).

Hitler ordenó que las «acciones de eutanasia» con niños fueran realizadas en secreto. Pero aunque algunos médicos se negaran a participar —y algunos lo hacían —, nunca había escasez de profesionales dispuestos a participar en los asesinatos. Y, fiel a su palabra de que esas acciones podían llevarse a cabo más cómodamente en el contexto de la guerra, Hitler no firmó la autorización hasta octubre de 1939, una vez

estalló el conflicto y, de manera incluso más significativa, fechó el documento el 1 de septiembre, el mismo día que los alemanes invadieron Polonia.

De ese modo, se produjo una progresión relativamente tranquila de la introducción de la esterilización a los asesinatos del plan de eutanasia infantil. Teniendo eso en cuenta, a menudo es sorprendente para quienes desconocen esta historia que, en un marcado contraste, la política antisemita de los nazis no muestre esa progresión sistemática. Ello no obedecía a que no hubiese individuos profundamente antisemitas dentro del Partido Nazi que anhelaran ser «liberados» de los «grilletes» de la convención para buscar una solución verdaderamente radical a lo que veían como «el problema judío». Como hemos visto, las tropas de asalto nazis tomaron medidas contra numerosos judíos alemanes en 1933 y la apresurada legislación antisemita de Núremberg en 1935 era un intento por legitimar la persecución de los judíos que ya estaba produciéndose. Pero, aun así, solo una minoría de judíos alemanes habían abandonado el país a finales de 1937. Si la política de Hitler consistía en expulsar a todos los judíos alemanes, cinco años después de llegar a la cancillería había fracasado estrepitosamente. Sin embargo, muchos nazis de línea dura —como Julius Streicher— estaban esperando la menor señal para poder actuar sin cortapisas.

En un revelador discurso que pronunció ante líderes nazis en abril de 1937, Hitler expuso cómo pretendía gestionar su partido y la nación con respecto a la cuestión judía. En el proceso, ofreció pistas valiosas sobre cómo manejaba el efecto de su carisma. A la vez que afirmaba que el propósito último de la política nazi hacia los judíos estaba «meridianamente claro» para todos, dijo: «Mi máxima preocupación siempre es evitar dar un paso del que más tarde pueda arrepentirme y no tomar ninguna medida que pueda perjudicarnos en ningún sentido. Deben comprender que siempre voy lo más lejos que puedo, pero no más. Es vital poseer un sexto sentido que te diga: "¿Qué puedo hacer todavía? ¿Qué no puedo hacer?"»[311].

De ese modo, Hitler subrayaba de nuevo la importancia de que un líder carismático proyecte un aura de certidumbre, e incluso dijo que el deseo de no parecer débil era lo «único» que le importaba. Asimismo, añadía: «No pretendo desafiar inmediata y violentamente a un enemigo para que luche». Por el contario, prefería antagonizar y atacar a su enemigo gritando: «Quiero destruirte». Entonces, cuando su enemigo se encontraba «arrinconado», Hitler asestaba «el golpe de gracia».

Si se analiza, es una estrategia extraña. Puede que su objetivo a largo plazo estuviera muy claro, pero no se apreciaba ningún mecanismo político coherente que vinculara las cuestiones a corto plazo con ese propósito de futuro. Al limitarse a gritar a su oponente, Hitler no ofrecía ninguna orientación a sus seguidores sobre cómo lograr sus objetivos. Pero el discurso sí explica por qué Hitler quería, por ejemplo, que sus generales fuesen como «*bull terriers* encadenados»[312]. A Hitler le resultaba inmensamente útil disponer de una sección de apoyo a la que parecía estar

«conteniendo» para que no emprendiera acciones radicales. Y aunque también había comentado que sus generales le decepcionaban porque tenía que animarlos en lugar de refrenarlos, el elemento fundamental sigue ahí.

Esa «contención» contra los judíos desapareció dramáticamente tras el *Anschluss* con Austria en marzo de 1938. Walter Kämmerling, por aquel entonces un colegial judío de quince años, recuerda la catástrofe de la llegada de los nazis: se destrozaron tiendas, se acosaba violentamente a los judíos y se les expropiaban sus negocios. «Estabas totalmente proscrito», dice. «No había protección en ningún sitio. Cualquiera podía acercarse a ti y hacer lo que se le antojara.»[313]

La violencia y la persecución en Austria en primavera de 1938 cobraron unas dimensiones distintas a lo que se había presenciado en Alemania hasta ese momento. Ello obedece a dos motivos principales. En primer lugar, en proporción había muchos más judíos en Austria que en Alemania (alrededor de un 4 por 100 de la población frente a un 0,76 por 100, respectivamente) y, en segundo lugar, Austria, aunque en breve formaría parte del Reich, todavía no era territorio alemán. Austria fue el primer ejemplo de lo que acabaría convirtiéndose en un fenómeno habitual en el estado nazi; los actos de mayor violencia podían darse inicialmente fuera de las fronteras del viejo Reich, pero las consecuencias del nuevo radicalismo a menudo se dejaban sentir en Alemania.

Sin duda, eso fue lo que aconteció en 1938. Tras la violenta persecución de judíos austríacos, los nazis fijaron la atención en su país. El 26 de abril, seis semanas después de que entraran en Austria, Hermann Göring decretó que todos los judíos alemanes debían registrar sus propiedades y que cualquier posesión que superara los cinco mil marcos imperiales solo podía venderse o alquilarse con permiso de las autoridades nazis. Era un paso preliminar hacia el robo de activos judíos. Pronto llegaron otras medidas: se prohibió que médicos, abogados, dentistas y veterinarios judíos trabajaran para clientes «arios», y se los obligó a añadir ciertos nombres al suyo para poder ser identificados fácilmente, como «Israel» en el caso de los hombres y «Sara» en el de las mujeres.

En vista de la persecución de los judíos alemanes y austríacos, el presidente estadounidense Franklin Roosevelt decidió implicarse más activamente en el problema. Roosevelt convocó una conferencia internacional para debatir las posibilidades y, en julio de 1938, representantes de más de treinta países se dieron cita en el Hotel Royal de Évian-les-Bains, en Francia. En público, Hitler ofreció a los delegados su cínico apoyo: «Yo solo puedo esperar que el otro mundo, que siente tan profunda simpatía por esos delincuentes [los judíos] al menos sea lo bastante generoso como para convertir esa simpatía en ayuda práctica. Por nuestra parte, estamos dispuestos a poner a todos esos delincuentes a disposición de esos países, por mí, incluso en barcos de lujo»[314].

La conferencia de Évian entrañaría las peores consecuencias imaginables para los judíos alemanes y austríacos, que esperaban que el resto del mundo pronto les abriera

las puertas. De unos treinta países representados, solo República Dominicana ofreció la posibilidad de aceptar cantidades considerables de judíos. El resto —en su mayoría — se mostró comprensivo, pero apenas brindó ayuda práctica. Parecía una confirmación de lo que había declarado Chaim Weizmann a un periódico británico dos años antes: «El mundo parecía dividido en dos partes: los lugares en los que los judíos no podían vivir y los lugares en los que no podían entrar»[315].

Golda Meir, que más tarde se convertiría en primera ministra de Israel, observó el devenir de la conferencia. «Sentarse en aquel magnífico salón y ver a los delegados de treinta y dos países levantarse para explicar lo mucho que les habría gustado acoger a cifras significativas de refugiados y lo desafortunado que era no poder hacerlo fue una experiencia terrible. Dudo que alguien que no lo haya vivido pueda comprender lo que sentí en Évian: una mezcla de tristeza, rabia, frustración y horror. Quería levantarme y gritarles a todos: "¿No saben que esas 'cifras' son seres humanos, gente que puede pasarse el resto de su vida en campos de concentración o deambulando por el mundo como leprosos si no les permiten entrar?"»[316].

Después de Évian, la visión nazi estaba clara. El titular de *Völkischer Beobachter* fue: «Nadie los quiere»[317]. Más tarde, Hitler manifestó su desprecio por el planteamiento de las naciones democráticas sobre la cuestión de la emigración judía. En un discurso pronunciado en el mitin de Núremberg el 12 de septiembre de 1938, ridiculizó la actitud de los «países democráticos» que condenaron a los alemanes por intentar «deshacerse» del «elemento judío», y añadía: «No se oye una sola palabra en esos países sobre sustituir ese lamento hipócrita por buenas acciones y ayuda. No, por el contrario, lo único que oímos son razonamientos fríos, afirmando que en esos estados, por desgracia, tampoco hay espacio… ¡Nada de ayuda, sino moralidad!»[318].

La conferencia de Évian apenas tomó medidas para afrontar la difícil situación de los judíos, al tiempo que alimentó las fantasías de Hitler sobre la dominación de ese pueblo, ya que buena parte del mundo —incluido Estados Unidos— estaba en contra de la Alemania nazi en esa cuestión crucial. Según el profesor Adam Tooze: «En mi opinión, [Hitler] estaba convencido de que la conspiración judía internacional había cobrado un nuevo carácter ominoso. Esto empieza en verano de 1938 con la conferencia de Évian, en la que Estados Unidos interviene en los asuntos europeos en torno a la emigración de los judíos de Europa del Este. Ello responde, por supuesto, a la increíble violencia que desencadenan los alemanes en Austria después del *Anschluss*. Y esto, según Hitler, desplaza el centro de la conspiración judía internacional, que para él es el máximo enemigo de Alemania, de Moscú, que anteriormente se ha alineado con el comunismo, con la clara afirmación en 1939 de que el auténtico centro de la conspiración judía internacional es Washington, Wall Street y Hollywood. Eso, por supuesto, modifica la valoración de la panorámica estratégica, ya que detrás de Gran Bretaña y Francia, como en la primera guerra mundial, se halla toda la fuerza de la economía armamentística estadounidense»[319].

El 9 de noviembre de 1938, se soltó a matones antisemitas nazis contra los judíos,

y perpetraron una serie de atrocidades durante lo que se daría a conocer como la *Reichskristallnacht* (la «Noche de los cristales rotos»). Dos días antes de los ataques, Herschel Grynszpan, un judío de diecisiete años nacido en Alemania y de padres polacos, entró en la embajada alemana en París y disparó a un funcionario llamado Ernst vom Rath. Lo que motivó aquel crimen fue la difícil situación que estaban viviendo sus padres, Sendel y Rivka, que figuraban entre unos doce mil judíos polacos que residían en Alemania y habían sido apresados por los nazis y arrojados en la frontera con Polonia. Los polacos se negaron a dejarles entrar en su país, así que esos judíos se encontraban sin estado, entre dos regímenes que no querían saber nada de ellos. Era un reflejo claro y práctico de las consecuencias de la persecución nazi y del fracaso de la comunidad internacional en Évian. Los nazis pretendían expulsar a sus judíos, pero nadie los quería.

El 9 de noviembre, Vom Rath murió a causa de las heridas sufridas. Aquel era ya un día «sagrado» para todo el movimiento nazi: el aniversario del *Putsch* de la Cervecería que tuvo lugar dieciséis años antes. Hitler y el resto de los líderes nazis se habían reunido en Múnich para la conmemoración anual, y fue allí donde Joseph Goebbels, siempre un antisemita acérrimo, pidió a Hitler que permitiera tomar medidas violentas contra los judíos alemanes en represalia por el asesinato de Vom Rath. Ya se habían producido ataques esporádicos contra propiedades judías aquella misma noche, pero empezaron a cometerse atrocidades contra los judíos alemanes que no tenían parangón en el gobierno nazi. Más de veinte mil hombres judíos fueron encerrados en campos de concentración y más de mil sinagogas destruidas. Varios centenares de judíos perdieron la vida. En Núremberg, Rudi Bamber, que a la sazón tenía dieciocho años, contempló horrorizado cómo las tropas de asalto echaban abajo la puerta de su casa y destruían todo lo que encontraban. Después llegó un segundo grupo y le propinaron una paliza. Cuando se fueron, Rudi vio a su madre llorando y agua que caía al suelo desde las cañerías destrozadas. Mientras se abría paso entre muebles rotos, cristales y porcelana, tropezó con su padre moribundo. Los soldados de asalto lo habían asesinado. Rudi se salvó solo porque su líder había decidido irse a casa, ya que tenía trabajo por la mañana: «El resto se sintieron muy irritados y no querían perder más el tiempo, así que me dieron una patada y me dijeron “aparta” o algo por el estilo y me dejaron allí»[320]. Rudi resume su horrenda experiencia a manos de los nazis diciendo: «La historia no tiene ningún sentido. Es absurda».

La violencia de *Kristallnacht* fue instigada por iniciativas llegadas desde abajo y orquestaciones desde arriba. Como los planes que desembocaron en la eutanasia infantil, había indicios de que algunos nazis destacados proponían y desarrollaban acciones que, a su juicio, complacerían a su jefe. Philipp Bouhler quería aumentar su poder y el de la oficina de la Cancillería del Führer, y Joseph Goebbels estaba ansioso por redimirse ante Hitler por la vergüenza de su romance con la actriz checa Lida Baarová y sus posteriores dificultades maritales.

Los nazis vivían en un mundo en el que, en palabras del doctor Günter Lohse, del

Ministerio de Asuntos Exteriores alemán: «Todos querían estar cerca de él [de Hitler]. Daba igual contar con su favor o estar en su presencia, ya fuera para comer o para mantener un debate. Estar cerca de él solo una vez. Aquel era el gran acontecimiento para el individuo… Me atrevería a decir que todas las propuestas llegadas a la Cancillería del Reich, fuesen del bando que fuesen, contenían el deseo de demostrar que uno era un fiel partidario de Adolf Hitler»[321].

Si bien es cierto, ello no explica del todo las acciones de los soldados de asalto que irrumpieron en casa de Rudi Bamber en Núremberg y asesinaron a su padre. También les gustaba pegar y matar a judíos y destruir sus propiedades por unas creencias muy arraigadas. Con el tiempo, esas creencias pudieron verse apoyadas e impulsadas por la propaganda y la estructura del estado nazi, pero fundamentalmente eran ideas que varios antisemitas despiadados sostenían antes de que Hitler entrara en escena. Lo que les ofreció el *Führer* fue una liberación y poder para actuar sin restricciones.

Incluso antes de la violencia de *Kristallnacht, Das Schwarze Korps*, la revista oficial de las SS, había publicado artículos que exponían un odio extremo hacia los judíos. Una semana después de los horrores acontecidos entre el 9 y el 10 de noviembre, un artículo titulado «¡Esta gente es peor!» llamaba abiertamente a tomar represalias contra los judíos, y revela una mentalidad que más tarde contribuiría a la creación de los campos de la muerte: «¡Pobres de los judíos si alguno de ellos o uno de sus cómplices, contratados e imbuidos de odio por ellos, levantan su mano asesina contra un alemán! Ningún judío será considerado responsable de un alemán muerto o herido; lo serán todos. Eso es lo que deben saber quienes no captaron el mensaje de nuestra primera advertencia moderada [*Kristallnacht*]. No nos embarcaremos en pequeños ardides aritméticos sobre la culpabilidad o la inocencia de los individuos. Porque no estamos librando una guerra con los judíos según las leyes internacionales… Judíos y alemanes no son socios por igual en todo esto; no seremos mencionados en el mismo aliento que ellos. Solo hay un derecho, nuestro derecho, nuestra propia defensa, y solo nosotros decidiremos cómo y cuándo será redimido»[322]. Otro artículo publicado en diciembre de 1938 era incluso más explícito respecto del posible destino de los judíos: «El día en que un arma asesina que sea judía o comprada por judíos se alce contra uno de los hombres importantes de Alemania no habrá más judíos en el país. ¡Esperamos habernos expresado con claridad!»[323].

Das Schwarze Korps también insistía en que la persecución contra los judíos alemanes debía intensificarse de inmediato. «Porque es necesario, porque ya no oímos el clamor mundial y porque ninguna potencia en la Tierra puede impedir que llevemos la cuestión judía a su solución total. El programa está claro: ¡expulsión total, separación absoluta! ¿Qué significa eso? No solo la eliminación de los judíos en la economía alemana, que ellos mismos han propiciado por su ataque mortífero y su incitación a la guerra y el asesinato. Los judíos deben ser eliminados de nuestras

casas y barrios y ser trasladados a calles o manzanas en las que se relacionen entre sí y puedan mantener el mínimo contacto posible con alemanes.»[324]

Ahora, las obsesiones de Hitler eran expresadas abiertamente como las pasiones compartidas por las SS. Eran manifestaciones radicales, y no solo revelaban un potente cóctel de odio y ambición, sino que demostraban que las SS estaban preparadas para la guerra. Los *bull terriers* andaban sueltos.

11

Haciendo realidad la visión

El 31 de agosto de 1939, un día antes de que los soldados de la Wehrmacht atravesaran la frontera polaca y precipitaran la segunda guerra mundial, el periodista estadounidense William L. Shirer escribió lo siguiente con respecto a la atmósfera que reinaba en Alemania: «Todo el mundo está en contra de la guerra. La gente habla abiertamente [de eso]. ¿Cómo puede meterse un país en una guerra de este calado si la población está totalmente en contra?»[325]. Los responsables del SD, el servicio secreto de las SS, también compartían la opinión de Shirer acerca de la intensidad del sentimiento antibélico en Alemania. En un informe confidencial elaborado el año anterior habían escrito que la atmósfera en Alemania era «a menudo pesimista de cara al futuro» y que «a los sectores más numerosos de la población les preocupa enormemente que más tarde o más temprano una guerra vaya a acabar con la prosperidad económica y a tener consecuencias temibles para Alemania»[326]. En otro informe del SD se señalaba que en la zona rural de Alemania «se notaba una sensación de tensión y desasosiego por todas partes, así como un deseo generalizado: "¡Por favor, guerra no!"»[327].

Sin embargo, la guerra ya estaba en marcha. Y aunque, como ocurre con cualquier acontecimiento histórico importante, vino provocada por innumerables factores, el motivo principal por el que estaba a punto de estallar fue porque Adolf Hitler así lo quiso; y su liderazgo carismático contribuyó a hacerlo realidad.

De hecho, lo que hace que el período comprendido entre los primeros meses de 1938 y el momento en el que estalla la guerra sea tan extraordinario es la presencia de Hitler. Los políticos convencionales como el primer ministro británico, Neville Chamberlain, contaban con el hecho de que realmente nadie quería que hubiera una guerra. Por otro lado, Adolf Hitler se dio cuenta de que si quería conseguir lo que deseaba, la guerra era inevitable. Ernst von Weizsäcker, secretario de estado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, trató de explicarle lo extraño de esta situación al embajador británico, *sir* Nevile Henderson: «Le he vuelto a decir a Henderson que esto no es una partida de ajedrez, sino un mar cada vez más agitado. No se pueden asumir las mismas ideas que en épocas normales con motivos normales y gente normal»[328].

Pero los británicos no eran los únicos a los que les costaba entender que Hitler no fuera un hombre de estado «normal». Los alemanes poderosos también estaban cometiendo el error de pensar que su *Führer* atendería a razones. Ludwig Beck, por ejemplo, seguía aferrado a la equivocada creencia de que se podía convencer a Hitler

de que fuera sobrio y pragmático en el contexto de su agenda y sus objetivos en materia de política exterior. Beck siguió queriendo las cosas «buenas» que, en su opinión, habían aportado a Alemania el carisma y el instinto político de Hitler —en concreto, un resurgimiento del orgullo nacional y un ejército cada vez más numeroso — sin las cosas «malas», como la persecución violenta de aquellos que no encajaran con la imagen nazi del alemán ideal y el imprudente intento de conseguir un nuevo imperio nazi. Pero Beck, al igual que otros muchos miembros inteligentes de la élite alemana, solo podía culparse a sí mismo de este error de cálculo, ya que, tal y como afirmó Frederick Douglass, el abolicionista estadounidense, era de ese tipo de hombres que quería «el océano sin el temible rumor de sus inmensas aguas»[329].

Beck —así como otros compañeros de la cúpula del ejército alemán— no tardaría en descubrir el alcance de su error cuando Hitler puso la vista en un país vecino: Checoslovaquia. Como Checoslovaquia era tanto una democracia como una creación de los acuerdos alcanzados al término de la primera guerra mundial, Hitler ya estaba predispuesto a odiarla. Pero también había motivos prácticos por los que Checoslovaquia suponía un problema para Alemania. Era imposible que Hitler considerara desplazarse hacia el este sin neutralizar de alguna forma a los checos, ya que, desde un punto de vista geográfico, obstaculizaban cualquier tipo de expansión. Además, en Checoslovaquia vivían algo más de tres millones de personas de etnia alemana, la mayoría de ellos en la región fronteriza conocida como los Sudetes.

Günther Langer, que tenía veinticuatro años en 1938, fue uno de los alemanes de los Sudetes que se sentían perseguidos en Checoslovaquia. «Había un boicot en contra de los negocios alemanes, y por eso acabamos en un estado bastante deplorable…». En su pueblo, en el que la mayoría era de etnia alemana, «el jefe de correos era checo; el profesor, también; el presidente [de la autoridad local], también; y los barrenderos, también; así que todos estos puestos eran inalcanzables para los alemanes. Antes los alemanes ocupaban todos esos puestos, ¿sabe?… Eso no es lo único que hacían [las autoridades checas], porque también explotaban la necesidad extrema de los alemanes y tentaban con promesas a los niños para que se matricularan en el colegio checo. Era lo que se denominaba una “trampa para las almas alemanas”»[330].

Los nazis llevaban varios años apoyando a los alemanes de los Sudetes en sus esfuerzos por conseguir una mayor independencia dentro de Checoslovaquia, y pocos días después del *Anschluss*, Hitler se reunió con Karl Frank y Konrad Henlein, del Partido Alemán de los Sudetes, y les dijo que presentaran una serie de demandas al gobierno checo que él sabía que resultarían inaceptables.

Al principio parecía que Hitler no tenía prisa en forzar la cuestión de los Sudetes hasta que desembocara en una crisis. Pero después del aviso por parte de los británicos y los franceses al gobierno alemán de que no iniciara una acción militar contra los checos (guiándose, irónicamente, por un informe equivocado acerca de las intenciones alemanas), Hitler convocó una reunión en Berlín el 28 de mayo de 1938,

en la que anunció que solucionar dicha cuestión había pasado a ser una prioridad. «Tengo la total determinación», afirmó Hitler, «de que Checoslovaquia desaparezca del mapa.»[331] El ayudante del propio Hitler, Fritz Wiedemann, aseguró que se quedó «perplejo[332]» al oír esas palabras. Pero no fue nada en comparación con el efecto que tuvieron sobre Ludwig Beck.

Beck ya había enviado un memorándum a Brauchitsch, el jefe del ejército, el 5 de mayo, en el que afirmaba: «No hay esperanzas de resolver la cuestión checa por la vía militar sin implicar a Inglaterra y Francia»[333]. Y en ese momento, justo después de que Hitler hubiera revelado sus intenciones el 28 de mayo, Beck volvió a su mesa para redactar otro memorándum de advertencia. Una vez más, hizo hincapié en el hecho de que Alemania se arriesgaba a detonar «una guerra europea y quizá incluso mundial» como consecuencia de la invasión de Checoslovaquia, y que esa guerra «la perdería Alemania»[334]. Pero la oposición de Beck al plan de Hitler perdió peso por dos factores cruciales: en primer lugar, Beck estaba de acuerdo en que la mera existencia de Checoslovaquia era un problema de calado para cualquier plan de expansión alemana en el futuro. En septiembre del año anterior había señalado: «Mientras el apéndice checo siga sobresaliendo hacia el interior de Alemania, esta no podrá librar ninguna guerra»[335]. El otro problema al que se enfrentaba Beck presenta un curioso parecido con la *crisis Strasser*, que tuvo lugar en 1932. Al igual que Gregor Strasser, Ludwig Beck manifestó ser inmune al carisma de Adolf Hitler. No obstante —al igual que Strasser—, ahora Beck hacía hincapié en el hecho de que le molestaba no tener un acceso directo a Hitler. En el memorándum que redactó después de la reunión que celebró Hitler el 28 de mayo (enviado a Brauchitsch el 30 de mayo), Beck seguía actuando como si —tal y como expresó en otro memorándum seis semanas después— «esta lucha se estuviera librando por el *Führer*»[336]. Tal y como afirma Manfred von Schröder, por aquel entonces diplomático en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán: «Incluso Weizsäcker [a la sazón secretario de estado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán] pensaba que hablando a solas con Hitler se podían obtener resultados razonables… Todo el mundo creía que se podía seguir con Hitler mucho mejor si, en lugar de todos esos gobernadores y el resto de gente del partido, hubiera gente razonable a su alrededor ¿sabe?»[337].

Por tanto, a pesar de oír el 28 de mayo que Hitler tenía pensado hacer que Checoslovaquia «desapareciera del mapa» en un futuro próximo, Beck siguió pensando que la solución no era destituir lo antes posible a Adolf Hitler, sino un cambio administrativo que creara «una demarcación clara de las responsabilidades de cada uno, así como un compromiso con ellas»[338]. Y aunque Beck no se veía afectado abiertamente por el carisma de Hitler, una interpretación de este comportamiento es que —al igual que Strasser— sí le influía de modo implícito. El hecho de que Beck estuviera satisfecho con tantas de las cosas que había conseguido Hitler y de que estuviera de acuerdo con los objetivos generales de sus planes para

una futura expansión le impedía ver la realidad de que no había ninguna «lucha» que librar «en nombre del *Führer*». Todavía no estaba dispuesto a admitir sin reserva que el problema no era cómo acceder a Hitler, sino el propio Hitler.

Al igual que Strasser, Schacht y Fritsch antes que él, Beck no alcanzaba a entender que Hitler no fuera susceptible a unas críticas inteligentes y razonadas de sus planes. La idea de que alguien pudiera ser el jefe del poderoso y sofisticado Estado alemán —de que hubiera logrado todo eso en tan solo cinco años en el poder — y que, aun así, no estuviera dispuesto a escuchar los consejos de los expertos que simpatizaran con sus objetivos no tenía sentido.

Luego estaba la cuestión de la atmósfera política y militar en la que Beck expresó sus preocupaciones. Para alguien como Beck, cercano a lo más alto de la jerarquía militar, era fácil subestimar el efecto que habían tenido cinco años de propaganda nazi en las opiniones de los oficiales menos experimentados. Tal y como indican las célebres declaraciones de Hitler en noviembre de 1933: «Cuando un oponente dice: "No voy a pasarme a tu bando", yo le respondo con calma: "Tu hijo ya nos pertenece… ¿Quién eres tú? Tú perecerás, pero tus descendientes están ahora en el nuevo campamento. Dentro de poco no conocerán nada que no sea esta nueva comunidad"»[339].

Todos estos jóvenes oficiales habían estudiado en universidades y en un sistema de educación militar que no solo subrayaba la estrecha relación entre el ejército y el estado nazi, sino que pregonaba a los cuatro vientos la genialidad de Adolf Hitler. Además, todos estos oficiales poco experimentados y de rangos medios sabían que su carrera dependía no tanto de altos mandos anticuados como Beck, sino más bien del juicio de una nueva hornada de líderes militares con conciencia política que eran más susceptibles a la visión de Hitler.

Eso explica en parte la reacción tan heterogénea que suscitó el intento de Beck por explicar a los oficiales de su mismo nivel los riesgos de la invasión de Checoslovaquia en una conferencia militar celebrada en junio de 1939. Edgar Röhricht, que por aquel entonces era teniente coronel, escribió posteriormente que Beck dio la impresión de estar «hablando en contra de la guerra entre sus propios subordinados». También documentó que, cuando sus compañeros se reunieron en el Hotel Esplanade de Berlín y comentaron lo que habían oído, el comandante Rudolf Schmundt afirmó que estaba claro que Beck no comprendía «el dinamismo del nuevo régimen» y que si hubieran seguido su consejo, continuarían «siendo un ridículo peticionario sentado a la mesa de la conferencia de Ginebra». Hans Jeschonnek, un oficial de la Luftwaffe que tenía poco más de treinta años, fue más allá al decir que Beck no había dado crédito al poder de las nuevas fuerzas aéreas alemanas: «Schlieffen [el artífice del plan de invasión de Alemania en la primera guerra mundial] llevaba [también] un retraso de veinte años en materia de desarrollo tecnológico; y en [la batalla del] Marne nos llevamos nuestro merecido. Para Beck, nuestros escuadrones no son más que un accesorio inoportuno. Pero ¡os vais a llevar

todos la sorpresa de vuestra vida!»[340].

Aunque algunos de los oficiales presentes aquel día simpatizaban con la posición de Beck, todo el mundo reparó en que sus opiniones estaban relegándolo cada vez más a la periferia del poder. Un teniente coronel, que antes era cercano a Fritsch, señaló que los acontecimientos de las últimas semanas le habían hecho «abrir los ojos» ante el hecho de que las principales figuras del ejército alemán no formaban una «comunidad estrechamente unida», sino que eran meros «funcionarios públicos», y que se podían encontrar «sustitutos» para cada uno de ellos; de hecho, supuestamente «ya [había uno] disponible» para Beck. Pero este tipo de discurso cínico no caló entre oficiales ambiciosos como el teniente coronel Röhricht, el comandante Schmundt o el teniente coronel Jeschonnek y, sin embargo, todos ellos llegaron a alcanzar un puesto de relevancia. En 1945, Röhricht era general de infantería al mando del 17.º Ejército del frente oriental y, un año antes, Schmundt —que por aquel entonces también era general, así como jefe de personal de todo el ejército alemán— había muerto el 20 de julio de 1944 víctima de la bomba con la que se pretendía asesinar a Hitler. Jeschonnek también había fallecido en la oficina central del *Führer*, pero en 1943, cuando, en calidad de jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, se suicidó porque sintió que había decepcionado a Hitler.

Entre tanto, Beck seguía decidido a convencer a sus homólogos de que no siguieran un plan de agresión que estaba convencido de que iba a sumir a Alemania en el abismo. Y, una vez más, en la forma que tuvo Hitler de conseguir neutralizar a Beck durante el verano de 1938 se puede ver la importancia de su carisma en toda esta historia: sin su habilidad para convencer al resto de sus generales de que siguieran su ejemplo —a menudo en contra de sus objeciones lógicas— resulta difícil imaginarse a Alemania adentrándose en una senda tan destructiva.

Beck le entregó a Brauchitsch el último de su larga lista de memorandos de queja el 16 de julio. Era el más directo que escribía hasta el momento: prácticamente instaba a amotinarse. «Considero que es mi deber plantear en estos momentos la petición urgente de que el comandante en jefe de la Wehrmacht [Hitler] sea inducido a anular los preparativos de la guerra que ha ordenado él mismo.»[341] Poco después, cuando Beck se reunió con Brauchitsch, le comentó que todo el mando supremo militar debía dimitir si Hitler no modificaba sus planes. A los pocos días, después de hablar con compañeros que simpatizaban con él, Beck dijo a Brauchitsch que la tarea que les ocupaba consistía nada más y nada menos que en alterar la naturaleza del dominio nazi. Beck seguía empeñado en ver el problema no tanto en Hitler, sino en la perniciosa influencia de la Gestapo y de las SS. «Probablemente sea la última vez», escribía, «que el destino [nos] brinda la oportunidad de liberar al pueblo alemán, así como al propio *Führer*, de la pesadilla de la policía secreta… No puede ni debe surgir ninguna duda en torno a esta lucha que se está librando por el *Führer*.»[342] Y no solo trataba de argumentar que cualquier «lucha» en contra de la guerra debía librarse en nombre de Hitler, sino que incluso sugirió un posible eslogan para la línea de

actuación que él proponía: «Por el *Führer*, contra la guerra».

Beck debió de darse cuenta de que cualquier intento por granjearse el consentimiento del jefe del ejército con una conspiración directa contra el jefe del estado sería —cuando menos— arriesgado, por lo que prefirió decir, a pesar de que las pruebas apuntaban inequívocamente a lo contrario, que Hitler no era el motor de los acontecimientos, sino que estaba bajo una influencia excesiva por parte de instituciones del partido como las SS y la Gestapo. Beck coincidía con el objetivo de Hitler de borrar a Checoslovaquia del mapa porque constituía una barrera para la expansión alemana, pero disentía en cuanto a la fecha elegida; y veneraba el antiguo sistema imperial de gobernanza y a un jefe de estado que respetara los consejos del ejército. «¿Por qué no se parecerá Hitler un poco más al káiser?» era una pregunta que sin duda le rondaría por la mente a Beck. Lo más probable es que Beck quisiera que el estatus de Hitler quedara reducido al de una figura meramente decorativa, como aquella a la que se vio degradado el káiser durante la primera guerra mundial.

Pero lo que Beck no comprendía era que Hitler no era un líder político convencional que se dejara influir por memorandos exhaustivamente razonados. Tal y como explica el profesor Adam Tooze: «No es un hombre de estado en el sentido habitual de la palabra, de los que realizan cálculos meramente racionales y asumen siempre que hay una probabilidad elevada de éxito final. Es un hombre para el que la política es una obra dramática, una tragedia que puede que no tenga un final feliz. Y, por tanto, está dispuesto a asumir riesgos que considera inevitables aunque las probabilidades en contra para Alemania sean muy altas»[343].

No se conoce la respuesta exacta de Brauchitsch a las súplicas de Beck, pero lo que está claro es que no le ofreció un apoyo inmediato a su idea de una amenaza de dimisión conjunta. Sin embargo, en una conferencia de oficiales veteranos celebrada el 4 de agosto, Brauchitsch sí preguntó a sus compañeros qué pensaban acerca de la propuesta de invadir Checoslovaquia. Muchos apoyaron a Beck y comentaron los problemas prácticos que implicaba la invasión (principalmente, la probabilidad de que el Reino Unido y Francia se implicaran en el conflicto). Brauchitsch finalizó la conferencia admitiendo sin tapujos que, de cumplir la agenda de Hitler para la guerra, provocarían la destrucción de Alemania[344].

Este fue un momento crucial en la historia del Tercer Reich. Si los generales se hubieran profesado lealtad y hubieran estado unidos en su rechazo a los planes de Hitler, habrían precipitado una crisis en el estado nazi. Pero no estaban unidos. Por el contrario, el general Walther von Reichenau fue a contarle a Hitler lo que había sucedido en esa reunión. Reichenau era uno de los pocos generales alemanes veteranos que parecía realmente tener una fe absoluta en su *Führer*. Estando al servicio del general Blomberg en Prusia Oriental, conoció a Hitler en 1932 y, desde entonces, creyó que terminaría siendo el salvador de Alemania. Así que no fue una casualidad que fuera Reichenau quien diera a Hitler el chivatazo acerca de la reunión del 4 de agosto.

La reacción inmediata de Hitler era predecible: una ira de una magnitud inconmensurable. Convocó a Brauchitsch a una reunión en Berchtesgaden en la que se pasó más de una hora gritando al jefe del ejército alemán. A continuación programó una conferencia el 10 de agosto para todos los generales que habían estado presentes en la reunión del día 4. Como cabía esperar, el objetivo de la conferencia no era debatir los méritos de sus propuestas con sus expertos militares, sino darles una charla sobre por qué estaba seguro de que tenía razón. Cuando un general se atrevió a poner en duda la seguridad de la Westwall —las fortificaciones defensivas de Alemania contra Francia—, Hitler le contestó a voz en grito que estaba equivocado. En otro discurso que pronunció cinco días más tarde, después de un ejercicio militar en Jüterbog, Hitler criticó a aquellos —implícitamente a Beck— que se habían permitido el lujo de volverse débiles, e hizo hincapié en que la decisión de invadir Checoslovaquia implicaba predominantemente valoraciones políticas, no militares.

Esa fue otra demostración de seguridad por parte de Hitler delante de sus generales, una demostración que venía respaldada por un componente conocido de su liderazgo: su certeza absoluta de que tenía razón. Y puesto que, recientemente, la valoración de Hitler ya había resultado acertada en circunstancias parecidas —teniendo en cuenta que Beck y otras personas habían advertido del hecho de que adentrarse en Austria podría acabar desencadenando una guerra—, ahora Hitler dejó entrever que no debía dárseles mucha importancia a sus últimas advertencias. Por eso, a pesar de todos los motivos prácticos por los que los generales tenían razones para estar tan preocupados por las consecuencias de una invasión de Checoslovaquia, muchos de ellos estaban dispuestos a apoyar a Hitler. Esa postura del mínimo esfuerzo quedó ejemplificada por el teniente general Erich von Manstein[345], quien dijo a Beck que debía dejar la política en manos de Hitler y centrarse en resolver los aspectos prácticos para vencer a los checos en combate.

No obstante, el éxito del atractivo de Hitler no consistió solo en su insistencia en que los generales cumplieran sus órdenes. También les estaba ofreciendo algo especial: la oportunidad de alcanzar la gloria, el heroísmo, un éxito militar que les haría famosos en la historia de Alemania. Claro que había riesgos inmensos, pero Hitler había dejado claro que iba a asumir personalmente toda la responsabilidad de la decisión de invadir Checoslovaquia. Era un clásico ejemplo de lo que el doctor Fritz Redl denominó «la magia del acto iniciador»[346]: la idea de que los líderes, si son lo suficientemente carismáticos, pueden cargarse sobre los hombros el riesgo y la posible culpa de cualquier línea de acción que inicien. De esta forma son capaces de generar un sentido de liberación tremendo entre sus seguidores.

Sin embargo, en este caso no ocurrió eso con todos sus seguidores. Beck seguía sin estar convencido, al igual que otros generales, como Von Hase y Von Witzleben. El almirante Canaris, jefe de la Abwher, el servicio secreto alemán, también parecía estar congeniado con estas figuras opuestas a las acciones de Hitler, aunque siempre estaba implicado en tantas intrigas que es probable que también fuera un agente doble

y que mantuviera vínculos con Heydrich y Himmler. La mano derecha de Canaris, Hans Oster, estaba más comprometido con la causa de la oposición, al igual que Hjalmar Schacht. A través de intermediarios, estos y otros hombres consiguieron acercarse al Ministerio de Asuntos Exteriores británico en agosto de 1938. «Desde entonces, Beck y ese grupo de alemanes —que no representaban a todos los generales en modo alguno— se mantuvieron en contacto con nosotros por medios clandestinos, y solían acceder a través de mí», afirma *sir* Frank Roberts, que por aquel entonces era un diplomático que trabajaba en la oficina alemana del Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. «Y decían cosas como "si vosotros y los franceses plantáis cara a Hitler, nosotros nos encargaremos de él", y nosotros respondíamos algo así como "pues entonces sería mejor que empezarais a encargaros de él y luego quizá podamos ayudaros". Pero, por supuesto, a medida que Hitler fue cosechando un éxito tras otro, la influencia de este grupo de generales alemanes fue disminuyendo cada vez más.»[347]

Mientras Beck, sus compañeros de conspiración y los británicos titubeaban, Hitler pronunció un discurso a principios de septiembre de 1938 que constituyó un apasionado ataque no solo al gobierno checo, sino a toda la cuestión de cómo se había formado Checoslovaquia después de la primera guerra mundial: «La mayoría de sus habitantes se vieron obligados a someterse a la estructura ideada en Versalles sin que se les hubiera pedido su opinión. Como una auténtica democracia, este estado empezó a reprimir inmediatamente a la mayoría de sus habitantes, a abusar de ellos y a arrebatarles sus derechos inalienables»[348]. En cuanto a los alemanes de los Sudetes, su situación se había vuelto «insostenible». Hitler afirmó: «En un contexto económico, a esta gente la están arruinando sistemáticamente y, por consiguiente, está siendo sometida a un exterminio lento pero constante. El sufrimiento de los alemanes de los Sudetes es indescriptible».

Ese era otro ejemplo de una técnica de liderazgo —reconocida por el propio Hitler— que consistía en gritar «cada vez más alto» y luego observar cómo reaccionaban sus oponentes. Los británicos y los franceses ya habían presionado al gobierno checo para que llegara a un acuerdo con Hitler, pero después de su discurso en Núremberg era evidente que la situación estaba adquiriendo un cariz peligroso.

Gracias al viaje a Londres en pleno verano de Ewald von Kleist-Schmenzin, un miembro de la camarilla opositora de Beck, Chamberlain era plenamente consciente de que algunos miembros clave de la élite alemana tenían la impresión de que Hitler estaba decidido a llevar al país a la guerra. Pero cuando los ministros del gabinete británico debatieron la política exterior alemana el 30 de agosto de 1938[349], se mostraron más considerados y menos seguros con su propia opinión. Otra información confidencial —como el parecer del embajador británico en Berlín, *sir* Nevile Henderson— disentía de la idea de que Hitler estuviera decidido a provocar otro conflicto europeo. Pero en las actas de la reunión lo que predomina es la sensación de que los actores políticos de mayor rango como Neville Chamberlain y

su ministro de Exteriores, lord Halifax, sencillamente no se podían creer que un canciller alemán y, por tanto, líder de una nación europea culta pudiera querer realmente otra guerra.

Asimismo, pensaron que si los británicos amenazaban con entrar en guerra por la ocupación alemana de los Sudetes, eso podría provocar aún más a Adolf Hitler, habida cuenta la percepción que tenían de él como una persona inestable. A Chamberlain y Halifax, que tenían muy presente el recuerdo del sufrimiento de la primera guerra mundial, la idea de otro conflicto europeo les resultaba horripilante, sobre todo teniendo en cuenta el nuevo peligro del bombardeo aéreo de la Luftwaffe.

Para tratar de evitar esta catástrofe, Chamberlain decidió realizar un dramático viaje a Alemania para reunirse con Hitler y, al hacerlo, «inventó el sistema moderno de cumbres»[350]. Tras partir de Londres el 15 de septiembre a eso de las 8.30, Chamberlain aterrizó en Múnich a las 12.30 pasadas. A las cinco de la tarde de ese mismo día estaba subiendo la escalera de Berghof, la casa que tenía Hitler en lo alto de Berchtesgaden. Durante dicho encuentro, Chamberlain anunció que él estaba de acuerdo con que los alemanes de los Sudetes abandonaran Checoslovaquia y se fueran al Tercer Reich, pero quería garantías de que Hitler no iba a exigir nada más, como conquistar toda Checoslovaquia. Hitler le aseguró que ese no era el caso, y al día siguiente volvió al Reino Unido. Había pasado menos de cuatro horas en presencia de Hitler, pero ya se había formado una opinión clara acerca de él. En lugar de poseer algún tipo de poder carismático, Hitler era, según palabras de Chamberlain, «totalmente mediocre. Uno nunca se fijaría en él en medio de una multitud y solo pensaría que es el pintor de casas que fue en otro tiempo»[351]. Además, tal y como Chamberlain comentó posteriormente con el gabinete británico, Hitler era «un tipo de lo más corriente»[352].

Chamberlain no era el primer miembro de la élite política británica que se había formado la opinión de que Hitler no era en absoluto un «caballero». Una delegación británica encabezada por lord Halifax había visitado a Hitler en Berghof el año anterior y había llegado a una conclusión parecida. Un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores que estuvo presente, Ivone Kirkpatrick, pensó que Hitler se comportó como un «niño malcriado y malhumorado» durante la comida. Y lo que es peor: después de la comida, Hitler le contó a Halifax que los británicos debían resolver todos los problemas que tuvieran en la India ejecutando a Gandhi, «y si eso no basta para obligarles [a los indios] a que se sometan, ejecute a doscientos y así sucesivamente hasta poner orden». Kirkpatrick recordó que, cuando Hitler sugirió que los británicos realizaran una matanza en la India, lord Halifax, con su exquisita educación, miró a Hitler «con una mezcla de perplejidad, repugnancia y compasión»[353].

Halifax y muchos otros británicos eran, por tanto, inmunes al carisma de Hitler. Eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que millones de alemanes habían sucumbido a su atractivo, pero seguían teniendo la impresión de

que, en persona, Hitler era más un comerciante que un semidiós. Sin duda era peligroso y era posible que estuviera desequilibrado, pero no dejaba de ser una figura que provocaba desprecio: la antítesis de todos los valores que tan valiosos les resultaban a ellos.

La actitud de Halifax hacia Hitler tiene mucho que ver con la opinión inicial que se forjaron de él algunos políticos alemanes de la élite como Von Papen y Hindenburg. Ellos también pensaron que Hitler era un agitador sin estudios cuando lo conocieron. De hecho, Von Papen y lord Halifax eran asombrosamente parecidos en aspectos clave de su carácter y de sus creencias. Los dos eran aristócratas y poseían un profundo sentido de las virtudes y de las obligaciones de la clase patricia a la que pertenecían; y ambos eran muy religiosos: Churchill apodó a Halifax «Holy Fox» por su amor por la caza del zorro y su devoción religiosa. Aunque, claro está, no todos los alemanes aristocráticos y devotos eran inmunes al carisma de Hitler. Cabe señalar que los principales miembros de la conspiración en contra de Hitler que culminó en el complot de julio de 1944 también se regían por valores aristocráticos y religiosos.

No obstante, debemos recordar que había una serie de miembros de la élite británica que conocieron a Hitler por esa época que sí percibieron cierto carisma; y no eran solo algunos tarambanas de la clase alta como Unity Mitford, sino políticos experimentados como el exprimer ministro Lloyd George, que en 1936 escribió que Hitler era «un líder de hombres nato. Una personalidad magnética y dinámica con un único objetivo, una voluntad firme y un corazón intrépido»[354].

Chamberlain, que seguía creyendo que Hitler no quería una guerra, se reunió el 18 de septiembre con una delegación francesa encabezada por el primer ministro Édouard Daladier. Juntos, británicos y franceses presionaron al gobierno checo para que cediera los Sudetes a los alemanes. A regañadientes y reconociendo lo desesperado de su situación si no accedían, los checos sucumbieron. Chamberlain regresó a Alemania el 22 de septiembre y se reunió una vez más con Hitler, esta vez en Bad Godesberg, al sur de Bonn, junto al Rin. Chamberlain había conseguido lo que Hitler quería, y pensaba que había evitado la guerra.

Pero, en respuesta, Hitler exigió que la cuestión estuviera completamente resulta para el 1 de octubre —en menos de diez días— y que se acordara allí y en ese momento la nueva frontera. No habría una supervisión internacional y reposada de la entrega como proponían los británicos. Chamberlain se quedó anonadado. Ese comportamiento no era «razonable». Volvió a Reino Unido el 24 de septiembre sin saber si Hitler iba a moderar sus exigencias o no.

Mientras tanto, la actitud de Chamberlain hacia Hitler estaba empezando a preocupar a Duff Cooper, primer lord del Almirantazgo. Había escuchado con atención las opiniones de Chamberlain y había llegado a la conclusión de que Hitler le había «lanzado un hechizo[355]» al primer ministro británico. «Al fin y al cabo», escribió Cooper en su diario el 24 de septiembre de 1938, «el éxito de Hitler no obedece a sus logros intelectuales ni a su capacidad oratoria, sino a la extraordinaria

influencia que parece ejercer sobre el resto de las criaturas. Creo que Neville está bajo dicha influencia en estos momentos». Y Cooper no era el único que pensaba que Hitler había sobornado de alguna manera al primer ministro británico. *Sir* Alexander Cadogan, secretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, un responsable clave que había sido excluido de los viajes relámpago de Chamberlain a Berghof y a Bad Godesberg, anotó en su diario el 24 de septiembre: «Me quedé completamente horrorizado: [Neville Chamberlain] estaba a favor de la rendición total con una relativa tranquilidad. Y lo que me horrorizó aún más fue ver que Hitler lo había hipnotizado de una forma tan evidente hasta ese punto»[356].

¿Realmente había «hipnotizado» o «lanzado un hechizo» a Chamberlain? ¿Había caído el primer ministro británico bajo el influjo del carisma de Hitler? No cabe duda de que Chamberlain matizó su primera opinión negativa de Hitler al confiar al gabinete que «era imposible no dejarse impresionar por el poder de ese hombre»[357]. Al igual que habían descubierto anteriormente otros miembros de la élite alemana con una educación intachable, Chamberlain se dio cuenta de que no se podía tratar a Hitler como a cualquier jefe de estado normal, y el primer ministro británico se mostró confuso por la exposición directa a las acciones y la personalidad de Hitler. El *Führer* no actuaba dentro de los límites del decoro diplomático. Gritos, pataletas, rápidos cambios de humor, enfurruñamientos; todas estas técnicas emocionales estaban excepcionalmente a disposición de Hitler durante estos encuentros. Tal y como afirmó Chamberlain, al año siguiente, hablando de Hitler: «No me gustaría que fuera socio de mi empresa»[358]. Por tanto, si Chamberlain no fue víctima del carisma de Hitler, no cabe duda de que se sintió zarandeado por sus estados de ánimo mientras buscaba desesperadamente una forma de llegar a un acuerdo con el canciller alemán.

Esos días debieron de ser un tormento para Chamberlain. ¿Cómo era posible —se preguntaba— que a Hitler se le hubiera ofrecido todo lo que quería y que, aun así, pretendiera imponer unas condiciones imposibles a la hora de satisfacer dichas exigencias? (Por supuesto, Hitler no esperó en ningún momento que los británicos y los franceses fueran capaces de entregar los Sudetes a Alemania, y ahora ni él mismo tenía claro qué hacer, ya que le habían arrebatado el motivo para iniciar la guerra). Según declaró Chamberlain en su tristemente célebre retransmisión radiofónica del 27 de septiembre de 1938: «¿No es horrible, fantasioso e increíble que debamos cavar trincheras y ponernos máscaras de gas aquí por una pelea en un país lejano entre dos pueblos de los que no sabemos nada? Y lo que parece aún más inverosímil es que una pelea que en principio ya se ha solucionado deba ser motivo de guerra…»[359].

No obstante, en esa época lord Halifax estaba cediendo completamente ante Hitler, al igual que los checos, como era de esperar. En un contexto de opiniones cambiantes, tanto los británicos como los franceses dijeron a los alemanes que si invadían Checoslovaquia, entrarían en guerra. Pero, aun así, Chamberlain se ofreció a ir una vez más a Alemania para hablar con Hitler, y el 29 de septiembre se organizó

una conferencia en Múnich para debatir la crisis. La reunión se celebró en la oficina de Hitler, a pocos metros de los dos «templos de honor» que albergaban los restos de los «mártires» asesinados durante el *Putsch* de la Cervecería quince años antes.

Allí se llegó a un acuerdo entre los británicos y los franceses por un lado y los alemanes por otro. A Mussolini le habían pedido que ayudara a facilitar la salida de esa encrucijada, que había sido provocada exclusivamente por la incertidumbre del propio Hitler en cuanto a si quería seguir aumentando sus exigencias hasta el punto de provocar una guerra. Lo que sucedió fue que Alemania ganó los Sudetes, y los británicos y los franceses se salieron con la suya en un intento por guardar las apariencias insistiendo en que a Alemania se le transfiriera menos territorio en un período de tiempo algo superior al que Hitler había exigido al principio (pero, aun así, el proceso debía completarse en menos de dos semanas). Sorprendentemente para la mentalidad moderna, los representantes de la única nación que se veía afectada directamente —los checos— no fueron invitados a las negociaciones. En efecto, el acuerdo se les impuso *a posteriori*, y ¿cómo podían negarse cuando todas las grandes potencias europeas estaban alineadas en su contra? No sería la última vez que los británicos accedían a conceder territorios sin los delegados del país afectado presentes en la reunión (luego harían lo mismo con los polacos en las conferencias de Teherán y de Yalta menos de siete años después).

El acuerdo de Múnich fue acogido con los brazos abiertos en Reino Unido. Cuando Chamberlain aterrizó en el aeropuerto de Heston el 30 de septiembre, fue recibido por el conde de Claredon, el lord Chambelán, que lo invitó a ir directamente al palacio de Buckingham para tener una audiencia con el rey. Incluso había gente que había sugerido que el rey recibiera a Chamberlain en el aeropuerto para felicitarlo por su logro[360].

A los pocos días, los alemanes de los Sudetes —Günther Langer entre ellos— presenciaron con asombro la llegada de la Wehrmacht. «Simplemente salieron del bosque», explica. «Cuando pasaban por nuestro lado, todos los aclamábamos con júbilo. Estábamos encantados, los invitamos a pasar a nuestra casa, les dimos de comer, les dimos de beber, hablamos con ellos y, sí, estábamos contentos. El júbilo por nuestra salvación era enorme, y todos lo acogimos con los brazos abiertos. Le voy a decir una cosa: cuando uno oía lo bien que les iba a los alemanes en su país en comparación con nosotros, no es de extrañar, ¿no? La gente decía: “Gracias a Dios, los tiempos están cambiando para nosotros…”, porque sabíamos que por fin nos estaban liberando del yugo de los checos. Todo el mundo estaba exultante. Y los pocos que digan lo contrario mienten: todo el mundo estaba encantado. [Pero] que una cosa así tuviera como consecuencia la segunda guerra [mundial] era algo que nadie se imaginaba.»[361]

Aun así, Hitler sentía que tenía que darse prisa. En los últimos meses había vertido una serie de comentarios acerca de su edad. Le preocupaba, tal y como lo expresa el profesor Richard Evans, que «no le quedara mucha vida por delante»[362].

Y, además de esos miedos personales sobre su esperanza de vida, también había dejado claro en algunas reuniones celebradas en mayo que, por el interés de Alemania, debían actuar en ese momento, antes de que Francia y el Reino Unido hubieran completado su proceso de rearme. No obstante, en el transcurso de los tres intentos diplomáticos de Chamberlain, Hitler había descubierto también que a algunos de sus principales camaradas nazis les inquietaba un futuro conflicto con el Reino Unido y Francia. Göring, por ejemplo, trató de convencer a Hitler de que no entraran en guerra, y Goebbels se dio cuenta de que la oferta de Chamberlain de cederles los Sudetes anulaba el motivo promovido por la propaganda para entrar en un conflicto. Goebbels pensó que sería difícil convencer a la población alemana de entrar en guerra por unas tecnicidades en cuanto al acuerdo de transferencia de los Sudetes al Reich[363]. Asimismo, Goebbels había avisado a Hitler de que se detectaba una falta de entusiasmo clara en todo el país en cuanto a la guerra[364]. Y el posible aliado militar de Hitler —Italia— tampoco tenía muchas ganas de enfrentarse con el oeste, como se aprecia en el deseo de Mussolini de participar en las negociaciones de paz de Múnich. Así que Hitler esperó.

Al alejarse de la guerra, Hitler —a sabiendas o no— también puso fin a un posible amotinamiento. La gravedad de los complots que se habían urdido en su contra es un tema que ha ocupado a los historiadores durante muchos años[365]. Lo que quizá resulte sorprendente —dado su comportamiento pasado— es que Ludwig Beck no fuera el instigador de la conspiración. Había dimitido como jefe del Estado Mayor a mediados de agosto, aunque Hitler le había pedido que por el momento mantuviera su decisión en secreto. Beck fue reemplazado por el general Franz Halder, y era este quien había hablado con compañeros que compartían su misma opinión acerca de la posibilidad de resistirse a la orden de Hitler de invadir Checoslovaquia con el objetivo de evitar una guerra contra Francia y el Reino Unido. Después de la conferencia de Múnich, estos planes —si es que había unos planes formales— se derrumbaron. No obstante, teniendo en cuenta el control que ejercía Hitler sobre las SS y el resto de la infraestructura nazi, así como el número de soldados rasos del ejército alemán que lo apoyaban fielmente y que confiaban en su juicio, resulta difícil ver cómo podía haber tenido éxito el deseo de Halder de frenar a Hitler —a menos que lo asesinaran, y en 1938 eso habría sido ir demasiado lejos para muchos de los conspiradores.

Tras salir de una perspectiva inminente de guerra contra el Reino Unido y Francia, Hitler se enfrentó a lo que, de acuerdo con los políticos demócratas occidentales, parecía ser una elección difícil: adentrarse en el camino que llevaba hacia una coexistencia pacífica con otros países europeos o continuar con una política de expansión que solo desembocaría en un conflicto. Sin embargo, para Hitler eso no era una opción, ya que siempre debía ir hacia delante.

No obstante, parecía a todas luces que Chamberlain creía que Hitler estaba siendo sincero cuando firmó en la mañana del 30 de septiembre la tristemente célebre «hoja

de papel» en la que declaró que tenía intención, junto con Chamberlain, de «garantizar la paz de Europa». En parte, claro está, Chamberlain esperaba solo lo mejor. La idea de que Hitler fuera una persona falaz resultaba demasiado aterradora como para planteársela siquiera. El hecho de que el jefe del Estado alemán accediera en público a algo que estuviera diametralmente en contra de sus intenciones era incomprensible para Chamberlain. (Y este no fue el último primer ministro británico engañado por un dictador. Después de la conferencia de Yalta en febrero de 1945, Winston Churchill volvió y dijo a sus ministros: «El pobre Neville Chamberlain creía que podía fiarse de Hitler. Se equivocaba. Pero no creo haberme equivocado con Stalin»[366]. La historia demostró posteriormente, como todos sabemos, que Churchill se equivocó con Stalin igual que Chamberlain se había equivocado con Hitler)[367].

En una reunión celebrada el 14 de octubre de 1938 en el Ministerio del Aire en Berlín —transcurridas poco más de dos semanas de la conferencia de Múnich—, Hitler, a través de su leal sirviente Hermann Göring, dejó meridianamente claras sus verdaderas intenciones. Göring afirmó que, debido a la «situación mundial», el *Führer* le había ordenado «llevar a cabo un programa gigantesco [de fabricación de armamento] que, en comparación con otros logros anteriores, pareciera insignificante»[368]. Era un plan de expansión asombroso —casi inconcebible—. «De una forma totalmente espectacular pretenden contar en otoño de 1938 con unas fuerzas aéreas de veinte mil aviones», explica el profesor Adam Tooze, «que es la envergadura de las fuerzas aéreas estadounidenses a finales de la segunda guerra mundial, el mayor brazo aéreo que nadie hubiera visto jamás en esa época. Así que es un programa demasiado ambicioso como para que lo pueda mantener un pequeño estado europeo, mucho mayor que todo lo que había conseguido reunir la RAF en 1945. En términos de gastos anuales habría sido necesario algo así como un tercio del producto interior bruto alemán en época de paz antes incluso de que se hubiera iniciado la guerra, cuando el gasto militar habitual sería aproximadamente de un 2, un 3 o un 4 por 100 del PIB, es decir, diez veces más de lo que la OTAN exigía a sus miembros en los años setenta y ochenta.»[369] Además, según los cálculos de Tooze, para mantener en el aire a todas estas nuevas fuerzas aéreas, «Alemania habría tenido que adquirir combustible a principios de los años cuarenta a un ritmo de tres millones de metros cúbicos por año, dos veces más que el nivel de producción mundial de esa época»[370].

No resultará sorprendente que toda la economía estuviera a punto de quebrarse bajo el peso de los objetivos de rearme de Hitler. «La situación financiera del Reich es catastrófica», escribió Goebbels en diciembre de 1938. «Esto no puede seguir así.»[371] Hitler había dejado a Alemania en una posición nada envidiable. Quería la guerra, con independencia de los acuerdos que hubiera firmado. Pero la escala de su nuevo plan de expansión armamentística era absurdo. Hasta el propio Göring estuvo a punto de admitirlo: «Casi se podría llegar a la siguiente conclusión: *non possumus* [imposible]», anunció al Consejo de Defensa. No obstante, Göring señaló

posteriormente que, en situaciones parecidas a las que se había enfrentado con anterioridad, «nunca» se había «dado por vencido» y «a la postre» había «encontrado siempre una solución»[372].

Hitler trató de convencer a los alemanes de que no era el agresor, sino que simplemente estaba actuando en respuesta a un innumerable grupo de enemigos que se estaban volviendo cada vez más peligrosos a cada día que pasaba. En un discurso que pronunció ante unos obreros de la construcción el 9 de octubre de 1938[373], describió en detalle por qué Alemania tenía que rearmarse: «En mi opinión, es más barato armarse antes de que se produzcan ciertos acontecimientos que enfrentarse a ellos sin estar preparados y tener que rendir tributo más tarde… En cuanto otra persona suba al poder en Inglaterra y reemplace a Chamberlain —alguien como Duff Cooper [que había dimitido del gabinete por la cuestión de Múnich], Eden o Churchill—, sabemos que cualquiera de ellos ansiará que estalle otra guerra mundial, y que sea de forma inminente. Hablan abiertamente de ello, no lo ocultan». Luego Hitler hizo una referencia expresa a los judíos; su retórica en este sentido iba en aumento tras el fracaso de la conferencia de Évian y tan solo un mes antes de las atrocidades de *Kristallnacht*: «Además, sabemos que el enemigo judío internacional acecha tras las bambalinas y que lo hace hoy igual que ayer».

Lo que estaba haciendo Hitler, claro está, era utilizar su vieja táctica de exagerar las posibles amenazas contra Alemania. Era consciente de la falta de deseo de otra guerra entre la población, así que estaba intentando engrandecer el posible peligro que representaban los demás como una razón por la que Alemania debía prepararse para el conflicto. A lo largo de los meses siguientes, acompañaría esa retórica alentando la indignación que sentían algunas regiones de Alemania porque no se habían enmendado todos los «errores» de Versalles (concretamente, la devolución del territorio alemán que les fue entregado a los polacos al término de la primera guerra mundial). En este curso de acción, Hitler se vio ayudado por la tremenda confianza que muchos alemanes ya habían depositado en él. «La gente en esa época era muy entusiasta», asegura el profesor Norbert Frei, «y ahora habían experimentado un par de años muy buenos con el nazismo (si no eras judío o un disidente político de los nazis, la experiencia había sido bastante positiva). Y a la gente le encantaba Hitler; a la mayoría de los alemanes les encantaba Hitler en ese momento, no porque tuviera la intención de entrar en guerra, sino porque había logrado muchas cosas sin entrar en ella… En esa época, los alemanes incluso apodaban a Hitler el “general sin sangre”, un militar que era capaz de conseguir todas esas cosas sin derramar ni una gota de sangre.»[374]

Entre los fieles nazis, como Bruno Hähnel, los acontecimientos de otoño de 1938 no habían servido sino para reforzar su fe en el criterio de Hitler. «La gente siguió todos estos acontecimientos con sumo interés», explica, «pero mientras tanto habíamos adoptado una actitud que consistía en pensar que el *Führer* se las arreglaría, que el *Führer* haría lo correcto. Y la gente también estaba orgullosa de que los líderes

políticos europeos hubieran venido a Múnich. Eso también lo interpretamos como una ventaja, y se reforzó nuestra convicción de que Adolf Hitler había cobrado importancia de cara al mundo.»[375]

Hitler sabía que esta actitud de confianza —en que haría «lo correcto»— se basaba en la fe en su liderazgo carismático. Pero gran parte de dicha confianza provenía de su supuesta capacidad para incrementar la influencia y el poder de Alemania al tiempo que evitaba una guerra. Así que ahora afrontaba la difícil tarea de modificar la percepción pública hacia la aceptación del conflicto militar y, al mismo tiempo, mantener intacta la fe en su carisma. En un discurso que pronunció ante periodistas alemanes en Múnich el 10 de noviembre de 1938 detalló —con una franqueza y una sinceridad sorprendentes— tanto el problema al que se enfrentaba como la posible solución. Según admitía: «Durante décadas, las circunstancias me han obligado a hablar casi exclusivamente de paz». Para él, el problema era que eso podría haber llevado a los alemanes a pensar que el «régimen actual» estaba decidido a «mantener la paz a cualquier precio», algo que confesó que sería una «valoración incorrecta» de los objetivos del nazismo. Así que el reto que se planteaba en ese momento tanto para el régimen como para esos periodistas era generar una actitud entre la población en general de que «hay cosas que, si no se pueden imponer por medios pacíficos, deberán imponerse a través de la violencia». Y se tenía que infundir entre los alemanes de a pie la sensación de que «si las cosas no se pueden resolver de forma amistosa, habrá que recurrir a la fuerza, pero, en cualquier caso, las cosas no pueden seguir así». Para lograr ese fin «era necesario enfocar ciertos acontecimientos de política exterior desde una perspectiva que hiciera que la voz interior del pueblo alemán instara a recurrir a la fuerza de forma instintiva»[376].

Hitler aseguró que se enorgullecía de «hacer mella poco a poco en los nervios» de sus oponentes (concretamente, las autoridades de Checoslovaquia). Había logrado hacerlo porque poseía una firme creencia en su interior (estaba claro lo que quería decir con eso). Y de ahí se desprende que, para Hitler, la cuestión de la «seguridad en sí mismo» del pueblo alemán era crucial teniendo en cuenta lo que estaba por llegar. «Todo el pueblo alemán», afirmó, «debe aprender a creer en la victoria final con un fanatismo tal que, si sufriéramos alguna que otra derrota, el país la considerara desde un punto de vista general y dijera: “Esto es una fase temporal: ¡Al final la victoria será nuestra!”». Entonces, Hitler anunció cómo pensaba que se podría alcanzar su objetivo. La clave estaba en declarar una y otra vez: «¡Los líderes siempre tienen razón!». Y si bien Hitler aceptaba que a los líderes de Alemania «se les debe permitir cometer errores», era importante darse cuenta de que «todos nosotros solo podremos sobrevivir si no dejamos que el mundo vea nuestros errores…». Una vez que se había tomado una decisión, Hitler exigía que «todo el país se mantuviera unido en torno a dicha decisión. Debe haber un frente unido, de forma que si algún aspecto de la decisión no está bien, se compense con la determinación con la que el país la defienda…».

Hitler pronunció este revelador discurso en Múnich al día siguiente a las atrocidades de la «Noche de los cristales rotos», por lo que resulta significativo que decidiera no mencionar los ataques. De hecho, de acuerdo con las crónicas históricas, nunca habló de ellos ni públicamente ni en privado. Al igual que con el boicot a los judíos en 1933, Hitler intuyó que su autoridad podría salir perjudicada si los alemanes no judíos que se habían opuesto a ver cómo sus vecinos judíos eran apaleados, encerrados en campos de concentración e incluso asesinados, llegaban a relacionar su nombre con dichas atrocidades. No obstante, ninguno de estos acontecimientos habría tenido lugar a menos que él lo hubiera querido así.

Pero, a pesar del intento por parte de Hitler de fingir que las atrocidades de la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 no habían sucedido, la «Noche de los cristales rotos» sigue constituyendo un momento decisivo tanto para la historia del Tercer Reich como para la percepción que se tenía de Hitler como líder tanto en Alemania como en otros países. Menos de una semana después de esos hechos, el 16 de noviembre de 1938, Ludwig Beck comentó en una conversación privada que pensaba que Hitler era un «psicópata de los pies a la cabeza» y que había «avisado por activa y por pasiva [a los generales alemanes]» y al final se quedó «solo»[377].

En Londres, la «Noche de los cristales rotos» modificó de forma drástica la opinión de lord Halifax, el ministro de Exteriores británico. Si bien había aceptado previamente las acciones de Chamberlain en Múnich, así como su declaración de que el acuerdo representaba la «paz para su época»[378], Halifax expresó en una reunión del Comité de Política Exterior que los acontecimientos recientes demostraban que unos «locos» habían conseguido «hacerse con el control» de Alemania. Y pensaba que «el objetivo inmediato [del gobierno británico] debía ser corregir la falsa impresión de que eran decadentes y débiles y que se les podía tratar a patadas con impunidad»[379].

Halifax, que posteriormente admitiría en privado que era «bastante antisemita»[380], se quedó consternado por las acciones de los nazis contra los judíos. Creía que se habían pasado de la raya. Neville Chamberlain, sin embargo, no opinaba lo mismo. Aunque deploró sin dudarlo la violencia de *Kristallnacht*, no consideraba que esos acontecimientos tuvieran especial relevancia para la seguridad del Reino Unido o para las intenciones alemanas en materia de política exterior. Había invertido gran parte de su propia autoridad personal confiando en Hitler y no iba a admitir de buenas a primeras que se había equivocado (al menos por el momento)[381].

En el discurso que pronunció ante el Reichstag el 30 de enero de 1939, quedó claro lo cerca que estaba Hitler de revelarle al pueblo alemán la auténtica magnitud de sus ambiciones. Dicho discurso, que duró más de dos horas, es célebre por la «profecía» sobre los judíos, en la que se recogían las opiniones expresadas en la revista de las SS, *Das Schwarze Korps*, durante los meses anteriores[382]. «En el supuesto de que tuviera éxito el judaísmo financiero internacional», señaló Hitler, «tanto dentro como fuera de Europa, en su objetivo de sumir a la humanidad en otra

guerra mundial, el resultado no será una bolchevización de la tierra y la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa.»[383]

El discurso también está revestido de interés por la declaración de Hitler con respecto a su segunda obsesión: el *Lebensraum*. Aseguró que Alemania tenía ante sí una sencilla elección en vista de su inmensa superpoblación: o seguir exportando bienes manufacturados para generar dinero y comprar alimentos importados o conseguir más territorios; y dejó claro que él estaba a favor de la segunda opción. Lo que no especificó era cómo se iba a ganar ese *Lebensraum*, aunque, como dijo también que Alemania mantenía relaciones pacíficas con los países del oeste, del sur y del norte, al omitir «el este» de la lista, dejó entrever dónde tenía puestas sus ambiciones.

Ese discurso constituyó una actuación excepcional que ofreció Hitler, aun arriesgando en cierta medida su liderazgo carismático y su popularidad, ya que, aunque salpicó su parlamento con referencias a su deseo de paz, la amenaza de la guerra estaba presente en todo momento. No obstante, el subtexto del discurso era fiel a las tácticas que había sugerido a los periodistas alemanes el día posterior a la «Noche de los cristales rotos»: en realidad, lo que estaba diciendo era que «si las cosas no se pueden resolver de forma amistosa, habrá que recurrir a la fuerza, pero, en cualquier caso, las cosas no pueden seguir así». Y Hitler seguía en la cresta de la ola de confianza otorgada por millones de alemanes tras la resolución pacífica de Múnich. A esa fe sentimental en el juicio de su *Führer* se sumaba todavía el hincapié que se hacía de forma recurrente en esa antigua y conocida justificación de toda acción: la de «enmendar los errores» de Versalles. Eso permitía a algunos alemanes, como el oficial de la Luftwaffe Karl BoehmTettelbach, seguir sosteniendo que Hitler «tenía algo bueno en mente»[384]. ¿Por qué, preguntaba Boehm-Tettelbach, los Aliados de la primera guerra mundial —Reino Unido, Francia y Estados Unidos— «seguían considerando válido el tratado de Versalles después de tantos años? ¡Es imposible!»[385].

Otra razón —que a veces se pasa por alto— que explica por qué Hitler consiguió defender el avance hacia la guerra con su liderazgo carismático intacto fue que su comportamiento en el pasado había ayudado a engendrar los peligros que, según él, motivaban sus acciones en ese momento (como la aversión que se había generado hacia los pacientes mentales por culpa de las sórdidas condiciones en las que vivían como consecuencia de los recortes de los nazis en la financiación de hospitales psiquiátricos)[386]. Por ejemplo, Hitler decía que quería que Alemania se rearmara enormemente porque otros países suponían una amenaza, pero la escala del rearme hacía que esos países quisieran a su vez rearmarse. Explicó que la prensa estadounidense simpatizaba con los judíos y, sin embargo, generó dicha simpatía por culpa del trato que se procuraba a los judíos alemanes.

Al alienar a las potencias occidentales, al avivar una posible crisis financiera en Alemania tratando de aplicar un enorme programa de rearme y al generar una

atmósfera en la que la guerra solo se podía frenar a costa de que Alemania perdiera prestigio —algo que Hitler no podía contemplar—, hizo que la guerra fuera completamente inevitable. Para cuando pronunció su discurso ante el Reichstag el 30 de enero de 1939, Hitler ya había logrado más de lo que cualquier persona había creído posible jamás: había creado una Gran Alemania desde Carintia, al sur, hasta Flensburgo, al norte, desde Aquisgrán, al oeste, hasta Königsberg y Viena al este. Pero no era suficiente.

En ese momento, pocas cosas obstaculizaban en Alemania el deseo de Hitler de llegar a un conflicto. En enero de 1939 ya se había borrado de un plumazo toda la oposición dentro del ejército alemán. El 18 de diciembre de 1938, por ejemplo, Brauchitsch escribió en unas instrucciones sobre cómo se debía formar a los oficiales alemanes que «Adolf Hitler, el ingenioso *Führer*, que transformó la profunda enseñanza del "compañerismo en el frente" (*Frontkämpfertum*) en la ideología del nacionalsocialismo, ha construido y asegurado el nuevo Reich de la Gran Alemania para nosotros… Está teniendo lugar un cambio tremendo en todos los ámbitos. En el Tercer Reich se ha criado un nuevo hombre alemán lleno de ideales… En todas las clases se ha creado una nueva comunidad nacional única (*Volksgemeinschaft*) a la que pertenecemos todos: el pueblo, la Wehrmacht y el partido. Incondicional es nuestra lealtad, firme es nuestra confianza en el hombre que gestó todo esto, que hizo posible este milagro gracias a su fe y a su voluntad»[387].

No obstante, tan solo cuatro meses antes, en septiembre de 1938, el general Alfred Jodl, del mando supremo de la Wehrmacht, había escrito en su diario: «Es una lástima que el *Führer* tenga a todo el pueblo a su favor pero no a los principales generales del ejército. En mi opinión, solo a través de la acción podrán compensar todo lo que han pecado por falta de obediencia. Es el mismo problema que el de 1914. Solamente hay un tipo de desobediencia en el ejército: la de los generales (y, en última instancia, eso es debido a su arrogancia). No pueden seguir creyendo ni obedeciendo porque no reconocen el genio del *Führer*, en quien algunos de ellos seguramente seguirán viendo al cabo de la guerra mundial, pero no al hombre de estado más importante desde Bismarck»[388].

Desde un rechazo a «reconocer el genio del *Führer*» hasta una lealtad «incondicional» hacia un líder que ha hecho posible un «milagro» media un camino bastante largo para haberlo recorrido en cuatro meses. Y eso fue posible gracias únicamente al acuerdo de Múnich, junto con el poder del liderazgo carismático de Hitler. Él había dicho que estaba seguro de que todo saldría bien, y todo había salido mejor de lo que esperaban sus generales. Muchos de esos veteranos del ejército debieron de pensar que lo único que faltaba en ese momento era hacer lo que ya estaban haciendo varios millones de alemanes: tener «fe» en el criterio del *Führer*.

Hitler se estaba acercando a la guerra. Demostró por todos los medios que se sentía ofendido —a pesar de haber recibido los Sudetes— por el hecho de que Checoslovaquia siguiera existiendo de la forma que fuese. A través de Joachim

Ribbentrop, Hitler presionó a los eslovacos para que se independizaran del resto del estado Checo —y el Parlamento eslovaco lo hizo, como era de esperar, el 14 de marzo de 1939—. Lo que quedaba de Checoslovaquia —principalmente Bohemia y Moravia— se había vuelto tremendamente vulnerable a la agresión nazi. Teniendo en cuenta la secesión eslovaca, las garantías expresadas por el Reino Unido y Francia en cuanto a la integridad de Checoslovaquia en la conferencia de Múnich habían perdido todo su sentido. La Checoslovaquia que habían acordado defender había dejado de existir.

El nuevo gobierno checo, presidido por Hácha, había intentado no ofender a Hitler desde la conferencia de Múnich y la pérdida de los Sudetes, pero no había nada —a excepción de su autodestrucción— que pudiera hacer para contentarlo. El 14 de marzo, el presidente Hácha y su ministro de Exteriores, František Chvalkovský, llegaron a Berlín para suplicar a Hitler que no ordenara una invasión alemana de los territorios checos restantes. Hitler los recibió en la nueva e inmensa Cancillería del Reich diseñada por Albert Speer, inaugurada dos meses antes. Hitler quería que el edificio intimidara a los hombres de estado extranjeros. Los visitantes tenían que atravesar una sala de recepción con un resbaladizo mármol que era dos veces más larga que la Sala de los Espejos de Versalles para llegar hasta la oficina de Hitler. Una vez que eran admitidos a su presencia, los invitados se fijaban en una incrustación que había en su mesa y que, según recuerda Speer, representaba «una espada a medio desenvainar». «Bien, bien», había dicho Hitler al ver el diseño, «cuando los diplomáticos que se sienten delante de mí en esta mesa lo vean, sabrán lo que es temblar y sentir escalofríos.»[389]

Cuando al final Hitler se dignó reunirse con Hácha a la una de la madrugada (después de terminar de ver una película cómica), le dijo que en cinco horas las tropas alemanas invadirían lo que quedaba de los territorios checos. Hácha se desmayó y tuvo que ser reanimado por Theodor Morell, el médico de Hitler. A las cuatro de la mañana, para evitar un derramamiento de sangre, accedió a entregar a los alemanes los vestigios de Checoslovaquia.

Los checos, como Anna Krautwurmowa, estaban aterrorizados. Recordaban cómo los ciudadanos habían huido de los Sudetes en medio de la agresión alemana: «Los checos que volvían de las tierras fronterizas nos contaban que les habían atacado y golpeado con las culatas de los rifles. La gente tuvo que huir con sus niños pequeños. Así fue: eran crueles. Eran realmente crueles, despiadados, e insultaban a nuestra gente sin razón»[390].

Esos territorios checos que quedaban no incluían a una mayoría de habla alemana. No se trataba de salvar a alemanes ni de recuperar territorio perdido al término de la primera guerra mundial. Era una agresión imperialista. «¿Por qué iban a tener el derecho [de invadir]?», pregunta Anna Krautwurmowa. «Esto era la República Checa. Checoslovaquia. ¿Por qué iban a tener algún derecho sobre otro país?». En los días posteriores a que los alemanes entraran en Praga y acogieran a los checos bajo su

«protección», esa fue una pregunta que se plantearon muchas otras personas, incluidas algunas en altos cargos, como *sir* Alexander Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. «Me temo que hemos llegado a una encrucijada», escribió en su diario el 20 de marzo de 1939. «Siempre he dicho que, si Hitler podía fingir que estaba incorporando alemanes al Reich, podíamos hacer como si tuviera parte de razón; pero que si procedía a engullir a otras nacionalidades, sería el momento de gritar: "¡Quieto!".»[391]

A finales de marzo, el Reino Unido había garantizado proteger tres países en contra de cualquier futura agresión alemana: Grecia, Rumanía y Polonia. Eso supuso un revés para Hitler, porque todavía seguía aferrándose a la esperanza de que podrían convencer a Francia y al Reino Unido de que le dieran vía libre en Europa del Este. Su ambición era —y siempre lo había sido— hacerse con territorio en el oeste de la Unión Soviética. Con ese objetivo había estado poniendo a prueba la reacción de los polacos ante algún tipo de acuerdo con Alemania, uno que convirtiera a Polonia en un país dominado por los nazis pero sin la necesidad de una invasión, más o menos como el acuerdo que acababan de alcanzar con Eslovaquia. Ya había demostrado su «buena voluntad» a los polacos, pensó Hitler, permitiéndoles que se quedaran con parte del territorio de Checoslovaquia de la zona de Teschen durante la crisis de los Sudetes. Pero ahora, armados con la garantía británica, los polacos no iban a permitir que los nazis los intimidaran.

La visión de Hitler en materia de política exterior había seguido siendo la misma —la guerra contra los «criminales mancillados de sangre» de la Unión Soviética—, pero las realidades de la geografía europea lo habían derrotado. Había demasiados países problemáticos entre Alemania y la Unión Soviética como para que ese sueño fuera fácil de alcanzar. La guerra contra Polonia parecía inevitable y —muy probablemente— también la guerra contra el Reino Unido y Francia. Irónicamente, en un intento por proteger a su ejército de una guerra a largo plazo en dos frentes, Hitler selló un pacto de no agresión con la Unión Soviética, firmado por Ribbentrop en Moscú en la madrugada del 24 de agosto de 1939.

En muchos aspectos, para Hitler todo esto suponía un desarreglo. Estaba a punto de luchar contra el rival equivocado —el Reino Unido— tras firmar un pacto con el país equivocado —la Unión Soviética—. Y demuestra de manera palpable uno de los grandes fracasos de su liderazgo: tenía claridad de visión —que es algo que necesitan todos los líderes carismáticos— y tenía la capacidad de reaccionar ante problemas a corto plazo —que es algo que necesitan todos los políticos—, pero no poseía la habilidad de vincular ambas cosas dentro de un todo coherente. Cinco años antes, en un discurso que pronunció en un mitin en Núremberg recogido en *El triunfo de la voluntad*, Hitler había instado a que el Partido Nazi fuera «inmutable en su doctrina» pero «flexible y adaptable en sus tácticas» para conseguir los objetivos que exigían sus dictados «inmutables».

En cualquier caso, no cabe duda de que la idea de Hitler de establecer una alianza

con el Reino Unido había sido descabellada desde un principio. Una de sus flaquezas como líder era que construía su «visión» del rumbo que creía que debía tomar el futuro de Alemania sin una información secreta adecuada con respecto a las opiniones de sus posibles adversarios. «Sus ilusiones y sus sueños eran una consecuencia directa de su forma irrealista de trabajar y de pensar»[392], escribió Albert Speer. «En realidad, Hitler no sabía nada acerca de sus enemigos e incluso se negaba a leer la información que tenía disponible. En lugar de eso, se fiaba de sus inspiraciones». Y en lo relativo a las intenciones del Reino Unido, las «inspiraciones» de Hitler erraron de pleno. Tal y como afirma la profesora Anita Prazmowska, los británicos realizaron una «evaluación estratégica» general en la primavera de 1939 y llegaron a la conclusión de que «el equilibrio del poder en Europa» se estaba «inclinando peligrosamente en contra de los intereses británicos»[393]. Esto, en lugar de cualquier preocupación ideológica o humanitaria relevante, fue lo que les llevó a plantearse la opción de la guerra. De hecho, era difícil que cualquier gobierno británico hubiera permitido que Alemania crease un gigantesco imperio en Europa Central y del Este.

Hitler se enfureció cuando supo que Chamberlain había anunciado sus garantías a Polonia tras la ocupación alemana de los territorios checos en marzo de 1939 por el hecho de que no hubiera seguido actuando fiel al comportamiento que demostró en Múnich: el de acceder a las exigencias alemanas. Hitler no parecía darse cuenta de lo mucho que cambiaba la conducta de los demás en respuesta a la suya propia. Chamberlain había confiado en Hitler, y este había roto su promesa, así que no se podía volver a confiar en él. La obsesión de Hitler consigo mismo, el hecho de que se centrara siempre en su propia «voluntad», le impedía ver que las personas con las que trataba eran capaces de cambiar radicalmente la opinión que tenían de él.

No obstante, ahora controlaba la única institución que podía haber impedido que llevara a Alemania a la guerra: el ejército. Ese control se reveló en toda su magnitud en una conferencia celebrada en Berghof el 22 de agosto de 1939. Hitler dijo a sus generales: «Fundamentalmente, todo depende de mí, de mi existencia… Puede que en el futuro no vuelva a haber un hombre con más autoridad de la que yo tengo»[394]. Hitler ordenó a sus mandos militares en la guerra en ciernes que «endurecieran» su «corazón» ante el enemigo.

Sin embargo, entre la mismísima élite nazi había algunos miembros —entre los que cabe destacar a Hermann Göring— que estaban librando una lucha interna entre su «fe» en el liderazgo carismático de Adolf Hitler y su ansiedad por las consecuencias prácticas de la guerra. Göring tenía un carácter más complejo que la caricatura de engaño e intimidación que se suele presentar, y su opinión sobre el camino que estaba tomando Hitler también era compleja. No es que Göring estuviera en contra de la agresión nazi, al contrario: había instado a Hitler a proseguir con el *Anschluss* y se había deleitado en cierto modo al describir al presidente Hácha con pelos y señales lo que harían sus bombarderos si les daban vía libre en Praga. Lo que

le preocupaba —al igual que a los generales de Hitler— era un conflicto a gran escala que implicara al Reino Unido, Francia y posiblemente Estados Unidos y la Unión Soviética. Göring estaba felizmente casado con la actriz Emmy Sonnemann y tenía una hija, Edda, que acababa de cumplir un año. Vivían en el mayor de los esplendores en la inmensa hacienda que tenían en Carinhall, en el bosque de Schorfheide, y en su magnífica casa en Berlín. La vida le estaba tratando bien. ¿Por qué iba a querer contribuir a empezar una guerra que pudiera poner todo eso en peligro? Göring había demostrado esta preocupación cuando mantuvo su famosa riña con Joachim Ribbentrop en la época de Múnich, en la que dijo al belicoso ministro de Exteriores que él, Göring, sabía lo que era la guerra, y que si estallaba una, él iría en el primer avión de combate e insistiría en que Ribbentrop ocupara el asiento del copiloto[395].

Por otro lado, Göring —tal y como ya hemos visto en muchas ocasiones en esta historia— era un ferviente devoto del carisma de Adolf Hitler. En sus últimos comentarios serviles en público, pronunciados ante el Reichstag después del discurso de su líder el 30 de enero de 1939, Göring había prometido seguir «ciegamente» a Hitler, un hombre que, en su opinión, les había «devuelto una vida que merecía la pena vivir, una vida espléndida y magnífica»[396].

Pero, a pesar de su promesa de seguir «ciegamente» a Hitler, Göring seguía queriendo evitar la guerra. De ahí que apareciera en escena, a principios de julio de 1939, un entusiasta diplomático *amateur* llamado Birger Dahlerus. Göring conocía a Dahlerus, un empresario sueco de cuarenta y nueve años, desde hacía tiempo. Y Dahlerus, consternado ante las perspectivas de una guerra y con amigos influyentes en el Reino Unido, se puso en contacto con Göring y se ofreció a intentar alcanzar la paz entre el gobierno alemán y el británico. Göring no dejó pasar la oportunidad de utilizar a Dahlerus y se reunió con siete empresarios británicos importantes en una casa en el norte de Alemania el 7 de agosto. Tuvieron lugar varias reuniones más, donde el tranquilo y comedido sueco comentó finalmente las intenciones alemanas —tras ser informado por Göring— con Neville Chamberlain, lord Halifax y *sir* Alexander Cadogan a finales de agosto en Londres.

Esta misión estaba abocada al fracaso desde el principio. Los británicos no iban a tolerar que se obligara a los polacos a ceder ninguna parte de su territorio a los alemanes —teniendo en cuenta la ocupación alemana de los territorios checos, era inconcebible que se volviera a repetir lo que pasó en Múnich— y Hitler pretendía no solo conquistar Danzig y el «corredor polaco», sino también hacerse con *Lebensraum* en el Este. Göring sabía todo esto; incluso había oído a Hitler declarar abiertamente que habría «una guerra[397]» en una conferencia militar que había tenido lugar en mayo. Entonces, ¿por qué estaba Göring malgastando tanto tiempo con Dahlerus? Una posibilidad es que se sintiera excluido por la presencia de Ribbentrop junto a Hitler y que viera esta escapada como una forma de recuperar su posición en el meollo de los acontecimientos. Pero, por la versión que ofreció Dahlerus de ese verano, parece más probable que Göring estuviera intentando hacer todo lo posible

para evitar una guerra con los británicos. Esa es también la impresión que dio la extravagante escena que describió *sir* Alexander Cadogan el 30 de agosto[398], cuando Dahlerus habló con Göring por teléfono desde la embajada y le preguntó si se podía llegar a un acuerdo entre Alemania y el Reino Unido —lo que, por supuesto, no fue posible en ningún momento.

Göring debía su poder, su fama y su riqueza a la posición que ocupaba dentro del estado nazi, una posición que solo era factible gracias a su creencia en el liderazgo carismático de Adolf Hitler. Ahora Göring estaba experimentando uno de los inconvenientes de dicha creencia, ya que, si sigues a un líder con una fe ciega, tienes pocas opciones si luego temes que dicha aventura te lleve a un lugar en el que no quieres estar.

Göring convocó una reunión entre Dahlerus y Hitler en la Cancillería del Reich en la madrugada del 27 de agosto, en la que el primero le entregó en mano una carta de lord Halifax expresando el deseo de paz del Reino Unido. Que Göring pensara que esta nota anodina podría cambiar algo demuestra tanto lo desesperado que estaba por evitar la guerra con los británicos como lo ansioso por agradar a Hitler demostrándole su influencia en las grandes personalidades del gobierno británico.

A Dahlerus lo llevaron por el mismo camino solemne que había recorrido Hácha a través de la Cancillería del Reich hasta la oficina de Hitler tan solo unos meses antes. Cuando estuvo en presencia de Hitler, este último lo miró fijamente y prorrumpió en un monólogo sobre la historia alemana. Dahlerus se dio cuenta de que Hitler era capaz de adoptar un estado de agitación sin estímulos externos aparentes. «Tenía una forma muy tentadora de presentar su punto de vista desde la perspectiva más favorable», escribió Dahlerus, «pero padecía una incapacidad lamentable para ver o respetar el punto de vista de la otra parte.»[399] Hitler alardeó del poder de las fuerzas armadas alemanas, y cuando mencionó la magnificencia de la Luftwaffe, Göring —que había estado callado hasta el momento— «soltó una risita de satisfacción».

Por aquel entonces, Dahlerus ya se había forjado la opinión de que el «equilibrio mental [de Hitler] era claramente inestable», por lo que, cuando consiguió meter baza, habló con un tono suave en un intento por tranquilizar al líder alemán. Pero, cuando Dahlerus señaló que el Reino Unido y Francia también eran unas naciones militares poderosas, la reacción fue instantánea. Hitler «se levantó de repente y se puso muy agitado y nervioso, echó a andar de un lado para otro y decía, como para sí mismo, que Alemania era imparable y que podía derrotar a sus adversarios por medio de una guerra rauda. De pronto se paró en medio de la habitación y se quedó quieto, con la mirada fija. Su voz resultaba difícil de entender y su comportamiento era el de una persona completamente anormal. Hablaba entrecortado, y estaba claro que sus pensamientos estaban centrados en las tareas que le esperaban en caso de guerra. “Si tuviera que haber una guerra”, dijo, “dann werde ich U-Boote bauen, U-Boote bauen, U-Boote, U-Boote, U-Boote”. [“Voy a construir submarinos, construir submarinos, submarinos, submarinos, submarinos”.] Su voz se fue volviendo cada vez más

ininteligible, y al final era imposible seguirle. Luego recuperó la compostura, alzó la voz como si estuviera hablando ante un público numeroso y chilló: “Ich werde Flugzeuge bauen, Flugzeuge bauen, Flugzeuge, Flugzeuge, und ich werde meine Feinde vernichten”. [“Voy a construir aviones, construir aviones, aviones, aviones, y aniquilaré a mis enemigos”.] Parecía más un fantasma de un libro de cuentos que una persona de carne y hueso»[400].

La reunión terminó con el intento de Dahlerus por descubrir exactamente lo que Hitler quería de los polacos. Pero, al igual que a muchas otras personas antes que él, le resultó imposible conseguir que se expresara en términos concretos. Dahlerus se marchó consternado tanto por el comportamiento de Hitler como por la forma que tenía Göring de rebajarse ante su *Führer*.

Si bien no es difícil explicar este extraordinario encuentro como un acontecimiento de historia política —Hitler debió de pensar que tenía que aprovechar cualquier oportunidad, por ínfima que fuera, para convencer al Reino Unido de que se mantuviera al margen del conflicto en torno a Polonia, aunque sabía lo improbable que era conseguirlo—, resulta mucho más intrigante por la información que facilita en cuanto a Hitler como líder carismático. Dahlerus, que nunca se había reunido antes con él, no pensó que fuera una persona «carismática»: en realidad escribió que «no había visto ni rastro de esa extraordinaria fascinación que supuestamente ejercía sobre todo el mundo»[401]. De hecho, Dahlerus pensó que Hitler no estaba en su sano juicio.

Hitler, claro está, perdía los papeles con frecuencia y nunca había tenido la capacidad de mantener unas negociaciones normales durante un largo período de tiempo con educación y en detalle. Asimismo, ya había recurrido anteriormente a su capacidad de generar su propia ira como una táctica en discusiones diplomáticas —donde cabe destacar la visita del canciller austríaco Kurt Schuschnigg a Berghof el 12 de febrero de 1938—. Hitler despotricó y desvarió delante de Schuschnigg por la mañana y, al instante, se convirtió en un cordial anfitrión cuando se sentó a comer con la delegación austríaca. El doctor Otto Pikham, un diplomático austríaco que estuvo presente ese día, se dio cuenta de que Schuschnigg estaba «muy deprimido[402]» durante la comida después de que Hitler hubiera arremetido contra él —casi en estado de *shock*.

Pero no parecía que Hitler hubiera utilizado sus desvaríos como una estratagema de negociación consciente con Dahlerus. En este caso, Dahlerus parece haberse topado con un aspecto importante del auténtico Hitler. Ya hemos visto lo crucial que era en la personalidad de Hitler su ilimitada capacidad de odio, y a eso había que sumarle una emotividad a la que se daba tanta rienda suelta que parecía algo totalmente descontrolado. La capacidad para sentir los acontecimientos de una forma emotiva y de demostrar dicha emoción ante los demás era una parte esencial de su atractivo carismático, y antes de que el público de Hitler sintiera esa emoción, él tenía que sentirla primero.

Pero esas muestras de emoción estaban consiguiendo que el resto de hombres de estado y diplomáticos europeos pensaran que era —como le ocurrió a Dahlerus— una persona «claramente inestable». Por aquel entonces, Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín, pensaba que Hitler estaba «bastante loco» y que había «cruzado la línea que separa la cordura de la locura»[403]. No obstante, Hitler era el líder incuestionable de Alemania. De hecho, Göring había asistido a su diatriba ante Dahlerus con ecuanimidad.

Las razones por las que Göring —así como otros muchos alemanes— siguieron apoyando a Hitler durante este período decisivo nos dicen muchas cosas de la forma que tenían de experimentar su liderazgo. En primer lugar, Göring llevaba años siendo testigo de las apasionadas arengas de Hitler. Y, aunque los extranjeros podían pensar que Hitler estaba «loco», Göring y el resto de la élite nazi no estaban predispuestos a darse cuenta de cuándo se cruzaba la línea que separa la pasión y la inestabilidad peligrosa. Manfred Schröder, por ejemplo, era un joven diplomático alemán y miembro del Partido Nazi que fue testigo de primera mano del comportamiento de Hitler en la Cancillería del Reich justo después de que el presidente Hácha fuera obligado a ceder los territorios checos. Hitler estaba «hablando sin parar[404]» y «dictando a dos secretarias» a la vez. En ese momento, Schröder consideró ese comportamiento como una muestra de «genialidad en activo», pero «cuando lo pienso ahora y me acuerdo perfectamente de cómo se levantaba y se volvía a sentar, creo que estaba comportándose como un loco de atar». De «genio» carismático a «loco de atar»: esa era la valoración que hacía de Hitler una misma persona, alterada únicamente por el tiempo y la experiencia.

Otra famosa creencia de la que echaban mano en épocas de agitación muchos de los que apoyaban a Hitler era la idea de que estaba bajo una influencia excesiva por parte de unos consejeros salvajes y radicales. Al igual que Goebbels había decidido en la conferencia de Bamberg allá por 1926 que Hitler estaba criticando los planes de Gregor Strasser porque había caído en las garras de los desagradables líderes nazis en Baviera, ahora una serie de gente le echaba la culpa a Ribbentrop, el belicista ministro de Exteriores, de querer precipitar a Alemania a la guerra. Según Manfred von Schröder, la pregunta que planeaba sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores era: «¿Cómo podemos deshacernos de Ribbentrop y conseguir un acceso directo a Hitler?». Paradójicamente, esta opinión de que a Hitler lo estaban descarriando de alguna forma podía coexistir con la abrumadora sensación de que —en lo más profundo de su ser— sabía qué era lo mejor para Alemania. Una vez más, esta creencia se basaba en la inmensa y aparentemente inquebrantable certeza que Hitler demostraba en su propio criterio, así como en el hecho de que todas sus aventuras recientes en materia de política exterior habían tenido un final positivo para Alemania. «Cualquier duda que pudiera haber tenido se aplacaba por la seguridad en sí mismo que demostraba Hitler», escribió Albert Speer. «En esos días me parecía un héroe de la mitología antigua que, sin dudar de nada, plenamente consciente de su

fuerza, podía llegar y superar con maestría la prueba que supusieran las empresas más inconcebibles.»[405]

Nevile Henderson también sospechaba que la clave del éxito de Adolf Hitler podía guardar relación con su infinita seguridad en sí mismo, respaldada por su sensación intuitiva de cuál era el siguiente paso que había que dar. Henderson, al igual que Dahlerus, nunca creyó que Hitler fuera una persona carismática y no logró entender en todo el tiempo que pasó en Berlín, «en qué radicaba la grandeza de Hitler, con qué medios había conseguido convertirse en el líder indiscutible de un gran pueblo y cuál era —para mí— la fuente oculta de su influencia sobre sus seguidores y la sumisión ciega de estos hacia él»[406]. Henderson descubrió que una de las respuestas era la confianza que tenían los seguidores del *Führer* en su intuición. «A los que mantenían un contacto más directo con Hitler les preguntaba constantemente en qué consistía su cualidad de liderazgo. Y casi todos solían responder que era su *Fingerspitzengefühl* [su "tino"].»[407]

A esta fe en Hitler había que sumarle la sensación de que el *Führer* en cierto modo estaba «destinado» a llevar a Alemania allá donde él quisiera. «Este hombre —Hitler— es el destino de Alemania para bien o para mal», explicó Werner von Fritsch después de verse obligado a dimitir como jefe del ejército alemán. Y a Fritsch no le cabía ninguna duda sobre la senda por la que Hitler estaba llevando a Alemania, y avisó de que los arrastraría «a todos» al «abismo»[408].

No obstante, en verano de 1939, muchos alemanes seguían pensando que Hitler podía evitar que la guerra contra Polonia se convirtiera en un conflicto de mayor alcance. «Hemos visto muchos ejemplos de potencias occidentales que dejaban a Hitler solo, incluidos el caso de Múnich y la ocupación de Praga»[409], afirma Ulrich de Maizière, por aquel entonces un joven oficial del ejército. Y cuando llegó la noticia del pacto de no agresión entre los nazis y los soviéticos el 24 de agosto de 1939, parecía que Hitler, una vez más, se había sacado de la nada un triunfo en política exterior. En ese momento, pasara lo que pasara, parecía que los alemanes no iban a enfrentarse a la misma guerra de dos frentes —atrapados entre el Reino Unido y Francia por el oeste y Rusia por el este— de hacía veinticinco años.

La Wehrmacht invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939 y, dos días después, el Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania. Lo único que podía pronosticar ya Ulrich de Maizière era que «predecir con certeza [lo que iba a pasar] no era algo evidente en absoluto»[410].

Tercera parte

El riesgo y la recompensa

12

La apuesta a lo grande

Pese a décadas de investigación histórica, hay una serie de mitos sobre Hitler y el nazismo que siguen presentes en la conciencia popular. Uno de los más extendidos es que la victoria alemana sobre los franceses en 1940 fue posible gracias a la superioridad del armamento alemán, y que el aspecto crucial fue que la Wehrmacht tenía más tanques, lo que les permitió ser los primeros en emplear tácticas de «guerra relámpago». Pero eso no es verdad. De hecho, los alemanes tenían menos tanques que los Aliados en el frente occidental, y un estudio del crucial período comprendido entre el inicio de la guerra y la derrota de los franceses (desde septiembre de 1939 hasta el verano de 1940) desvela todo un entramado mucho más complejo de razones que explican el éxito de Hitler, en el que su carisma desempeñó un papel esencial. La visión de Hitler, su certeza, su oratoria, su habilidad para dar rienda suelta a las ambiciones ilimitadas de sus seguidores y de crear una atmósfera de intensa emoción ante la posibilidad de hacer historia, todo ello influyó para garantizar la victoria alemana.

Más que nada, este es el período de la apuesta a lo grande. Y en este caso también nos topamos con otro mito popular: que en su momento se pensó que el mayor riesgo que asumió Hitler fue su decisión de invadir la Unión Soviética. Pero, en realidad, su decisión de atacar a los franceses se consideró como algo mucho más arriesgado, tanto, de hecho, que la ofensiva alemana en el frente occidental en la primavera de 1940 se vio como una de las mayores apuestas militares de la historia. Según la sabiduría popular de la época, el ataque alemán no debería haber tenido éxito[411]. Es más, durante este período Hitler no solo necesitó convencer a sus generales de que acataran su voluntad y arremetieran hacia el oeste, sino que también tuvo que tomar una decisión en cuanto a la naturaleza de la guerra contra Polonia y a la forma que iba a adoptar la ocupación nazi.

No obstante, la destrucción de Polonia, algo que los alemanes llevaron a cabo en cuestión de semanas, no tiene ningún misterio. Puede que Varsovia no cayera hasta el 28 de septiembre, pero el destino de Polonia ya estaba claro once días antes, cuando el Ejército Rojo, actuando de común acuerdo con los alemanes, invadió el este de Polonia para hacerse con su parte del territorio polaco. Atrapados entre Hitler y Stalin —que actuaron como aliados en la desmembración de Polonia en virtud del protocolo secreto del pacto de no agresión entre los nazis y los soviéticos—, los polacos no tenían salida.

Pero, si bien la acción militar tuvo un carácter directo, la política nazi dentro de la

Polonia ocupada fue todo lo contrario. Un miembro veterano del ejército alemán como el general Johannes Blaskowitz fue capaz de seguir afirmando en 1947, durante un interrogatorio, que en su momento pensaba que «una guerra para contrarrestar las pérdidas políticas y económicas resultantes de la creación del "corredor polaco" y para atenuar la amenaza frente a la Prusia Oriental dividida rodeada de Polonia y Lituania estaba considerada como un deber sagrado, si bien era una triste necesidad»[412]. En efecto, el general aseguró que estaba librando una guerra para «enmendar los errores de Versalles».

Una guerra con dichos fines contaba asimismo con el apoyo incondicional de las personas de etnia alemana que se habían quedado atrapadas a finales de la primera guerra mundial, cuando un territorio que llevaba varias generaciones perteneciendo a Alemania pasó a manos de Polonia. «Para los que vivíamos allí, el tratado de Versalles fue una experiencia difícil y dura, porque implicó que estábamos aislados del Reich», explica Charles Bleeker Kohlsaat, miembro de una prominente familia de etnia alemana del oeste de Polonia. Él esperaba que Hitler creara una nueva Alemania en la que se incluyera a todas las personas de etnia alemana. «Cuando se retransmitían los discursos del *Führer*, los discursos de Hitler, nos pegábamos a la radio y escuchábamos con interés lo que decía. Al escuchar los discursos del *Führer*, creíamos que lo que estaba haciendo era un milagro, y pensábamos que iba a llevar al Reich a un nuevo estado de grandeza y estábamos completamente emocionados por los logros de ese hombre… Y todo el mundo se sentía fascinado, siempre que uno no se fijara en lo que estaba sucediendo entre bastidores (y el ciudadano medio no se fijaba en eso). Pensábamos: "Madre mía, este hombre sí que está consiguiendo algo; es un alemán de verdad".»[413]

Por tanto, para alemanes como Blaskowitz, Kohlsaat y millones más, no era una guerra «ideológica», sino que formaba parte de la promesa de Hitler de recuperar el territorio y la honra de Alemania tras la humillación de Versalles. En tanto que se encontraban bajo la influencia del carisma de Hitler, su apoyo se basaba en gran medida en este objetivo común. Pero poco después quedó claro que estaban equivocados. Esto no era en absoluto una guerra convencional para recuperar un territorio perdido. Tal y como lo expresa la profesora Mary Fulbrook, que ha realizado un estudio específico sobre este período: «Si uno analiza la invasión de Polonia en septiembre de 1939, verá que ya en la primera semana de la guerra se cometieron las primeras atrocidades en masa contra civiles, contra mujeres, niños y ancianos judíos… Si nos quedamos únicamente con la primera semana de la guerra y nos fijamos en el este de la Alta Silesia, se quemaron sinagogas en cuyo interior hubo gente que fue pasto de las llamas. Se cometieron atrocidades como el asesinato de hombres, mujeres, niños y ancianos en todas las casas que había alrededor de la sinagoga de Bedzin [el 8 de septiembre de 1939]; eso fue una barbaridad en masa… Estamos hablando de varios cientos de civiles que fueron quemados vivos o asesinados mientras trataban de escapar, o que saltaron al río para apagar las llamas y

eran disparados si sacaban la cabeza del agua para respirar»[414]. Aunque esos ataques fueron de menor escala que los asesinatos en masa que acompañaron a la invasión alemana de la Unión Soviética en verano de 1941, en palabras de Fulbrook, fueron, «no obstante, un ultraje que no es una guerra normal ni se parece a las atrocidades que se habían visto en la primera guerra mundial, donde se cometieron algunas, pero tenían en cierta medida una legitimación desde un punto de vista militar que no había en este caso. Esto era una cuestión racial».

Los soldados alemanes como Wilhelm Moses, que era miembro de una unidad de transporte de la Wehrmacht, se quedaron pasmados ante lo que vieron. Él fue testigo de cómo los SS Germania colgaban a siete u ocho polacos en una plaza pública mientras tocaba una banda de metales. Ello, sumado al resto de horrores que presenció, lo llevó a sentirse «avergonzado de todo… Y dejé de sentirme alemán… Ya había llegado al punto en que dije: "Si me alcanzara una bala, ya no tendría que avergonzarme de decir que soy alemán cuando termine la guerra"»[415].

El año siguiente, en 1940, Charles Bleeker Kohlsaat también presenció algo que le hizo darse cuenta de la auténtica naturaleza de la ocupación nazi en Polonia: «Estábamos desayunando un domingo, sentados en la terraza. De repente, un carro entró en el patio… Cuando miré hacia abajo, vi los caballos y reconocí al granjero… Así que mi madre me dijo: "Ve a ver qué quiere". Yo bajé corriendo al patio y me acerqué al vehículo, en el que estaba sentado el mozo de labranza polaco del granjero, al que también conocía, al menos de vista. Y a su lado había un hombre al que no conocía. Aún era joven, y le eché un vistazo mientras él hablaba para sus adentros. Parecía conmocionado y farfullaba.

»Cuando me acerqué un poco más al carro y pude ver mejor al hombre, me di cuenta de que tenía los pies atados y decía: "Yo buen trabajador, saber conducir con caballos". Entonces pregunté al mozo: "¿Quién es este?". Y él me contestó: "Es un judío".

»Así que me metí corriendo en casa y se lo conté a todo el mundo. Me sentí muy importante, porque era el primer judío de carne y hueso que veía en mi vida. Entonces, mi madre dijo: "Baja a ver al ama de llaves y dile que le haga algo de comer".

»Así que bajé a ver al ama de llaves, y ella dijo: "Pues lo único que me queda es una porción de comida de lo más escasa, la verdad". Y me entregó una olla azul con un asa que contenía una sopa de leche, una sopa con un toque agrio y unas cuantas patatas en su interior.

»Cuando salí de la cocina, tuve que contarles la historia a los de la planta de abajo, claro está. Esto me llevó un rato, y tuve que esperar a que la comida se calentara, así que cuando salí de casa por la entrada lateral, oí unas voces que provenían de la escalinata frontal. Cuando me giré, vi a mi abuela en lo alto de la escalera y a dos policías al pie de la escalinata, y preguntaron: "¿Dónde está el judío?".

»A lo que mi abuela respondió: “Mi nieto acaba de ir a llevarle algo de comer”. Entonces uno de ellos sacó su cachiporra, la sostuvo en el aire y dijo: “Primero va a probar esto; [cuando nos lo llevemos] probará otras cosas, pero hasta entonces esto será suficiente”. Mi abuela, llevándose las manos a las caderas, replicó: “¿Es que no os da ni una pizca de vergüenza?”. Pero él se encogió de hombros y dijo: “Si no es más que un judío”. Entonces se lo llevaron. Lo más probable es que lo colgaran ese mismo día, no lo sé».

Los Bleeker Kohlsaat intentaron aceptar los terribles acontecimientos de los que fueron testigos en Polonia —perpetrados todos bajo el liderazgo de un hombre al que consideraban un «alemán de verdad»— tratando de autoconvencerse de que todos esos polacos que sufrían a manos de las tropas de ocupación debían de ser culpables de algún que otro crimen. ¿Cómo iba a condenar a muerte a gente inocente el hombre al que llevaban tanto tiempo esperando para que los salvara, para que viniera a rescatarlos? Tal y como lo expresa Kohlsaat: «La gente decía: “¡Santo cielo, el glorioso y gran Adolf Hitler debe de ignorar por completo lo que sus hombres están haciendo aquí, ya que, de lo contrario, nunca permitiría que sucedieran estas cosas!”. Estábamos totalmente avergonzados por el comportamiento de varias personas [alemanas] a las que habíamos visto por la calle; la forma que tenían de hacer gala de su actitud de raza superior, la forma que tenían de lucir el uniforme, la mera idea de que los polacos eran un pueblo inferior… Todo eso nos avergonzaba y nos entristecía enormemente. Nos reíamos de ellos [los polacos], pero no los tratábamos mal, solo nos burlábamos de ellos en secreto. Decíamos cosas como: “¡Mira, pero mira qué bobos!”, pero no había ningún motivo para tratarlos mal, nosotros no lo habríamos hecho, eso no se hacía, no estaba bien, y lo importante era tener modales en todo momento, ¿no? Un alemán no hace ese tipo de cosas ¿verdad? Pero ¡entonces llegaron los alemanes y lo hicieron!».

Incluso antes de la invasión de septiembre, los nazis ya tenían planeado ir a por grupos específicos de polacos. En julio de 1939 se tomó la decisión de formar cinco grupos especiales de trabajo —*Einsatzgruppen*— (luego serían seis) que debían operar tras la línea del frente y destruir a la clase gobernante polaca[416]. El 7 de septiembre, Reinhard Heydrich dijo a miembros veteranos de las fuerzas de seguridad que había que «neutralizar» los estratos gubernamentales polacos[417]. En cuanto a los dos millones de judíos polacos, resultaron especialmente vulnerables: miles de ellos fueron asesinados durante los primeros meses de la guerra, y el resto fue sometido al encarcelamiento en guetos. El primer gueto de gran tamaño —que contenía a 230 000 judíos— se creó en Lódz a finales de abril de 1940. Todo esto fue autorizado por Adolf Hitler, que, según Goebbels, pensaba que los polacos eran «más animales que seres humanos» y que su «inmundicia» era «inimaginable». Según Goebbels, el «juicio» de Hitler sobre los polacos era la «aniquilación»[418].

Tampoco es verdad que en Polonia las atrocidades las cometieran únicamente los miembros del aparato del Partido Nazi —las SS o los *Einsatzgruppen*—. Ciertos

componentes del ejército alemán también cometieron crímenes: «Los logros y los éxitos de la campaña polaca no deben hacer que se pase por alto que a algunos de nuestros soldados les falta una actitud personal firme», escribió Brauchitsch en un decreto a todos los soldados alemanes en octubre de 1939. «Una alarmante cifra de casos como decomisos injustificados, confiscaciones ilegales, enriquecimiento propio, desfalcos y robos, abusos o acoso a subordinados —en parte por un estado de excitación y en parte por una ebriedad inconsciente—, desobediencia con consecuencias graves para las tropas subordinadas, violación de una mujer casada, etc., describe un escenario de modales típicos de mercenarios que se debe condenar en los términos más rotundos.»[419]

Pero también cabe mencionar que había una serie de oficiales alemanes, como el general Johannes Blaskowitz, que estaban consternados por las atrocidades sistemáticas cometidas por las autoridades nazis. Al igual que Beck antes que él, Blaskowitz nunca llegó a sucumbir al carisma de Hitler. Pero él formaba parte de ese grupo numeroso de mandos castrenses que se habían visto afectados por las consecuencias de Versalles (en concreto, Blaskowitz detestaba el «corredor polaco», que separaba Prusia Oriental, donde había nacido, del resto de Alemania).

Blaskowitz era hijo de un pastor protestante, pero él era un cristiano devoto. También era una persona culta y tenía un completo dominio de sí mismo. A Hitler no le caía bien, ya que antes de la guerra pensaba que era un general tímido. No obstante, Blaskowitz había dirigido con distinción al VIII.º Ejército Alemán durante la batalla de Bzura, al oeste de Varsovia, el mayor enfrentamiento de la guerra polaca. Más de ciento cincuenta mil soldados polacos se rindieron ante los alemanes, encerrados en un amplio cerco. Pero, a pesar de su éxito, Hitler no se quedó impresionado con Blaskowitz cuando lo conoció en Polonia el 13 de septiembre. Más tarde, Hitler comentó que Blaskowitz parecía no haber «entendido su misión». No cabe duda de que, con este críptico comentario, Hitler quería decir que Blaskowitz pertenecía decididamente a la «vieja escuela» y que estaba claro que no era un comandante apto para el futuro. «Estoy buscando a hombres duros», le dijo Hitler a su ayudante ese mismo día. «Necesito nacionalsocialistas fanáticos.»[420] A sabiendas de que Hitler quería destituir a Blaskowitz —y considerando que las acusaciones contra él eran injustas—, el general Halder, jefe del Estado Mayor del ejército, apoyó un estudio sobre Blaskowitz que demostraba lo bien que se había comportado durante la invasión[421]. Hitler seguía no dejándose impresionar, pero Blaskowitz permaneció en Polonia.

En cualquier momento podía estallar un conflicto entre algunos de los soldados de la vieja escuela y los «hombres duros» del nacionalsocialismo debido al trato que se procuraba a los polacos. Uno de los primeros indicios de ello fue cuando el general Halder escribió en su diario el 19 de septiembre de 1939 que Reinhard Heydrich, de las SS, había dicho que ahora iba a haber una «limpieza general» en Polonia de «los judíos, el espionaje, el clero y la nobleza». Sin embargo, Halder anotó: «El ejército

insiste en retrasar la “limpieza general” hasta que las tropas se hayan retirado y el país quede en manos de la administración civil. Principios de diciembre»[422]. («Limpieza general» era, por supuesto, uno de los numerosos eufemismos que los nazis acabarían utilizando a lo largo de la guerra para describir sus atrocidades. Y, tal como hemos visto, esta «limpieza general» no se «retrasó» ni mucho menos hasta diciembre. De hecho, se calcula que hacia finales de 1939, cincuenta mil polacos habían sido ejecutados a manos de los alemanes.)[423]

Halder fue informado por el general Eduard Wagner, después de una reunión con Hitler, de que Polonia iba a convertirse en un país de «esclavos baratos[424]» y de que el ejército debía limitarse a «asuntos militares». El objetivo era crear una «total desorganización» dentro de Polonia. Halder lo calificó de «plan diabólico» en su diario. Cabe señalar que el día anterior a que Halder escribiera esto, el 17 de octubre de 1939, Hitler había ordenado que las SS y otras unidades de seguridad no militares debían quedar al margen de la jurisdicción del ejército. A partir de entonces, si los mandos castrenses veían a las SS cometiendo actos en Polonia que ellos reprobaban, carecían de toda vía legal para perseguir a los culpables.

La parte occidental de Polonia ocupada por los nazis —porque no olvidemos que la parte oriental se hallaba en manos de los soviéticos, que estaban llevando a cabo su propio «plan diabólico» de reorganización étnica— estaba divida en dos. Una sección, «el Gobierno General», se concentraba en Cracovia y, bajo el control del inquebrantable nazi Hans Frank, estaba llamada a convertirse en el vertedero de todos aquellas personas excluidas de la vida en el Reich, mientras que la otra debía incorporarse a Alemania. Esa parte alemana se subdividió a su vez en varios distritos nuevos o *Gaue*. Los dos de mayor tamaño eran Danzig/Prusia Occidental, bajo el mando de Albert Forster, y el Warthegau, controlado por Arthur Greiser. Estos hombres, *Gauleiter* o líderes de distrito, más sus respectivos comandantes superiores de las SS, se encargaron del reordenamiento racial en Polonia de la forma más brutal que uno se pueda imaginar. El general Johannes Blaskowitz, comandante del ejército en Polonia, quedó completamente fuera de juego.

Pero eso no evitó que Hans Frank le tomara un odio inmenso a Blaskowitz y a su liderazgo del ejército en Polonia. Cuando Goebbels fue a ver a Frank el 2 de noviembre de 1939, el gobernador nazi se quejó de que el ejército alemán en Polonia carecía de «conciencia racial[425]» y de que estaba obstaculizando su labor. El odio era mutuo. Helmuth Stieff, un miembro del Estado Mayor alemán, quedó consternado por los efectos del control que ejercía Frank sobre el Gobierno General cuando fue a Varsovia en noviembre de 1939. «La inmensa mayoría de los millones de habitantes de la ciudad llevan una existencia miserable en algún lugar», escribió a su mujer. «No sé de qué viven. Lo que está sucediendo aquí es una tragedia indescriptible. Y tampoco se sabe cuánto [tiempo] se prolongará esta situación… Es una ciudad y una población que están condenadas… Resulta deprimente alojarse en una magnífica habitación de hotel comiendo ganso al horno mientras ves cómo hay mujeres que

hace tan solo tres meses a lo mejor ocupaban puestos importantes y ahora venden su cuerpo a nuestros soldados por una rebanada de pan para seguir alargando un poco más su miserable vida… La exterminación de generaciones enteras de mujeres y niños solo puede llevarla a cabo una subraza de seres humanos que ya no merecen llamarse alemanes. Me avergüenzo de ser alemán.»[426]

Al final de su carta, Steiff mencionaba que se había reunido con el general Blaskowitz, que se sinceró con él y le «contó todas sus inquietudes y preocupaciones». Pero parece poco probable que, llegado a ese punto, Blaskowitz culpara directamente a Hitler de los crímenes que sabía que se estaban cometiendo en Polonia. Da la impresión de que Blaskowitz siguió la misma trayectoria de revelaciones que el general Beck había descrito antes que él. Al menos en un primer momento, tanto a Beck como a Blaskowitz les resultó mucho más fácil —por no constituir un reproche a sí mismos— hacer como si la culpa de estas atrocidades la tuvieran únicamente las SS u otros fanáticos del Partido Nazi en lugar del jefe del Estado alemán. Aunque, en su fuero interno, puede que no pensaran así.

Durante el otoño de 1939, Blaskowitz estuvo recabando pruebas sobre los crímenes que las SS estaban cometiendo en Polonia y, al cabo, el 16 de noviembre, envió un informe a Brauchitsch, jefe del ejército alemán. Posteriormente, el documento pasó al ayudante militar de Hitler, el comandante Gerhard Engel, que se lo mostró a su superior. No quedó ninguna copia del informe de Blaskowitz, pero sí conocemos la reacción de Hitler, ya que Engel dejó constancia de su respuesta. «Al principio recibe la nota con tranquilidad, pero luego se pone otra vez a soltar graves acusaciones contra las "actitudes infantiles" de los líderes del ejército. No se encabeza una guerra con métodos del Ejército de Salvación. Asimismo, se confirmó una animadversión de muchos años. Hitler nunca se había fiado del general Blaskowitz. Él se había opuesto a su nombramiento como comandante de un ejército, y considera correcto destituir a Blaskowitz porque no sirve para el puesto.»[427]

Pero Blaskowitz no fue relevado de su cargo. Halder y Brauchitsch simplemente hicieron caso omiso de las opiniones de Hitler. Blaskowitz logró quedarse en su puesto en Polonia a pesar de las estridentes críticas de un hombre que no solo era jefe de estado, sino también de las fuerzas armadas alemanas. Al igual que antes de la guerra, Hitler se vio incapaz de ejercer el control que tenía Stalin sobre los nombramientos militares.

El informe de Blaskowitz apareció en uno de los momentos más difíciles de la relación entre Hitler y sus generales. Las dificultades se habían acrecentado desde una reunión que mantuvo con sus comandantes militares veteranos poco menos de tres meses antes, el 27 de noviembre de 1939. Fue, cuando menos, un encuentro tan dramático como el de noviembre de 1937, en el que Hitler declaró que la guerra era completamente inevitable, porque en ese momento anunció que quería que se elaborasen «planes inmediatos[428]» para un ataque contra Francia. Esa noticia fue un jarro de agua fría para los comandantes del ejército. Tan solo hacía unas semanas

albergaban la esperanza de que el Reino Unido y Francia se mantuvieran totalmente al margen de la guerra, y seguían temiendo un ataque proveniente del oeste. Alemania era especialmente vulnerable en esos momentos, dado que la inmensa mayoría de sus tropas seguían en Europa del Este. Y ahora, en lugar de iniciar un período de racionalización de gastos para luego, con suerte, alcanzar cierto acuerdo pacífico con el Reino Unido y Francia, Hitler les decía que debían prepararse para invadir Francia lo antes posible.

Hoy en día resulta difícil imaginarse lo descabellada que les debió de parecer la idea de Hitler a esos generales. Como todos conocemos el resultado final —una dramática victoria alemana en la primavera de 1940—, se suele leer la historia hacia atrás y a pensar que, en cierto sentido, la invasión de Francia parecía una opción razonable para los alemanes de la época. Sin embargo, no fue así. Los británicos y los franceses no solo tenían más tanques que los alemanes, sino que, además, eran mejores. Los franceses contaban con el tanque Char B, que disponía de un cañón de 75 mm y un blindaje de 60 mm, muy superior a cualquiera de los vehículos de combate que utilizaban los alemanes por aquel entonces. Además, tal y como explica el profesor Adam Tooze, un estudio exhaustivo del programa de armamento alemán durante este crucial período revela que la idea de Hitler seguía estando por completo anticuada. «Si nos fijamos atentamente en los primeros meses de la guerra, lo extraordinario es que los programas a los que Hitler da prioridad en los meses iniciales de la guerra no consisten en acelerar la construcción de tanques, sino, de hecho, un enorme programa de munición que va destinado a evitar la crisis de munición que había paralizado la ofensiva alemana en el otoño de 1914. Así que es un soldado de infantería de la primera guerra mundial, y se acuerda perfectamente de la crisis en el suministro de munición que, supuestamente, frenó al ejército alemán en la primera fase del conflicto. Y ese es el desafío que plantea el *Führer* en diciembre de 1939: no incrementar la producción de carros de combate, sino triplicar la producción de munición en los seis meses posteriores. Así que la guerra que parece imaginarse Hitler incluso en ese punto es un enfrentamiento tedioso hasta el canal de la Mancha.»[429]

Por eso resultaba muy poco creíble para el Estado Mayor alemán —el grueso del cual había sufrido la amarga experiencia personal del último «combate tedioso hasta el canal de la Mancha»— que Hitler pudiera plantearse la idea de invadir Francia en un abrir y cerrar de ojos. Los soldados veteranos del ejército acordaron que no era posible y estimaban que, como muy pronto, dicha ofensiva podía contemplarse para 1942[430].

Con esa valoración compartían la opinión de sus enemigos. Los franceses, en concreto, estaban más que convencidos de que ganarían a los alemanes, y algunos pensaban incluso que el régimen nazi se desmoronaría en poco tiempo sin necesidad de intervenciones externas. En un informe de la época redactado por expertos del servicio secreto militar del *Deuxième Bureau* (la agencia externa del servicio secreto

militar francés) se afirmaba que «según información secreta proveniente de fuentes fiables, el régimen de Hitler iba a seguir en el poder hasta la primavera de 1940 para luego ser reemplazado por el comunismo»[431].

La crisis se agudizó cuando Hitler, enfurecido por la falta de entusiasmo de sus generales por el ataque a Francia, volvió a dirigirles una arenga el 10 de octubre. Al igual que hizo en la reunión de infausta memoria de noviembre de 1937, leyó un manuscrito preparado a conciencia. Una vez más estaba demostrando un estilo de liderazgo extraordinario: había decidido por sí solo lo que era mejor para Alemania y la tarea de sus generales consistía básicamente en ponerlo en práctica. No se lo consultó a sus expertos militares antes de tomar su decisión, y no llevó a cabo ningún análisis logístico para comprobar si su objetivo era viable.

En cierto sentido, esta técnica de liderazgo resultaba efectiva: sirvió para demostrar que Hitler pensaba que era un «genio único», un líder carismático que no necesitaba escuchar las opiniones de los demás. También daba al traste con la seguridad que pudiera demostrar cualquier opositor, ya que se veían obligados a reaccionar constantemente a las opiniones de Hitler en lugar de participar en la toma de decisiones previa. No obstante, eso también suponía un gran riesgo. En esta fase de la guerra, Hitler dependía en gran medida del poder de sus propias técnicas de persuasión para controlar a la plana mayor del ejército. Así que, cuando no lograba convencer a su público de que tenía razón, se topaba con dificultades a las que otros dictadores menos carismáticos nunca tuvieron que enfrentarse.

Al no conseguir convencer a sus generales de que atacar a Francia era algo razonable, Hitler se encontró con una oposición cada vez más numerosa. Podemos hacernos una idea de lo que pensaba el general Halder por lo que escribió en su diario el 14 de octubre de 1939. Tras una reunión con Brauchitsch decía: «Tres posibilidades: ataque, espera, cambio»[432]. Con «cambio», Halder y Brauchitsch se referían a un cambio en el liderazgo, es decir, dejar al margen —por no decir destituir totalmente— a Adolf Hitler. Ya había habido un precedente de este tipo de acción. Durante la primera guerra mundial, dos comandantes alemanes veteranos —Ludendorff y Hindenburg— se hicieron con el control de todas las decisiones estratégicas del ejército y dejaron al emperador Guillermo II al margen del poder. Y fue otro general —Wilhelm Groener— el que comunicó al emperador en noviembre de 1918 que debía abdicar. Pero Halder y Brauchitsch también sabían que ninguna de las opciones que barajaban eran perfectas, sobre todo si optaban por el «cambio», ya que básicamente era «negativo» y tendía a hacerlos «vulnerables»[433].

Halder y Brauchitsch no pensaban que invadir Francia fuera algo imposible por cuestiones morales o legales. Simplemente creían que el ejército alemán no estaba a la altura de dicha empresa en un futuro inmediato. Por tanto, se negaron no a librar una guerra ofensiva en el oeste, sino solo a perderla. Y no eran los únicos que pensaban así. El 3 de noviembre, Halder escribió: «Nadie del CG [Cuartel General] Supremo piensa que la ofensiva ordenada por el OKW [el mando supremo de las

fuerzas armadas que trabajaba codo con codo con Hitler] tenga alguna posibilidad de éxito»[434]. En ese momento, Brauchitsch y Halder estaban contemplando un golpe de estado contra Hitler, si bien con cierta reticencia.

Mientras tanto, muchas de las antiguas caras conocidas del malogrado intento de golpe de estado del año anterior —incluido Ludwig Beck— también estaban urdiendo un plan para impedir que Hitler sumiera a Alemania a una guerra desastrosa contra los franceses. Una de las ideas era que las unidades leales a los conspiradores marcharan hasta la sede de Hitler y lo arrestaran después de que se hubiera lanzado el ataque al oeste. Hitler sería destituido y Beck se convertiría en el nuevo jefe del Estado alemán[435].

Cuando Brauchitsch se reunió con Hitler el 5 de noviembre, trató de convencerlo de que el ejército no estaba preparado para atacar Francia, y le comentó que la invasión de Polonia había puesto en evidencia toda una serie de problemas disciplinarios. Incluso comparó la actitud de la Wehrmacht en 1939 con la del ejército alemán hacia el final de la primera guerra mundial. Hitler —como era de esperar— perdió los estribos. Amenazó con partir inmediatamente hacia el frente para averiguar lo que estaba pasando. Y lo que preocupó aún más a Brauchitsch fue la afirmación de Hitler de que al ejército le faltaba la voluntad de entrar en combate tal y como él quería. Hitler habló del «espíritu de Zossen[436]» (la sede del ejército en tiempos de guerra se encontraba cerca del municipio de Zossen, al sur de Berlín), y aseguró que iba a borrar del mapa ese derrotismo. Devastado por el ataque de Hitler, Brauchitsch dijo tras la reunión que no iba a participar activamente en ningún golpe de estado. Halder, preocupado por que Hitler sospechara que algunos soldados veteranos estaban conspirando contra él, también abandonó la idea de liderar un complot contra el *Führer*.

Fue un momento revelador. Durante la reunión que mantuvo con Hitler el 5 de noviembre, Brauchitsch no escuchó nada que lo tranquilizara ni lo más mínimo en cuanto a la ofensiva occidental propuesta. De hecho, la situación para Halder y Brauchitsch tomó un cariz aún peor ese mismo día, dado que Hitler dictó la orden de invadir Francia poco después de la reunión, y el ataque estaba previsto para el 12 de noviembre. Pero, aunque sabían que Hitler había indicado la fecha en la que se debía lanzar esta campaña masiva que daban por perdida para los alemanes, no llegaron a actuar.

Su gran error de cálculo había sido pensar que cualquier acción en contra del *Führer* se desarrollaría igual que el ostracismo y la posterior destitución del emperador hacía veintiún años. A diferencia del emperador, Hitler era un líder en el que confiaban millones de alemanes. Aunque los ciudadanos estaban en guerra con los británicos y los franceses —y había un aura de incertidumbre y preocupación en torno al posible desenlace del conflicto—, el *Führer* también había orquestado la presta derrota de los polacos y la reincorporación al Reich de Danzig y del «corredor polaco», así como todo el territorio que se le había concedido a Polonia en virtud del

tratado de Versalles. Por eso, algunas personas —como Walter Mauth, que por aquel entonces tenía dieciséis años— pensaban: «Cuando la guerra contra Polonia se acabó en tres semanas… nos creíamos invencibles»[437].

Otra muestra de la popularidad de Hitler entre la población alemana en general quedó patente ese mismo mes de noviembre a consecuencia de los acontecimientos que tuvieron lugar en Múnich. Tres días después de su malhumorada reunión con Brauchitsch, Hitler llegó a Múnich para conmemorar el decimosexto aniversario del *Putsch* de la Cervecería. Pronunció un discurso en la Bürgerbräukeller y luego fue a toda prisa a la estación de Múnich para coger el tren a Berlín. Unos diez minutos después de que se marchara de la Bürgerbräukeller, estalló una bomba que se hallaba oculta en una columna. Durante meses, Georg Elser, un carpintero, se las había ingeniado para trabajar en secreto por la noche en la cervecería y había escondido una bomba justo detrás del estrado en el que Hitler debía hablar. Elser, que antes apoyaba al Partido Comunista Alemán y estaba enojado por cómo estaba transcurriendo la guerra, había decidido que la única forma de mejorar la situación de Alemania era matando a Hitler y a otros líderes nazis.

Elser era un asesino solitario que había actuado sin ayuda ajena. Hitler tuvo suerte de sobrevivir, y atribuyó su fuga una vez más a las acciones de su providencia personal. Pero lo que resulta significativo es la reacción pública ante el intento de asesinato a Hitler. Un informe recopilado por el SD, el servicio secreto de las SS, revelaba: «El intento de asesinato de Múnich ha reforzado enormemente la idea de unidad entre la población alemana»; «el amor por el *Führer* ha aumentado aún más…»[438]. Otro informe de diciembre de 1939 decía: «Desde que estalló la guerra y, sobre todo, desde el intento de asesinato de Múnich, muchos propietarios de tiendas han empezado a colgar imágenes del *Führer* en el escaparate. En algunos casos este tributo al *Führer* se sigue llevando a cabo con el peor de los gustos. Según nuestras fuentes, un escaparate de una tienda de bebidas alcohólicas en Kiel, por ejemplo, presenta la imagen del *Führer* entre numerosas botellas de alcohol con el eslogan. “¡Nunca nos rendiremos!”»[439].

En cierto modo, ese apoyo entusiasta a Hitler no resulta sorprendente. La propaganda de Goebbels llevaba más de seis años transmitiendo sin cesar la idea de que Hitler era una figura casi mística cuya presencia era esencial para el éxito y la seguridad de Alemania en el futuro. Eso, más la sucesión de triunfos en materia de política exterior antes de que estallara la guerra, traía mucha cola. También era concebible que muchas personas siguieran adorando a Hitler pero estuvieran preocupadas por la guerra y los efectos de las medidas económicas —como el reciente Decreto de Economía de Guerra—, que afectaban materialmente a sus ingresos.

Lo que resulta menos evidente es por qué los distintos grupos pequeños de conspiradores no llegaron a entender desde el principio que —a diferencia del emperador— Hitler seguía teniendo acceso a su inmenso depósito de confianza y

adoración. El liderazgo carismático se refuerza y se reafirma a base de éxito, y Hitler todavía no había fracasado. Esa fue la lección que aprendió el general Wilhelm Ritter von Leeb cuando intentó reunir a adeptos para organizar un golpe de estado contra Hitler tras el abatimiento de Brauchitsch en la reunión que se celebró el 5 de noviembre. La fecha que Hitler había fijado para la invasión, el 12 de noviembre, se pospuso debido a nuevos datos sobre las condiciones meteorológicas y las preocupaciones en torno a los movimientos de las tropas aliadas; de hecho, se tuvo que volver a planificar y se postergó en numerosas ocasiones antes de llegar a la fecha de inicio del 10 de mayo de 1940.

No obstante, a finales de 1939, el conflicto con Francia todavía parecía inminente. Von Leeb calificó de «locura[440]» el ataque planificado en el oeste. Él también pertenecía a ese pequeño grupo de generales que estaban indignados por las atrocidades de Polonia. Se quejó a Halder de que las acciones de la «policía» alemana en Polonia eran «indignas de una nación civilizada»[441]. Von Leeb trató de granjearse la ayuda de sus homólogos Bock y Rundstedt para preparar un golpe de estado, pero ninguno de los dos estaban interesados. Y, al final, fue uno de los soldados del propio Von Leeb, el general Geyr von Schweppenburg[442], jefe del cuerpo, quien comentó que cabía la posibilidad de que los soldados rasos y los novatos simplemente se negaran a ir en contra de Hitler. Esta valoración la confirmó después de la guerra otro soldado veterano alemán en el oeste, Walther Nehring, quien afirmó que habría sido «inútil» ordenar a sus hombres que se rebelaran contra el régimen porque «entre la mayoría de los soldados jóvenes, el prestigio de Hitler ya estaba demasiado arraigado»[443].

El 23 de noviembre, Hitler habló ante doscientos líderes veteranos del ejército en la Cancillería del Reich en el que sería el último en una serie de intentos por entusiasmar a sus generales ante el inminente conflicto en el oeste. Era un concurso abierto entre la visión de Hitler por un lado y, por otro, la gente que él juzgaba imprescindible para poner en práctica su visión. Y Hitler sabía que debía ganar dicha batalla.

Una vez más, todas las técnicas de persuasión típicas de Hitler eran evidentes. La clave era la idea de que él, como individuo, era la única persona que importaba en realidad. «El destino del Reich depende únicamente de mí»[444], dijo, retratándose como el carismático caudillo enviado para salvar a Alemania. Y, al igual que en ocasiones anteriores, anunció que había comparecido ante sus generales para «comunicarles» sus decisiones.

Su discurso contenía una lección de historia —ideada para demostrar que los acontecimientos ya le habían dado la razón con anterioridad a pesar de que otros habían dudado de él— y nociones de su propia filosofía brutal: «En la lucha veo el destino de todas las criaturas. Nadie puede evitar la lucha si no quiere perecer». Afirmó que su misión estaba clara: obtener *Lebensraum* [espacio vital] para un pueblo que lo necesitaba desesperadamente.

Fue este tipo de oratoria el que llevó a Hugh Trevor-Roper a concluir en su ensayo titulado «La mente de Adolf Hitler» que, para el *Führer*, «el objetivo de la vida humana» era «meramente que los alemanes debían ser los dueños del mundo» y que «para él era simplemente una cuestión de repartir más tarta entre los alemanes y menos entre los no alemanes»[445]. Pero eso subestima la capacidad de Hitler para ganarse a sus generales. Él ofreció no solo un objetivo práctico —que los alemanes debían conquistar más territorio—, sino también una justificación filosófica: que la vida es una lucha constante y que todos somos animales que debemos luchar o morir. Era un llamamiento a dar rienda suelta a la bestia que acechaba en el interior de todo ser humano. El discurso está salpicado del término «aniquilar»; Hitler aseguraba: «[Pretendo] aniquilar a todo aquel que se oponga a mí… Quiero aniquilar al enemigo». Mucho antes de que anunciara lo que se suele considerar su «guerra de aniquilación» contra la Unión Soviética, aquí Hitler da la impresión de querer practicar la «aniquilación» en el oeste. Asimismo, su discurso era un llamamiento a buscar refugio en la certeza de los absolutos. «Tengo que elegir entre la victoria o la aniquilación», explicó. «Y yo elijo la victoria». Como hemos visto, esta contraposición de elecciones de tipo disyuntivo era una de las tácticas habituales de Hitler, así como su amenaza de quitarse la vida si los acontecimientos se volvían en su contra: «Nunca sobreviviré a la derrota de mi pueblo».

Por supuesto, Hitler notó que su larga perorata no había sido suficiente para motivar a Brauchitsch y a Halder, así que los mandó llamar a su oficina después de la conferencia para reiterar su descontento con la actitud del liderazgo del ejército, refiriéndose una vez más al «espíritu de Zossen»[446]. Brauchitsch «se ofreció a dimitir»[447], pero Hitler le dijo que se quedara y que cumpliera su «deber».

Por su parte, Halder y sus colegas habían estado planeando con cierta reticencia la invasión al oeste, aunque pensaban que no tenían ninguna posibilidad de éxito. Tenían razones para mostrarse así de negativos. Si los alemanes hubieran invadido siguiendo los planes de principios de noviembre, el resultado habría sido una derrota inmediata o el tipo de *impasse* que había desangrado a Alemania en el frente occidental durante la primera guerra mundial. No obstante, paulatinamente los planes empezaron a cambiar. Comenzaron a destinarse más recursos al Grupo A del ejército de Von Rundstedt, las fuerzas armadas que siempre se habían encargado de proteger el flanco sur del Grupo B del ejército de Bock cuando se trasladó para someter a Holanda y atacar a Bélgica. No obstante, para cuando tuvo lugar la conferencia de Hitler el 23 de noviembre, el «Caso amarillo» (*Fall Gelb*), tal como se llamaba el plan de ataque, seguía siendo un batiburrillo en el que no se había designado ningún grupo del ejército como tropas prioritarias.

El general Erich von Manstein adujo entonces que la única forma de tener alguna posibilidad de derrotar a los Aliados en Francia —en lugar de crear un período de *impasse*— era convertir al Grupo A del ejército en la fuerza ofensiva dominante. Lo que sugirió fue que el Grupo B del ejército de Bock invadiera Bélgica en un intento

por convencer a los Aliados de que eran la principal fuerza ofensiva alemana, mientras las unidades blindadas del Grupo A se dirigirían más al sur a través del bosque de Ardenas, cruzando el río Mosa, y se precipitarían hacia la costa del canal de la Mancha en la que el río Somme desemboca en el mar. De esta forma, una elevada cifra de soldados británicos y franceses quedarían atrapados entre las tenazas del Grupo A y del Grupo B. No obstante, tal como explica el profesor Adam Tooze: «Esta es una operación que conlleva un riesgo logístico sin precedentes y brinda a los oponentes de Alemania —Reino Unido, Francia, Bélgica y Holanda— la oportunidad de lanzar un contraataque devastador sobre Alemania y sobre las tenazas que se extenderían por el norte de Francia si se organizan lo suficientemente bien. Y, por este motivo, los alemanes entienden perfectamente que si este plan fracasa, han perdido la guerra… Esta apuesta puede concederles la victoria total…, pero también entraña el riesgo de sufrir una derrota catastrófica, algo de lo que son plenamente conscientes»[448].

A pesar de —o, lo que es más probable, debido a— la inmensidad de este riesgo, fue ese plan el que prefirió Hitler después de que Manstein ejerciera personalmente presión sobre el *Führer* para que se llevara a cabo. La idea de las unidades blindadas operando a toda velocidad la desarrolló el general Guderian en su libro *Achtung Panzer*! («¡Cuidado: tanques!»), publicado dos años antes, y Halder había sido testigo en Polonia de lo importante que era que las unidades blindadas encabezaran el ataque. Así pues, varias personas ayudaron a elaborar el proyecto final del Plan Amarillo (y la casualidad también influyó cuando los Aliados encontraron una copia del plan convencional original después de que un avión alemán sufriera un accidente en Bélgica en enero de 1940). Por ese motivo, los alemanes pensaron que sería prudente cambiar la naturaleza de la ofensiva en ciernes.

No obstante, la razón por la que se adoptó este planteamiento revolucionario ante la invasión de Francia fue porque Adolf Hitler así lo quiso. Hitler siempre fijaba una visión —en este caso, «invadir el oeste»— y luego pedía ideas a los demás para poder implementarla en detalle. Pero lo que también hizo fue demostrar una vez más su atracción por las apuestas a todo o nada. La ocupación de Renania, el *Anschluss* [la incorporación de Austria], la crisis de Múnich, todo ello había implicado un riesgo para el destino de Alemania. Hitler consideraba su capacidad para asumir riesgos otra muestra de la grandeza de su liderazgo, y sentía desprecio por aquellos que elegían las opciones seguras en la vida. «Los hombres de Múnich», afirmó en agosto de 1939, «no van a asumir el riesgo.»[449] Era precisamente esa adicción de Hitler al riesgo lo que molestaba a los soldados de corte tradicional como Ludwig Beck. Sin embargo, otros pensaban que esa cualidad hacía que Hitler estuviera abierto a nuevas ideas.

Otra característica de su liderazgo que sustentó todos los debates sobre la invasión de Francia acabaría aflorando de forma mucho más evidente después de la victoria triunfal de los alemanes. Hitler no solo ofreció a los alemanes emoción y la

oportunidad de hacer historia, sino que lo vinculó a la idea de que había que actuar ahora, hoy, en este momento. Hitler solía referirse al hecho de que la vida era muy corta para lograr todos sus objetivos, y temía no llegar a viejo. Tenía prisa, y transmitía esa sensación de urgencia a todas las personas que lo rodeaban. Ello se veía exacerbado por el hecho de que no creía en la vida después de la muerte. El subtexto de muchos de sus discursos durante este período está claro: solo tienes una vida, y morirás y te extinguirás para siempre si has empleado tu tiempo tanto asumiendo riesgos tremendos y emocionantes con la intención de cambiar el mundo como trabajando tranquilamente en una oficina. Tú decides: una vida aburrida o una vida emocionante; ambas están abocadas a la nada eterna. Estaba claro el camino que quería seguir Hitler. Tal y como dijo al final de su discurso del 23 de noviembre ante sus generales: «He decidido llevar una vida de la que no me avergüence cuando tenga que morir».

Además, el plan atraía a Hitler por su deseo de sorprender al enemigo. «Con el factor sorpresa se gana medio combate»[450], comentaría más adelante. «Por eso no se puede repetir la misma operación indefinidamente solo porque haya tenido éxito». Y, ya en octubre de 1939, mucho antes de escuchar el plan de Manstein, Hitler había reconocido que sus oponentes del oeste eran especialmente vulnerables a lo inesperado. «El *Führer* hace hincapié en que no debemos dejarnos llevar por las tácticas de los combates lineales de la [primera] guerra mundial», escribió el general Von Bock en su diario el 25 de octubre, «que tenemos que obligar al enemigo, a través de ataques rápidos y repentinos y avances raudos de unidades motorizadas y tanques, a operar y actuar con rapidez, [algo] que no formaba parte de la naturaleza ni de los sistemáticos franceses ni de los lentos ingleses.»[451]

Esa idea acabaría resultando crucial para la batalla que se avecinaba. Los simulacros de combate posteriores del plan de Manstein en la sede del ejército alemán en Zossen confirmaron que toda la ofensiva iba a girar en torno a una única cuestión: ¿cuánto tardarían los Aliados en darse cuenta de que el grueso del ataque no era el de Bélgica, sino el de las Ardenas? Si los alemanes no habían cruzado el río Mosa, al sur de Francia, en cuatro días, los británicos y los franceses tendrían tiempo para darse cuenta de lo que estaba sucediendo y desviar un número cuantioso de tropas para detenerlos. Ya en la fase de planificación estaba claro que la ciudad de Sedan, que se extendía a ambas orillas del Mosa, sería crucial. Si se hacían con el control de Sedan y vadeaban el Mosa con rapidez, no habría ningún obstáculo natural insuperable para el Grupo A del ejército hasta la costa francesa de la bahía del Somme (la historia también influyó en la decisión del mando alemán de optar por esta versión radical del Plan Amarillo: las fuerzas armadas alemanas vivían con el recuerdo de la primera guerra mundial, y el plan de Manstein era una oportunidad de vengar dicha derrota; no solo de vencer a los franceses, sino de humillarlos).

A fin de cuentas, pensaba Hitler, no importaba que los Aliados tuvieran más tanques que los alemanes siempre que dichos tanques permanecieran en el lugar

equivocado. Este aspecto de la apuesta, claro está, acabaría teniendo unos resultados espectaculares. Los Aliados estaban demasiado seguros de sí mismos, y ese exceso de confianza terminaría siendo su perdición. El general Maurice Gamelin, comandante de las fuerzas armadas francesas, mostraba una actitud tan arrogante que dijo a sus soldados veteranos en septiembre de 1939 que si los alemanes atacaban en la primavera de 1940, estaba seguro de que los vencerían[452].

Igual de confiado en la victoria estaba Adolf Hitler. De hecho, uno de los numerosos aspectos destacables de la planificación del ataque a Francia era que una de las constantes en todas las variantes de tácticas y estrategias era la certeza de Hitler de que todo iba a salir bien. El general Halder escribió en su diario el 17 de marzo que Hitler estaba «manifiestamente confiado en el éxito»[453], y eso con el telón de fondo de una profunda preocupación por parte de muchos comandantes alemanes. El 14 de febrero, Halder escribió que los generales Guderian y Von Wietersheim demostraban «una clara falta de confianza[454]» en la operación, y el 25 de febrero encabezó sus notas sobre una reunión con Fedor von Bock, que debía estar al mando del Grupo B del ejército durante el ataque, con una única palabra: «Preocupaciones»[455].

Antes de lanzar el Plan Amarillo, Hitler dio una sorpresa a los Aliados: los alemanes invadieron Dinamarca y Noruega. Hitler sabía que para la salud de la maquinaria de guerra alemana era esencial proteger los suministros de mineral de hierro provenientes de Suecia —que era un país neutral—, gran parte de los cuales llegaban a Alemania a través del puerto noruego de Narvik. Llevaban mucho tiempo circulando rumores de un posible ataque aliado en Escandinavia y, al final, la acción alemana, que empezó el 9 de abril, coincidió con casi total exactitud con un intento por parte de los británicos de minar las aguas noruegas.

En tierra firme, los alemanes alcanzaron la victoria en Dinamarca en cuestión de horas, y realizaron raudas incursiones en Noruega, pero, por mar, la Kriegsmarine [armada] perdió más de doce acorazados. No obstante, a pesar del éxito de la Royal Navy, los soldados aliados no consiguieron derrotar a los alemanes en Noruega, y la polémica que se desató posteriormente en torno al fracaso de la campaña provocó la dimisión de Chamberlain y el nombramiento de Winston Churchill como primer ministro británico el 10 de mayo de 1940, el mismo día en que se inició ese Plan Amarillo, la invasión alemana de Francia y los Países Bajos.

La Wehrmacht atacó a los Aliados con 212 divisiones, menos de un 10 por 100 de las cuales eran blindadas, y al principio tanto los británicos como los franceses creyeron que su enemigo estaba comportándose tal y como esperaban. La primera incursión del Grupo B del ejército de Bock en Bélgica —que también era un país neutral— confirmó la idea del general Gamelin de que el grueso del ataque iba a concentrarse en el norte. Un soldado francés que lo vio ese día recuerda a Gamelin paseando y hablando para sus adentros con un semblante de satisfacción[456]. A los franceses y a los británicos les parecía lógico que los alemanes irrumpieran por

Bélgica y Holanda para hacerse con bases aéreas desde las que atacar al Reino Unido.

Tal y como estaba planeado, las fuerzas aliadas avanzaron hasta el interior de Bélgica para entablar combate con el enemigo. El 14 de mayo, en las batallas de Hannut y Breda, los franceses habían plantado cara a los alemanes. No obstante, ya se apreciaban indicios de que la acción podría estar desarrollándose en algún otro lugar. El 12 de mayo, los Aliados ya habían recibido noticias del avance en masa del Grupo A del ejército alemán a través del bosque de las Ardenas, aunque en un principio pensaron que no era más que una maniobra de flanqueo para apoyar la zona principal del conflicto en Bélgica. Pero poco después quedó claro que los alemanes estaban amenazando Sedan y que su intención era cruzar el río Mosa. El 13 de mayo, Gamelin se enteró de que algunas unidades alemanas ya habían cruzado el Mosa hacia el norte de Sedan por la presa de Houx. Ese mismo día, la Luftwaffe lanzó un bombardeo intenso y concentrado sobre Sedan. Y el 14 de mayo, los alemanes ya habían conseguido cruzar el Mosa en varios puntos del río. Esa noticia fue un jarro de agua fría para los franceses. Un soldado fue testigo de cómo el comandante del frente nororiental, el general Alphonse-Joseph Georges, se echaba a llorar al decir que se habían «producido algunos fallos[457]» en Sedan. Al día siguiente, el primer ministro francés, Paul Reynaud, llamó a Winston Churchill a las 7.30. Churchill respondió al teléfono desde la cama y escuchó cómo Reynaud, «claramente estresado», le decía: «Nos han derrotado… Nos han vencido; hemos perdido la batalla»[458].

Fue un momento extraordinario para la historia militar, casi tal como lo expresó Paul-Émile Caton en el título de su libro sobre la batalla de Francia, *Une guerre perdu en 4 jours* («Una guerra perdida en cuatro días»)[459]. Resulta prácticamente imposible exagerar el efecto que tuvo este rápido triunfo sobre los Aliados para la mentalidad colectiva alemana. Erwin Rommel, que había pedido a Hitler que le permitiera estar al mando de una división blindada en el ataque, comentó que lo que había sucedido era «apenas concebible». Los tanques de su 7.ª División Blindada, una de las que encabezaba el Grupo A del ejército, «habían penetrado en las defensas enemigas y se estaban adentrando en su territorio. No era un bonito sueño; era la realidad»[460].

Ese «bonito sueño» había sido posible no solo gracias a la insistencia de Hitler en adoptar el innovador plan de Manstein y a toda una serie de fallos cometidos por los Aliados, sino también al uso de un innovador método de mando: uno que ya había desarrollado el ejército prusiano y que entroncaba a las mil maravillas con la forma que tenía Hitler de gestionar su propio liderazgo. En palabras del profesor Robert Citino, el ejército prusiano desarrolló «cierta cultura militar» que surgió de la «geografía, las tradiciones y la posición de Prusia dentro de Europa y de su relativa falta de recursos. Era, por tanto, un estado que estaba tratando de librar casi siempre guerras “breves y rápidas”, un término que, de hecho, acuñó Federico el Grande en el siglo XVIII. Las guerras “breves y rápidas” se traducían en victorias relativamente tempranas sobre las tropas principales del enemigo durante las primeras seis u ocho

semanas de lucha… Creo que eso fue lo que distinguió siempre a Alemania del resto de sus vecinos: que era un estado que se hallaba embutido en un lugar relativamente incómodo de Europa Central con una base de recursos relativamente escasa y una población considerablemente inferior a la coalición de enemigos contra los que podía llegar a enfrentarse»[461].

Esta necesidad de librar guerras «breves y rápidas» implicaba a su vez que, en el campo de batalla, los comandantes nunca podían fiarse de tácticas defensivas ensayadas y probadas. Tal como afirma Citino: «En el siglo XVIII, Federico el Grande sentó las bases de la doctrina táctica prusiana de forma sucinta: el ejército prusiano siempre ataca. Tenía una orden permanente para sus fuerzas de caballería de que siempre debían ser los primeros en cargar contra el enemigo y no esperar a que este cargara contra ellos. Ese concepto de nivel de agresión típico de un *bulldog*, sumado a una rapidez de maniobra, era una tradición alemana desde hacía mucho tiempo».

Además de este planteamiento bélico de tipo «bulldog», el ejército alemán desarrolló un concepto propio de *Auftragstaktik* o «mando de la misión». El ejército alemán delegaba más que cualquiera de sus adversarios. En el campo de batalla, a los comandantes se les marcaban unos objetivos, pero luego gozaban de cierto nivel de independencia a la hora de tomar decisiones que no tenía parangón en sus homólogos británicos o franceses. Las propias acciones de Rommel durante la invasión de Francia ejemplifican a la perfección el método alemán para librar una guerra. Las unidades de la 7.ª División Blindada de Rommel fueron de las primeras en cruzar el río Mosa por Houx el 12 de mayo (para sorpresa de los Aliados, ya que por la aldea de Houx el Mosa atraviesa un profundo desfiladero que la convierte en el territorio defensivo perfecto). Los soldados del Noveno Ejército francés se habían enclavado en la orilla opuesta, listos para luchar. Pero una serie de decisiones que Rommel y sus hombres tomaron sobre la marcha —desde prender fuego a varias casas para crear una cortina de humo hasta organizar un sistema de poleas sobre el río— contribuyeron a que pudieran cruzar el Mosa. Rommel estaba siguiendo básicamente la doctrina prusiana de actuar con rapidez y por sorpresa. Los comandantes franceses habían previsto que tendrían varios días para preparar sus defensas tras haber hecho saltar por los aires todos los puentes que cruzaban el río. Pero, gracias a la velocidad a la que se movió Rommel, solo dispusieron de unas horas.

Si bien era un general excepcional, en realidad Rommel no estaba haciendo más de lo que cabía esperar de cualquier comandante alemán en el campo de batalla, incluso de cualquier suboficial. Según afirmaba el general Manstein después de la guerra: «El método se basa sobre todo en el carácter alemán, que —en contra de toda esa palabrería insensata sobre la "obediencia ciega"— tiene un gran componente de individualismo y al que, posiblemente debido a su herencia germánica, le encanta asumir riesgos»[462].

Si bien en ciertas ocasiones hemos visto cómo en un principio los generales alemanes estaban horrorizados por los riesgos que Hitler estaba dispuesto a correr en

cuestiones de estrategia —como quedó demostrado tanto en la reunión con Hossbach en 1937 como en su decisión de invadir Francia—, paradójicamente, a nivel operativo, el ejército alemán valoraba la capacidad del comandante de turno para asumir riesgos calculados en combate por iniciativa propia. De hecho, la *Auftragstaktik* —en su sentido de «mando de la misión»— también había sido un principio básico del liderazgo del propio Hitler en el ámbito nacional. «No llegué a entablar una conferencia con Schacht [ministro de Economía alemán de los años treinta]», afirmó Hitler, «para averiguar qué medios estaban a nuestra disposición. Simplemente me limité a decir: "Esto es lo que necesito, y esto es lo que debo tener".»[463] Una parte esencial del carismático liderazgo de Hitler era, por consiguiente, su deseo de que sus subordinados escogieran el camino que querían seguir para poner en práctica su visión general: la esencia de la doctrina militar de la *Auftragstaktik*.

En mayo de 1940, todo esto contrastaba enormemente con la forma de liderar a algunos de los soldados de los ejércitos aliados. Edward Oates, por ejemplo, estaba sirviendo a los Royal Engineers británicos en Francia y experimentó de primera mano la falta de *Auftragstaktik* durante la retirada: «Recuerdo algunos belgas que llevaban cascos de latón, y eran bastantes, y decían cosas como: "Queremos a un oficial. Si tuviéramos un oficial, lucharíamos, pero no sabemos qué hacer"… [También] me sorprendió un poco, supongo, que el ejército francés se rindiera con tanta facilidad, pero ni siquiera me lo había planteado. No éramos más que soldados rasos, y hacíamos lo que nos decían. No teníamos ninguna estrategia ni ideas sobre cómo librar batallas o cosas así; simplemente estábamos allí»[464].

Pero, aunque en materia de estrategia general a Hitler le encantaba asumir riesgos y adoptar el factor sorpresa, había indicios de que si los acontecimientos no se desarrollaban tal y como él esperaba en el campo de batalla, podía mostrarse tanto tímido como indeciso. Tal como hemos mencionado, Goebbels era uno de los líderes nazis que habían descubierto esta característica de Hitler antes de la guerra[465]. Entonces, sus generales fueron testigo de esas mismas cualidades. Durante la operación de Noruega, por ejemplo, el general Walter Warlimont pensó que Hitler había demostrado una «fragilidad verdaderamente aterradora en su carácter[466]» cuando los acontecimientos no se desarrollaron de acuerdo con el plan, y el 17 de mayo, cuando Hitler anunció que el Grupo A del ejército era vulnerable a un ataque por el flanco, Halder escribió: «El *Führer* está demasiado nervioso. Asustado de su propio éxito, tiene miedo de aprovechar cualquier oportunidad y prefiere atarnos en corto»[467]. A la mañana siguiente, Hitler montó en cólera y se puso a gritarle a Halder, ordenándole que detuviera el avance occidental, para luego cambiar de opinión a las seis de la tarde. «Así que al final se está haciendo lo correcto», escribió Halder, «pero en una atmósfera negativa…»[468]

A simple vista, estas dos cualidades de Hitler —la voluntad de asumir riesgos y la indecisión, sumadas a una aparente timidez— parecen contradictorias. No cabe duda

de que así lo veía Halder. El 6 de junio de 1940, cuando la campaña en Francia tocaba a su fin, escribió que Hitler pensaba que los planes del mando supremo eran demasiado «arriesgados» y que quería ir «sobre seguro». A Halder le costaba conciliar esta actitud con su experiencia anterior con Hitler y sus apuestas a todo o nada: «… no queda ni un ápice del espíritu que arriesgaría casi todo a una sola tirada»[469]. Pero Halder se equivocaba. Estos dos aspectos del liderazgo de Hitler no eran polos opuestos, sino consecuencias de cómo funcionaba el proceso de toma de decisiones de Hitler. Tal como hemos visto, Hitler tomaba decisiones políticas de una forma que sería un anatema para muchos dirigentes actuales. En lugar de consultarlo con las partes implicadas, valorar las distintas opiniones y luego llegar a una decisión meditada, Hitler se encerraba en su habitación y esperaba a que le llegara la inspiración. «El espíritu de decisión no conlleva actuar a toda costa», decía. «El espíritu de decisión consiste simplemente en no dudar cuando una convicción interna te ordena que actúes.»[470] Una vez que su «convicción interna» le dictaba lo que tenía que hacer, Hitler utilizaba todo su poder de convicción para persuadir a los que lo rodeaban de que ese era el camino correcto y lógico que había que seguir. Pero uno de los múltiples problemas que supone ese camino a la hora de decidir era que no resultaba muy indicado para reuniones diarias estructuradas en las que se tenían que tomar muchísimas decisiones pequeñas. ¿Cómo podía Hitler esperar a que su «convicción interna» se manifestara en cuestiones como los movimientos exactos de una división concreta del ejército alemán? La solución, claro está, habría sido que permitiera a Halder y al resto del personal del mando supremo del ejército que tomaran esas decisiones por sí mismos mientras él trabajaba en pos de la visión general que había fijado en virtud de su «convicción interna». Pero no podía hacerlo. Y no es difícil adivinar el motivo: su falta de confianza en la capacidad de dichas personas para tomar decisiones. ¿No habían sido precisamente esas pocas personas que ahora intentaban dirigir su campaña al más alto nivel —principalmente Halder y Brauchitsch— las que al principio habían estado tan rotundamente en contra de la invasión de Francia?

Con ese telón de fondo resulta irónico que el ejemplo más conocido de la microgestión y la timidez de Hitler durante esta campaña —la decisión de frenar a las tropas alemanas delante de Dunkerque el 24 de mayo— no fuera una decisión que tomara el *Führer*. Según el profesor *sir* Ian Kershaw, Hitler «en realidad estaba dando su visto bueno a una sugerencia realizada por el comandante de las fuerzas alemanas en el oeste, el general —que pronto pasaría a ser mariscal de campo— Von Rundstedt, que quiso conservar sus tanques para lo que preveía que iba a ser su mayor necesidad, a saber: acabar con las tropas francesas que avanzaban hacia ellos. Y Göring había prometido a Hitler que las tropas británicas iban a ser destruidas desde el aire con bombardeos. Así que durante veinticuatro horas, Hitler acató dicha decisión; posteriormente se dio cuenta de que era un error y dio marcha atrás, pero para entonces ya era demasiado tarde y los británicos estaban huyendo ya de

Dunkerque. Pero, en realidad, en ese momento, Hitler estaba siguiendo el consejo de sus generales, no haciendo caso omiso de él, como empezó a hacer cada vez con más frecuencia en estadios posteriores de la guerra»[471].

A consecuencia del retraso alemán en su desplazamiento en Dunkerque, llegaron más de ochocientas embarcaciones civiles (barcos pesqueros, barcos de vapor de recreo y remolcadores) para ayudar a la Royal Navy a transportar a las tropas hasta Inglaterra a través del canal de la Mancha. En total, más de trescientos treinta mil soldados aliados fueron rescatados. Al principio, el gobierno británico pensó que solo se salvarían unos cuarenta mil. Pero, aun así, la situación no prometía para los Aliados. Francia no solo había caído en manos de los alemanes en seis semanas —el armisticio se firmó el 22 de junio—, sino que, además, los británicos se habían visto obligados a retirarse con poco más que la ropa que llevaban. «Dejaron todos sus medios de transporte en la playa», comenta el historiador militar Geoffrey Wawro. «La mayor parte de su artillería de campo, cañones antitanque, munición, reservas de combustible… todo se lo dejaron a los alemanes. Así que les iba a costar muchísimo tiempo fabricarlos y, de hecho, se vieron vehículos viejos y anticuados por el desierto occidental porque los buenos los habían abandonado en Dunkerque.»[472]

En junio de 1940, Hitler estaba disfrutando del punto álgido de su carrera. Los franceses, los noruegos, los daneses, los belgas y los holandeses se hallaban bajo el dominio alemán, y esta tremenda conquista se había logrado en cuestión de semanas. Se capturó a más de 1,2 millones de prisioneros de guerra, y los alemanes habían perdido menos de cincuenta mil hombres[473]. De resultas de todo este éxito, Keitel pasaría a llamar a Hitler *Größter Feldherr aller Zeiten*, es decir, «el mayor líder militar de todos los tiempos». Ahora a Hitler solo le restaba un problema: los británicos. Y su negativa a obedecerle iba a poner más a prueba que nunca su liderazgo carismático.

13

Carisma y exceso de confianza

El 6 de julio de 1940, Hitler volvió a Berlín después de supervisar la capitulación de Francia, y las escenas de alegría rayaban en el histerismo. Las calles estaban atestadas de cientos de miles de berlineses que salieron a aclamarlo. Los niños se subían a las farolas para ver a su *Führer*. La gente le arrojaba flores por donde pasaba su coche. Un bosque de banderas con esvásticas ondeantes cubría la carretera. Todo ese júbilo, todo ese éxtasis iba dirigido a ese individuo de complexión menuda. Si Hitler no pensaba antes que era una figura infalible enviada por la providencia para lograr la grandeza de Alemania, seguro que en ese momento sí que lo pensó.

Podemos hacernos una idea de lo que pensaba Hitler en los días que siguieron a la caída de Francia por las opiniones que expresó unas semanas antes, cuando salió a dar un paseo por París una mañana temprano. Después de visitar los monumentos turísticos más importantes (incluido el Panteón, la Ópera y la tumba de Napoleón), Hitler dijo a Albert Speer que había «pensado en muchas ocasiones» si debían «destruir París», ya que la ciudad era muy bonita y, por tanto, rivalizaba con Berlín. Pero luego decidió no arrasar la capital francesa porque llegaría el día en el que la grandeza de Berlín haría que París fuera «meramente… una sombra» de ella en comparación. Speer pensó que esto demostraba que Hitler «albergaba un gran número de identidades: desde una persona plenamente consciente de sus responsabilidades hasta un nihilista misántropo y despiadado»[474]. Pero más bien se podría afirmar que este incidente nos mostró a un Hitler que se regodeaba en la inmensidad de su poder personal. Él y solo él podía decidir si seguía existiendo o no una de las ciudades más gloriosas sobre la faz de la Tierra.

Hitler atesoraba una seguridad desmesurada en sí mismo y en aquello en lo que creía, tanto que no tuvo ningún tapujo a la hora de anunciar en una reunión con sus mandos militares a finales de julio de 1940 que, como la posición del Reino Unido era «desastrosa», habían «ganado la guerra»[475]. Es un momento que ejemplifica a la perfección las ventajas y los inconvenientes de un liderazgo carismático, ya que esas mismas cualidades que le habían permitido desempeñar un papel crucial en la victoria sobre Francia acabarían siendo las que precipitaron la derrota de Alemania. A lo largo de los meses siguientes, Hitler demostraría hasta dónde puede llevar a alguien el exceso de confianza fruto de un liderazgo carismático.

El principal problema al que se enfrentaban ahora los alemanes era que el Reino Unido no aceptó que la guerra estuviera perdida. En un discurso pronunciado ante el Reichstag el 9 de julio, Hitler decidió «apelar al sentido común» de Inglaterra (con lo

que se refería al Reino Unido), y afirmó que no veía «ninguna razón de peso[476]» para que la guerra continuara, pero ese era un «llamamiento» que los británicos estaban destinados a rechazar. En una serie de reuniones del Gabinete de Guerra celebradas unas semanas antes, en el peor momento para el Reino Unido, cuando se pensaba que escaparían de Francia muchos menos soldados de los que al final lo hicieron, Churchill había debatido con sus compañeros cuál debía ser la postura del Reino Unido y orquestó una decisión para seguir luchando contra Alemania. La aplastante lógica de Churchill era que, si se firmaba algún tratado de paz justo después de la derrota de Francia, Hitler exigiría el desarme efectivo del Reino Unido y, por tanto, el país estaría «totalmente a su merced». Por consiguiente, «no tendríamos por qué estar en una situación peor que la que tenemos ahora si seguimos luchando, aunque perdamos»[477], declaró Churchill.

Entonces Hitler mantuvo conversaciones[478] con el gran almirante Raeder acerca de la posibilidad de invadir Inglaterra por la costa sur, pero salta a la vista que ambos dudaban de que una acción marítima de ese calibre fuera viable. Y estaban en lo cierto. En palabras del profesor Adam Tooze: «[Los alemanes] no empezaron a plantearse librar una guerra contra el Reino Unido, y mucho menos invadirlo, hasta mayo de 1938. El programa de armamento naval no se puso en marcha hasta enero de 1939 y, durante los cinco años anteriores, el Reino Unido había estado invirtiendo más que Alemania en su armada, así que la brecha entre la armada alemana y la británica en 1933, que ya era enorme, no se había reducido, sino que había ido creciendo año a año. Por tanto, cuando perdieron la inmensa mayoría de su contingente en la debacle noruega, lo cual constituye una catástrofe para Alemania desde un punto de vista naval, no contaban con una armada de superficie con la que proteger una invasión en el verano de 1940»[479].

Con ese telón de fondo, la «Directriz de guerra n.º 16» dictada por Hitler, que instaba a preparar la «Operación León de mar» (*Unternehmen Seelöwe*) —la invasión del Reino Unido—, es fruto de un optimismo que raya en lo ridículo. En ella se estipulaba que, antes de que pudiera emprenderse el ataque, la Royal Air Force debía tener tantas bajas que no supusiera una amenaza significativa para la invasión, y el paso de Calais debía ser «aislado» con minas para evitar que la Royal Navy atacara a los alemanes cuando cruzaran el canal de la Mancha. Pero, tal como afirma Andrew Roberts, «en el hipotético caso de que la RAF fuera neutralizada… no creo que los alemanes hubieran sido capaces de lograr su invasión en 1940. Creo que sencillamente no se habían elaborado los planes necesarios para que un ejército atravesara el canal. No había suficientes barcos de fondo plano, no estaban preparados para navegar por mar y, si la Royal Navy les hubiera dado alcance, habría sido una masacre»[480]. Por supuesto, nada de lo descrito con anterioridad pretende menospreciar el sacrificio que realizaron «the Few» [los pocos] durante la batalla de Inglaterra ese verano y a principios del otoño, sino simplemente reconocer que tanto Hitler como el gran almirante Raeder fueron conscientes en todo momento de que

invadir el Reino Unido en 1940 era una opción muy poco factible. De hecho, el 22 de julio de 1940, Hitler dijo explícitamente a Brauchitsch que pensaba que cruzar el Canal era una empresa «muy arriesgada» y que solo debía llevarse a cabo en caso de que no hubiera «ninguna otra forma» de enfrentarse al Reino Unido[481].

Todo esto dio lugar a un momento tremendamente paradójico. En julio de 1940, por un lado, Hitler estaba en el punto álgido de su atractivo ante el pueblo alemán como un caudillo carismático. Tal y como indica Walter Mauth, que por aquel entonces tenía diecisiete años: «La guerra duraba en todas partes tres o cuatro semanas, y todo funcionaba como un reloj. Estaba claro que los soldados alemanes eran imparables. Y, dada esta situación, todos estábamos entusiasmados, para ser sincero, incluso aquellos que antes tenían una actitud distinta en cuanto al régimen en su conjunto. De repente, al ver que todo había salido tan bien y que nadie había sido capaz de detenernos, todos nos volvimos nacionalistas de un día para otro. Allí donde estuvieran los soldados alemanes nadie más podía afianzar su posición. Realmente era así»[482].

Pero, por otro lado, el carismático caudillo que había guiado a Alemania hasta estos logros militares no podía poner fin a la guerra con el Reino Unido como él querría. El Reino Unido —según la visión de Hitler— tenía un ejército raquítico e inefectivo que se había venido abajo y que luego había huido de las playas de Dunkerque.

¿Por qué no admitían los británicos su derrota? Todas las pruebas apuntan a que Hitler estaba realmente perplejo ante la intransigencia del Reino Unido. Según lo documentó Halder el 13 de julio, Hitler estaba «tremendamente desconcertado[483]» por la «persistente terquedad» británica de no firmar la paz. Puede que Hitler fuera recibido por unos berlineses extasiados el 6 de julio y puede que hubiera llevado a Alemania a la «victoria más grande y gloriosa de todos los tiempos», pero no podía obligar al Reino Unido a abandonar el conflicto. Y eso pese al hecho de que, en una emisión radiofónica del 22 de julio, lord Halifax dejó claras las razones que tenía el Reino Unido para rechazar el «llamamiento de paz» de Hitler: «Él [Hitler] dice que no tiene ningún deseo de destruir el Imperio británico, pero en su discurso no había nada que indicara que la paz fuera a basarse en la justicia, ningún tipo de reconocimiento de que el resto de naciones de Europa tuvieran derecho a la autodeterminación, el principio que en tantas ocasiones ha mencionado hablando de los alemanes. Su único llamamiento iba destinado al instinto elemental del miedo, y sus únicos argumentos eran amenazas… Y nadie duda del hecho de que, si Hitler llegara a salirse con la suya, sería el fin para muchas otras cosas aparte de nosotros mismos, de todo lo que, como solemos decir, hace que valga la pena vivir. Somos conscientes de que puede que esta lucha nos cueste todo lo que tenemos, pero ya solo por el hecho de que aquello que defendemos es digno de cualquier sacrificio, es un noble privilegio ser defensores de algo tan valioso»[484].

Hitler se iba a pasar el resto de la guerra preguntándose por qué los británicos no

firmaron la paz en ese momento. No le entraba en la cabeza que en el Reino Unido hubiera gente que creyera realmente que aquello que defendían fuera «digno de cualquier sacrificio». Su actitud resulta de lo más sorprendente si se tiene en cuenta que él mismo abogaba por el «todo o nada» que estaban adoptando los británicos. Es como si se atribuyera a sí mismo los principios y el honor como impulsos motores y esperara que los demás se comportaran con un pragmatismo elemental.

Las acciones de Hitler en el verano de 1940 ilustran asimismo una tremenda debilidad en el funcionamiento de su liderazgo en términos prácticos. Como se fiaba de su «convicción interna», apenas se esforzaba en entender las opiniones que iban desarrollando sus enemigos. No le entraba en la cabeza que la intransigencia británica tuviera su origen en la destrucción de la creencia de que uno podía confiar en que el líder alemán sería fiel a su palabra. Eso fue en lo que se basó Churchill para afirmar lo siguiente en marzo de 1940, cuando todavía era ministro de la armada: «Hay cosmopolitas irreflexivos, diletantes o miopes que a veces nos preguntan: "¿Qué es eso por lo que están luchando el Reino Unido y Francia?". Aquí va mi respuesta: "Si abandonáramos la lucha, no tardaríais mucho en daros cuenta"»[485].

Además, había indicios alarmantes para Hitler de que Estados Unidos iba a apoyar al Reino Unido en el conflicto que se avecinaba. «No es una guerra normal y corriente», afirmó Franklin Roosevelt el 19 de julio de 1940 en la convención nacional del Partido Demócrata. «Es una revolución impuesta por la fuerza de las armas que supone una amenaza para todos los seres humanos. Es una revolución que no pretende liberar a los hombres, sino convertirlos en esclavos, convertirlos en esclavos en aras de una dictadura que ya ha demostrado la naturaleza y el alcance de la ventaja que espera conseguir. Ese es el hecho que domina nuestro mundo y que domina nuestra vida, la vida de todos y cada uno de nosotros. En vista del peligro que se cierne sobre nuestra época, ningún individuo es dueño —ni puede esperar serlo— del derecho a decidir por uno mismo, ese derecho del que gozan los hombres libres en tiempos de paz».

Por tanto, había un claro contraste entre la fe inmensa que habían depositado los alemanes en la capacidad de Hitler para guiarlos hacia la victoria y su total incapacidad de convencer a los británicos —y a sus amigos estadounidenses— de que Alemania ya había ganado la guerra. Eso hizo que Hitler estuviera bajo una presión descomunal. Él y solo él tendría que decidir cómo salir de esa nueva situación. Había que decirle al mando supremo alemán, que estaba regodeándose en el éxito de la victoria histórica sobre Francia —Hitler había recompensado recientemente a ocho generales por su papel en la campaña ascendiéndoles al rango de mariscal de campo —, qué era lo que había que hacer ahora.

Por supuesto, una opción era invadir el Reino Unido. Pero una acción de tal calibre no solo se consideraba extremadamente arriesgada, sino que además Hitler no tenía claro si era una buena idea acabar con el Imperio británico, al que veía como un contrapeso útil frente a la preponderancia estadounidense o asiática en el mar, u

ocupar el Reino Unido, que —al igual que Alemania— era un país relativamente superpoblado que no podía subsistir sin importar alimentos. Otra opción era entablar combate con las fuerzas británicas en el Mediterráneo y hacerse con el control de Gibraltar y del canal de Suez al tiempo que se incrementaban los ataques con submarinos en el Atlántico a convoyes provenientes de Estados Unidos en un intento por matar de hambre a los británicos para que se sentaran a la mesa de negociaciones. Y luego estaba la última opción, que a simple vista parecía la más estrambótica de todas: romper el pacto de no agresión y volverse contra Stalin. «Hitler tenía esa idea», explica *sir* Ian Kershaw, «que hoy en día parece bastante extraña, pero sugirió lo siguiente: derrotamos a Londres a través de Moscú, noqueamos a la Unión Soviética con una rápida "guerra relámpago", en unos cuatro o cinco meses, y para finales de año habremos acabado con la Unión Soviética, el Reino Unido habrá perdido a su único aliado posible en Europa y los estadounidenses se quedarán en su hemisferio. Así habremos ganado la guerra por otro camino.»[486]

Fue esa opción, claro está, la que los alemanes terminaron adoptando cuando avanzaron hacia la Unión Soviética en la que sería la mayor invasión de la historia, que tuvo lugar el domingo 22 de junio de 1941. Y es esta decisión la que se suele considerar el ejemplo más claro del dominio carismático de Hitler. ¿Cómo si no —afirma el conocido argumento— podría haber convencido Hitler a sus generales para cometer la locura de declarar la guerra a Stalin? Al fin y al cabo, bien es sabido que el mariscal de campo Montgomery afirmó que la «regla número uno» de la guerra era «no invadir Moscú»[487]. El general Halder también compartía esa idea cuando dijo después de la guerra que se había reunido con Brauchitsch en julio de 1940 y había dicho que Hitler era un «ingenuo[488]» por querer entrar en conflicto con la Unión Soviética. Pero eso no ilustra como es debido la mentalidad de la época. Independientemente de los recelos personales que pudiera o no albergar Halder en 1940, en lugar de protestar contra la invasión de la Unión Soviética, como había protestado contra la invasión de Francia un año antes, empezó a plantearse por iniciativa propia las ventajas que supondría esa misma aventura tan solo unos días después de que terminara la campaña de Francia[489]. Y los alemanes tampoco creían necesariamente que no invadir Moscú fuera una «regla» de la guerra, ya que los conocimientos de historia de Montgomery eran un poco básicos. Si bien era cierto que la campaña de Napoleón había terminado siendo un desastre, Rusia había sido invadida con éxito en algunas ocasiones. Tokhtamish, por ejemplo, un descendiente del héroe de Hitler, Gengis Kan, había entrado en Moscú en 1382 y fue responsable de la muerte de más de veinte mil ciudadanos. Y los generales de Hitler sabían que, en lo que llevaban de vida, ya habían visto un ejemplo que podría servir de modelo para gestionar una guerra contra la Unión Soviética. El tratado de Brest-Litovsk entre los alemanes y el naciente estado soviético en marzo de 1918 concedió a Alemania extensos terrenos en el Este, entre ellos Bielorrusia, Ucrania y los países bálticos. Los alemanes habían perdido ese territorio en los acuerdos generales alcanzados al final

de la primera guerra mundial, pero perduraba el recuerdo de esa exitosa expropiación de tierras del territorio soviético. Según el historiador alemán Golo Mann: «BrestLitovsk ha pasado a denominarse la paz olvidada, pero los alemanes no la han olvidado. Saben que vencieron a Rusia y a veces lo recuerdan con orgullo, como si fuera el auténtico —si bien no recompensado— logro de la guerra»[490].

La decisión de Hitler de considerar una invasión de la Unión Soviética tenía todo el sentido del mundo para sus mandos militares en vista del resto de opciones que barajaban ante sí. Hitler abordó todas esas cuestiones en una reunión celebrada el 31 de julio de 1940 en Berghof[491]. La primera mitad de la conferencia estuvo dedicada a un largo y pesimista informe del gran almirante Raeder sobre las posibilidades de invadir el Reino Unido. Raeder se atrevió a proponer delante de Hitler la postergación de cualquier invasión hasta el año siguiente, y eso antes de que se conocieran los resultados de un ataque coordinado de la Luftwaffe contra los británicos. Hitler, al que normalmente le enfurecía la falta de entusiasmo de sus líderes militares, expresó su «escepticismo» sobre la viabilidad de una invasión. A continuación afirmó que si se decidía no organizar una invasión en el Reino Unido, sus acciones debían centrarse «en eliminar todos los factores que permiten que Inglaterra pueda esperar un cambio en la situación». Y esto, a su vez, significaba que Rusia —Hitler llamaba siempre «Rusia» a la Unión Soviética, aunque Rusia ya no era más que una de las doce repúblicas soviéticas— debía ser «aplastada». Los planes para una ofensiva contra la Unión Soviética se desarrollaron en paralelo a los tibios intentos por elaborar un plan coherente para invadir el Reino Unido, que no se aparcaron hasta que finalmente se pospuso la Operación León marino en septiembre de 1940.

La idea de invadir la Unión Soviética tenía un sentido práctico para muchos de los que trabajaban para Hitler, en parte porque, tras la pobre actuación del Ejército Rojo durante su invasión de Finlandia, había indicios de que las fuerzas soviéticas no eran de gran calidad, debilitadas como estaban por las purgas de los años treinta. Tal como hemos visto, Hitler nunca trató de destituir a una escala tan grande a aquellos oficiales del ejército que no fueran unos defensores acérrimos de los nazis. De hecho, según Goebbels, Hitler pensaba que Stalin «probablemente estaba loco[492]» por asesinar o, de lo contrario, destituir a algunos de los soldados más experimentados del Ejército Rojo ante la más mínima sospecha de falta de fiabilidad política.

Todo esto llevaba a soldados alemanes como Peter von der Groeben a pensar no solo que podían abordar cualquier tipo de conflicto con la Unión Soviética con cierta seguridad, sino que, además, el razonamiento básico que sustentaba el ataque era sólido. «Bajo mi punto de vista [la invasión de la Unión Soviética por parte de Alemania], era en cierto modo —sobre todo desde un punto de vista militar— casi inevitable. ¿Cuál era la situación? Francia había sido derrotada. El intento por doblegar a Inglaterra con la famosa Operación León marino había fracasado porque fue imposible hacerse con la supremacía aérea (al contrario: se habían sufrido

pérdidas contra las fuerzas aéreas inglesas). Estaba claro que, en un futuro próximo, en menos de dos años, Estados Unidos iba a sumarse a la guerra del lado de nuestros adversarios. Todo el mundo sabe que Roosevelt estaba decidido a librar esa guerra desde el principio. Y por eso se ponderó qué podía hacerse para plantarles cara, para plantar cara a esa amenaza. Y, por otro lado, estaba Rusia, que era tremendamente inestable y que estaba reclamando cada vez más cosas… De ahí que surgiera la —en mi opinión— absoluta necesidad de eliminar la amenaza rusa antes de que Estados Unidos pudiera tomar cartas en el asunto… La gente —y muchos líderes militares también— pensaba que sería relativamente fácil acabar con el ejército ruso con un ataque breve y potente. Basándome en la información de la que disponíamos sobre el ejército ruso, yo también pensaba que no iba a suponer un gran problema.»[493]

Invadir la Unión Soviética, claro está, brindaría a Hitler la oportunidad de perseguir su objetivo básico del *Lebensraum* que había especificado en *Mein Kampf* dieciséis años atrás. Se acabarían los lazos del pragmático pacto de no agresión con Stalin. Hitler podría guiar por fin a los alemanes contra el «cuartel general» de lo que él consideraba la «conspiración mundial judeo-bolchevique»[494]. Y, como cabía esperar, los hombres de las SS que, como Walter Traphöner, siempre se habían creído esa propaganda nazi acogieron favorablemente la idea de un posible conflicto con la Unión Soviética. «Queríamos evitar que el bolchevismo dominara el mundo, ¿entiende?… Y estábamos dispuestos a hacer todo lo posible por evitar que siguiera extendiéndose por Europa.»[495]

Pero, aunque para Hitler y sus compañeros hubiera razones tanto prácticas como ideológicas que daban sentido a un ataque contra la Unión Soviética, su lógica adolecía de un fallo evidente. El 31 de julio, Hitler dijo: «Rusia es el factor en el que más confía el Reino Unido», pero esa afirmación no es cierta. Algunas figuras clave del gobierno británico siempre se habían mostrado recelosas de la Unión Soviética y no confiaban en Stalin. Tanto Chamberlain como lord Halifax y Churchill habían expresado su desprecio por los comunistas. Y el 31 de marzo de 1940, Churchill había declarado públicamente que pensaba que los soviéticos acababan de demostrar en Finlandia los «estragos» que el comunismo —«esa mortífera enfermedad mental y moral»— causa «en la fibra de cualquier nación»[496]. Es más, hasta el momento, la estrategia de Stalin había sido mantenerse al margen de la guerra para permitir que los alemanes y los Aliados occidentales se desangraran entre ellos. Y aunque empezaba a existir cierta tensión en la relación entre los nazis y Stalin —sobre todo con motivo de la ocupación soviética de los países bálticos en verano de 1940—, todavía no había indicios que apuntaran a que Stalin quería declarar la guerra a Alemania.

El país en el que el Reino Unido confiaba para librar la guerra no era Rusia, sino Estados Unidos. El 20 de mayo de 1940, uno de los días más nefastos de la batalla de Francia, Churchill escribió al presidente Roosevelt y le dijo: «Si Estados Unidos abandonara a este país a su suerte, nadie tendría derecho a culpar a los responsables

de alcanzar el mejor acuerdo posible para la población que quede viva»[497]. Churchill, tal y como nos recuerda el profesor David Reynolds, «siempre tenía a Estados Unidos en su marco de referencia. Él era medio estadounidense, y llevaba mucho tiempo defendiendo la idea de que el Reino Unido debía formar una alianza con Estados Unidos e incluir a dicho país en los asuntos europeos, así que era algo que, a diferencia de Halifax o Chamberlain, le interesaba de forma instintiva. Dicho esto, y teniendo en cuenta el drástico giro que dio la guerra en verano de 1940, cualquier líder británico habría tenido que empezar a ver a Estados Unidos con otros ojos, ya que era la única fuente de apoyo verdadera»[498].

Mucho antes de sumarse a la guerra en diciembre de 1941, tras el ataque japonés en Pearl Harbor, los estadounidenses estaban ofreciendo apoyo militar a los británicos. Bien es sabido que en diciembre de 1940, después de ser reelegido presidente, Roosevelt suscribió la Ley de Préstamo y Arriendo, en virtud de la cual, Estados Unidos debía proporcionar material a los británicos sin esperar un pago inmediato a cambio. Pero ya antes de esa fecha, los estadounidenses respaldaban la campaña bélica del Reino Unido. De hecho, en julio de 1940, Churchill sabía que los estadounidenses tenían pensado dotar a los británicos de más de diez mil aviones en menos de un año y medio[499]. Eso, más los quince mil aviones que los británicos estaban fabricando en ese mismo período, implicaba que la RAF crecería a más velocidad que la Luftwaffe alemana.

La única forma práctica de frenar el flujo de mercancías proveniente desde Estados Unidos era, por supuesto, hundir los buques mercantes mientras cruzaban el Atlántico. Y en eso, los alemanes también tenían problemas. El programa de submarinos llevaba años desatendido, ya que la fabricación naval había pasado a centrarse en un plan a largo plazo para crear una gigantesca armada de superficie. Al principio de la guerra, la armada alemana tenía menos de tres docenas de submarinos capaces de enfrentarse a los convoyes mercantes de los Aliados en el Atlántico Norte. Y, para cuando cayó Francia, en junio de 1940, tan solo se habían construido otros veinte submarinos[500].

En conversaciones con sus generales, Hitler trató de abordar la amenaza proveniente de Estados Unidos desde una lógica que —incluso para él— era descabellada. Planteó que, si derrotaban a Rusia, los japoneses podrían dedicarse a la expansión territorial en Asia y el Pacífico, lo que provocaría un conflicto con Estados Unidos. Por consiguiente, los estadounidenses estarían ocupados protegiendo sus intereses al otro lado del mundo. Además, aseguró Hitler, aunque los estadounidenses quisieran luchar en Europa, tardarían años en estar listos para el combate y, para entonces, los nazis ya controlarían la Europa continental y, al beneficiarse de las materias primas extraídas en su recién adquirido imperio oriental, serían impenetrables ante un ataque[501].

Era una estrategia basada en la esperanza. Hitler esperaba que los estadounidenses no pudieran apoyar la campaña del Reino Unido si, como pensaba,

los japoneses los obligaban a entrar en conflicto con ellos en el Pacífico. Al mismo tiempo, esperaba que, tras la caída de los soviéticos, los británicos firmaran una paz de compromiso. Era una esperanza tras otra. Ni siquiera Hitler podía ocultar el hecho de que ninguna de esas cosas estaba en su mano. No podía ordenar al ejército alemán que cruzara el Atlántico para derrotar a los estadounidenses, ni tampoco —al parecer — que surcara el canal de la Mancha para derrotar a los británicos. Asimismo, como centroeuropeo de nacimiento e inclinación, Hitler nunca había dado muestras de estar a favor de una conquista naval. Él creía que Alemania debía expandirse por la Europa continental.

No obstante, a pesar de todo lo anterior, nadie cuestionó seriamente el análisis que Hitler realizó en verano de 1940. El aura carismática que lo rodeaba se había intensificado (ahora todos los que se acercaban a él lo hacían siendo conscientes de su reciente éxito). Hitler había asegurado que Alemania podía derrotar a Francia y los que dudaron de él estaban equivocados. Ahora afirmaba que podían derrotar al Reino Unido y a Estados Unidos atacando a la Unión Soviética. Y, según informes confidenciales del SD que estudiaban la opinión pública hacia finales de 1940, gran parte de la población —que todavía ignoraba los planes exactos de Hitler para el futuro— estaba más que dispuesta a depositar su fe en el criterio de su líder. «Cuando habla el *Führer*, se disipan todas las dudas…»[502] fue un comentario de un ciudadano de Schwerin, en el norte de Alemania, que el SD consideraba «generalizado». En otro informe, elaborado en el verano de 1940, se afirmaba que el discurso de Hitler tras su vuelta de Francia «fue recibido con emoción (*Ergriffenheit*) y entusiasmo por todas partes» y que una persona había resumido el sentimiento imperante del siguiente modo: «El discurso del *Führer* pareció una tormenta purificadora»[503].

Esa actitud obedecía también a la sensación de superioridad inculcada a los alemanes, una sensación que se había visto reforzada por la victoria sobre Francia. «Nos habían enseñado que los alemanes éramos los únicos seres humanos valiosos», recordaba un estudiante más tarde. «Había un folletito titulado “Inventores alemanes, poetas alemanes, músicos alemanes”; no había nada más. Y nosotros nos lo sabíamos de pe a pa, estábamos plenamente convencidos de que éramos los mejores. Solíamos escuchar los noticiarios y nos sentíamos llenos de orgullo y conmovidos, y a menudo mucha gente derramaba lágrimas. Hay que imaginárselo —hoy en día no me lo explico—, pero era exactamente así… Hasta mi padre, que era un escéptico, utilizaba el pronombre “nosotros”; de repente empezó a decir “nosotros”, mientras que antes, cuando nos contaba historias de la guerra y demás, solía hablar en primera persona, pero de repente empezó a utilizar el pronombre “nosotros”. ¡“Nosotros” somos un pueblo extraordinario!»[504]

La decisión de Hitler de volverse contra los soviéticos se basó en una mezcla de recuerdos, sentido práctico y romanticismo, una poderosa combinación que sabía cómo manipular. Desde que los caballeros teutones conquistaran territorio de los

estados bálticos en el siglo XIII, circulaban cuentos de caballería sobre la conquista alemana del «Este». Más recientemente, los alemanes que habían luchado con el ejército en territorio soviético durante la primera guerra mundial y con los *Freikorps* en los estados bálticos en el período inmediatamente posterior a la guerra, se habían forjado su propia opinión sobre ese inmenso espacio para contraponerla a los mitos de la Antigüedad. «La Rusia más profunda, sin un atisbo de la *Kultur* [cultura] centroeuropea, Asia, la estepa, los pantanos, un inframundo claustrofóbico», recordaba un soldado alemán, «y un páramo cenagoso dejado de la mano de Dios.»[505] Otro veía a los alemanes como una fuerza civilizadora en ese paisaje salvaje, como «pioneros de la *Kultur*» y, «por consiguiente, conscientes o no, los soldados alemanes se convierten en profesores en territorio enemigo»[506]. Además, los estrategas militares alemanes de la época sabían que dependían de importaciones provenientes de la Unión Soviética —sobre todo aceite y cereales— para poder seguir librando la guerra. ¿Y si Stalin amenazaba con cortar el suministro de ese material esencial? ¿Por qué no iban a luchar para garantizarse de una vez por todas un acceso permanente y seguro a esas materias primas?

La llegada del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Viacheslav Molotov, a Berlín el 12 de noviembre de 1940 hizo más atractiva esa opción para Hitler. Molotov había sido invitado para hablar de la relación entre la Unión Soviética y Alemania quince meses después de la firma del pacto de no agresión. El estilo de liderazgo del ministro soviético era todo lo contrario al de Hitler. Estaba tan acostumbrado a aguantar reuniones interminables que se había granjeado el apodo de «Trasero de piedra». Afrontaba con cuestiones prácticas y cotidianas, y se mostraba receloso ante la ambiciones desmedidas. Molotov, que constituía la antítesis del carisma, era prácticamente inmune al influjo de las visiones grandilocuentes de Hitler. Y eso fue lo que sucedió en las reuniones que se celebraron en la Cancillería del Reich el 12 y el 13 de noviembre.

Hitler empezó el encuentro con Molotov haciendo hincapié en que quería hablar «sin tapujos» de la relación entre la Unión Soviética y Alemania. Por eso, trató de evitar «consideraciones pasajeras nimias». Luego planteó el «problema de Estados Unidos», refiriéndose a que su ayuda al Reino Unido en realidad formaba parte de un cínico complot para «fomentar su propio rearme y reforzar su poder militar adquiriendo bases»[507]. Pero hasta «1970 o 1980», Estados Unidos no estaría en condiciones de «poner en grave peligro» a otros países. Por otro lado, Hitler sugirió a la Unión Soviética que participara en el Pacto Tripartito, firmado recientemente entre Alemania, Italia y Japón.

Pero Molotov dejó claro que las «consideraciones pasajeras nimias» eran precisamente lo que le interesaba. Hizo caso omiso del deseo de Hitler de hablar en términos generales y trató de dirigir la conversación hacia cuestiones prácticas inmediatas, como las intenciones de Alemania en cuanto a Finlandia. Tras abordar fugazmente esta cuestión («Finlandia pertenecía a la esfera de influencia rusa»),

Hitler evocó un futuro «tras la conquista de Inglaterra» en el que «el Imperio británico quedaría como una gigantesca hacienda mundial de cuarenta millones de kilómetros cuadrados en bancarrota. En esta hacienda en bancarrota, Rusia tendría un acceso al océano sin glaciares y realmente abierto». Pero a Molotov no le interesaba lo más mínimo el futuro desmantelamiento de los activos de un país al que todavía no se había derrotado (y al que, de hecho, nunca se llegaría a derrotar). En una reunión posterior durante ese mismo viaje a Berlín, dijo explícitamente a Ribbentrop que era consciente de que los planes alemanes para el futuro se basaban en la «idea preconcebida» de que la guerra contra el Reino Unido «ya se había ganado».

El rechazo —por no decir desdén— por parte de Molotov ante el carisma de Hitler era predecible no solo por su propia personalidad, sino también por el desprecio que sentía Stalin por ese estilo de liderazgo. Stalin había acabado como mínimo con dos rivales «carismáticos» en la carrera para suceder a Lenin (Zinoviev y Trotski), y había salido victorioso gracias a su astucia y al ejercicio de la fuerza bruta. Hitler se deleitaba en la retórica —era la base de su atractivo—, mientras que Stalin tenía una visión del liderazgo totalmente distinta. «Hay que desconfiar de las palabras», comentó. «Los hechos son más importantes que las palabras.»[508] Por tanto, no es sorprendente que las conversaciones con Molotov fracasaran, y el 18 de diciembre de 1940, poco después de que hubieran terminado, Hitler publicó la directriz formal de la Operación Barbarroja (*Unternehmen Barbarossa*), esto es, la invasión de la Unión Soviética.

Por otro lado, los acontecimientos que se desarrollaban en Polonia seguían demostrando que la interrelación entre Hitler y sus seguidores podía crear un dinamismo y una destructividad inmensos. Al igual que en el período anterior a la guerra, el hecho de que Hitler no dejara claros unos objetivos concretos era un factor clave en su forma de dirigir a sus seguidores ideológicos. En palabras del profesor Norbert Frei: «El *quid* de la cuestión era ser impreciso… No te formas una idea coherente aunque estés en la cima de la jerarquía»[509]. Tal como dijo Joseph Goebbels el 5 de abril de 1940 durante una reunión informativa confidencial para la prensa alemana: «Si alguien os pregunta hoy en día cómo concebimos la nueva Europa, tenemos que decir que no lo sabemos. Está claro que tenemos una idea. Pero si la expresamos con palabras, eso creará enemigos al instante e incrementará la resistencia… Hoy decimos “Lebensraum”. Cada cual puede imaginarse lo que quiera. Sabremos lo que queremos cuando llegue el momento»[510].

Entre los nuevos dirigentes de Polonia, esta forma de liderazgo era una receta para alcanzar niveles inauditos de violencia y caos. Por ejemplo, tanto Arthur Greiser, gobernante de una zona recién creada y denominada el Warthegau en Polonia, como Arthur Forster, el dirigente nazi de Danzig/Prusia Occidental, ejercían un poder descomunal sin rendir cuentas a ninguna otra autoridad. Ambos eran *Gauleiter*, o líderes de distrito (el Reich estaba dividido en «Gaue» o «distritos», cada uno con su propio «Gauleiter»). Esos hombres —y todos eran varones— eran designados

directamente por Hitler y rendían cuentas ante él. Muchos llevaban con él desde el principio del movimiento nazi. Albert Forster, por ejemplo, se hizo soldado de las tropas de asalto nazis en 1923 a la edad de veintiún años. Hitler había dicho tanto a Forster como a Greiser que «tenían diez años para contarle que la germanización de sus provincias había finalizado y él no cuestionaría sus métodos»[511]. Por tanto, como ambos gozaban de libertad total para ejercer sus funciones, cada uno planteó el trabajo de forma distinta. Greiser, que era un estrecho colaborador de Himmler, utilizaba métodos aprobados por los nazis a la hora de determinar quién era «alemán» en su región de Polonia y quién no. Forster, que era igual de cruel pero más liberal en cuanto a sus métodos, creía que sería más rápido averiguar qué pueblos parecían germánicos y luego «germanizar» a los habitantes en masa. En ambos casos, las consecuencias para aquellos que no eran considerados «alemanes» serían catastróficas: la deportación al Gobierno General, el hambre y la muerte fueron la suerte que corrieron muchos de ellos.

La situación en Polonia se tornó aún más caótica debido a la llegada de varios cientos de miles de personas de etnia alemana que, en virtud de un acuerdo con Stalin, pudieron emigrar al Reich desde regiones como los estados bálticos dentro de la recién expandida Unión Soviética. Para muchos fue una sorpresa mayúscula el descubrir que el Reich en el que se les ordenó que se asentaran no estaba dentro de las fronteras de Alemania previas a la guerra, sino en territorios recientemente incorporados que, hasta hacía poco, habían pertenecido a Polonia. A algunos de los nuevos llegados simplemente se les entregaban pisos y negocios expropiados a los polacos que habían sido deportados o a judíos que se hallaban confinados en guetos. No obstante, la mayoría de las personas de etnia alemana no encontraron un nuevo hogar, sino que se consumieron en campos de acogida esperando a que las autoridades nazis resolvieran la cuestión.

El responsable de todo este tormento humano fue Heinrich Himmler. Él, así como otros dirigentes nazis destacados en Polonia, como Forster y Greiser, había recibido un amplio margen de maniobra por parte de Hitler para utilizar cualquier método que considerara necesario en la reorganización de Polonia conforme a criterios raciales. Himmler sabía con certeza que Hitler apoyaría la adopción de medidas violentas y radicales para llevar a cabo dicho trabajo. Himmler, que tenía tan solo treinta y nueve años en el verano de 1940, ya era un veterano dentro del movimiento nazi. Había participado en el *Putsch* de la Cervecería en 1923 y más tarde se había vuelto en contra de su antiguo jefe, Ernst Röhm, en la «Noche de los cuchillos largos» de 1934.

Asimismo, Himmler era un ferviente partidario de la importancia primordial de la «raza» en la historia del ser humano. «Debemos tener clara una cosa», dijo en un encuentro de *Gauleiter* nazis en febrero de 1940: «estamos plenamente convencidos; yo lo creo así, igual que creo en Dios, creo que nuestra sangre, la sangre nórdica, es la mejor sangre de la Tierra… Dentro de miles de siglos, esta sangre nórdica seguirá siendo la mejor. No hay otra. Somos superiores a todo y a todos. Una vez que nos

hayamos liberado de nuestras inhibiciones y constricciones, no habrá nadie que pueda superarnos en calidad ni en fuerza.»[512]

En un intento por conseguir «la mejor sangre», Himmler había sido nombrado por Hitler «Comisario del Reich para el Reforzamiento de la Identidad Nacional Alemana» en octubre de 1939, y desde ese cargo había iniciado una de las mayores reorganizaciones étnicas de la historia. O, tal como lo describía Goebbels en su diario en enero de 1940: «Himmler está cambiando a las distintas poblaciones. No siempre con éxito»[513].

Una condición imprescindible para que Himmler tuviera margen de maniobra en sus acciones violentas en el Este era, como cabría esperar, la confianza de Hitler en que le fuera sumamente leal y coincidiera plenamente con su «genialidad carismática». En enero de 1923, incluso antes de conocer personalmente al *Führer*, Himmler escribió: «En verdad es un gran hombre y, por encima de todo, un hombre puro»[514]. Pero, pese a la confianza de Hitler en la lealtad de Himmler, el líder de las SS tuvo que imponer los cambios que deseaba a otros intereses nazis en Polonia. Cuando, por ejemplo, Himmler se opuso al laxo estilo de Albert Forster en la selección racial llevada a cabo en Danzig/Prusia Occidental, se dio cuenta de que poco podía hacer para que se cumpliera su voluntad, ya que Forster tenía acceso directo a Hitler por su condición de *Gauleiter*. Himmler también tuvo problemas con Göring, que había accedido a las objeciones de Hans Frank, el dirigente nazi del Gobierno Central, después de que este se quejara a Göring, en calidad de jefe del Plan Cuatrienal, del efecto de las deportaciones masivas hacia su región de Polonia realizadas en virtud de la reorganización racial de Himmler.

Pero Himmler era una experto a la hora de moverse por este laberinto de cargos y ambiciones en conflicto. Sabía que a Hitler no le gustaba leer memorandos y que casi siempre pedía que sus subordinados le avanzaran sus necesidades escuchando sus retahílas verbales. Así, al fin y al cabo, había entendido Himmler lo que se le exigía tanto a él a título personal como a las SS en su conjunto en el momento del ataque a Röhm y al liderazgo de las SA. Pero Himmler también se dio cuenta de que, muy de vez en cuando, valía más la pena presentar a Hitler las propuestas por escrito. Sabía que esto había que hacerlo únicamente cuando existía una necesidad urgente de que el *Führer* tomara una decisión clara y cuando el momento para acercarse era propicio. En mayo de 1940 creyó que se daban estas dos condiciones cuando escribió un largo memorándum a Hitler titulado «Algunas ideas sobre el trato de la población extranjera en el Este». Había una necesidad evidente de que Hitler promulgara directrices sobre cómo aplicar la política racial en Polonia, y el memorándum se concibió de modo que le llegara a Hitler en un momento en el que los alemanes estaban realizando progresos en la batalla de Francia.

Himmler no estaba planteando problemas irresolutos a Hitler. Por el contrario, estaba ofreciéndole una forma de desarrollar lo que sabía que era la visión del *Führer* para el Este. Propuso conservar a la población «no alemana» de los «territorios del

Este» como esclavos ignorantes y que solo se les enseñara lo siguiente: «Aritmética simple que no supere la cifra 500, escribir su nombre, la doctrina de que hay un mandamiento divino que obliga a obedecer a los alemanes, a ser honesto, trabajador y virtuoso. No creo que sea necesario enseñarles a leer»[515]. Mientras tanto estaban peinando todo el territorio en busca de niños de su «sangre» a los que secuestrarían y llevarían a Alemania para criarlos.

Era justamente el tipo de plan radical y racista hecho a la medida de Hitler. Este dijo a Himmler que consideraba que el memorándum era «gut und richtig» («bueno y correcto»). «Así se toman las decisiones», afirma el profesor Christopher Browning. «Hitler no elabora un plan intrincado, lo firma y lo distribuye por toda la cadena. Lo que vemos aquí es una forma de alentar a Himmler a enfrentarse a los demás y la capacidad de recurrir a la aprobación de Hitler si estos no ceden. Y Hitler siempre puede echarse atrás más adelante, claro está. Como vemos, se está reservando sus opciones, pero alienta a Himmler, que ha previsto que esas son precisamente las cosas que a Hitler le gustarían a la larga.»[516]

El sistema de una «visión desde arriba», cuya definición y puesta en práctica quedaba luego en manos de sus subordinados, generaba una tendencia a que estos prometieran mucho más de lo que podían llegar a cumplir. A diferencia de los generales que, por ejemplo, habían planteado serias objeciones al plan de invasión de Francia propuesto por Hitler, quienes creían sin reservas en su carisma, como Himmler y Göring, pretendían complacer a su jefe ofreciéndole garantías de que se podía lograr casi lo imposible y, en ocasiones, lo realmente imposible. En verano de 1940, Göring ya había demostrado esta propensión en muchos momentos; en el ámbito económico, fijando objetivos poco realistas en el Plan Cuatrienal; y en el entorno militar, garantizando a Hitler que la Luftwaffe podría acabar con las tropas aliadas congregadas en las playas de Dunkerque. Himmler también había demostrado que no podía cumplir sus ambiciosos planes para la reorganización racial. El traslado masivo de polacos dentro de su territorio había provocado un caos administrativo y económico y, para colmo, varios cientos de miles de personas de etnia alemana que habían llegado al nuevo Reich llenas de esperanza en cuanto al futuro se habían visto obligadas a vivir en campamentos temporales porque no tenían otro sitio adonde ir. No obstante, en su memorándum del 15 de mayo, Himmler omitió todos esos problemas y, en su lugar, definió la idea de extender la reorganización racial hacia el Este. Himmler, al igual que Göring, sabía que, por encima de todo, a Hitler le atraían los planes que irradiaban tanto optimismo como radicalismo.

Una consecuencia más de este aspecto del liderazgo carismático de Hitler fue que sus subordinados directos llegaron a imitar la tendencia de su *Führer* a hacer caso omiso de los problemas prácticos que obstaculizaban un fin último. Himmler demostró esta cualidad en numerosas ocasiones, pero la más evidente fue durante su visita al campo de concentración de Auschwitz en la primavera de 1941. En esa fase de su construcción, Auschwitz era un campo diseñado para infundir el miedo entre la

población polaca de la Alta Silesia. Cuando el campo abrió sus puertas en junio de 1940, los primeros reclusos fueron prisioneros políticos polacos. Aunque muchos sí que murieron a consecuencia de un trato vejatorio, todavía no era un lugar de exterminación sistemática. Himmler decidió ir a ver el campo porque sabía que la gigantesca empresa de productos químicos I G Farben estaba interesada en abrir una nueva fábrica cerca de allí, y esperaba que Auschwitz pudiera proporcionar algunos trabajadores a este complejo de goma sintética, o *Buna*.

El 1 de marzo de 1941, Himmler se reunió con el comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, junto con otros nazis de la zona, incluido el *Gauleiter* de la Alta Silesia, Fritz Bracht. Himmler anunció que el tamaño del campo iba a multiplicarse por tres, y desestimó toda una serie de objeciones a sus planes —como el problema del drenaje— con las siguientes palabras: «Caballeros, el campo se va a ampliar. Mis razones para que así sea son mucho más importantes que sus objeciones»[517]. Una frase así podría haberla pronunciado Hitler perfectamente, y —desde cualquier punto de vista— no tenía ningún sentido, ya que las objeciones prácticas a los planes de Himmler no iban a desaparecer por más que él quisiera que dichos planes salieran adelante. Ese mismo día, Rudolf Höss trató de convencer una vez más a Himmler de la gravedad de los problemas a los que se enfrentaba para intentar ampliar la capacidad del campamento de diez mil a treinta mil reclusos. «¡No quiero volver a oír hablar de dificultades!», replicó. «¡Para un soldado de las SS no existen las dificultades! Y cuando aparecen, su trabajo es deshacerse de ellas. ¡Cómo lo haga es asunto suyo, no mío!».

Aunque es preciso señalar que este sistema de administración era sumamente estrambótico, había ciertas razones subyacentes por las que siguió funcionando (y más tiempo del que habría cabido suponer). Hitler llevaba años insistiendo en que los objetivos podían alcanzarse a base de fuerza de voluntad y de fe, y aseguraba haber demostrado esa realidad mediante logros como la subida al poder de los nazis y la victoria sobre Francia. No obstante, lo más significativo es que la gente que acabaría sufriendo las consecuencias de los fracasos a la hora de alcanzar dichos objetivos ambiciosos solían ser aquellas personas que no les importaban a los nazis o a las que estos querían ver sufrir. En el caso de los polacos, los miles de ciudadanos que perecieron en los trenes rumbo al Gobierno General o que estaban muriéndose de hambre al llegar y no encontraron nada para comer ni un lugar donde alojarse fueron repudiados por los nazis, que los consideraban un elemento desdeñable de la «clase obrera sin líder».

Esa tendencia a fijarse objetivos absurdos para luego descartar el consiguiente sufrimiento cuando no se cumplían se hizo patente sobre todo en el contexto de la política nazi respecto de los judíos. Los nazis tenían una cifra elevada de judíos polacos bajo su control a finales de septiembre de 1939 —cerca de dos millones—, y la «visión» inicial de Hitler para ellos se desprendía, como cabría esperar, de los objetivos previos a la guerra relativos a la persecución y la expulsión. Varios miles de

judíos polacos murieron a manos de las fuerzas especiales —*Einsatzgruppen*—, pero muchos más fueron enviados a guetos antes de su deportación. Y el potencial para que cada comandante realizara el trabajo a su antojo estaba contemplado en el plan desde sus inicios. Reinhard Heydrich escribió en una lista de instrucciones para los líderes de los *Einsatzgruppen*: «Es obvio que las tareas que se avecinan no pueden determinarse al detalle desde aquí. Las siguientes instrucciones y directrices tienen como único propósito instar a los líderes de los *Einsatzgruppen* a sopesar ellos mismos las consideraciones prácticas»[518].

El 29 de septiembre, Hitler manifestó su deseo de que los judíos fueran trasladados al extremo suroriental del nuevo imperio nazi, entre los ríos Bug y Vístula[519], una región remota cerca de la frontera con la zona polaca ocupada por los soviéticos, donde se los llevaría por la fuerza a campos de trabajo. Adolf Eichmann, un capitán de las SS (*Hauptsturmführer*) de treinta y tres años que había sido clave a la hora de organizar la deportaciones de judíos desde Austria tras el *Anschluss*, tuvo conocimiento de esa idea y trató de ponerla en práctica sin demora. Nada indica que Eichmann hubiera recibido dicha orden. En lugar de eso, decidió *motu proprio* ver si podía organizar las deportaciones que, según él, querían sus superiores. El 6 de octubre, Eichmann se reunió con el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, que era partidario de llevar a cabo algunas deportaciones de prueba para comprobar si el sistema funcionaba. A lo largo de varios días, Eichmann se excedió en dichas instrucciones y empezó a planificar la deportación de judíos desde lugares tan distantes como Viena. Por increíble que pueda parecer debido a la breve escala de tiempo que ello supuso, el primer tren con miles de judíos partió rumbo al sureste de Polonia desde lo que ahora se conoce como Ostrava, en la República Checa, el 18 de octubre, tan solo tres semanas después de que Hitler dejara claros sus deseos[520]. El 20 de octubre salió un tren de Viena con prácticamente el mismo número de judíos.

Al tratar de deportar a los judíos de Viena, Eichmann estaba intentando asimismo solucionar un «problema» que los nazis se habían creado tras el *Anschluss* y el extenso programa de «arianización» que habían impuesto antes de la guerra. Al cerrar o expropiar negocios judíos, los nazis habían provocado que a muchos les fuera imposible ganarse la vida. Si los judíos no eran capaces de emigrar, se convertirían en una «carga» para el estado nazi. Ya antes de la guerra, un estratega nazi, Walter Rafelsberger[521], propuso que los judíos que se quedaran fuesen trasladados por la fuerza a campos en los que se los obligara a trabajar en proyectos de construcción. Ahora, en pleno conflicto, ideas similares a la de Rafelsberger debían de parecer factibles.

No obstante, como era de esperar, el plan de Eichmann devino un caos y provocó un sufrimiento atroz una vez que los judíos llegaron al municipio de Nisko, en la región polaca de Lublin. No había alojamiento para ellos —se les ordenó que construyeran sus propias cabañas—, y muchos fueron trasladados a la frontera con la

parte polaca ocupada por los soviéticos y se les ordenó que se marcharan para no volver. En noviembre de 1939 se prohibieron los traslados de judíos y se aparcó dicho plan, aunque algunos siguieron consumiéndose en el improvisado campo de Nisko hasta la primavera de 1940.

Fue Himmler quien ordenó que se anulara la iniciativa de Eichmann, pero no por el sufrimiento de los judíos que se habían visto implicados en dicha empresa, sino porque su prioridad actual era organizar el transporte de personas de etnia alemana provenientes de territorio soviético, y el proyecto de Eichmann en Nisko estaba consumiendo recursos. Himmler también tenía sus propios planes para deportar a judíos polacos hasta el Gobierno General. Fueron los ingentes problemas administrativos provocados por este improvisado plan los que dieron lugar a las quejas contra Göring y al memorándum que Himmler remitiría al *Führer* en mayo de 1940.

No obstante, a pesar de la fugacidad del plan de Nisko, dice mucho de la naturaleza del sistema de liderazgo nazi, sobre todo en lo relativo a la cuestión judía. Hitler apenas se implicó, pero su visto bueno era crucial. Ahí radicaba la esencia de su liderazgo: un mero indicativo de que favorecía un curso de acción concreto —independientemente de las dificultades prácticas de su aplicación— bastaba para que algunos de sus subordinados se pusieran manos a la obra, incluso algunos tan jóvenes como Adolf Eichmann. De hecho, tal como se demostró en fases posteriores de la política antisemítica nazi, la idea concebida por Hitler de que los sueños más atrevidos podían ser considerados posibilidades prácticas estaba tan presente que el *Führer* no tenía por qué ser el artífice de todas las visiones, sino que otras personas que conocieran sus deseos podían materializarlos en su lugar. Hitler había creado una atmósfera en la que, según observaba Himmler en su discurso de febrero de 1940, los nazis podían «liberarse de sus inhibiciones y restricciones».

En verano de 1940, el plan de Eichmann en Nisko no fue el único que resultó inviable, sino también la idea de Himmler de enviar a judíos polacos al Gobierno General. Mientras tanto, los judíos polacos habían sido confinados en guetos en ciudades más grandes como Varsovia, Lódz y Cracovia, donde muchos de ellos ya estaban muriendo a causa de enfermedades y desnutrición. Estera Frenkiel, por ejemplo, que había sido encarcelada en el gueto de Lódz junto con su familia en la primavera de 1940, afirma que las condiciones eran tan penosas que «uno solo podía pensar en sobrevivir un día más»[522]. Los guetos, que en un principio se idearon como una medida temporal antes de deportar a los judíos, hacían las veces de cárceles para estancias prolongadas. El sufrimiento era incalculable. Un polaco que vio las condiciones del gueto de Varsovia en 1941 escribió lo siguiente en su diario: «La mayoría son figuras de pesadilla, fantasmas de lo que antes eran seres humanos, indigentes miserables, restos deplorables de la humanidad… Por las calles, los niños lloran en vano, niños que están muriéndose de hambre. Aúllan, ruegan, cantan, gimen, se estremecen de frío, sin ropa interior, sin abrigo, sin zapatos, con harapos,

sacos, trozos de franela atados a sus escuálidos esqueletos, niños hinchados por el hambre, desfigurados, semiconscientes, adultos hechos y derechos a la edad de cinco años, tristes y cansados de la vida»[523].

Por supuesto, nazis veteranos como Heinrich Himmler y Hans Frank no solo eran indiferentes a este sufrimiento, sino que realmente querían que sucediera algo así. «Echemos a los judíos con cajas destempladas. Es una alegría poder enfrentarnos físicamente a la raza judía. Cuantos más mueran, mejor»[524], afirmaba Hans Frank en noviembre de 1939, cuando se pretendía enviar a los judíos al este del río Vístula, un plan que estaba condenado al fracaso.

En un intento por llevar a cabo la idea inicial de la expulsión de los judíos, Franz Rademacher, un responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, propuso en el verano de 1940 la extraña y radical solución de enviarlos a la colonia francesa de Madagascar, una isla situada cerca de la costa suroriental de África. La idea de confinar a los judíos en un sitio alejado de Europa no era nueva. Paul de Lagarde, un acérrimo antisemita alemán del siglo XIX[525], fue el primero que propuso mandar a los judíos a Madagascar, no para su bienestar, claro está, ya que estaba a favor de su destrucción de una forma u otra[526]. (Lagarde propugnó otras ideas mucho antes de que los nazis las adoptaran, como su odio hacia el liberalismo y el deseo de que Alemania se hiciera con más territorio). Más tarde, Himmler mencionaba en su memorándum de mayo de 1940 que esperaba «ver cómo el término "judíos" quedaba completamente erradicado a través de una posible migración a gran escala de todos ellos a África o a alguna otra colonia».

Pero fue Rademacher el que sacó a colación la idea de Madagascar. Rademacher no era solo un diplomático de carrera, sino también un nazi convencido, y recientemente había sido nombrado jefe de la sección judía (*Judenreferat*) del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Él pensaba que la derrota de Francia —junto con lo que él suponía que sería la inminente capitulación del Reino Unido y, por tanto, el fin de las hostilidades en Europa— había abierto toda una serie de nuevas posibilidades. Una era que los «judíos occidentales» fueran «expulsados de Europa, a Madagascar, por ejemplo»[527]. El memorándum de Rademacher en el que se incluía esta opción iba dirigido a su jefe, el subsecretario Martin Luther, y estaba fechado el 3 de junio de 1940. Pero solo tres semanas después, Reinhard Heydrich, consciente del intento de Rademacher por implicar al Ministerio de Asuntos Exteriores en un asunto que él consideraba suyo, dijo a Ribbentrop, el ministro de Exteriores alemán, que quería participar en dichas negociaciones. Así fue como, seis semanas más tarde, Eichmann promulgó una exhaustiva propuesta para enviar a cuatro millones de judíos a Madagascar, donde vivirían —y, a su debido tiempo, morirían— supervisados por las SS.

Se sabe que Hitler apoyaba dichas propuestas. Ese verano conversó con Mussolini sobre el plan de Madagascar, y, el 17 de agosto, Goebbels escribió en su diario después de la reunión con Hitler: «Posteriormente queremos transportar a los

judíos a Madagascar»[528]. La noticia llegó incluso a oídos de los judíos recluidos en el gueto de Lódz. «Por aquel entonces se hablaba de Madagascar», explica Estera Frenkiel, que en el verano de 1940 trabajaba de secretaria en la administración del gueto. «Yo misma lo oí en esa época, cuando Richter, de la Gestapo, le dijo a Rumkowski [el jefe judío del gueto]: "Deberíamos trasladaros a todos a Madagascar, y allí serías el rey de los judíos o el presidente…".»[529] En realidad, los judíos habrían sufrido un destino catastrófico si se los hubiera enviado a Madagascar (la valoración anterior a la guerra realizada por la comisión polaca de Lepecki indicaba que en Madagascar se podía dar cabida a menos de diez mil familias[530], y los nazis tenían pensado mandar allí a cuatro millones de judíos).

El plan de Madagascar no duró mucho más que la debacle de Eichmann en Nisko. Siempre había dependido de que el Reino Unido firmara la paz, ya que los judíos no podían ser trasladados a África a menos que las vías de transporte marítimo fueran seguras. Pero, aun así, su breve historia es significativa, ya que demuestra hasta qué punto los defensores ideológicos que rodeaban a Hitler estaban dispuestos a plantearse en términos extremos el posible destino de los judíos.

La planificación de la inminente guerra contra la Unión Soviética tuvo lugar en paralelo a aquellas ideas cada vez más radicales sobre el trato que debían recibir los judíos en concreto y la población polaca en general. Todos esos elementos contribuyeron a producir un considerable torrente de propuestas asesinas, por no decir genocidas. Una investigación pionera realizada por eruditos alemanes durante los últimos veinte años ha demostrado que los «secretarios de Estado» (un cargo parecido al de subsecretario permanente según el modelo gubernamental británico) del sistema nazi teorizaban en términos descabellados y expansivos sobre la posible eliminación e inanición de millones de personas. En parte los motivaba la idea de que en esa región del mundo ya había demasiada gente. Werner Conze, que llegaría a ser profesor de la Universidad del Reich en Posen, escribió lo siguiente justo antes de la guerra: «En grandes zonas del este de Europa Central, la superpoblación rural es uno de los problemas políticos y sociales más graves de nuestros días»[531]. Influidos por las teorías de sociólogos como Paul Mombert, esos estrategas nazis pensaban que podía calcularse la denominada «población óptima» para cualquier territorio. A consecuencia de ello, sostenían que había un elevado exceso de población en las zonas que los nazis ya ocupaban en el Este y en las que pretendían ocupar como resultado de la invasión de la Unión Soviética. Por supuesto, también conocían un antecedente de reducción drástica de la población en una de las regiones que querían ocupar: entre 1932 y 1933, bajo el dominio de Stalin, Ucrania sufrió una hambruna que provocó la muerte de al menos seis millones de personas[532]. Los estudiosos siguen debatiendo si Stalin quería realmente que murieran tantos ucranianos en aras de la modernización soviética, pero lo que sí que está claro es que, cuando estalló la segunda guerra mundial, los nazis ya habían presenciado un claro ejemplo de cómo reducir enormemente la población en Europa del Este en un breve periodo de tiempo

mediante una hambruna.

Para esos estrategas nazis, la guerra constituía sin duda una liberación. Según escribía en su diario el doctor Dietrich Troschke, un joven economista que trabajaba en el Gobierno General, en abril de 1940: «Los que están sirviendo en el Este se hallan en una situación única. Cada individuo tiene ante sí unas oportunidades extraordinarias. Nadie podría haber imaginado un puesto que ofreciera más retos, responsabilidad y margen de iniciativa que cualquier otra ocupación que hayan tenido en su vida»[533].

En palabras del profesor Christopher Browning, los estrategas nazis estaban «un poco embriagados por el deseo de hacer historia… La gente se muestra extasiada con la idea de que están llegando más lejos que nadie, de que van a hacer historia de una forma fascinante y sin precedentes. Eso da lugar a esta extraña mezcla de gente con unas grandes habilidades tecnocráticas y conocimientos técnicos en planificación que también compartían esas visiones utópicas, y esas visiones utópicas son muy embriagadoras. Y es precisamente esa combinación de embriaguez utópica y conocimientos tecnocráticos la que utilizan los nazis para propiciar esa destructividad extraordinaria o, en este caso, los planes para una destructividad extraordinaria»[534].

Como hemos visto, para Hitler, la guerra fue «ideológica» desde el momento en que las tropas alemanas entraron en Polonia en septiembre de 1939, pero las consecuencias de esta mentalidad ideológica se iban a hacer más patentes y a acrecentar en la guerra contra la Unión Soviética. Hitler explicitó este deseo en el célebre discurso que pronunció ante soldados alemanes veteranos el 10 de marzo de 1941, cuando declaró que la guerra contra la Unión Soviética era una «guerra de aniquilación»[535]. Concretamente, instó a la «aniquilación de los comisarios bolcheviques y del espionaje comunista».

Un mando subalterno del ejército alemán, que conocía la decisión de asesinar a responsables políticos soviéticos (los «comisarios») antes de la invasión de la Unión Soviética y la aceptó, recuerda lo que pensó en ese momento: «La diferencia [entre luchar contra los soviéticos y hacerlo en el frente occidental] era que el pueblo ruso o los soldados del Ejército Rojo eran considerados seres inferiores y que era una acción masiva, es decir, que había masas de soldados rusos. Y esta fuerza, esta superioridad cuantitativa de personas tenía que cambiar… [Los líderes nazis] dijeron que se había acabado el tiempo, que teníamos que luchar, que teníamos que seguir adelante y que no importaba si en el camino morían unos cuantos rusos más. Es un grupo inferior de personas… eran personas inferiores que nos otorgaron el derecho moral de destruirlas, de exterminarlas en parte para que dejaran de suponer un peligro para nosotros… A los bolcheviques siempre se los retrataba con un cuchillo ensangrentado entre los dientes, como alguien que solo destruye, dispara a gente y la apalea hasta la muerte, que la tortura y la deporta a los campos de Siberia… Había bolcheviques que eran capaces de cualquier atrocidad o acto de violencia, y no debían llegar a dominar el mundo»[536].

Con ese telón de fondo —el deseo de Hitler de librar una «guerra de aniquilación» contra un «grupo inferior de personas»—, se reunió un grupo de secretarios de estado, mandos del ejército y otros responsables el 2 de mayo de 1941. La opinión que se forjaron en la reunión quedó reflejada en los primeros dos puntos de su memorándum final: «1. La única forma de seguir combatiendo es que la Wehrmacht se alimente de Rusia durante el tercer año de la guerra. 2. Por tanto, no cabe duda de que "x" millones de personas morirán de hambre si se extrae de la tierra lo que necesitamos»[537]. Con el «tercer año de la guerra», esos militares se referían al período comprendido entre septiembre de 1941 y agosto de 1942. Y la cifra de «x» millones terminaría siendo «treinta»[538].

Este extraordinario documento del «plan de inanición» —que, enmarcado en el contexto del comprensible hincapié que se hizo posteriormente en los horrores del Holocausto, no ha recibido la atención que merecía— no apareció por casualidad en esa reunión, sino que más bien era consecuencia de una cadena de causalidades que llegaba hasta Hitler. La única figura gubernamental veterana que asistió a la reunión, Alfred Rosenberg, tenía una cita con Hitler ese mismo día para hablar «con más detalle de las cuestiones del Este[539]» y, sin duda, quería presentar propuestas concretas que resultaran atractivas al *Führer*. Luego estaba la consecuencia estructural de que Hitler no quisiera que sus ministros veteranos se citaran para hablar de política —la última reunión del gabinete se había celebrado en 1938—, lo que significa que las reuniones a un nivel inferior al de los ministros del gabinete o secretarios de estado cobraron una importancia crucial[540]. (No fue casualidad que una de las reuniones más célebres de toda la guerra —el debate de la conferencia de Wannsee en enero de 1942 sobre el destino de los judíos— también se llevara a cabo, al igual que la reunión de la «inanición» del 2 de mayo, a este nivel de secretarios de estado). Asimismo, había que tomar en consideración la notable influencia del liderazgo de Hitler, tanto en su contenido como en su forma, en los hombres que el 2 de mayo propusieron obligar a millones de personas a morir de hambre. Hitler no solo había anunciado que iba a ser una guerra de «aniquilación», sino que ya había demostrado en numerosas ocasiones hasta qué punto quería que sus seguidores pensaran en soluciones «radicales».

Por tanto, hay motivos de sobra para suponer que los hombres que se sentaron en torno a la mesa de debate el 2 de mayo de 1941 creían que estaban trabajando en aras de los intereses tanto de su líder como de su país al planificar que treinta millones de personas murieran de hambre. En concreto, recordaban cómo los Aliados habían sitiado Alemania en la primera guerra mundial en un intento por forzar la rendición por medio de la inanición. Por consiguiente, explica el profesor Adam Tooze, «lo que vemos en la retórica de 1940 a 1942 es esta especie de tergiversación en la que afirman que "alguien se va a morir de hambre, pero esta vez no vamos a ser nosotros"». Y, a diferencia de las decisiones sobre el Holocausto, que en su mayoría solían comunicarse con eufemismos (la gente a la que se iba a asesinar, por ejemplo,

era sometida a un *Sonderbehandlung* o «trato especial»), el Plan del Hambre estaba «explícitamente documentado en instrucciones que se promulgaron para las fuerzas alemanas de ocupación. Así que los comandantes de las guarniciones alemanas en las regiones postreras tenían instrucciones explícitas en las que se decía que, si te sentías inclinado a repartir comida entre los rusos que estuvieran muriéndose de hambre, te recordaras a ti mismo y a tus subordinados que lo que estaba en juego era nada más y nada menos que la supervivencia del Reich y la continuación de la guerra hacia su segundo, tercer y cuarto año»[541].

Este tipo de lógica, claro está, es una aplicación de la particular forma de ver el mundo que tenía Hitler en términos disyuntivos: «O aniquilamos al enemigo o seremos aniquilados nosotros en su lugar». Esta forma sencilla y emocional de reducir cuestiones complejas a alternativas absolutas había sido un componente clave del liderazgo carismático de Hitler desde sus primeros discursos en la cervecería. Por tanto, no debería sorprendernos que, tan solo unos días antes de la invasión de la Unión Soviética, Hitler hablara en términos parecidos con Joseph Goebbels: «El *Führer* afirma que debemos alcanzar la victoria por las buenas o por las malas. Tenemos una responsabilidad tan grande que debemos hacernos con la victoria porque, de lo contrario, todo nuestro pueblo… será exterminado»[542].

El plan de inanición, al igual que toda una serie de iniciativas nazis anteriores, acabó resultando inviable a la escala prevista: las fuerzas alemanas carecían de los recursos necesarios para encarcelar a millones de personas en cada ciudad soviética y dejar que murieran de hambre. Pero hubo lugares en los que se puso en práctica la idea subyacente del plan. El ejército alemán, por ejemplo, sitió Leningrado (actualmente llamada San Petersburgo) entre septiembre de 1941 y enero de 1944, y a consecuencia de ello murieron más de seiscientos mil civiles, muchos por falta de comida. Asimismo, el deseo de no «malgastar» valiosos alimentos con el enemigo fue uno de los motivos por los que fallecieron más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos capturados por los alemanes. También hubo ciudades concretas, como Járkov, situada en el este de Ucrania, en las que las autoridades alemanas sí que trataron de imponer una política de inanición. Járkov fue la ciudad soviética más poblada que ocupó el ejército alemán durante la guerra. Desde su llegada en octubre de 1941 hasta que fueron expulsados por el Ejército Rojo en agosto de 1943[543], estaba claro que arrebatar la comida a sus habitantes era una idea que tenían muy presente. «Un soldado entró a toda prisa en nuestra habitación», asegura Inna Gavrilchenko, a la sazón una colegiala de quince años, «y se puso a buscar. Fue corriendo a mirar detrás de las estanterías y empezó a rebuscar y a tirar algunas cosas, a tirar libros… Luego encontró azúcar, teníamos un poco de azúcar.»[544]

Tras robar suministros a los habitantes de Járkov, los alemanes aislaron la ciudad todo lo que pudieron para impedir que los residentes se marcharan, y solo ofrecían alimentos a los pocos soviéticos que les ayudaban a dirigirla. Al resto —unos cien mil ciudadanos— los dejaron morir de hambre. Inna Gavrilchenko vio cómo su padre

moría de inanición, y llegó a conocer bien sus síntomas. «Lo primero que le pasa a tu cuerpo cuando te estás muriendo de hambre es que le faltan proteínas, y empieza a hincharse. Pero no se hincha por todas partes. Empieza por las manos o los pies. Así que si te miras el brazo, parece un palo con un guante de boxeador puesto. Y no puedes cerrar el puño porque no se te doblan los dedos de lo hinchados que están. Lo mismo ocurre con las piernas —las piernas son como palos—, y los pies están hinchados. También se hincha el vientre, y la cara presenta una hinchazón muy particular. Solo se hinchan algunas partes de la cara, y se desfigura. Y una cosa más: en las fases finales de la inanición, se te estiran los labios; es lo que llaman la sonrisa del hambre. No sabes si la persona está riéndose o llorando, pero los dientes quedan al descubierto. Luego viene la diarrea, la denominada diarrea del hambre. Y luego sientes un sabor amargo en la boca, y te sale un sarpullido en la lengua y, más tarde, en la boca, un sarpullido rojo.»[545]

Algunos alemanes se deleitaron en la destrucción del pueblo de Járkov. Una vez, por ejemplo, Anatoli Reva, que por aquel entonces no era más que un niño, se acercó a un grupo de soldados alemanes y les pidió algo de comer, y ellos le dieron un saco lleno de excrementos humanos. «No tenían ningún tipo de sentimiento», afirma. «No sentían lástima por los niños.»[546] Pero hubo otros que sí mostraron algo de compasión, tal como recuerda Inna Gavrilchenko: «Iba por la calle y ya era bien entrada la tarde, eran las tres, creo, y se estaba haciendo de noche. Y sabía que después de las cuatro me podían disparar [por estar en la calle], pero no podía andar más deprisa y todavía me quedaba un buen trecho para llegar a casa. Vi a un soldado alemán bajito, recuerdo que era muy bajito, y le paré y le pregunté qué hora era. Recuerdo que eran las tres y algo, casi las cuatro. Y me preguntó: "¿Adónde vas?", y yo respondí: "A casa". Y él me dijo: "¿Está lejos de aquí?", a lo que yo repliqué: "Bastante". Y me dijo: "Vale, pues te acompaño". Y me acompañó casi hasta casa y luego me miró y recuerdo que tenía algo, una bolsa tal vez. Me quedé callada durante un minuto y sacó un trozo de salchicha y me lo dio. Yo no sabía qué hacer, y él salió corriendo… Así que no todos los alemanes eran iguales. No todos los alemanes eran iguales, y no se puede afirmar que todos los que eran de las SS eran malos y los que no, eran buenos. No se puede afirmar eso. No eran todos iguales»[547].

Estas experiencias contradictorias por parte de los alemanes que ocuparon Járkov ejemplifican una cuestión más general, ya que una cosa era reunirse en un despacho cálido de Berlín y solicitar que se dejara morir de hambre a treinta millones de personas en la Unión Soviética, y otra muy distinta presenciar personalmente el sufrimiento de mujeres y niños moribundos. Muchos soldados alemanes podían aceptar las razones por las que esas personas tenían que morir así, pero otros no. El plan de inanición no había tenido en cuenta los sentimientos de las personas que debían ponerlo en práctica. Y, como quedó demostrado, no todos los alemanes eran despiadados. Esta fue una cuestión en la que Hitler no reparó. En el núcleo de sus discursos y sus órdenes —de hecho, en lo más profundo de su naturaleza— había una

falta de compasión, la idea de que los individuos no importaban, y de que lo que importaba era el «Volk», el «pueblo». Asumió que podía persuadir a millones de alemanes para que aplicaran sus políticas con la misma brutalidad que él demostraba. Y en ocasiones tuvo éxito pero en otras, no.

La futura guerra contra la Unión Soviética también brindaba a los nazis otras posibles «soluciones» al «problema» con los judíos que habían creado ellos mismos. Hitler se reunió con Hans Frank, el dirigente del Gobierno General, el 17 de marzo de 1941 y le dijo que, lejos de ser el «vertedero» del Reich, su objetivo era conseguir que el Gobierno General estuviera «libre» de judíos, «con el objetivo de que esa región se acabara convirtiendo en un territorio exclusivamente alemán en los próximos quince o veinte años»[548]. Otros documentos similares de esa época dejan claro que a los judíos los iban a enviar a territorios soviéticos conquistados una vez que se ganara la guerra contra Stalin, que Hitler pensaba que duraría tan solo unas semanas[549]. El plan de Nisko había fracasado; el plan de Madagascar, también; pero ahora la idea de controlar los páramos de la Unión Soviética brindaba a los nazis una oportunidad de eliminar a los judíos del Reich.

Dicha deportación —al igual que el resto de planes anteriores durante la guerra— habría tenido, sin lugar a dudas, unas consecuencias genocidas. Los nazis no solo habían planificado que treinta millones de ciudadanos soviéticos murieran de hambre en el territorio al que pretendían enviar a los judíos, sino que, además, Hitler, hablando de la invasión que se avecinaba, dijo al general Jodl el 3 de marzo de 1941: «El espionaje judeo-bolchevique, que hasta el momento son los opresores del pueblo, debe ser eliminado»[550]. Asimismo, se formaron unas unidades especiales de los *Einsatzgruppen* bajo el mando de Reinhard Heydrich para que fueran justo detrás de las tropas de avance alemanas y se encargaran de fomentar pogromos contra los judíos soviéticos y acabaran con los «judíos al servicio del partido o del estado»[551]. En esa fase de la planificación, la mayoría de los líderes del ejército aceptaron no solo la existencia de los *Einsatzgruppen*, sino todas las consecuencias prácticas de esa «guerra de aniquilación»: desde la decisión de asesinar a responsables políticos soviéticos y la eliminación inmediata de defensores del partido hasta la imposición de represalias masivas contra comunidades enteras en caso de resistencia civil.

Hitler estaba a punto de conseguir la guerra que siempre había deseado: una lucha a muerte contra el que él consideraba el régimen más peligroso del mundo. Que quisiera conquistar territorio en el oeste de la Unión Soviética no es sorprendente (eso ya lo había afirmado en *Mein Kampf* en 1924). Lo que sí es sorprendente es que hubiera llegado a un punto en la primavera de 1941 en el que pudiera hacerlo con tanta gente siguiéndole en esa sangrienta aventura. Tal como hemos visto, hay toda una serie de razones por las que logró alcanzar este fin, tanto prácticas como ideológicas. Pero la que engloba a todas las demás y explica por qué tantos millones de alemanes aceptaron esta nueva guerra en el Este era su fe en el criterio de Adolf Hitler, una fe basada en una combinación de sus éxitos pasados y de su liderazgo

carismático. No obstante, ya durante la fase de planificación, este nuevo conflicto parecía extremadamente arriesgado. A principios del año 1941, por ejemplo, era evidente por la obra del general Georg Thomas[552], que el ejército alemán no tenía combustible más que para dos meses de guerra en la Unión Soviética, y solo si llegaban hasta el petróleo del Cáucaso —a más de tres mil doscientos kilómetros de Berlín— podría obtener el combustible que necesitaría en un futuro. Pero, aunque los alemanes lograran llegar al Cáucaso a tiempo, cosa dudosa, seguía existiendo el problema del transporte de ese petróleo a la región del Imperio alemán en la que era necesario.

En una proclama dirigida al pueblo alemán el 22 de junio de 1941, Hitler afirmó que se había visto obligado a ordenar un ataque a la Unión Soviética porque los Aliados occidentales habían estado tramando la destrucción de Alemania con Stalin y los líderes soviéticos: «Se ha convertido en una necesidad el oponerse a la conspiración de los belicistas judeo-anglosajones, al igual que a los poderes dominantes judíos del centro de control bolchevique de Moscú»[553]. Pero se trataba de una frívola falsedad y formaba parte de lo que Churchill denominaba «sus formalidades de perfidia habituales»[554]. La verdad era que Hitler había iniciado lo que él mismo calificaba como la «mayor lucha de la historia del mundo[555]» porque quería que así fuera. Y esta decisión sería el principal motor de la derrota de Alemania y la destrucción de su liderazgo carismático.

14

Falsa esperanza y el asesinato de millones de personas

Cuando los primeros soldados de la Wehrmacht atravesaron la frontera soviética a primera hora del domingo 22 de junio de 1941, no solo emprendieron la invasión más larga y sangrienta de la historia, sino la mayor prueba hasta la fecha para el liderazgo de Hitler, una prueba que terminaría constatando la precariedad de su dominio carismático.

Había un consenso entre los alemanes —y no solo entre ellos— en torno al hecho de que la Unión Soviética sería derrotada en muy poco tiempo. Según afirma el profesor *sir* Ian Kershaw: «En ese momento, Hitler pensaba que bastaría con cinco meses, Goebbels creía que serían cuatro y algunos generales calculaban que tardarían aún menos. Era una situación de locura generalizada entre los alemanes, si queremos verlo así. Pero el servicio secreto estadounidense pensaba que estaría [finiquitado] entre tres y seis semanas, ya que consideraba que el Ejército Rojo no iba a ser capaz de plantar cara a la Wehrmacht. El espionaje británico también creía que era un desenlace inevitable y que los alemanes iban a vencer en la Unión Soviética»[556].

Volviendo la vista atrás, ahora que conocemos la descomunal cantidad de recursos industriales y humanos que la Unión Soviética logró movilizar para esta guerra, resulta casi incomprensible que la opinión de que el régimen de Stalin fuera a hacerse añicos estuviese tan generalizada, tanto entre los Aliados como entre los alemanes. Pero esa confianza en una rápida victoria alemana se cimentaba en lo que parecía un cálculo racional. Tal como hemos visto, la gente pensaba que Stalin había debilitado enormemente el Ejército Rojo con las purgas de los años treinta y que ese era uno de los factores que explicaban los pobres resultados soviéticos en la reciente guerra de Finlandia. Y también estaba el hecho de que Alemania hubiera cosechado una victoria en apariencia milagrosa sobre Francia en poco más de seis semanas. Pero en esas opiniones aparentemente racionales subyacían ciertos prejuicios. En Occidente, algunas figuras destacadas despreciaban el régimen de la Unión Soviética y la tenían en pésima consideración. Cuando se celebraron las «tres grandes» conferencias en Teherán y Yalta, muchos miembros de la Alianza «curiosamente» habían olvidado la deslucida retórica que el presidente Roosevelt había utilizado en un primer momento para apoyar a Stalin en junio de 1941. Un senador estadounidense —Bennett Clark, de Misuri— llegó incluso a decir: «Es el típico caso del perro que se come a otro perro. Stalin tiene las manos tan manchadas de sangre como Hitler. No creo que debamos ayudar ni a uno ni a otro»[557]. Por otro lado, un general británico escribió en su diario el 29 de junio de 1941: «Yo trato de no emplear

la expresión “Aliados”, ya que los rusos no son más que un puñado de ladrones, asesinos y traidores de la peor ralea»[558].

En cuanto a las razones que explican la victoria alemana en Francia, los Aliados la atribuyeron a la brillantez de la Wehrmacht —esa «temible maquinaria militar», tal como describió Churchill al ejército alemán en su discurso del 22 de junio de 1941—, y no a la incompetencia de británicos y franceses. En ese mismo discurso, Churchill habló de los «ejércitos mecanizados» que Hitler había lanzado sobre la Unión Soviética, pero, como hemos visto, la verdad es que los ejércitos del Reino Unido y Francia estaban más mecanizados que los alemanes en el momento en que estos invadieron Francia. Por supuesto, es comprensible que los líderes aliados prefirieran centrarse en la fuerza de su enemigo que en su ineptitud pretérita, pero la consecuencia fue que se exageró la fortaleza material del ejército alemán.

Durante los primeros días de la guerra, cuando los alemanes atravesaron las fronteras de la Unión Soviética en tres grandes bloques —con los Grupos del Ejército del Norte, del Centro y del Sur—, daba la impresión de que la profecía de una victoria fácil sobre el Ejército Rojo era cierta. Peter von der Groeben, por aquel entonces un joven comandante, recuerda: «Pensábamos que para Navidad todo se habría acabado»[559]. Carlheinz Behnke, que formaba parte de la División SS-Panzer Wiking, «asumía», del mismo modo que el resto de sus compañeros, que la victoria «se alcanzaría rápidamente, igual que en el caso de Francia, que sin duda llegaríamos hasta el Cáucaso para luego enfrentarnos con Turquía y Siria. Eso es lo que pensábamos en aquel momento… Estábamos deseosos de que nos desplegaran, y el 22 de junio dijimos: “Ahora vamos a tener nuestra oportunidad, ahora vamos a poder demostrar lo que valemos, ahora, en el Este, vamos a ser capaces de proseguir lo que empezaron nuestros compañeros al principio de la guerra”. Así que lo que se esperaba era una “guerra relámpago”. En esa época teníamos diecisiete o dieciocho años, éramos jóvenes, y nos metimos en esa guerra con bastante despreocupación… Ahora teníamos la oportunidad de demostrar nuestra valía como soldados y queríamos dejar claro que éramos tan o más capaces que nuestros predecesores… Bueno, pensábamos que lo tendríamos todo bajo control para la llegada del invierno, lo que nos daba entre cuatro y cinco meses de margen. Y los éxitos iniciales demostraron que estábamos en lo cierto. Justo al principio, después de atravesar las fortificaciones de la frontera, apresamos a cientos de miles de rusos, y estaba claro que en unas semanas o meses, ese inmenso imperio se desmoronaría y habríamos logrado nuestro objetivo»[560].

En una semana, los alemanes estaban listos para tomar Minsk, la capital de Bielorrusia. El 2.º Grupo Panzer de Guderian parecía estar recreando el éxito de Francia, o incluso superándolo, ya que en cuestión de cinco días había realizado una incursión de casi trescientos veinte kilómetros en la Unión Soviética. En Alemania, todo esto parecía confirmar que la victoria sería fácil y rápida. «En los noticiarios semanales veíamos imágenes gloriosas del ejército alemán con todos los soldados

cantando, saludando y coreando», recuerda Maria Mauth, que por aquel entonces era estudiante, «y, claro está, era un sentimiento contagioso: ¡Debió de ser pan comido! Eso era lo que pensábamos, y nos lo creímos durante mucho tiempo. Todo lo que dijera el *Führer* era verdad. Y estoy convencida de que el 90 por 100 de la gente se lo creía. Yo me lo creí durante mucho tiempo. También pensaba: "Madre mía, ¡qué de cosas ha logrado ya!". Y es que era así: había logrado muchas cosas.»[561]

El 3 de julio de 1941, el general Franz Halder se mostraba igual de entusiasta cuando escribió: «Por tanto, puede que no estemos exagerando si afirmamos que hemos triunfado en la campaña rusa en cuestión de dos semanas»[562]. Pero incluso en un texto tan inundado de orgullo desmedido como este, Halder se sintió en la obligación de añadir que, aun así, era importante arrebatar «al enemigo la posesión de sus centros de producción para evitar que creara un nuevo ejército con ayuda de su gigantesco potencial industrial y de sus inagotables recursos humanos».

Los alemanes sabían que no solo tenían que lograr la victoria sobre la Unión Soviética, sino que además debían darse prisa. Tenían que hacerse con los recursos industriales del estado soviético para financiar el plan contra sus rivales de Occidente, que cada vez estaban mejor armados. El 26 de junio de 1941, a poco menos de una semana del vanaglorioso alarde de Halder, según el cual habían «ganado la campaña rusa», el mariscal de campo Erhard Milch, un estrecho colaborador de Göring e «inspector general del aire», reveló en una reunión con otros comandantes del ejército: «La producción combinada [de motores de aviones] de Inglaterra y Estados Unidos sobrepasa la producción total de Alemania e Italia desde el 1 de mayo de 1941 y, en vista del estado actual de la producción alemana, duplicará a esta última a finales de 1942»[563]. Y recordemos que Milch realizó esta pesimista declaración antes de que Estados Unidos se hubiera sumado formalmente a la guerra.

En verano de 1941, Hitler y sus generales empezaron a darse cuenta de que su exceso de confianza tras la victoria sobre Francia les había impedido ver las dificultades con las que se iban a topar en su lucha contra el Ejército Rojo. El 11 de agosto, Halder escribió: «Toda esta situación está dejando cada vez más claro que hemos subestimado al coloso ruso… El factor "tiempo" juega a su favor, ya que tienen sus recursos cerca, mientras que nosotros nos alejamos cada vez más de los nuestros»[564]. El problema del suministro se agravó tanto que, para finales de agosto, los alemanes ya habían perdido más de cuatrocientos mil soldados, y los efectivos disponibles para reemplazarlos sumaban poco más de la mitad de esa cifra[565].

La situación se exacerbó a raíz de una disputa que llevaban arrastrando Hitler y sus generales casi desde el primer momento en que se tomó la decisión de avanzar hacia la Unión Soviética. La controversia giraba en torno a la prioridad que debía darse al avance de la Wehrmacht hacia Moscú. Halder y muchos de sus compañeros pensaban que debía ser una prioridad absoluta, mientras que Hitler estaba a favor de destruir Leningrado y avanzar hacia Crimea y luego hacia el Cáucaso en lugar de atacar la capital soviética. A mediados de agosto, Halder entregó un memorándum en

el que instaba enérgicamente a que el Grupo de Ejércitos del Centro avanzara hacia Moscú. Pero el general Alfred Jodl, jefe del mando operativo del OKW (oficiales del mando supremo de las fuerzas armadas), consideró que era importante mantenerse fieles a la opinión de Hitler. Cuando el 20 de agosto de 1941 uno de los oficiales de Halder le indicó que debía apoyar el avance hacia Moscú, Jodl respondió: «No debemos obligarlo [a Hitler] a hacer algo que vaya en contra de sus convicciones internas. Por lo general, su intuición no le ha fallado»[566]. (La confianza en las «convicciones internas» y en la «intuición» de un líder es, por supuesto, un axioma de la confianza en un liderazgo carismático).

El veredicto de Hitler con respecto a esta disputa, promulgado en una directiva el 21 de agosto, fue reafirmar que la conquista de Moscú antes del invierno no debía ser el objeto «principal» de la campaña, sino que debían centrarse en la ocupación de Crimea y el avance hacia los campos de petróleo del Cáucaso. Halder montó en cólera, y escribió que Hitler tenía «la culpa[567]» de cómo estaba desarrollándose la campaña y que el mando supremo del ejército estaba recibiendo un trato «completamente indignante». Halder estaba actuando con cierta hipocresía. A principios de julio estaba dispuesto a adjudicarse parte del mérito cuando pensaba que la campaña había «triunfado» en cuestión de unas semanas, pero ahora nadie quería asumir la responsabilidad de haber «subestimado» a su rival. Hitler era un blanco fácil y evidente al que culpar cuando las cosas no iban según lo planeado, pero la responsabilidad del fracaso no era solo suya.

Heinz Guderian, comandante del 2.º Grupo Panzer (también conocido como *Panzergroup Guderian*), también estaba desairado por la decisión de Hitler de no avanzar hacia Moscú y poner rumbo al sur. Guderian se reunió con Hitler el 23 de agosto y defendió enérgicamente su plan de atacar la capital soviética. Echó mano de todos los argumentos que se le ocurrieron para convencer a Hitler, pero fue en vano: tras dejar que Guderian dijera todo lo que tenía que decir, Hitler le explicó simple y llanamente por qué estaba equivocado. Las consideraciones económicas eran primordiales, y conquistar Ucrania era más importante que atacar Moscú. «Era la primera vez que fui testigo de un espectáculo con el que luego llegaría a estar familiarizado», escribió Guderian después de la guerra. «Todos los presentes asentían para mostrar su acuerdo con cada frase que pronunciaba Hitler, mientras que a mí me dejaron solo con mi punto de vista… Al ver que la oposición del OKW a mis comentarios era unánime, preferí no seguir rebatiendo en esa ocasión…»[568] Ni Brauchitsch ni Halder —las figuras destacadas del OKH, el mando supremo del ejército— asistieron a la reunión, y Guderian se sintió completamente aislado. Hitler había creado la estructura del OKW tras la crisis de Blomberg/Fritsch de hacía tres años, y ese sistema, además de su dominio carismático sobre los miembros del OKW, hacía que su postura fuera en todo momento totalmente inexpugnable. Las principales figuras del OKW, como Jodl, habían pasado a convertirse en poco más que animadoras.

Pero, aun así, la tensión de la guerra estaba afectando a Hitler. Cuando Goebbels fue a la oficina central de Hitler en Prusia Oriental en agosto de ese año, pensó: «[El *Führer*] parece extenuado y enfermo. Lo más probable es que se deba a su disentería, así como al hecho de que estas últimas semanas le han dejado completamente agotado. No es de extrañar: actualmente lleva la responsabilidad de todo un continente sobre sus hombros»[569].

No obstante, a pesar de las dificultades de la guerra contra la Unión Soviética, el amor que Hitler sentía por el conflicto y el derramamiento de sangre no se había aplacado. En sus monólogos de sobremesa en otoño de ese año instaba a librar una guerra «cada quince o veinte años»[570], y exigía el «sacrificio» (es decir, la muerte) del 10 por 100 de los alemanes en combate. La desaparición de tantos alemanes en el frente oriental no significaba nada para él. La presión no hacía sino alentar su creciente deseo de venganza y muerte. Su nihilismo intrínseco volvió a quedar patente unas semanas más tarde, cuando afirmó: «La Tierra sigue girando tanto si el hombre mata al tigre como si el tigre devora al hombre. El más fuerte impone su voluntad: esa es la ley natural. El mundo no cambia; sus leyes son eternas»[571]. Era una actitud —una forma de ver el mundo libre de toda responsabilidad moral o ética frente a otras naciones u otros pueblos— que, tal como hemos visto, era clave a la hora de explicar por qué tantos seguidores suyos podían sentirse «embriagados» por las posibilidades que brindaba la guerra. Lo que al parecer no tuvieron en cuenta la mayoría de las personas que aceptaron sin reservas la visión de Hitler —al menos hasta que los acontecimientos empezaron a ir en su contra— fue el resto de la lógica de su filosofía: que si no ganas, te «mereces» que te aniquilen a ti. No obstante, Hitler era uno de los pocos nazis que habían aceptado con los brazos abiertos este razonamiento desde el principio. De hecho, había incluido un compromiso a vida o muerte en el programa del Partido Nazi ya por febrero de 1920, cuyo documento terminaba con las siguientes palabras: «Los líderes del partido prometen trabajar sin detenerse ante nada —y, si es necesario, a costa de su propia vida— para poner en práctica este programa»[572]. Ahora, al declarar una guerra de «aniquilación» a la Unión Soviética, Hitler sabía que, por su propia lógica, eso conllevaba también un destino parecido para Alemania si salían derrotados. De hecho, prácticamente dijo eso mismo en privado en enero de 1942, cuando instó a los alemanes a «desaparecer» a menos que estuvieran dispuestos a entregarse en «cuerpo y alma con el fin de sobrevivir»[573].

Hitler no ocultaba sus creencias con tintes apocalípticos a nadie de los que lo rodeaban. Pero siempre y cuando el éxito pareciera asegurado, no era necesario que se plantearan las consecuencias del fracaso. Y después del nerviosismo de agosto de 1941, en otoño parecía que todo iba a salir a pedir de boca para los alemanes cuando Guderian —a pesar de que creía que, a nivel estratégico, esa acción era un error— llevó a su 2.º Grupo Panzer hacia el sur para aunar fuerzas con las unidades del Grupo de Ejércitos del Sur de Rundstedt. El resultado se vio a finales de septiembre,

y constituyó el mayor cerco de la historia, ya que 650 000 soldados del Ejército Rojo quedaron atrapados durante la batalla de Kiev. Parecía que, una vez más, había triunfado el criterio de Hitler.

El *Führer* vio el noticiario de la destrucción de todos esos soldados soviéticos y afirmó que le habían «emocionado[574]» aquellas imágenes. Semejante matanza le recordaba a la primera guerra mundial. Ese conflicto, dijo, había sido el responsable de la muerte de su «idealismo» en lo tocante al conflicto bélico. La guerra de trincheras, reiteró, le había enseñado que la vida era una «lucha cruel» y que no tenía otro objetivo que no fuera «la preservación de la especie». A continuación decidió aplicar dicha lección a la guerra en el Este al ordenar que Leningrado desapareciera de la faz de la Tierra. El ejército alemán recibió órdenes de no aceptar una rendición por parte de los habitantes de la ciudad sitiada, ya que alimentar y dar cobijo a aquella gente no se consideraba una responsabilidad alemana[575].

El 3 de octubre de 1941, Hitler regresó a Berlín para pronunciar un discurso en el Sportpalast. En esta ocasión, volvió a repetir su fantasía de que Alemania se había visto obligada a librar una guerra contra la Unión Soviética debido a una conspiración secreta de Stalin para atacar el Reich. Pero tranquilizó al pueblo alemán diciéndole que, desde el 22 de junio, todo había salido «según lo planeado»[576]. Asimismo, anunció: «[Nuestro] rival ya está derribado y jamás volverá a levantarse». Seis días más tarde, el 9 de octubre, en vista de la noticia de que cinco ejércitos soviéticos habían sido cercados en la doble batalla de Viazma/Briansk, el jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich, anunció que «la campaña en el Este ya estaba decidida»[577]. A los pocos días, la prensa alemana hizo lo propio: el titular del *Münchener Zeitung* fue «¡Los soviéticos derrotados!»; el del *Hannoverscher Kurier*, «Europa a salvo: liberada de Stalin por el talento militar del *Führer*»; y el *Völkischer Beobachter* se vanagloriaba con el siguiente encabezado: «¡Éxito asegurado de la campaña del Este!»[578].

Pero el éxito de la campaña del Este no estaba ni mucho menos asegurado, y Hitler se había arriesgado mucho pronunciando el discurso del Sportpalast. «El carisma puro», escribió Max Weber, «no conoce otra “legitimidad” que no sea la que proviene de la fuerza personal, es decir, de una fuerza que se ponga a prueba constantemente»[579], y para Hitler podía llegar a ser perjudicial afirmar que se había cosechado una victoria cuando en realidad no había sido así. Además, Hitler pronunció dichas palabras sabiendo que la guerra en el Este continuaría hasta bien entrado el año siguiente, tal como indica Halder explícitamente en su diario el 13 de septiembre de 1941[580].

Entonces, Hitler sí que accedió a que el ejército alemán avanzara por fin hacia Moscú en la *Unternehmen Taifun* (Operación Tifón), y la Wehrmacht logró desplegar a cerca de dos millones de hombres contra el Ejército Rojo a las afueras de la capital soviética en un último intento por asestar el golpe definitivo antes de que llegara el

invierno. Cuando el Grupo de Ejércitos del Centro empezó a avanzar en octubre de ese año, el propio Hitler se embriagó con la visión de lo que podía conseguirse en la Unión Soviética. Los monólogos de sobremesa que pronunció durante ese mes a sus seguidores en su oficina central de Prusia Oriental nos muestran a un Hitler en estado puro: en su determinación de acabar con la vida de millones de ciudadanos soviéticos («Solo hay una obligación: germanizar este país con la inmigración de los alemanes y despreciar a los nativos como si fueran pieles rojas»)[581]; su deseo de arrasar ciudades enteras («La idea de acabar con Kiev, Moscú o San Petersburgo no me despierta ni la más mínima compasión»)[582]; y la intensidad de su odio hacia los judíos («¡Que nadie me diga que, aun así, no podemos aparcarlos en las zonas pantanosas de Rusia!»)[583]. Pero Hitler no se limitaba a despotricar sobre la guerra del Este, sino que también disertaba sobre el cristianismo («Si lo llevamos hasta su lógica más extrema, el cristianismo implicaría el cultivo sistemático del fracaso humano»)[584]; sobre la construcción de mobiliario para el baño («¿Qué sentido tiene que haya cien modelos distintos de lavabos?»)[585]; y sobre su amor por el rencor y su sed de venganza («Tengo muchísimas cuentas que saldar, aunque ahora no se me ocurren. Pero eso no significa que se me hayan olvidado»)[586]. Todo esto revela que Hitler, tal como escribió Hugh Trevor-Roper, era el «conquistador más tosco, más cruel y menos magnánimo que el mundo haya conocido jamás»[587]. Pero también pone de manifiesto, una vez más, los elementos de su liderazgo carismático: su certeza, su liberación de las convenciones morales, así como su emoción y su euforia ante la inmensidad de las posibilidades que se abrían ante ellos. Y a pesar de su interferencia casi diaria en los detalles de la campaña militar —algo que enfurecía a Halder—, Hitler seguía afirmando en octubre de 1941 que sus mejores subordinados tomaban el 95 por 100 de las decisiones por él[588], ya que, intuitivamente, sabían que le gustarían.

Cuando Hitler pronunció esas palabras, empezó a cundir el pánico en Moscú. Stalin llegó incluso a contemplar la opción de huir de la ciudad, pero al final decidió quedarse e imponer un estado de sitio en la capital. Pero el éxito del ejército alemán no era sostenible. Sus líneas de suministro no daban más de sí, y pronto llegarían nuevas unidades del Ejército Rojo, liberadas de las bases de Siberia a consecuencia de la información confidencial que había llegado a manos de Stalin acerca de que Japón, un aliado de Hitler, no pensaba atacar la Unión Soviética desde el Lejano Oriente.

A principios de diciembre de 1941, los soldados alemanes se encontraban a tan solo veinte kilómetros del Kremlin. Pero eso sería lo más cerca del centro de Moscú que llegarían a estar, ya que el 5 de diciembre de 1941, los soviéticos lanzaron un contraataque con unas setenta divisiones —más de un millón de tropas del Ejército Rojo— comprometidas con la lucha. Los alemanes, que ya estaban debilitados por la falta de suministros —sobre todo por la falta de ropa adecuada y de protección contra

el frío para sus armas y vehículos—, pugnaron por contener la ofensiva soviética.

Es posible que este sea el momento más decisivo de la historia de la guerra. Para el profesor Adam Tooze, es un «punto de inflexión absolutamente crucial… Es la primera derrota en combate que sufría el ejército alemán en mucho tiempo, desde que acabara la primera guerra mundial»[589]; para *sir* Ian Kershaw, constituye el «primer revés de calado» para los alemanes, que implica que la «guerra se va a prolongar indefinidamente»[590]; y para el profesor Richard Evans, es «la primera vez que a los alemanes les paran los pies y no saben qué hacer»[591]. Por tanto, los líderes alemanes se vieron en una posición en la que se sentían «totalmente perdidos».

Ulrich de Maizière, a la sazón un oficial de la Wehrmacht que servía en el frente oriental, lo describe como una época desoladora: «Hay que ponerse en la piel de un joven oficial del Estado Mayor de veintinueve años que en agosto [de 1941] está convencido de que en septiembre todo se habrá acabado, que en octubre piensa que se tardará más tiempo y que en diciembre se da cuenta de que llevará como mínimo tres años más»[592]. Y, para De Maizière, los acontecimientos de diciembre de 1941 también revelaron la vergonzosa falta de preparación por parte de los líderes alemanes para una guerra invernal. «En una noche perdimos a quinientos hombres de la división; murieron congelados…». Esas mismas condiciones invernales pusieron de relieve la resistencia de los soviéticos, que eran «muy capaces de soportar penurias y muy modestos en cuanto a sus propias necesidades. Eran muy valientes, pero no demasiado imaginativos. Tenían una resistencia fuera de lo común y la capacidad de aguantar el sufrimiento. Podían sobrevivir a dos o tres noches de invierno a la intemperie con unas cuantas pipas en el bolsillo o unos granos de trigo. La ingesta de líquidos la obtenían de la nieve. Yo mismo vi cómo una joven dio a luz una noche sobre una manta de algodón y una pila de paja en una cabaña de madera y al día siguiente se fue a trabajar al establo… Al ver sus primitivas viviendas, sus primitivos pueblos y cómo vivían, uno tenía la impresión de que eran un pueblo que no se podía comparar con los países de Europa Central y Occidental en cuanto a nivel de desarrollo».

Pero ese pueblo «no demasiado imaginativo» que vivía en circunstancias «primitivas» estaba luchando con éxito contra los alemanes. Los soldados a los que la propaganda nazi describía como «subhumanos» parecían estar derrotando a los superhombres de la «raza superior». Y, lo que es más importante, los periódicos alemanes —autorizados por el estado— habían declarado tan solo unas semanas antes que los soviéticos habían sido «vencidos» y que Hitler había afirmado inequívocamente que el Ejército Rojo «no volvería a levantarse nunca». El optimismo irracional y casi histérico de esas declaraciones también se vio reflejado en las órdenes que recibió Heinz Guderian el 13 de noviembre, solo tres semanas antes de lanzar la ofensiva contra la capital soviética. A Guderian se le ordenó que llevara a su división blindada más de trescientos veinte kilómetros al este de Moscú para aislar la ciudad de la llegada de refuerzos. Era una petición imposible que no

reflejaba en absoluto la realidad del terreno: era igual de plausible que ordenar que invadieran la Luna. La naturaleza fantasiosa de la vida en el búnker berlinés de Hitler en otoño y en los primeros meses de invierno de 1941 no ha sido objeto de tanta atención, pero resulta, cuando menos, igual de reveladora.

Hitler estaba en una fase de negación. Cuando, justo antes de la ofensiva soviética de diciembre, le comunicaron que la Wehrmacht no podía recibir el suministro de las cantidades necesarias de acero, se negó a aceptar que no hubiera «materias primas disponibles» porque ya había «conquistado toda Europa»[593]. Y el 29 de noviembre de 1941, cuando su ministro de Armamento, Fritz Todt, le informó de que la guerra ya no se podía ganar «en el ámbito militar» y de que la única forma de poner fin al conflicto era a través de algún tipo de solución política, Hitler respondió que no veía ninguna forma de concluirlo de esa manera[594].

Muchos de los componentes clave del atractivo carismático de Hitler —su certeza, su fuerza de voluntad, el hecho de que se negara a admitir la derrota, su fe en su propio destino— estaban empezando a ser tachados de flaquezas peligrosas por parte de algunas personas que habían depositado su confianza en él. Podemos hacernos una idea de la tensión interna que estaban viviendo algunas de las figuras más destacadas del ejército al tratar de conciliar la realidad que estaba llegando a sus oídos a través de sus subordinados con la intransigencia de su líder si analizamos las numerosas enfermedades y despidos que se produjeron ese invierno. El mariscal de campo Brauchitsch sufrió un ataque al corazón el 9 de noviembre de 1941[595]. La ansiedad y el estrés de la campaña oriental había contribuido al desmoronamiento de su salud, algo en lo que estaban de acuerdo tanto Hitler como Halder. Hitler destituyó a Brauchitsch de su puesto el 19 de diciembre de 1941. Un día antes, Hitler había accedido a la petición del mariscal de campo Von Bock de que lo sustituyeran como comandante del Grupo de Ejércitos del Centro. Bock se había indignado por la decisión de no avanzar antes hacia Moscú; no obstante, en su petición escribió que quería ser relegado debido a una enfermedad estomacal de la que no se había recuperado.

El estrés de la lucha en el frente oriental también estaba haciendo mella en el espíritu de aquellos a los que se les había encargado la tarea de satisfacer unas peticiones logísticas imposibles. El 17 de noviembre de 1941, el general Ernst Udet se suicidó. En calidad de jefe de equipo de la Luftwaffe, había sufrido la presión añadida de trabajar para Hermann Göring, un hombre que, por sistema, prometía a Hitler cosas inalcanzables. Durante la batalla de Inglaterra, Udet había vivido en carne propia cómo podía llegar a afectarle la costumbre de Göring de realizar promesas desaforadas, seguidas inevitablemente de una aplastante decepción. Tras asegurar a Hitler que la RAF sería derrotada, Göring se enfrentó al fracaso de la Luftwaffe al no haber obtenido el resultado deseado culpando en gran medida a Udet.

Ahora Hitler tenía que tomar una serie de decisiones importantes relativas a su personal, y la más importante era quién debía reemplazar a Brauchitsch como jefe del

ejército. El *Führer* necesitaba a alguien en quien pudiera confiar plenamente, alguien —debió de pensar, habida cuenta de toda la lista de comandantes enfermos y debilitados— que fuera lo suficientemente duro como para soportar el estrés de aquella guerra de aniquilación. Y, llegados a ese punto, el único hombre que estaba a la altura era, según Hitler, el propio Adolf Hitler. Se nombró a sí mismo jefe del ejército alemán y añadió ese título a su creciente lista, que ahora incluía comandante supremo en jefe de todas las fuerzas armadas alemanas, canciller, *Führer* del pueblo alemán y jefe de estado.

La fuerza de Hitler como líder carismático había consistido siempre en determinar la visión global y dejar los detalles a sus subordinados. Pero ya se habían acabado los días de quedarse en la habitación hasta el mediodía, comer tranquilamente y dar un paseo por las montañas hasta la hora de cenar. Su reacción ante la adversidad fue atribuirse más trabajo. De esta forma pretendía transmitir a sus subordinados militares la idea de que él sabía más que ellos, no solo en cuanto a la visión general, sino también en cuanto a los detalles.

Esta nueva realidad quedó demostrada en una de sus primeras reuniones en calidad de jefe del ejército. El 20 de diciembre de 1941, Hitler se citó con el general Guderian en una conferencia histórica de cinco horas. Guderian se trasladó a la oficina central de Hitler creyendo que su «mando supremo atendería a propuestas razonables cuando fueran presentadas por un general que conocía el frente»[596]. Pensaba que su unidad debía organizar una retirada táctica en vista de la ofensiva soviética; de hecho, tal y como Hitler descubrió en esa reunión, ya estaban retirándose. Hitler se mostró en total desacuerdo e insistió en que se quedaran donde estaban. Sugirió que agujerearan el terreno congelado para crear refugios. Guderian descartó esa idea, y recalcó que, si no se retiraban, moriría gran cantidad de soldados. La respuesta del *Führer* fue reveladora: «¿Crees que los granaderos de Federico el Grande estaban deseosos de morir?», preguntó. Y, al igual que Federico el Grande, Hitler argumentó: «Yo también tengo derecho a pedirle a cualquier soldado alemán que sacrifique su vida». Guderian respondió que todos los soldados sabían que en época de guerra se jugaban la vida, pero, añadió: «Las intenciones aquí expresadas provocarán pérdidas completamente desproporcionadas en comparación con los resultados que se alcanzarán».

En un intento por explicar el comportamiento de Guderian, Hitler parece encontrar la respuesta en el deseo del comandante de la división de tanques de proteger a sus hombres. «Tú también te has quedado profundamente impresionado por el sufrimiento de los soldados», dijo. «Sientes demasiada compasión por ellos. Deberías distanciarte un poco. Créeme: las cosas se ven más claras cuando se analizan desde la distancia.»[597]

Al no lograr convencer a Hitler de que la opción de la retirada táctica era la acertada, Guderian abandonó Prusia Oriental y puso rumbo al frente. En menos de una semana fue destituido. Y no fue el único general que perdió su puesto. Unas tres

docenas de generales fueron cesadas tras la crisis de diciembre. El 17 de enero, el mariscal de campo Walther von Reichenau, que había sido uno de los primeros altos mandos que apoyaron a Hitler a principios de los años treinta, se derrumbó y murió de un ataque cerebral.

Hitler vería todo esto como una prueba de la selección darwiniana: si sus generales no eran lo suficientemente duros, que así fuera. Los reemplazaría por otros más resistentes. De hecho, la necesidad de «ser duro» era una pieza clave de la orden que envió al Grupo de Ejércitos del Centro el 20 de diciembre. «La voluntad fanática de defender el territorio en el que se encuentran las tropas se les debe infundir por todos los medios posibles, incluidos los más duros.»[598]

Si la decisión de Hitler de ordenar al ejército que no se rindiera ese invierno tuvo un buen criterio táctico o no sigue siendo objeto de debate. Aunque la crisis amainó en primavera, en parte obedeció a decisiones torpes por parte de Stalin y a que los oficiales alemanes sí retiraban a sus tropas unos kilómetros hasta posiciones más defendibles cuando lo juzgaban necesario. No obstante, esto marca el momento en el que Hitler demostró que ya no se podía confiar en que fuera a cumplir las promesas que le había hecho al pueblo alemán. El enemigo no había sido destruido tal y como había prometido en octubre.

En diciembre, la situación empeoró aún más para Hitler cuando Estados Unidos se sumó a la guerra como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre. Cuatro días después, Hitler —y, por tanto, Alemania— declaró la guerra a Estados Unidos. Al hacerlo, debió de pensar que estaba formalizando un estado del conflicto que ya existía de forma oficiosa hacía meses. Los navíos estadounidenses ya estaban protegiendo a los convoyes británicos en el Atlántico, y Roosevelt había dejado claro su compromiso de ayudar a Churchill[599]. Hitler pensó que, en cualquier caso, los estadounidenses estarían inmersos en una guerra en el Pacífico y que tardarían bastante tiempo en desplegar sus tropas en Europa. Por consiguiente, Hitler siguió centrándose en la guerra del Este.

Pero no de forma exclusiva, porque también había estado tomando decisiones importantes en dos ámbitos de la política secreta nazi: el plan de eutanasia para adultos y la persecución de los judíos. La forma que tuvo de enfrentarse a estas dos cuestiones durante este período crucial nos dice mucho acerca de la fría crueldad que reinaba en el corazón del estado nazi, pero también de cómo Hitler gestionaba con esmero su reputación carismática ante decisiones posiblemente impopulares.

A principios de verano de 1941, el plan de eutanasia para las personas con un alto grado de discapacidad llevaba en marcha cerca de dos años. Como los médicos alemanes se negaban a participar en el plan sin algún tipo de apoyo oficial, Hitler se había visto obligado, allá por octubre de 1939, a firmar una nota autorizando a Phillip Bouhler, de la cancillería del partido, y a su propio médico, Karl Brandt, a llevar a cabo asesinatos «por compasión». Hitler veía la guerra como una tapadera ideal para sacar adelante su política; y, como muestra de ello, firmó dicha nota de octubre de

1939 con efecto retroactivo desde el 1 de septiembre, coincidiendo con la invasión de Polonia. Pero, a pesar de la existencia de ese documento, quería mantener su nombre lo más alejado posible del asunto. Más tarde, se negaría a permitir la aprobación de una legislación formal que lo vinculara directamente con los asesinatos[600].

En 1941 ya se habían creado en Alemania varios centros para asesinar a ciertas personas discapacitadas, tanto adultos como niños. El procedimiento que se desarrolló en lugares como el hospital psiquiátrico de Sonnenstein, cerca de Dresde, guardaba un parecido evidente con la técnica que se utilizaría más adelante para asesinar a los judíos en los campos de exterminio: a los pacientes se les pedía que se desvistieran porque los iban a «duchar», y luego los gaseaban una vez que la sala estuviera cerrada herméticamente. Las personas implicadas en estos crímenes hicieron todo lo posible para mantener en secreto el proceso —a los pacientes se los solía trasladar de un asilo a otro hasta llegar finalmente a un centro de exterminio— pero, como en muchos casos las víctimas tenían familiares a los que todavía les preocupaba su salud y los asesinatos se llevaban a cabo dentro de Alemania, era difícil impedir que se filtrara alguna noticia sobre el plan. En varias ocasiones quedó claro lo que había pasado cuando se les entregó el parte de la causa ficticia de la muerte a los parientes. En un caso, por ejemplo, se suponía que la causa había sido una apendicitis, pero al paciente le habían extraído el apéndice hacía varios años[601].

Como es sabido, el cardenal August Graf von Galen, obispo de Münster, protestó públicamente contra la campaña de eutanasia el 3 de agosto de 1941. Desde el púlpito declamó que era evidente que se estaba asesinando a pacientes incurables, y condenó la idea de la «vida inútil». También señaló que, una vez que se hubiera aceptado la idea de asesinar a personas como los enfermos mentales, otras podrían estar en peligro, como, por ejemplo, soldados que volvieran gravemente heridos del frente. También hizo referencia a los bombardeos británicos sobre Alemania, lo que podría constituir una alusión velada a una suerte de venganza divina contra Alemania.

A raíz de las acciones de Galen —y tras la publicación y la distribución de miles de copias de su elocuente indignación—, parecía que los nazis se enfrentaban a un movimiento de protesta ciudadana cada vez mayor. Las autoridades nazis ya habían visto muestras de descontento en zonas católicas de Alemania cuando, en 1941, introdujeron una serie de medidas restrictivas como la expulsión de las monjas del ámbito de la enseñanza. Las protestas cristalizaron más adelante en torno a la decisión de prohibir los crucifijos en los colegios. Esto provocó recogidas de firmas e incluso manifestaciones en la calle. Un dato significativo es que muchos de los participantes en las protestas afirmaban apoyar a Hitler al cien por cien, pero que sus subordinados debían de actuar en contra de sus designios mientras él estaba fuera librando la guerra. «Por fuera lleváis camisetas marrones», escribió uno de los miembros del movimiento de protesta hablando de los responsables locales del Partido Nazi, «pero por dentro sois bolcheviques o judíos, de lo contrario no actuaríais a espaldas del *Führer*. Nuestro *Führer* no ordena cosas así. Todos los días

se ocupa de los soldados en el campo de batalla y no de retirar los crucifijos del colegio…»[602] Otra carta de Maria Aigner, que vivía en un pueblo al norte de Múnich, decía: «Como tengo ocho hijos, nuestro *Führer* me condecoró con la *Mutterkreuz* (cruz de madre) dorada. Me resulta incomprensible que mi hijo menor, al que llevé al colegio por primera vez el lunes pasado, no deba ver un crucifijo allí, después de que sus siete hermanos se hayan criado a la sombra de dicho crucifijo. De mis cinco hijos, dos ya están cumpliendo su deber como soldados y el crucifijo en el colegio no les ha hecho ningún daño, sino que para ellos fue un ejemplo de compromiso supremo. Pienso mucho en esta cuestión y no llego a dar con la clave del misterio: ¿Cómo puede ser que se haya tomado una medida así, si nuestro *Führer* está junto a nuestros soldados en el Este y lucha contra el bolchevismo?»[603].

Ya hemos visto el beneficio positivo que obtuvo Hitler gracias a la idea —extendida entre la mayoría de los alemanes de a pie— de que los problemas cotidianos a los que se enfrentaban provocados por los responsables nazis no eran obra directa de su *Führer* y que «si supiera» lo que estaba pasando, todo se solucionaría. Pero en este caso vemos un aspecto más problemático de esa disposición en lo referente a Hitler, así como una explicación de por qué trató de distanciarse de aquellas políticas que podrían acabar resultando impopulares, si bien su puesta en práctica era uno de sus deseos más profundos. Si Hitler hubiera apoyado públicamente medidas como la retirada de crucifijos de los colegios o las eutanasias, muchos de sus seguidores —sobre todo, millones de cristianos— se desilusionarían.

Por eso, a pesar del inmenso odio que profesaba hacia el cristianismo en privado, altos cargos nazis se cercioraron de que se revocara la prohibición de los crucifijos en los colegios. Además, no solo no encerró al obispo Galen en un campo de concentración por poner en duda la política de la eutanasia, sino que el 24 de agosto de 1941 detuvo el transporte de los discapacitados a los centros de exterminio. Hasta ese momento habían muerto cerca de noventa mil personas en el marco de la acción de la eutanasia. Pero los asesinatos no terminaron del todo. El programa consistente en aniquilar a algunos prisioneros enfermos de los campos de concentración en virtud de un procedimiento llamado 14f 13 siguió su curso, y los distintos asilos siguieron ejecutando a una serie de pacientes en sus centros. No obstante, a los nazis todo eso les resultaba mucho más fácil de mantener en secreto que el transporte a gran escala de pacientes a los centros de exterminio.

No cabe duda de que todo lo anterior reveló el poder latente de la Iglesia a la hora de movilizar protestas populares. Hitler se dio cuenta de ello, y en otoño de ese año comentó en privado que quería que el cristianismo sufriera una muerte «lenta», si bien entendía los riesgos evidentes que implicaba provocar un descontento. «Lo principal», aseguró, «es ser listos en esta cuestión y no buscar un enfrentamiento si se puede evitar.»[604]

Pero, aunque procuró no desafiar directamente a la Iglesia en 1941, sí que incrementó las medidas contra los judíos. Además de que el odio de Hitler hacia los

judíos era casi visceral, en contraposición a su aversión por los cristianos, los judíos no podían movilizar una protesta en contra del trato que recibían de la misma forma que podían hacerlo millones de cristianos. Estos últimos tenían amigos dentro del Reich con el coraje suficiente como para defenderlos. Si bien el obispo Galen protestó contra el plan de la eutanasia, por ejemplo, no hizo mención alguna de la persecución de los judíos.

Además, a diferencia de las eutanasias, en cuyo caso Hitler nunca había mencionado públicamente su deseo de que murieran personas discapacitadas, el 30 de enero de 1939 sí que había hablado explícitamente en el Reichstag de la suerte que les deseaba a los judíos en caso de una guerra, con sus célebres palabras de que si los «financieros internacionales judíos» provocaban una guerra mundial, tendría lugar la «aniquilación de la raza judía en Europa».

Pero, a principios de 1941, Hitler no había llevado a término dicha política. Los judíos habían recibido malos tratos y habían sido perseguidos y encarcelados en guetos de Polonia. Miles de ellos habían muerto, pero no existía un plan sistemático para aniquilarlos. Una de las razones era que Hitler, tal como hemos visto, quería firmar la paz con el Reino Unido y, de paso, evitar que Estados Unidos interfiriera en lo que en su opinión eran asuntos europeos. Una política de asesinatos generalizados de judíos habría supuesto un obstáculo en la consecución de dicho objetivo. Pero la perspectiva de la guerra contra la Unión Soviética ofrecía nuevas posibilidades. Según el profesor Omar Bartov: «… La guerra en la Unión Soviética proporciona la coartada perfecta para llevar a cabo un genocidio a gran escala, y me refiero a una coartada en todos los sentidos: una coartada ante la comunidad internacional, ante la propia población e incluso ante la gente que la estuviera aplicando, porque como ya estás inmerso en una guerra tan brutal en la que están muriendo tantos millones de personas, asesinar a otro grupo no parece algo muy distinto. Y he de decir que si analizamos los genocidios en el siglo XX de una forma más general, nos daremos cuenta de que siempre tienen lugar en épocas de guerra o al menos en épocas así descritas, dentro del marco de una guerra, y una guerra en la que se lucha por la propia existencia, no cualquier conflicto»[605].

Una reunión entre Hermann Göring y Reinhard Heydrich celebrada el 26 de marzo de 1941 demostró la precisión de esta valoración. En dicho encuentro se debatió y refrendó la deportación de los judíos a las tierras baldías de la Unión Soviética. Que Hitler iba a aprobar dicha idea estaba claro, ya que le había dicho personalmente a Hans Frank el 25 de marzo que, con el tiempo, el Gobierno General debía acabar «libre de judíos»[606]. Obviamente, a esos judíos se los enviaría todavía más al este para que se consumieran y, a la postre, murieran.

En paralelo a esta política de expulsión hacia los páramos en lo que cabía esperar que pronto sería la nueva esfera de influencia nazi, discurrió un plan más inmediato para matar a ciertos judíos detrás de sus propias líneas mientras el ejército alemán se adentraba en la Unión Soviética. La directiva del 2 de julio de 1941 dictada por

Reinhard Heydrich a los *Einsatzgruppen* revela que quería que esos asesinatos se enmarcaran dentro de la guerra de aniquilación general contra la Unión Soviética que había declarado Hitler. La acción se describió como un intento por acabar con la influencia y el control de comunistas y «judíos» y, de esta forma, era más fácil de aceptar para muchos comandantes veteranos del ejército alemán que una política descarada de exterminio masivo. El recuerdo del intento de revolución comunista en Alemania tras la primera guerra mundial, así como la idea de que había sido instigado por figuras judías, seguía muy patente. Para Carlheinz Behnke, de las Waffen SS —que en 1933 se había pasado al bando de Hitler a la temprana edad de once años y se presentó voluntario para formar parte de una división SS Panzer en 1940—, el vínculo entre el judaísmo y el comunismo era evidente. «A los judíos se los consideraba sencillamente la clase dirigente o aquellos que ejercían un control férreo sobre la Unión Soviética». Además, pensaba que «estaban intentando hacerse con el control de la nación alemana… Ese era en definitiva el objetivo del bolchevismo: extenderse hacia el oeste, llegar hasta el Atlántico y difundir su doctrina por toda Europa. Y no creo que se pueda pasar por alto ese objetivo»[607].

La «solución» que Hitler propuso para la «clase dirigente» judía en la Unión Soviética podía ser demasiado radical o arriesgada para numerosos alemanes, pero muchos de ellos la aceptaron como una acción necesaria, y su desasosiego solo venía provocado por el grado de radicalismo que ello suponía. Al fin y al cabo, el régimen nazi llevaba años avivando el odio y el miedo a los bolcheviques entre la población alemana antes del inesperado pacto de no agresión con Stalin en septiembre de 1939. No obstante, Hitler sabía que no solo iba a haber una oposición externa a la idea de matar a judíos soviéticos a sangre fría, sino que lo más probable era que esos asesinatos solo fueran respaldados por los antisemitas más extremos. Por eso, al igual que hizo con su boicot a los judíos en abril de 1933 y tras la «Noche de los cristales rotos» en 1938, mantuvo su nombre y su prestigio al margen de esas acciones potencialmente perjudiciales.

Una vez iniciado el conflicto, Himmler ordenó a varias unidades más de las SS que reforzaran la labor de los *Einsatzgruppen* en la Unión Soviética, y durante el verano y principios del otoño de 1941, los asesinatos pasarían a incluir a mujeres y niños judíos. Todo eso tuvo lugar después de que Hitler se reuniera con Himmler el 15 de julio en su oficina de Prusia Oriental. Podemos hacernos una idea de lo que pensaba Hitler en ese momento por un discurso que pronunció ante varios líderes nazis al día siguiente. Declaró que quería crear para los alemanes un «jardín del Edén» en el Este, y que debía lograrse «matando a todo el mundo» que los mirara «tan siquiera con recelo»[608]. Durante el verano y el otoño de 1941, Hitler ya hablaba de dejar que las poblaciones de ciudades como Leningrado se murieran de hambre, por lo que la creciente intensidad de la acción contra los judíos de la Unión Soviética se puede considerar parte del objetivo más general de acabar con la vida de millones de personas en el Este.

Por aquel entonces se estaba estudiando activamente otro plan para el reordenamiento étnico radical del imperio nazi en el Este. El 15 de julio de 1941, transcurrido menos de un mes desde que se lanzara la invasión, Himmler recibió un boceto del *Generalplan Ost* (Plan General para el Este), una amplia visión para la repoblación de los territorios orientales en la que se contemplaba la desaparición de gran parte de la población indígena. El profesor Konrad Meyer-Hetling, un experto en planificación rural y urbana —además de coronel de las SS—, desempeñó un papel crucial en la elaboración de dicho documento. A medida que el plan fue evolucionando a través de distintos bocetos, quedó claro que la cifra de habitantes que serían expulsados debía ser superior a los cuarenta millones[609]. Nunca se llegó a especificar adónde se expulsaría a esta gente, ni si debía ser asesinada o cómo debía llevarse a cabo su aniquilación. Lo más probable es que fueran enviados a los remotos territorios del extremo oriental de la Unión Soviética ocupada y que sencillamente se les dejara morir. Como los alemanes no conquistaron la Unión Soviética tal y como tenían planeado, el *Generalplan Ost* no llegó a ejecutarse del todo, pero sí nos revela el contexto en el que se estudió el destino de los judíos en el verano y el otoño de 1941. Asimismo, es un ejemplo de cómo gente muy inteligente como Meyer-Hetling sentía que el régimen le daba vía libre para pergeñar planes fantásticos y casi utópicos que iban a provocar un sufrimiento inimaginable para millones de personas (después de la guerra y de una breve temporada en la cárcel, Meyer-Hetling retomó su carrera académica como profesor en la Universidad Técnica de Hanover).

El asesinato de judíos en la Unión Soviética proporcionaba también un contexto para tomar decisiones sobre el destino de los semitas en Polonia, Alemania y otros territorios ocupados por los nazis. La idea inicial era deportar a esos judíos a la Unión Soviética cuando se acabara la guerra. Pero ahora varios líderes nazis como Joseph Goebbels, *Gauleiter* de Berlín y ministro de Propaganda, y Karl Kaufmann, *Gauleiter* de Hamburgo, pidieron a Hitler que se planteara la opción de adelantar dicho plan y deportar a los judíos alemanes casi de inmediato. Todas las personas implicadas en el proceso sabían que un paso de tal calibre solo se podía dar con la aprobación de Hitler. En respuesta, este dijo a Goebbels en agosto de 1941 que la «profecía» que había manifestado en el Reichstag en enero de 1939, según la cual acabaría con los judíos si «provocaban» otra guerra mundial, estaba haciéndose realidad. «En el Este, los judíos han tenido que saldar cuentas; en Alemania las han saldado en parte y tendrán que seguir pagando en el futuro.»[610]

En septiembre de 1941, Hitler accedió a deportar a los judíos alemanes y, solo unas semanas después, los de Hamburgo fueron enviados hacia el Este. Un alemán que vio una hilera de judíos arrastrándose de camino a la estación de tren de Hamburgo recuerda que cerca de una quinta parte de la gente se alegraba de su partida diciendo: «Menos mal que se llevan a esas bocas que hay que alimentar y que no sirven para nada»[611]; pero la mayoría se quedó mirando en silencio.

A los judíos de Hamburgo no los enviaron directamente a la Unión Soviética ocupada, sino que los trasladaron al ya superpoblado gueto de Lódz en Polonia. Su llegada provocó una crisis que, en diciembre de 1941, dio lugar a un plan para asesinar a algunos judíos del gueto en camiones dotados de cámara de gas en un centro de exterminio de Chelmno, menos de doscientos kilómetros al norte de Lódz. Pero la mayoría de los sesenta mil judíos deportados del «antiguo Reich» entre octubre de 1941 y febrero de 1942 fueron enviados directamente a la zona de la Unión Soviética en la que operaban los *Einsatzgruppen*. Algunos fueron asesinados de inmediato tras su llegada, mientras que a otros se los alojó en guetos, y se asesinó a los judíos soviéticos para dejarles espacio a ellos.

No cabe duda de que el hecho de que a los judíos se los «expulsara» del Reich contribuyó a que los alemanes de a pie no se plantearan su posible destino. Desde septiembre de 1941, los judíos alemanes se habían visto obligados a llevar una estrella amarilla a modo de distintivo, y esto había provocado que hasta algunos seguidores del régimen sintieran «lástima[612]» de sus vecinos. Pero una vez que esos mismos vecinos judíos fueron transportados hacia el Este, mucha gente dejó de pensar en ellos.

Durante el otoño e invierno, Hitler parece actuar impulsado por su odio visceral hacia los judíos en lugar de basarse en una estrategia meticulosa. Como hemos visto, aunque en septiembre de 1941 decidió que los judíos alemanes fueran deportados al Este, no existía un plan detallado, por lo que Himmler tuvo que improvisar una solución. Lo único que estaba claro era que el futuro de esos judíos era sumamente lóbrego.

Hacia finales de 1941, varias técnicas de asesinato estaban en fase de desarrollo: los camiones con cámara de gas —en los que a las víctimas se las obligaba a agolparse al fondo de un vehículo cerrado herméticamente y luego se utilizaba el monóxido de carbono del tubo de escape para matarlas— estaban ya en uso, sobre todo en Chelmno; los *Einsatzgruppen* seguían asesinando en masa detrás de las líneas de la Unión Soviética; se inició la construcción del primer campo fijo de exterminio en Belzec, en el sureste de Polonia —en Belzec se utilizaría el tubo de escape de potentes motores de gasóleo para matar (en un principio) a los judíos «improductivos» de los guetos de los alrededores; y en el campo principal de Auschwitz en la Alta Silesia, el comandante adjunto estaba experimentando con el uso de un potente insecticida llamado Zyklon B para aniquilar a los prisioneros de guerra soviéticos y a los enfermos. En cuestión de meses, esa técnica se utilizaría también para matar a los judíos de las zonas circundantes.

Nunca se ha llegado a encontrar ninguna orden directa de Hitler fechada ese otoño en la que se estipulara la matanza de los judíos. Por el contrario, su retórica seguía marcando los objetivos generales y criminales mientras el sistema hacía el resto. En diciembre de ese año, a raíz de la contraofensiva del Ejército Rojo y del ataque japonés a Pearl Harbor, la visión de Hitler en cuanto al destino de los judíos

adquirió un cariz aún más apocalíptico. En el discurso que pronunció en el Reichstag el 11 de diciembre, Hitler aseguró que la «pura malicia satánica» de los judíos estaba detrás de la decisión de Roosevelt de embarcarse en una «desviación de la política exterior», con lo cual se refería al apoyo militar al Reino Unido. Al igual que hizo en sus discursos de principios de los años veinte, Hitler afirmaba que los judíos estaban detrás de las políticas tanto de la Unión Soviética comunista como de Estados Unidos capitalista.

Al día siguiente, el 12 de diciembre, Hitler se reunió con los líderes del Reich y, tal como documentaba Goebbels, dijo que, como los judíos habían provocado una guerra mundial, «iban a sufrir su propio exterminio»[613]. El 16 de diciembre, Hans Frank, que acababa de escuchar el discurso de Hitler, anunció en una reunión celebrada en Cracovia: «Debemos exterminar a los judíos allá donde demos con ellos». En Berlín, dijo Frank, se le había ordenado que «liquidara» a los judíos[614]. Un mes después, el 20 de enero de 1942, tuvo lugar la célebre conferencia de Wannsee, a las afueras de Berlín. En ella, Reinhard Heydrich abordó varias cuestiones relativas al destino de los judíos, como la definición de quién debía ser considerado «judío» dentro del contexto de las deportaciones.

Es tentador ver todo esto como una cadena relativamente sencilla de causa-efecto. Hitler anuncia la decisión de exterminar a los judíos el 12 de diciembre de 1941 y luego los distintos organismos encargados de aplicar dicha decisión se ponen manos a la obra. Pero eso sería erróneo. Los comentarios de Hitler del 12 de diciembre no constituyeron el anuncio de un programa de exterminio global en toda Europa y, al contrario de lo que piensa la mayoría de la gente, la cuestión de asesinar a todos los judíos gaseándolos no se planteó en la conferencia de Wannsee. Aunque se abordó el plan para acelerar los asesinatos de judíos en el Gobierno General (esos judíos son los que, según Hans Frank, habían de «liquidarse a sí mismos», en su discurso del 16 de diciembre), Heydrich quería que los judíos que estaban relativamente en buena forma fuesen enviados al Este a construir carreteras gigantescas. En ese proyecto también se contaba con que morirían muchos de ellos, pero ese no era el plan maestro del Holocausto tal como lo conocemos. Hasta la primavera de 1942, dos meses después de la conferencia de Wannsee, no llegaron los primeros judíos extranjeros —de Eslovaquia— a Auschwitz-Birkenau. Muchos de ellos fueron asesinados posteriormente —si bien no justo después de su llegada— en cámaras de gas improvisadas en casitas de campesinos. Los campos de exterminio de Sobibor y Belzec también iniciaron las ejecuciones más o menos al mismo tiempo, pero la mayoría de la gente que murió allí eran judíos polacos, es decir, judíos del Gobierno General. Hasta principios de verano no empezaron a llegar judíos extranjeros.

Hacia el verano de 1942 estaba claro que la «Solución final» consistía en el «extermino» absoluto de todos los judíos que estuvieran bajo el control nazi y que esa política debía aplicarse de inmediato, y no después de ganar la guerra. En agosto, los judíos de Europa occidental ya no eran enviados a guetos en Polonia, sino

directamente a campos de exterminio (solo uno de los cuales —Auschwitz— tenía la capacidad de «seleccionar» a un número considerable de los transportes que llegaban y ponerlos a trabajar, antes de asesinar al resto). Belzec, Sobibor y Treblinka eran exclusivamente campos de exterminio, en los que los judíos que llegaban tenían más de un 99 por 100 de probabilidades de morir gaseados pocas horas después de su llegada. Toivi Blatt, un judío polaco enviado a Sobibor en 1943, recuerda la realidad práctica y desoladora de las meras estadísticas. Él fue uno de los poquísimos judíos que fueron elegidos por los nazis para trabajar en el campo y que, por tanto, lograron aplazar su propia muerte. Blatt recuerda la llegada de «un transporte holandés de unos tres mil judíos» a Sobibor: «… Los ayudamos con su pesado equipaje y luego nos ordenaron que separáramos a las mujeres y a los niños a un lado y a los hombres al otro… Yo estaba de pie junto a otros hombres jóvenes, gritando. Les pedí que dejaran su equipaje (a las mujeres se les ordenaba que dejaran su bolso, que lo tiraran al suelo). En ese momento percibí en sus ojos —en los ojos de las mujeres— cierta ansiedad; tenían miedo porque ¿qué llevas en el bolso? Lo más importante. Una mujer no quiso dejarlo y el alemán le dio un latigazo… No sabían que iban a morir en unos minutos. Cuando les cortaron el pelo, se les ordenó que caminaran durante unos minutos hacia el fondo de las barracas, en dirección a la cámara de gas. Estoy convencido de que esa trampa era perfecta, de que cuando estaban en las cámaras y en lugar de agua empezaba a salir gas de la ducha, lo más probable es que pensaran que debía de ser un error. Recuerdo [otro] transporte que llegó en mitad de la noche desde Holanda. Eran tres mil personas, y cuando las estaban sacando de las cámaras de gas para incinerarlas, pensé que hacía una noche preciosa, las estrellas… y habían muerto tres mil personas. No pasó nada. Las estrellas seguían en el mismo sitio»[615].

Toivi Blatt desafió las estadísticas y sobrevivió a Sobibor porque logró escapar en una fuga masiva que tuvo lugar en octubre de 1943. Los asesinatos de los que fue testigo pasarían a convertirse —con toda la razón— en algo simbólico del dominio de Adolf Hitler. Pero el proceso de toma de decisiones que dio lugar a la creación de las cámaras de gas de Sobibor y de otros campos de exterminio no fue ni simple ni directo. No hubo un único momento de decisión absoluta, sino más bien una serie de puntos de escalada: el momento de la invasión de la Unión Soviética, la deportación de los judíos en otoño de 1941, las reuniones de diciembre entre los líderes nazis más importantes a raíz de Pearl Harbor y la decisión en 1942 de ampliar el asesinato de los judíos a todo el imperio nazi.

Parece como si los nazis se estuvieran dando cuenta —paso a paso— de lo radicales que podían llegar a ser en su trato a los judíos. En toda la historia no había habido nadie que recorriera ese camino. Nadie había intentado peinar Europa para exterminar a un pueblo entero: hombres, mujeres y niños. El profesor David Ceserani afirma: «… Lo que hace de la “Solución final” algo insólito, como luego se vería, es que, al darse cuenta de que era imposible coger a los judíos, expulsarlos y luego desentenderse de ellos, se tomó la decisión de llevarlos a lugares donde fueran

asesinados y donde se invirtieran grandes esfuerzos en su aniquilación. No necesariamente morirían todos de una tacada, ya que a algunos se los quedaban como mano de obra, pero todos acabarían siendo asesinados. No iban a morir en una isla alejada de la costa de África, en Siberia, en una reserva, de tifus, de hambre o de lo que fuera, sino que iban a ser asesinados. Eso es algo radical y no tiene precedentes»[616].

Hitler fue responsable de todo esto no solo porque quería que sucediera. Fue responsable porque su liderazgo carismático influyó de forma crucial a la hora de legitimar ese plan mortífero de cara a sus subordinados. En todos los discursos, los diarios y otros documentos de la época se encuentra la referencia a la fuente definitiva de legitimación: el *Führer*. En épocas de inquietud, en momentos en los que la duda acechaba a la hora de tomar la decisión más dura, siempre estaba el alivio de que todo se realizaba «en concordancia con los deseos del *Führer*»[617]. Tal como escribió Goebbels en su diario en marzo de 1942 en el contexto del castigo «bárbaro» que se les «hacía pagar» a los judíos, «el *Führer* es el pionero y portavoz incansable de una solución radical que exige la propia naturaleza de las cosas y que es inevitable»[618].

Una vez que los seguidores de Hitler adoptaron su visión y se convencieron de que los apoyaría en su misión de matar a los judíos, se apreció un torrente de iniciativas en puestos inferiores. Por tanto, Hitler creó un sistema de destrucción mucho más dinámico que no exigía su autorización para todos los detalles. Lo que estaba sucediendo en ese momento no era solo la aplicación a la «Solución final» del concepto de *Auftragstaktik*[619] («orden de misión») del ejército alemán. Este permitía la *Auftragstaktik* solo dentro de una estricta jerarquía de mando, mientras que en el contexto del asesinato de los judíos había varios organismos en liza para resolver la «cuestión judía». De hecho, Reinhard Heydrich convocó la conferencia de Wannsee en parte para intentar poner fin a ese conflicto e imponer el control de las SS. Y a las personas implicadas en las funciones clave del proceso de exterminio tampoco se les ocurrían distintas ideas para poner en práctica una visión claramente definida, como sería el caso de la aplicación de la *Auftragstaktik*. La evolución de la «Solución final» fue un auténtico proceso de doble sentido, con iniciativas sustanciales provenientes desde abajo que luego eran aprobadas o desechadas por decisiones al más alto nivel. Era un sistema que incluso permitía que un mando relativamente subalterno como el *Sturmbannführer* (comandante) Rolf-Heinz Höppner de las SS sugiriera a su jefe, Adolf Eichmann, en julio de 1941 que la solución «más humana» para la escasez de alimentos que iba a producirse en el gueto de Lódz podía ser «acabar con todos los judíos» no aptos para trabajar «por medio de algún mecanismo de efecto rápido»[620].

Por tanto, nazis como Höppner se veían capaces de poner en práctica sus iniciativas y de plantear «soluciones» al «problema» judío que ellos mismos habían creado. Esto, junto con sus creencias antisemitas, dio lugar a una de las consecuencias más significativas del liderazgo carismático de Hitler: la

internalización de la responsabilidad. Muchas de esas personas no dijeron posteriormente que «cumplían órdenes» cuando participaron en el proceso de exterminio, sino que en su momento pensaban que habían hecho lo «correcto». Adolf Eichmann, por ejemplo, dijo a sus compañeros en 1945 que saber que había contribuido a la muerte de millones de judíos «le procuraba tal satisfacción que aceptaría la muerte con una sonrisa»[621]. Incluso en puestos muy inferiores de la cadena de mando, Hans Friedrich, un soldado que servía en la primera brigada de infantería de las SS y que ejecutó personalmente a varios judíos en el otoño de 1941, fue capaz de afirmar más de sesenta años después que no sentía «nada» por los judíos a los que mató porque su «odio» hacia ellos «era demasiado grande»[622].

Y detrás de todo esto se encontraba la figura de Adolf Hitler: autorizando, apoyando y respaldando el proceso de exterminio. En 1942, Hitler demostró que estaba dispuesto a comprometerse y a actuar con pragmatismo con respecto a los trabajadores forzosos provenientes del Este (en abril, después de las protestas de Albert Speer, Hitler accedió a que sus condiciones fueran menos onerosas), pero no con respecto a los judíos. Estaban destinados a morir, independientemente de cualquier otra consideración en época de guerra. De hecho, no es una exageración afirmar que, por aquel entonces, Hitler le veía un sentido a la guerra: que murieran los judíos.

Cuarta parte

Sangre y muerte

15

La última oportunidad

Diciembre de 1941 supuso un punto de inflexión en la guerra: a partir de ese momento, la derrota parecía a todas luces el desenlace más probable para los nazis. El fracaso de la «guerra relámpago» alemana para asegurarse la victoria en la Unión Soviética; la entrada de Estados Unidos en la guerra; las tremendas dificultades logísticas a las que se enfrentaron los nazis al tratar de dominar un imperio en el Este mientras al mismo tiempo asesinaban a millones de habitantes: por todos esos motivos de peso, aquel iba a ser el principio del fin.

Albert Schneider, que por aquel entonces servía en una unidad alemana a las afueras de Moscú, era uno de esos soldados que pensaban en ese momento que «la guerra ya estaba perdida —todo había llegado realmente a su fin—… aunque todavía no se había iniciado la retirada». Y no solo tenía esa impresión por los reveses militares que habían sufrido los alemanes, sino por el comportamiento de las fuerzas germanas en esos territorios ocupados. «La gente [los ciudadanos soviéticos] era desprovista de todo sistemáticamente… A todas las personas que vivían en este pueblo [aledaño] las saqueaban, se registraban los sótanos para ver si había patatas y demás, sin ningún tipo de consideración por si la gente podía acabar muriéndose de hambre… Yo soy de la opinión de que si se le hubiera dado un trato decente a la gente, incluso podríamos haber ganado la guerra.»[623]

Como era de esperar, Hitler, con ayuda de Goebbels, culpó a otras personas de la derrota ante los soviéticos, principalmente a sus generales. Por ejemplo, en marzo de 1942, Hitler describió a Brauchitsch como «un desgraciado presumido y cobarde que no sabía ni siquiera valorar la situación y, mucho menos, dominarla». Goebbels, que documentó las opiniones de Hitler en su diario, escribió —aparentemente sin ironía —: «A causa de sus constantes interferencias y su permanente desobediencia [de Brauchitsch], ha dado totalmente al traste con el plan para la campaña del Este tal y como el *Führer* la había diseñado con una claridad meridiana»[624].

A Hitler también le ayudó la ineptitud con la que Stalin estaba comportándose como comandante supremo de las fuerzas soviéticas. El 5 de enero de 1942, Stalin instó a realizar una serie de ofensivas prácticamente simultáneas en todo el frente. Era una idea tan ambiciosa que resultaba ridícula, y decidió imponerla a pesar de las objeciones de sus expertos militares. El fracaso del Ejército Rojo a la hora de aprovechar los triunfos de diciembre de 1941 a las afueras de Moscú quedó perfectamente ejemplificado por la desastrosa ofensiva de Járkov en mayo de 1942, donde varios ejércitos soviéticos cayeron en un cerco y más de doscientos mil

soldados del Ejército Rojo fueron hechos prisioneros.

Pero, a pesar de ello, las principales dificultades a las que se enfrentaban los alemanes seguían presentes. En concreto, la posición del Reino Unido se había reforzado infinitamente gracias a la entrada de Estados Unidos en la guerra. «Ningún estadounidense creerá que estoy equivocado», escribió Churchill cuando se enteró del ataque japonés sobre Pearl Harbor, «si proclamo que tener a Estados Unidos a nuestro lado supuso para mí la mayor de las alegrías. No voy a fingir haber calculado con precisión la fuerza marcial de Japón, pero sí sé que en ese preciso instante, Estados Unidos estaba metido en la guerra hasta el cuello y hasta la muerte. ¡Así que, después de todo, habíamos ganado!»[625]

Churchill estaba en lo cierto. Hitler no había logrado cruzar el canal de la Mancha en 1940 para invadir el Reino Unido, y penetrar en Estados Unidos era impensable. Así que ¿cómo podía ganar Alemania? Hitler seguía aferrado a la idea de que si conseguían derrotar a la Unión Soviética, podrían contener de alguna forma a los Aliados occidentales. Y en un excepcional alarde de la fe que todavía tenían en su liderazgo carismático, muchos de los que servían en el ejército alemán siguieron creyendo en él. Carlheinz Behnke, de las Waffen SS, por ejemplo, estaba seguro de que todo iba a salir bien: «En ese momento estábamos preparados incondicionalmente para jurar lealtad al *Führer*… Todavía había cierta fascinación, ¿sabe usted? Cuando lo vimos en Berlín [en otoño de 1942]… Esa fue la única vez que lo vi de cerca durante la guerra, en el discurso que pronunció ante los oficiales en el Sportpalast. Y en ese momento seguía dejándonos impresionados; llevaba un uniforme de campo gris y la Cruz de Hierro de Primera Clase como única condecoración. Incluso ahora he de decir que cuando vuelvo a escuchar su discurso, me quedo fascinado, y no es que anhele que vuelva [esa época], pero era la situación que había. Y resulta difícil transmitírselo a tus hijos o nietos si no formabas parte de aquello»[626].

Un elemento clave de su continuo apoyo a Hitler durante 1942 era su creencia de que los objetivos de su líder no solo eran correctos, sino que además constituían una fuente de inspiración. «Desarrolló una visión que era inconcebible. Era una visión utópica. Estábamos fascinados… El hecho de que el *Lebensraum* estuviera avanzando hacia el Este en una Gran Europa común. En esa época consideraba que era lo correcto, sin pensar mucho en todo lo que conllevaba, como matar a gente y un largo etcétera… Y ahora, a veces, decimos en plan de broma que podemos estar contentos de haber perdido la guerra, porque, de lo contrario, sería comandante regional, un *Gauleiter*, en algún sitio y estaría ejerciendo mis funciones en algún lugar lejos de casa… Creo que sencillamente nos sentíamos superiores en cierto modo, superiores a los pueblos eslavos. Hoy en día resulta ingenuo si uno lo piensa. ¡Era un imperio enorme!»[627]

Joachim Stempel, por aquel entonces oficial de la 14.ª División Panzer, también tenía una confianza plena en 1942. «Lo único que puedo decir es que a todos nos

inspiraban la creencia y la convicción de que íbamos a tener éxito en cualquier cosa que hiciéramos». Tanto él como sus compañeros pensaban: «No hay nada que no podamos lograr —aunque con dificultad, con falta de equipamiento—, y siempre teníamos la creencia y la convicción de que el liderazgo se encargaría de todo»[628].

En 1942, Wilhelm Roes estaba desesperado por servir en las Waffen SS. Se había quedado impresionado con un cartel de reclutamiento en el que aparecía un hombre rubio de las SS con «una de esas miradas en los ojos». Pero, como quería alistarse antes de cumplir los dieciocho años, necesitaba la autorización de su padre. «Le dije [que se necesitaba una autorización] ¡y sonrió de oreja a oreja porque su primogénito iba a convertirse en un soldado de verdad, en las Waffen SS! Claro que la firmó… El 1 de junio de 1942 cumplí diecisiete años, y el 8 de junio me llamaron a filas».

Roes se alistó en la SS Leibstandarte, una unidad que, según le contó su padre lleno de orgullo, era «la más selecta de las Waffen SS». Todavía se acuerda del «código de honor» de las SS: «No se nos permitía cerrar con candado la taquilla porque la gente no roba en la Leibstandarte». Asimismo, Roes recibió una instrucción ideológica que se basaba en una educación que ya estaba bajo el control de los nazis desde que él tenía siete años. «¿Qué más propaganda teníamos? Había cursos de política…, la historia de la vida de Adolf Hitler. Podría recitársela entera ahora mismo; el desarrollo del Partido Nazi, de las SS. En esa época nos contaban que la segunda guerra mundial, que estábamos librando, no habría sido posible sin la primera. Adolf Hitler había sido soldado en la primera guerra mundial, y su partido no podía tolerar que nos arrebataran tanto territorio, así como las colonias; teníamos que recuperarlo. Esa era nuestra motivación. Nos alimentaban con ese tipo de cosas, y nosotros nos las tragamos. Estábamos muy orgullosos, orgullosísimos.»[629]

Cuando estaba de permiso, Roes hacía alarde de ser miembro de la *Leibstandarte*. «Cuando llegábamos a algún lugar, a un bar o algo así, vestidos con nuestro uniforme —con “Adolf Hitler” escrito aquí [en la manga], nuestros uniformes eran preciosos —, podía fijarme en una chica y sabía que iba a salir de allí con ella. “Somos de la *Leibstandarte*”. Estuvimos en Italia, y nunca me olvidaré de la vez que fuimos a una peluquería en Milán, un sitio muy de los años veinte, con cromo por doquier: nunca habíamos visto nada parecido. Entramos y todos los sillones estaban ocupados. Los peluqueros italianos gritaron algo, todo el mundo se levantó y nos quedamos con sus sitios. No éramos soldados normales y corrientes, éramos la visión de algo muy especial. Y está claro que eso nos impresionaba».

En cuanto a la misión de las SS de conquistar el imperio del Este y, en el proceso, enfrentarse a un pueblo «inferior», Roes afirma que «simplemente me creía lo que decía la propaganda. Así que, si la propaganda decía que esta persona era un subhumano ruso, que nosotros éramos más valiosos, que teníamos que vencerles, derrotarles, hacernos con el territorio que necesitáramos para sobrevivir [por aquel entonces nos lo creíamos]. Y a la edad de dieciocho años no sabía si teníamos mucho o poco territorio. No entendía eso de “subhumano”. Eso era lo que decían, y yo me lo

creí, pero no solo yo, sino casi todo el mundo. Y los pocos que no [se lo creían] no se atrevían a decir nada. Es un problema generacional. Es imposible que usted entienda la mentalidad de la gente [de esa época]. Teníamos diecisiete años, estábamos acostumbrados a obedecer. Estábamos acostumbrados a creernos lo que nos contaban. Al principio, lo que nos contaban era cierto: que Hitler era un superhombre».

Pero ya había indicios de que un creciente número de soldados alemanes —y sus parientes— estaban empezando a dudar de las cualidades sobrehumanas de Hitler. Una muestra de dicha tendencia era el cariz de las esquelas publicadas en la prensa alemana, sobre todo la frecuencia con la que los familiares indicaban que sus hijos habían muerto «por el *Führer*» en lugar de «por Alemania». Por ejemplo, en el *Fränkischer Kurier*[630], un periódico del sur de Alemania, se mencionaba a Hitler en más del 40 por 100 de las esquelas en verano de 1940, pero dicha cifra se redujo al 12 por 100 en la segunda mitad de 1942. Además, desde la primavera de 1942, los registros indican que se empezó a llevar a más y más gente a juicio en Múnich por verter comentarios despectivos sobre los nazis[631].

Ese mismo cambio en la actitud de la población alemana también se aprecia en la reacción que provocó el discurso que Hitler pronunció en el Reichstag el 26 de abril de 1942, la última vez que se reunió allí. El intento de Hitler por enmascarar los acontecimientos solo habría reconfortado a los nazis más acérrimos. Achacó al inesperado mal tiempo los problemas en el frente oriental —una climatología que, según él, «incluso en esas zonas» se daba «solo una vez cada cien años»—[632] y a los Aliados el estallido de la guerra. Pero lo más importante es que Hitler no dijo cómo iban a ganar la guerra. De hecho, para la población había un preocupante toque nihilista en el discurso. «Los alemanes tenemos mucho que ganar en esta lucha de "ser o no ser", porque perder la guerra significaría de todas todas nuestro final.»[633] Es más, la ostensible razón por la que Hitler había afirmado que quería hablar ante el Reichstag —para conseguir que el Parlamento confirmara su autoridad total sobre el sistema legal— parecía irrelevante. ¿No ejercía ya una autoridad total sobre el estado?

Al reunirse con Hitler justo después de su discurso, Goebbels notó que «estaba muy contento de haberlo soltado todo»[634]. Pero solo dos días después, escribía: «La conclusión a la que se ha llegado [en la prensa extranjera] es que el discurso del *Führer* constituye, por así decirlo, el grito de un hombre que está hundiéndose». Incluso entre la ciudadanía alemana encontró ciertas respuestas negativas. En un informe secreto que recibió Goebbels se afirmaba que el pueblo alemán se mostraba «un poco escéptico con la situación militar. En especial desde que el *Führer* habló de una segunda campaña invernal en el Este, la gente piensa que ni él está convencido de que la guerra contra la Unión Soviética vaya a acabarse este verano»[635]. La consecuencia fue que el discurso «propagó una sensación de inseguridad».

Esa idea de que estaba decayendo el atractivo carismático de Hitler se intensificó aún más durante la visita de Mussolini el 29 de abril, solo tres días después de aquel

discurso. La atmósfera del encuentro quedó documentada para la posteridad en los diarios del ministro de Asuntos Exteriores italiano —y yerno de Mussolini—, el conde Galeazzo Ciano, un cínico empedernido. «Hay mucha cordialidad», escribió, hablando de su llegada a Salzburgo, «y eso me pone en guardia. La cortesía de los alemanes siempre es inversamente proporcional a su suerte.»[636] Al día siguiente, describiendo la reunión de la delegación italiana con el *Führer*, afirmaba: «Hitler habla sin parar. Mussolini sufre, él, a quien le gusta mucho hablar y que, por el contrario, prácticamente tiene que guardar silencio. Al segundo día, después de comer, cuando todo estaba dicho ya, Hitler habló sin interrupción durante una hora y cuarenta minutos… No obstante, los que temían dicha tortura más que nosotros eran los alemanes. Pobre gente. Tienen que tragárselo todos los días, y estoy seguro de que se saben de memoria cada gesto, cada palabra y cada pausa. El general Jodl, después de una lucha épica, se fue a dormir al sofá»[637].

Hitler siempre se había comportado así, incluso, como hemos visto, aburriendo soberanamente a su compañero de piso en Viena antes de la primera guerra mundial. La novedad era la idea de que el vínculo carismático entre su público y él, que había surgido por primera vez en las cervecerías de Múnich hacía tan solo veinte años, estaba deteriorándose. Y los motivos no son tan sencillos como cabría pensar. No es necesariamente el hecho de que la autoridad carismática se vea debilitada por la falta de éxito de un líder: Hitler y los nazis sufrieron un rotundo fracaso en el *Putsch* de la Cervecería, por ejemplo, pero en realidad la percepción de su carisma entre sus seguidores se incrementó después de que lo juzgaran por traición. El problema para un líder carismático aflora cuando se desarrolla un patrón de fracasos, sobre todo, una vez que se empieza a pensar cada vez más que uno no puede confiar en las promesas del líder.

En el caso de Hitler, las dificultades que afrontó en abril de 1942 se remontan a su discurso de octubre del año anterior, cuando prometió que se había ganado la guerra contra la Unión Soviética. Por aquel entonces, la población alemana sabía que su líder se había equivocado estrepitosamente. Y no solo eso, sino que empezaba a parecer que estaba a merced de los acontecimientos en lugar de dominarlos. Cómo iba a derrotar Alemania a Estados Unidos, por ejemplo, era un tema que Hitler rehuyó, y la gente se dio cuenta. Y el que sin duda reparó en ello fue Ciano, que el 30 de abril de 1942 escribía: «En mi opinión, la idea de lo que los estadounidenses pueden y van a hacer perturba a todos, y los alemanes cierran los ojos para no ver. Pero eso no evita que los más inteligentes y los más sinceros piensen en lo que puede hacer Estados Unidos y que les entren escalofríos por la espalda»[638].

No obstante, el testimonio de exsoldados como Wilhelm Roes y Carlheinz Behnke, así como la reacción de otros muchos alemanes en esa época, demuestra que Hitler seguía gozando de un apoyo significativo como líder carismático en 1942. Todo seguía siendo una cuestión de fe, y la gente se replanteaba su fe en momentos distintos. Incluso cuando las cosas empezaron a ponerse feas, los creyentes

incondicionales lograron mantener su fe intacta. Al fin y al cabo, como afirmaba Göring en septiembre de 1936, «mediante el genio del *Führer*, cosas que aparentemente eran imposibles se han hecho realidad en muy poco tiempo»[639].

Pero la tendencia de esa fe en Hitler a provocar una sensación de irrealidad con respecto a la guerra era inmensa. Y esa sensación de irrealidad inundó hasta al propio Hitler, que se creía únicamente lo que él quería acerca del poder del Ejército Rojo. Esto llevó al general Halder a escribir en tono desesperado: «Esta tendencia crónica a subestimar las capacidades del enemigo está adquiriendo paulatinamente proporciones grotescas y se está convirtiendo en un auténtico peligro. La situación se está volviendo cada vez más intolerable. No hay margen para trabajar con seriedad»[640].

Pero en la transición de la primavera al verano de 1942 parecía —al menos a simple vista— que las cosas mejoraban para Hitler después de los reveses del invierno. En el Lejano Oriente, los japoneses entraban en guerra con Estados Unidos, aunque acababan de perder unos portaaviones cruciales en la batalla de Midway de junio de 1942; en el desierto occidental, Erwin Rommel estaba convirtiéndose a marchas forzadas en un héroe alemán, sobre todo cuando los Afrika Korps tomaron Tobruk el 20 de junio y capturaron a treinta mil prisioneros aliados; en el océano Ártico, a principios de julio, unos submarinos y aviones alemanes arrasaron al convoy aliado PQ 17 y destruyeron veinticuatro de treinta y nueve navíos cargados de provisiones para la Unión Soviética, un desastre para los Aliados que provocó la suspensión temporal de todos los convoyes por el Ártico; y en las estepas del sur de Rusia, la nueva ofensiva del ejército alemán, *Fall Blau* (Operación Azul), estaba realizando grandes progresos hacia el sureste, rumbo a Stalingrado y a los yacimientos petrolíferos rusos del Cáucaso. De hecho, Hitler estaba tan confiado que a finales de julio ordenó a las fuerzas de la Operación Azul que se dividieran. El Grupo A del ejército partiría rumbo al sur, hacia los yacimientos petrolíferos, y el Grupo B proseguiría su camino hacia el Este, hacia Stalingrado. Eso demostró un exceso de confianza descomunal —aunque era fruto de la desesperación por terminar la guerra en el Este cuanto antes— y albergaba las semillas de la calamidad que acaecería sobre el 6.º Ejército alemán en Stalingrado seis meses después.

Otra persona que demostró un exceso de confianza parecido e incluso extraño fue uno de los seguidores más antiguos de Hitler: Hermann Göring. Por aquel entonces, Göring se había apropiado hasta tal punto del hábito de Hitler de negarse a escuchar las objeciones prácticas que se creyó con derecho a arengar en agosto de 1942 a un grupo de nazis destacados —incluidos algunos miembros del comité del Reich— como si fuera un despiadado director hablando con unos chavales que necesitaran un buen rapapolvo. «Bien sabe Dios», dijo, «que no se os ha enviado allí [a los países ocupados por los nazis] para trabajar por el bienestar de las personas que están a vuestro cargo, sino para aprovecharos de ellas al máximo a fin de que el pueblo alemán pueda vivir. Eso es lo que espero de vuestros esfuerzos. Esta preocupación

incesante por los pueblos extranjeros debe acabar de una vez por todas. Tengo aquí unos informes sobre los resultados que se esperan de vosotros, y son una nimiedad si uno tiene en cuenta vuestros territorios. En este sentido, a mí no me importa lo más mínimo que me contéis que vuestra gente se va a morir de hambre. Que así sea siempre que no haya ni un solo alemán que se desmaye por no comer.»[641] Göring exigió posteriormente un incremento considerable de envíos de alimentos a la patria alemana, al parecer, aumentando las cuotas como por capricho. «El año pasado, Francia envió 550 000 toneladas de cereales», afirmó Göring, «y ahora exijo 1,2 millones de toneladas. Dentro de dos semanas se presentará un plan para gestionar la cuestión. Y no se volverá a tocar el tema».

No obstante, apelar a la «voluntad» del individuo solo tenía visos de funcionar cuando existía una posibilidad de éxito. No servía de nada exigir materias primas si no había nada que dar. Pero esta sencilla realidad no impidió que Göring, Himmler o incluso Hitler exigieran lo imposible. El 11 de agosto de 1942, tan solo cinco días después del dramático encuentro con Göring, Hitler se reunió con Paul Pleiger, un industrial con talento que era el encargado de garantizar que hubiera suficiente carbón para las necesidades de Alemania en época de guerra. Pleiger explicó a Hitler que la producción de carbón estaba disminuyendo y que necesitaba mineros con experiencia, pero lo único que le prometieron fue mano de obra desnutrida del Este. Hitler le escuchó y luego respondió que si había escasez de carbón, la producción de acero no se podía incrementar, y que si no se podía incrementar la producción de acero, se perdería la guerra. ¿Qué podía responder Pleiger ante una afirmación así? Sencillamente contestó que haría todo lo que fuera «humanamente posible» para cumplir los objetivos de Hitler[642].

Si bien el comportamiento del *Führer* en su reunión con Pleiger puso de manifiesto los inmensos peligros del liderazgo carismático, al menos demostró que seguía tratando de actuar conforme a él. Pero otras decisiones de esa misma época revelan que Hitler debía de abrigar dudas en cuanto a si en realidad seguía siendo ese tipo de líder o no. El 9 de septiembre de 1942, destituyó al mariscal de campo List del mando del Grupo A del ejército. Hitler, que estaba cada vez más desesperado por conseguir una victoria rápida, creía que List había estado ralentizando el proceso. Esta acción en sí no resultó sorprendente —Hitler ya había destituido a otros mandos militares—, pero lo que sí fue significativo era el elegido para reemplazarlo: él mismo.

Este constituyó el nombramiento más extraño de Hitler hasta la fecha. Incluso dejando a un lado la nueva y absurda cadena de mando, que implicaba que debía rendir cuentas ante sí mismo en numerosas ocasiones[643], era imposible que él pudiera ejercer un control efectivo sobre unos soldados que se hallaban a más de mil seiscientos kilómetros de distancia. Esta decisión, junto con la destitución del general Halder como jefe del Estado Mayor del ejército ese mismo mes —cuya última anotación en el diario reza: «Mis nervios ya no aguantan más»—[644] y su reemplazo

con Kurt Zeitzler, un oficial conocido por su carácter adulador, reveló la existencia de un entorno cada vez más cargado de desesperación en la sede del *Führer*.

Sin duda, Hitler hacía bien en dudar de la capacidad práctica del ejército alemán para ganar la guerra. En otoño de 1942, la cuestión del abastecimiento era tan pésima que el general Fromm, jefe de suministro de armamento, escribió en un informe que Hitler debía encontrar una solución política inmediata y poner fin a la guerra[645]. Con este telón de fondo, Hitler empezó a obsesionarse con una ciudad del frente oriental: Stalingrado. Las unidades del 6.º Ejército, que formaba parte del Grupo B, llegaron hasta el río Volga a finales de agosto de 1942 y, a principios de septiembre, los alemanes estaban luchando en la ciudad. «[Hitler] no estaba consiguiendo lo que quería en el Cáucaso», escribe Antony Beevor, que ha realizado un estudio específico sobre esta contienda, «así que al 6.º Ejército se le ordenó que tomara Stalingrado, y así fue como su obsesión por la ciudad que llevaba el nombre de Stalin se convirtió en una trampa. Era el anzuelo, y en la guerra siempre es una catástrofe tremenda que un comandante se obsesione con un objetivo concreto y pierda de vista todo el conjunto.»[646]

Stalingrado supuso el punto de inflexión en la percepción que tenía la gente del liderazgo carismático de Hitler. Para algunos soldados del 6.º Ejército, como Joachim Stempel, fue entonces cuando su fe se vino abajo. Como joven oficial de la 14.ª División Panzer, ese verano había avanzado por la estepa rusa lleno de optimismo. Cuando llegó a Stalingrado, una ciudad situada en una estrecha franja de tierra junto a la orilla occidental del Volga, el ancho río que dividía la Rusia europea de Asia, tanto él como sus compañeros pensaban que «solo era cuestión de tiempo» que lograran «expulsar al enemigo hacia la margen oriental»[647]. Estaban animados por el éxito que habían cosechado los alemanes en la batalla de Járkov hacía cuatro meses, así como por la relativa comodidad con la que habían iniciado su avance en la Operación Azul.

Pero cuando llegaron a Stalingrado, se toparon con la resistencia fiera y decidida de las tropas soviéticas. «Había francotiradores disparando desde todos los flancos», afirma Stempel, «desde cualquier agujero, cualquier rincón, cualquier chimenea de una casa derruida, cualquier montón de tierra… [Había] muchas mujeres [soviéticas] con uniforme que resultaron unas francotiradoras excelentes y nos hicieron la vida imposible». Otro problema para los soldados del 6.º Ejército, muchos de los cuales habían viajado por la estepa en carros de combate, era la naturaleza desconocida del combate cuerpo a cuerpo en medio de casas y fábricas en ruinas. «No estábamos acostumbrados a eso, y tampoco nos habían entrenado con ese fin… Tenías que abrirte paso hasta el frente, agachado, en cuclillas, de rodillas, [y] se oían disparos por todas partes: desde delante, desde atrás, desde arriba y desde abajo. Y estabas rodeado por el ruido de las salvas de artillería que impactaban contra lo que quedaba de las fábricas… Ver a tu oponente es un sentimiento indescriptible cuando estáis de pronto cara a cara. [Piensas:] “Quiere matarme, y yo tengo que matarlo a él”. No

puedo describir ese sentimiento. No hay ningún momento para dudar o para plantearse sentimientos humanos… Nos decían una y otra vez: "¡Cien metros más y ya lo habréis conseguido! [llegar al Volga]". Pero ¿cómo íbamos a conseguirlo si ya no nos quedaban fuerzas? Y también era horrible para la gente que llevaba los suministros cuando, aprovechando la oscuridad, traían por fin la comida al frente en recipientes térmicos, aunque ya se había enfriado y, de repente, llegaban unos rusos por detrás y los mataban. Y nosotros esperábamos una comida que no llegaba nunca porque los exploradores rusos o las patrullas de reconocimiento los habían interceptado, hecho prisioneros o incluso acribillado». A medida que iban pasando los días, Stempel vio que «cada ataque se cobraba tantas vidas que era fácil calcular cuánto tiempo tardarían en quedarse sin nadie».

Las dificultades del 6.º Ejército en Stalingrado se multiplicaron a causa de la promesa que hizo Adolf Hitler en un discurso que pronunció el 30 de septiembre de 1942. «Podéis estar seguros», dijo, «de que ningún ser humano podrá echarnos de este lugar.»[648] Fue una declaración aún más explícita que la que había ofrecido un año antes sobre la victoria en la campaña soviética. Ahora —de forma inequívoca— Hitler había dicho que el ejército alemán nunca se retiraría de Stalingrado. Carlheinz Behnke, que por aquel entonces era un oficial poco experimentado de las Waffen SS, oyó a Hitler decir: «¡Tomaremos Stalingrado!». Y ni sus compañeros ni él lo dudaron «ni un instante. Ni uno solo»[649].

Nunca sabremos con certeza qué impulsó a Hitler a hacer esa promesa relativa a Stalingrado. Quizá su decisión obedeciera en parte a que la ciudad llevaba el nombre de Stalin. Pero es más probable que Hitler se diera cuenta de que necesitaba recuperar la confianza en sus promesas después de la debacle del año anterior, y esa era una promesa al pueblo alemán que juzgaba viable. Además, tal como señala Antony Beevor, Hitler «creía en cierto modo que si los soldados alemanes se mantenían firmes, él siempre tendría razón. Todo giraba en torno a la idea del "triunfo de la voluntad" y de que la decisión moral y la firmeza podían con todo»[650].

Pero, cuando el otoño dio paso al invierno, quedó claro que el 6.º Ejército alemán no iba a poder expulsar completamente a los soldados del 62.º Ejército soviético de la ciudad. Bajo el mando de Vasili Chuikov —un hombre tan severo que solía apalear a sus propios oficiales si le contrariaban—, los soldados del Ejército Rojo se aferraron a la orilla occidental del río Volga o se asentaron bajo los escombros de los edificios en ruinas. «Nuestro principio era clavar las garras en la garganta del enemigo y mantenerlo a una distancia muy corta», explica Anatoli Mereshko, por aquel entonces un joven oficial soviético en Stalingrado. «De esta forma se puede seguir con vida. Esas eran las tácticas de Chuikov.»[651]

Mientras el 62.º Ejército soviético resistía en Stalingrado, los generales más brillantes de Stalin —Zhukov y Vasilevskii— estaban preparando una ofensiva para ayudarle. El plan —cuyo nombre en código era Operación Urano— consistía en crear un cerco de gran amplitud. Para empezar, los soldados del Ejército Rojo no atacarían

la ciudad de Stalingrado, sino que presionarían los flancos del enemigo, unos ciento sesenta kilómetros al oeste de la ciudad, y se enfrentarían a las unidades rumanas más débiles que protegían las líneas de suministro alemanas. La operación, lanzada el 19 de noviembre de 1942, fue todo un éxito: tan solo cuatro días después, el Ejército Rojo había logrado aislar completamente a los alemanes en Stalingrado.

El éxito de la Operación Urano puso de relieve una serie de fallos en el liderazgo de Hitler. Más que nada, demostró las consecuencias de su inmensa arrogancia: había subestimado sobremanera la capacidad de resistencia de los soviéticos. En concreto, había hecho caso omiso de su habilidad para aprender de las tácticas del ejército alemán. Como las fuerzas soviéticas se habían comportado de una forma específica en el pasado —cayendo, por ejemplo, en la trampa que les tendieron los alemanes en la batalla de Járkov en primavera—, pensó que se comportarían más o menos igual en el futuro. Pero desde el nivel más alto del gobierno soviético —Iósif Stalin— hasta el soldado raso más bajo, la máquina militar soviética había cambiado. En los meses anteriores, Stalin se había vuelto menos dictatorial con sus generales de más experiencia —por ejemplo, permitió a Zhukov y a Vasilevskii que iniciaran y luego desarrollaran la Operación Urano sin ningún impedimento—, y también se habían realizado mejoras en la formación y en la coordinación de algunas unidades. Y lo que es más importante: los soviéticos habían desarrollado técnicas de *maskirovka* («engaño») para ocultar a los alemanes sus avances militares.

El menosprecio de Hitler por la capacidad del enemigo había contagiado a sus comandantes. El 23 de octubre de 1941, tan solo unas semanas antes de que se iniciase la Operación Urano, el nuevo jefe del Estado Mayor, Kurt Zeitzler, declaró que los soviéticos no estaban «en condiciones de organizar una ofensiva de calado con un objetivo de gran alcance»[652]. No obstante, Hitler, incluso en vista del sorprendente éxito soviético al cercar al 6.º Ejército, siguió infravalorando a sus oponentes. *Unternehmen Wintersturm* (Operación Tormenta invernal), el intento de Mansteil por ayudar al atribulado 6.º Ejército, nunca llegó a contar con recursos suficientes, y la tentativa de rescate se canceló menos de una semana después. En cuanto a Göring y la Luftwaffe, según los cuales podían suministrar adecuadamente al 6.º Ejército desde el aire, resultó una mera ilusión. Puesto que no pudieron ayudar al 6.º Ejército, las condiciones dentro del cerco adquirieron un cariz cada vez más funesto. «Después de Navidad, la moral decayó rápidamente, y no solo eso; también estaba la cuestión de [la falta de] alimentos y suministros»[653], explica Gerhard Hindenlang, que fue comandante de un batallón alemán en Stalingrado.

Pero, con todo, muchos soldados del 6.º Ejército esperaban ser rescatados. Solían quedarse escuchando y creían oír el avance de los tanques de sus libertadores alemanes. Según un oficial atrapado en Stalingrado: «Pensaba que el *Führer* no nos abandonaría, que no sacrificaría al 6.º Ejército y nos sacaría de allí»[654].

Pero se equivocaban: su *Führer* los había abandonado. Lo único que podía hacer era tratar de orquestar un final wagneriano para la saga ascendiendo al comandante

del 6.º Ejército, Friedrich Paulus, a mariscal de campo el 30 de enero de 1943, justo antes de que cayera Stalingrado. Como ningún mariscal de campo alemán se había dejado capturar por el enemigo, era una muestra clara de que Hitler quería que Paulus se suicidara. Pero este decidió no quitarse la vida y fue capturado por el Ejército Rojo. La reacción de Hitler fue una mezcla de furia e incredulidad. «Me apena profundamente», comentó Hitler al conocer la noticia, «que el heroísmo de muchísimos soldados se haya visto destruido por un debilucho sin carácter…»[655]

La transcripción de las palabras de Hitler ese día revela un aspecto cada vez más presente en su liderazgo, que quedaría a la vista de todo el mundo dos años después: el deseo de aceptar la muerte en la derrota. «¿Qué significa eso que llaman "vida"?», preguntaba. «… El individuo tiene que morir. Lo que permanece con vida después del individuo es el pueblo. Pero ¿cómo puede uno temer ese momento con el cual uno (puede liberarse) de la miseria?…»[656] En lugar de pasar a la «inmortalidad nacional»[657], Paulus había «preferido» irse a Moscú, donde las «ratas se [lo] comerían» en la cárcel de Lubianka. Además, había sentado un peligroso precedente: a partir de entonces, puede que hubiera otros oficiales que no lucharan hasta la muerte. Hitler tenía claro cómo debía ser el final: «… Os juntáis todos, formáis una defensa cerrada y os disparáis con el último cartucho. Si podéis imaginaros a una mujer que, después de que la insulten unas cuantas veces, tiene tanto orgullo que se marcha, se encierra en una habitación y se pega un tiro inmediatamente, no siento ningún respeto por un soldado [que prefiera] ser capturado»[658].

Desde que se había afiliado al Partido Obrero Alemán hacía veintitrés años, Hitler había demostrado que le gustaba apostar, que estaba dispuesto a asumir riesgos muy grandes en empresas que podían salir tanto bien como mal. También había asumido que la batalla de Stalingrado terminaría «heroicamente», y con «heroicamente» se refería a suicidarse en última instancia si era necesario. En este sentido, Paulus y muchos de sus comandantes del 6.º Ejército le habían decepcionado. Poco después trataría de asegurarse de que otros millones de alemanes no lo hicieran.

16

La muerte del carisma

La vergüenza de Stalingrado provocó un deterioro generalizado en la creencia en el carisma de Hitler. Por tanto, es sorprendente que Hitler siguiera siendo el líder de Alemania durante dos años más. Una de las explicaciones que suelen darse a este fenómeno es que el régimen nazi empezó a recurrir más al miedo y a las amenazas para mantenerse en el poder, elementos de coacción que siempre habían existido pero que ahora se volvieron más frecuentes. Pero esa es solo una parte de la historia. El atractivo carismático de Hitler no había desaparecido por completo, y su legado proyectaba una larga y destructiva sombra.

Hitler trató de limitar el daño que supusieron para su prestigio los acontecimientos de Stalingrado de varias maneras. La más evidente fue que no protagonizó ninguna aparición pública durante el período de la derrota. Fue Goebbels el que recibió la desafortunada tarea de leer una larga proclama de Hitler el 30 de enero de 1943, el día en que se conmemoraba el décimo aniversario de su nombramiento como canciller. Y fue Göring, quien habló ese mismo día en la radio, el que tuvo que explicar por qué el pueblo alemán debía seguir teniendo fe en Hitler. El motivo era bastante directo: la «providencia» había enviado a Hitler a Alemania y había permitido que este «simple luchador» de la primera guerra mundial llegara a lo más alto. Entonces, ¿cómo podía uno pensar que todo lo que estaba sucediendo ahora «no tenía sentido»[659]? Era un intento evidente de apelar a que se mantuviera —o incluso se redoblara— la fe en el carisma de Hitler. Básicamente fue la misma admonición que había recibido el 6.º Ejército desde la oficina de Hitler solo unos días antes de que se rindieran, es decir, que recordaran siempre que el «*Führer* es más sabio»[660].

Seguir ese consejo planteaba unas dificultades obvias, ya que no cabía duda de que Hitler había roto la promesa que había realizado en septiembre del año anterior, cuando dijo que «nadie» expulsaría a la Wehrmacht de Stalingrado. Y, tal como demostraron otros acontecimientos en la primera mitad de 1943, exhortar a las fuerzas armadas alemanas a seguir luchando en vista de las claras ventajas que tenían en ese momento los Aliados apenas podía considerarse una estrategia. Pensemos, por ejemplo, en lo que estaba ocurriendo en la batalla del Atlántico: en mayo de 1943, la armada alemana se vio obligada a retirar todos los submarinos del Atlántico Norte, lo cual equivalía a reconocer su derrota. Jürgen Oesten, uno de los capitanes de submarinos de más éxito, explica por qué, desde su punto de vista, hubo que tomar esa decisión: «Si un submarino se hacía con un convoy, enviaba la señal

correspondiente y el resto de submarinos estaban en posición para ajustar su rumbo a dicha situación, para que ellos se hicieran también con los convoyes… y este sistema funcionaba relativamente bien siempre que los navíos de escolta no pudieran detectar los barcos por la noche… [Pero] a partir de la segunda mitad del año 1942, los navíos de escolta [británicos] eran capaces de interceptar la señal inalámbrica [de los submarinos], de forma que si un submarino emitía una señal en las inmediaciones del convoy, los destructores podían ir directamente a por él. Por otro lado, el desarrollo de los radares avanzaba mucho más deprisa en el bando británico que en Alemania, y los navíos de escolta estaban equipados con radares, así que, a partir de entonces, los navíos de escolta también podían detectar un submarino por la noche [y] dar con él en cuanto este emitiera una señal inalámbrica. En estos dos sentidos, los Aliados eran superiores y, por consiguiente, tuvimos que detener la guerra en el Atlántico en los primeros meses de 1943. Abandonamos la guerra submarina en el Atlántico Norte porque los barcos habían dejado de ser lo bastante seguros»[661].

Además de los avances de los Aliados en materia de tecnología de radares, los expertos en códigos de Bletchley Park (Inglaterra) habían descifrado el código Enigma de la armada alemana, y eso, junto con una mejor defensa aérea de los convoyes atlánticos, supuso que la cuerda de salvamento tendida entre Estados Unidos y Reino Unido fuera irrompible. Esto representó, simbólicamente, uno de los principales motivos por los que los nazis estaban perdiendo la guerra: no tenían ni el tiempo ni los recursos para innovar. Después de cualquier éxito inicial que pudieran haber cosechado los alemanes, sus contrincantes —mejor equipados y más numerosos— no tardaron en tomar la iniciativa. A pesar de la bravuconería del nuevo ministro de Armamento, Albert Speer, y de las alusiones a las «armas milagrosas» alemanas que estaban por venir, las consecuencias de la realidad que imperaba en 1943 eran inevitables: Alemania no podía ganar la guerra. La armada alemana no logró responder a los avances tecnológicos de los Aliados en el Atlántico, y el ejército no pudo responder a la conciencia estratégica ni al creciente poder del Ejército Rojo en el frente oriental.

En cuanto a las fuerzas aéreas alemanas, la incapacidad de la Luftwaffe para proteger a las ciudades y los pueblos alemanes de los ataques estaba a la vista de todos. El bombardeo generalizado de la región industrial del Ruhr empezó en marzo de 1943, y la tormenta de fuego que cayó sobre Hamburgo a consecuencia de un ataque aéreo el 28 de julio se cobró el mismo número de vidas en una noche —cuarenta mil— que en Londres durante todo el transcurso del *Blitz*. En la guerra de bombardeos, al igual que en el caso de la batalla del Atlántico, era esa misma combinación de más innovación y más recursos la que estaba haciendo sufrir a los alemanes.

Tres días antes de la tormenta de fuego que cayó sobre Hamburgo, el 25 de julio, los italianos habían demostrado lo preparados que estaban para encargarse de su propio líder carismático, Benito Mussolini, en el que tanto se habían inspirado Adolf

Hitler y los nazis a principios de los años veinte. Al ver qué derroteros estaba siguiendo la guerra, el Gran Consejo Fascista votó para destituirlo de su cargo y Mussolini fue arrestado cuando salía de una audiencia con el rey. Poco después, los italianos rompieron su alianza con Alemania y trataron de abandonar el conflicto. «Está claro que traicionar a un amigo, a un aliado, no es algo muy honroso, pero son cosas que pasan», afirma Mario Mondello, que en esa época era diplomático y miembro del Partido Nacional Fascista Italiano. «A veces somos más realistas que los alemanes. Por supuesto, al ser realistas, no somos leales al actual líder. No digo que sea un gesto noble, pero es nuestro carácter.»[662]

No obstante, fue mucho más que cualquier variación percibida en el «carácter» entre los alemanes y los italianos lo que permitió que Hitler se mantuviera en el poder durante casi dos años más que Mussolini. Una de las diferencias importantes entre los dos países era de tipo estructural: Mussolini no había desmantelado —tal y como había hecho Hitler— las distintas instituciones que podían pedirle cuentas. El rey italiano era el jefe de estado —no Mussolini—, y los miembros del Consejo Fascista podían seguir reuniéndose y declarar su falta de confianza en Mussolini mediante una votación. Nada de eso podía suceder en la Alemania nazi. Hitler siempre había estado más alerta ante cualquier posible desafío a su autoridad al pasar a ocupar él mismo el cargo de jefe de estado en 1934 y al permitir que el gabinete se atrofiara y muriera como foro político antes de que estallara la guerra.

Mientras tanto, Hitler siguió recurriendo a sus llamamientos personales para motivar a sus generales. Meses después de que Mussolini hubiera sido depuesto, Peter von der Groeben, que por esa época era el jefe de operaciones del Grupo de Ejércitos alemán del Centro, asistió a una reunión con otros comandantes celebrada en la oficina central de Hitler, la Guarida del Lobo, en Prusia Oriental. Von der Groeben fue testigo de cómo Hitler y los generales «se pasaron dos horas hablando de si la única división de tanques que teníamos había sido desplegada correctamente… Y eso hacía que uno quedara en un segundo plano y se desesperara más y más… Al final de cada reunión él [Hitler] siempre se dirigía personalmente al mariscal de campo y decía: “Pero tú no me vas a abandonar”, y le cogía las dos manos y se las apretaba… Tenía una capacidad inmensa para manipular a la gente y ejercer influencia sobre ella»[663]. El aristócrata Von der Groeben revela asimismo que la conducta de Hitler durante estos encuentros no era en modo alguno la de un loco. «Solo puedo juzgarlo por las reuniones a las que asistí, pero nunca se le podía reprochar nada. Jamás experimenté ningún tipo de comportamiento abusivo ni nada por el estilo».

El conde Johann-Adolf von Kielmansegg, un oficial del Estado Mayor alemán, fue testigo del efecto motivador que Hitler seguía teniendo. Sus amigos y él lo llamaban «El bicho del mando supremo de la Wehrmacht», y siempre que llegaba un oficial nuevo, se preguntaban: «¿Cuánto tardará en pillarlo?». Kielmansegg pensaba que la única forma de contagiarse de este «bicho» era manteniendo un estrecho

contacto con Hitler. «La única vez que estuve bajo su hechizo, por así decirlo, fue cuando Hitler me dio una orden personal para el mariscal Antonescu, el líder rumano por aquella época. Solo había tres personas: el jefe del Estado Mayor a la izquierda, Hitler en medio y yo a la derecha. Yo estaba de pie. Y el jefe del Estado Mayor le dijo [a Hitler]: "Debe darle al conde Johann-Adolf von Kielmansegg una orden personal". Yo era como su emisario personal. Entonces Hitler se volvió y me miró a los ojos. Y en ese momento tuve la profunda sensación de que ese hombre sabía exactamente lo que estaba pensando. Eso es lo que sentí.»[664]

Nicolaus von Below, el ayudante de Hitler en la Luftwaffe, recuerda que Hitler «nunca dejaba entrever un signo de debilidad ni daba a entender que una situación no tenía remedio… Me fascinaba ver cómo se las ingeniaba para darle un valor positivo a los reveses e incluso que lograra convencer a las personas que trabajaban codo con codo con él»[665]. En parte, Hitler conseguía ese efecto empleando los mismos métodos que llevaba años utilizando: mirar a las personas a los ojos durante más tiempo de lo normal, una sensación de quietud en ese momento, una falta absoluta de dudas y un llamamiento directo y personal a serle leal. Pero en esa época todos los oficiales que se plantaban ante Hitler también sabían que estaban en presencia de un hombre que, durante los últimos tres años, había guiado a Alemania hacia grandes victorias, y esos éxitos no se olvidaban, ni siquiera en aquel momento, en vista de las recientes derrotas. Quizá —y solo quizá— el *Führer* seguía siendo «el más sabio».

Algunos oficiales como Karl Dönitz, que también eran seguidores acérrimos de Hitler, se mostraban especialmente susceptibles a este aspecto de su atractivo. Jürgen Oesten, por ejemplo, recuerda que acompañó a Dönitz a una reunión con Hitler durante la guerra. Antes de entrar en la sala para encontrarse con el *Führer*, Dönitz había dicho a Oesten que le iba a expresar sus dudas acerca de la capacidad de la armada para lograr lo que Hitler quería. Entonces, Dönitz entró en la sala para ver a Hitler. Pero cuando salió, Dönitz se había transformado. Estaba lleno de confianza en cuanto al camino que tenía por delante y, según Oesten, «flotaba en un mar de emociones»[666].

«Yo experimenté algunas muestras de ello», confirma Ulrich de Maizière, que, en calidad de oficial del Estado Mayor, estuvo presente en algunas reuniones con Hitler hacia el final de la guerra, «de hombres que fueron a decirle que la cosa no podía seguir así y que incluso se lo llegaron a decir. Y luego Hitler hablaba durante una hora, y al final se iban y decían: "Quiero intentarlo una vez más"… Tenía una voluntad increíblemente poderosa, y un poder de convicción que conseguía restarle importancia a cualquier argumento racional… Si ordenaba el ataque al Cáucaso y el experto en logística le decía que no había combustible suficiente, Hitler respondía: "Pues confiscad la gasolina. No me importa, se va a hacer así".»[667]

Al igual que antes, el poder de convicción de Hitler solo surtía efecto en aquellas personas que estaban predispuestas a sucumbir a él. Por ejemplo, Günther von Below, un coronel que fue capturado en Stalingrado, no lo estaba. «Para mí, Hitler nunca fue

un superior o una personalidad de un liderazgo sobrecogedor. Yo nunca tuve esa sensación. Nunca me impresionó mucho. Puede que usted piense que esa es la actitud que tengo ahora, cincuenta años después de que sucediera todo eso, pero sé con seguridad que nunca tuve esa sensación con él. Nunca me fascinó.»[668] Pero no es difícil averiguar la razón por la que Von Below no sucumbió al atractivo personal de Hitler: ninguna de las personas que había conocido en su vida le había dejado boquiabierto. «Siempre he sido una persona bastante práctica», admite. «Una vez mi mujer me dijo: "Siempre tienes que ser tan quisquillosamente práctico"».

Para quienes tendían a dejarse llevar por un «mar de emociones» después de reunirse con Hitler, las consecuencias eran reconfortantes pero, en muchos casos, solo a corto plazo. Porque, aunque hubiera motivos evidentes por los que el carisma de Hitler seguía surtiendo efecto —a fin de cuentas, ¿qué miembro del mando supremo alemán quería creer que la guerra estaba perdida?—, había que tener una capacidad de autoengaño notable para fingir que las promesas que hacía Hitler sobre un futuro mejor podían cumplirse. En junio de 1944, por ejemplo, el general Kurt Zeitzler, que supuestamente compartió durante mucho tiempo el optimismo de Hitler, no pudo seguir aguantando la presión. Sufrió un ataque de nervios y dimitió de su cargo de jefe del Estado Mayor del ejército alemán.

No cabe duda de que la capacidad de Hitler para convencer a las personas con las que se reunía para que «volvieran a intentarlo otra vez» debe sumarse a otras razones de peso para seguir luchando que poco tenían que ver con los poderes carismáticos que pudiera atesorar. En primer lugar estaba el conocimiento de los crímenes que se habían cometido desde el principio de la guerra, sobre todo desde la invasión de la Unión Soviética. Este podía ser un factor de motivación importante, como bien sabía Heinrich Himmler, tanto, de hecho, que contó con detalle todo lo que habían estado haciendo las SS cuando habló en Posen el 6 de octubre de 1943 en una reunión de grandes figuras nazis. Les dijo explícitamente que estaba teniendo lugar el exterminio de los judíos y que, para finales de año, la «cuestión judía» estaría «solucionada». Además, prosiguió, había sido necesario matar también a mujeres y niños judíos para impedir que se criara una raza de «vengadores» que quisieran tomar represalias en el futuro. Lo que resulta significativo es que, cuando estaba terminando su discurso, Himmler dijo a su público: «Ahora ya lo sabéis»[669].

Compartir el conocimiento del asesinato masivo de millones de personas con la élite nazi era una forma efectiva de crear una sensación de responsabilidad común para luchar hasta la última gota de sangre. El efecto de dicha acción se puede juzgar por las dificultades que supuso posteriormente para Albert Speer su presencia en dicha reunión del 6 de octubre. Al fin y al cabo, ¿cómo podía interpretar el papel del «nazi bueno» él, alguien que había tratado de suavizar el llamamiento de Hitler a destruir la infraestructura alemana durante los últimos días de la guerra, cuando en otoño de 1943 le habían contado todo acerca de la exterminación de los judíos? No es de extrañar que Speer insistiera de modo vehemente —aunque no de forma muy

convincente— que se fue antes de la reunión y que no llegó a oír lo que Himmler contó en Posen.

El conocimiento de las atrocidades que se habían cometido en el Este no se limitaba a la élite nazi. Peter von der Groeben, por ejemplo, se enteró de lo ocurrido cuando estaba coordinando una retirada táctica como comandante del Grupo de Ejércitos del Centro. Un oficial de las SS se acercó a él y le dijo: «He oído que quiere evacuar ese territorio». Von der Groeben le contestó que era verdad, a lo que el hombre de las SS respondió: «No, eso no es posible». Y cuando Von der Groeben le preguntó por qué, este le dijo: «Porque ahí están las fosas comunes». El hombre de las SS sacó del bolsillo unas fotografías de lo que parecían «campos de nabos» pero que, en realidad, era el lugar en el que las SS habían enterrado a sus víctimas. «Esto no debe caer bajo ninguna circunstancia en manos de los rusos», dijo el oficial de las SS. «Pues, muchacho», respondió Von der Groeben, «asegúrese de que son destruidas».

«Esa fue la primera vez», afirma Von der Groeben, «que me enteré de lo que esa gente se traía entre manos… No tenía ningún motivo para soltarle un sermón en ese preciso momento, ya me entiende. No estaba en condiciones de hacerlo. Sí, me quedé horrorizado, horrorizado, que yo recuerde. Supongamos que, en efecto, me quedé profundamente horrorizado y aturdido por dicha información, que es algo de lo que no me acuerdo. ¿Qué debería haber hecho? ¿Qué podría haber hecho?

»Podría haber ido a hablar con mi mariscal de campo e informarle de lo que acababa de descubrir. No recuerdo qué le conté al final. O podía irme a casa y decir: “No voy a seguir haciendo esto”. Pero eso era completamente imposible. ¿Qué habría hecho usted? Dígamelo usted.»[670]

Von der Groeben revela asimismo otra razón por la que, a pesar de enterarse de estos asesinatos masivos, sintió que debía seguir sirviendo a Hitler de la mejor manera posible: «Los [alemanes] que estaban luchando en Rusia perseveraban en la idea de que, ocurriera lo que ocurriera, tenían que impedir que los rusos entraran en Alemania, incluida Prusia Oriental, de donde era yo. Y, por ese motivo, a pesar de las dudas y los rechazos, uno intentaba dar lo mejor de sí durante el mayor tiempo posible e impedirlo por medios militares». Las preocupaciones de este tipo se daban en un contexto de creciente coacción y de uso del miedo por parte de las autoridades nazis; y con un telón de fondo como ese, no es casualidad que Heinrich Himmler fuera nombrado ministro de Interior en agosto de 1943.

Pero ni la mayor de las amenazas, la culpa o el miedo podían cambiar el hecho de que Alemania estaba perdiendo la guerra. El fracaso de la *Unternehmen Zitadelle* (Operación Ciudadela), la ofensiva estival lanzada en 1943 cerca de Kursk, supuso el final de cualquier pretensión que pudiera tener la Wehrmacht de organizar un contraataque de envergadura en el frente oriental. Pero, aun así, oficiales cercanos a Hitler como Nicolaus von Below no perdieron la fe en el *Führer*. «Llevaba tiempo sin creer en la victoria», afirma Von Below, «pero tampoco preveía la derrota. A

finales de 1943 estaba convencido de que Hitler todavía podía encontrar una solución política y militar. Y no era el único que albergaba esta paradójica creencia.»[671]

No obstante, a principios de 1944, Fritz Darges, el ayudante de Hitler perteneciente a las SS, describe la atmósfera en la oficina central del *Führer* como «apagada». «Nos inquietábamos cada vez que llegaba otro oficial del Estado Mayor. ¿Qué malas noticias nos traería esta vez?». Pero, para Darges y sus compañeros era evidente que su *Führer* lucharía hasta el final independientemente de cualquier consideración. «Hitler solía decir: "Yo no me rindo cinco minutos antes de medianoche. Me rindo cinco minutos después de medianoche". Y, de todas formas, ¿quién iba a pedirle que se rindiera? "*Mein Führer*, ¿cree usted que aún es posible ganar la guerra?". ¿Me puede usted decir quién iba a atreverse a hacerle esa pregunta?»[672] Darges explica con una metáfora por qué pensaba que la rendición era imposible: uno no se puede «apear de un tren en marcha». Otros comparaban sus tribulaciones con unos marineros atrapados en un barco en medio de una tormenta.

No obstante, también había oficiales alemanes que se habían forjado una opinión bien distinta, que no solo habían llegado a la conclusión de que la guerra estaba perdida, sino también de que la única forma de evitar que se prolongara el sufrimiento era acabar con Hitler. Los principales conspiradores eran un grupo de oficiales de renombre. Uno de los líderes, Henning von Tresckow, un general de división y jefe de operaciones del Grupo de Ejércitos del Centro, provenía de una familia aristócrata de Alemania Oriental. Al igual que Ludwig Beck, al principio había visto a Hitler como un líder político útil que iba a reforzar el ejército alemán y a tratar de «enmendar los errores» de Versalles. Y, a pesar de contribuir a la extraordinaria victoria alemana sobre Francia en 1940, poseía el refinamiento político necesario para reconocer que si los británicos conseguían que los estadounidenses firmaran una alianza con ellos, Alemania se vería abocada a la derrota[673].

Cuando alcanzó una posición importante, Tresckow nombró a otros oficiales que simpatizaban con sus opiniones para que ocuparan puestos cercanos al suyo. Esto condujo directamente a un plan para asesinar a Hitler en su visita al Grupo de Ejércitos del Centro el 13 de marzo de 1943. Se canceló únicamente por la falta de apoyo en el último minuto por parte del mariscal de campo Kluge, comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, quien con anterioridad se había expresado a favor de la conspiración. «[Kluge] presentó una y otra vez distintos argumentos», escribió Fabian von Schlabrendorff, otro de los conspiradores, «sosteniendo que ni el mundo, ni el pueblo ni los soldados alemanes entenderían una acción como aquella en ese momento.»[674]

Entonces, Tresckow, que seguía decidido a matar a Hitler, embaló una bomba, fingió que eran dos botellas de Cointreau[675] y se la entregó a Heinz Brandt, un teniente coronel que viajaba en el avión del *Führer*. Tresckow esperaba que la bomba estallara en pleno vuelo y matara a todos los pasajeros. La ventaja de ese plan, según Von Schlabrendorff, era que «se evitaría el estigma de un asesinato, y la muerte de

Hitler se podía atribuir —al menos oficialmente— a un accidente de avión»[676]. Pero la bomba no llegó a explotar.

La semana siguiente, el barón Rudolph Christoph von Gersdorff atentó también contra la vida de Hitler. Gersdorff, que era confidente de Tresckow en el Grupo de Ejércitos del Centro, urdió un plan para que Hitler volara por los aires cuando asistiera a una exposición de armas confiscadas al Ejército Rojo en Berlín el 21 de marzo de 1943. Gersdorff escondió dos bombas debajo del uniforme y acompañó a Hitler por toda la exposición. Pero el *Führer* se quedó menos tiempo del esperado y Gersdorff —que había instalado unos mecanismos de acción retardada en las bombas — tuvo que ir corriendo al baño y desactivarlas.

Por supuesto, los oficiales del ejército que podían estar en presencia de Hitler tenían una forma más sencilla de matarlo que la de convertirse en una bomba humana: simplemente sacar la pistola y apretar el gatillo. «Mucha gente preguntaba: "¿Os cacheaban para ver si llevabais armas?"», afirma Peter von der Groeben. «"No". "Entonces, ¿por qué nadie le pegó un tiro?". Yo podría haberlo hecho en cualquier momento. Llevaba mi maletín, y está claro que podía haber metido una pistola dentro. Y me encontraba a dos pasos de él, así que solo tenía que sacarla y disparar… Le voy a contar precisamente por qué [no lo hice]. En primer lugar tenía miedo de que eso significara mi muerte y, en segundo lugar, como coronel no pensaba que mi misión consistiera en interferir de esa forma en el destino.»[677]

Para algunos conspiradores como Georg von Boselager, otro oficial alemán de origen aristocrático que quería ver a Hitler muerto, emocionalmente era imposible dispararle cara a cara. Von Boselager reveló[678] que, a pesar del coraje que había demostrado en combate, no creía estar «a la altura de dicho trabajo». «Hasta a un cazador le sobrecoge una anticipación febril cuando el tan esperado blanco aparece finalmente ante él», escribía Fabian von Schlabrendorff, que comprendía la incapacidad de Boselager para disparar a Hitler. «¡Con qué ritmo empiezan a agitarse el corazón y la mente cuando, después de superar multitud de obstáculos y a sabiendas de que las probabilidades no están a tu favor, sacas una pistola poniendo en riesgo tu vida, plenamente consciente de que el éxito o el fracaso de dicho acto decidirá el destino de millones de personas!»[679] Para eludir ese problema, Boselager propuso liderar a un grupo de soldados que atacaran a los guardaespaldas armados de Hitler y lo mataran en el tiroteo posterior, una solución poco práctica que nunca llegó a producirse.

Si Hitler hubiera vuelto a visitar el Grupo de Ejércitos del Centro, los conspiradores habían tratado de matarlo abriendo fuego sobre él simultáneamente en lo que denominaban un intento de «asesinato colectivo». Ese método se ideó para «ayudar a aliviar el peso que sentiría cualquier persona con conciencia»[680]. Pero Hitler nunca volvió después del viaje de marzo de 1943.

Un año después, en marzo de 1944, acabó surgiendo un conspirador que estaba dispuesto a disparar a Hitler cara a cara. El capitán de caballería Eberhard von

Breitenbuch, ayudante del mariscal de campo Busch, tenía intención de sacar la pistola del bolsillo y matar al *Führer* en una conferencia militar en Berghof. Pero la casualidad quiso que los oficiales con menos experiencia no fueran admitidos en presencia de Hitler ese día[681].

Cuatro meses después tuvo lugar el más célebre intento de asesinato contra Hitler —el complot del 20 de julio de 1944—, perpetrado por un hombre que no solo decidió disparar al *Führer*, sino intentar que volara por los aires. El conde Claus Schenk von Stauffenberg —cuya sangre era tan azul que había nacido en un castillo — colocó una bomba en un maletín debajo de una mesa de conferencias durante una de las reuniones militares que celebraba Hitler a mediodía en la Guarida del Lobo. Luego, Stauffenberg cogió un avión rumbo a Berlín para coordinar los planes de la resistencia desde allí. La bomba explotó a las 12.50, pero Hitler, como bien es sabido, sobrevivió al intento de asesinato con heridas leves.

A las cinco de esa misma tarde, Ludwig Beck apareció en la oficina del mando supremo del ejército alemán en la Bendlerstrasse de Berlín. Él llevaba varios años involucrado —en mayor o menor medida— en el complot contra Hitler y había sido elegido por los conspiradores como el nuevo jefe de estado porque, según escribía Hans Gisevius, un diplomático que había ayudado a planear el golpe: «El general Ludwig Beck estaba por encima de todos los implicados… Beck era el único general con una reputación intachable, el único general que había dimitido voluntariamente»[682].

El problema en ese momento era que ni Beck ni el resto de los conspiradores estaban seguros de que Hitler hubiera muerto. Desde la Guarida del Lobo, Keitel les había contado a otros oficiales de la Bendlerstrasse que Hitler solo había sufrido heridas leves en el atentado. Pero ¿estaría diciendo la verdad? También quedaba la cuestión de la lealtad del resto de soldados de Berlín. Beck preguntó al general Friedrich Olbricht —otro conspirador— acerca de la lealtad de los guardas que había apostados fuera del edificio. En concreto, quería saber si esos hombres estaban dispuestos a morir por Olbricht. Era una cuestión crucial para el intento de golpe de estado. Que seguía habiendo gente cercana a Hitler que estaba dispuesta a morir por él era algo incuestionable. El lema de las SS *Leibstandarte Adolf Hitler* —los guardaespaldas de Adolf Hitler—, al igual que el de todas las formaciones de las SS, era «Meine Ehre heißt Treue» («Mi honor se llama lealtad»). Pero ¿morirían los soldados de Olbricht por él en caso de un ataque por parte de las fuerzas leales a Hitler? Olbricht solo acertó a responder: «No lo sé»[683].

La continua habilidad de Hitler para generar una lealtad personal inmediata quedó demostrada esa misma noche, cuando a un titubeante comandante Otto-Ernst Remer, del regimiento de la Gran Alemania, le pasó el teléfono Joseph Goebbels y oyó a Hitler al otro lado de la línea. «¿Me reconoce, comandante Remer?», preguntó Hitler. «¿Reconoce mi voz?»[684] Remer contestó que sí, y Hitler le ordenó que le ayudara a dar al traste con el golpe de estado. Remer obedeció al instante.

Después de la guerra, Remer afirmaba que «la conspiración parecía cosa de principiantes… Cualquier golpe de estado como el de Stauffenberg tenía que lograr acabar con Hitler porque era a él a quien se realizaba el juramento [de lealtad]. Esto no se podía conseguir con la cobardía de colocar una bomba en un rincón: debería haber tenido el coraje de utilizar una pistola y disparar a Hitler. Eso es lo que habría hecho un hombre de verdad, y yo le habría respetado»[685]. Esta valoración no hace justicia a Stauffenberg: era un hombre de un coraje considerable que no se había sentido capaz de morir en el atentado contra Hitler porque creía que lo necesitarían más adelante en Berlín para organizar el golpe de estado. En cuanto a Remer, no cabe duda de que tenía un carácter extremadamente desagradable —después de la guerra fue uno de los que negó el Holocausto—, pero su otra tesis era acertada: la muerte de Hitler era esencial para que el golpe de estado tuviera éxito. De hecho, el fracaso del complot del 20 de julio de 1944 demostró con suma crudeza la importancia de Adolf Hitler como individuo para el estado nazi. La pregunta que formularon los potenciales defensores del complot después de que estallara la bomba fue únicamente si Hitler seguía con vida. El mariscal de campo Kluge, comandante en jefe del Oeste, por ejemplo, había dudado a la hora de apoyar el golpe de estado, pero no estuvo seguro de que no podría comprometerse con dicha empresa hasta que pareció que Hitler había sobrevivido. Así que incluso en julio de 1944, después de que casi se desmoronara el Grupo de Ejércitos del Centro tras la ofensiva soviética que se había iniciado el mes anterior, la presencia física de Hitler en la Tierra bastó para sofocar la conspiración. Los italianos no tuvieron que acabar con Mussolini para destituirlo de su cargo, pero solo la muerte destruiría el dominio de Hitler sobre Alemania.

El 20 de julio a las 21.30, transcurridas menos de cinco horas desde que Beck se hubiera declarado jefe de estado, se produjo un tiroteo en la Bendlerstrasse cuando los soldados leales a Hitler trataron de recuperar el control del edificio. Lograron su objetivo con relativa facilidad, y Beck fue capturado. Luego preguntó si podía aprovechar la oportunidad para suicidarse. Friedrich Fromm, comandante en jefe del ejército nacional alemán, accedió. (Fromm estaba implicado en las fases de planificación del complot, aunque a primera hora de la tarde se había negado a participar). Beck se apuntó a la cabeza con una pistola y apretó el gatillo, pero la bala solo le rozó y, para su sorpresa, descubrió que seguía con vida. Entonces Fromm ordenó que sacaran del edificio a Stauffenberg y a otros conspiradores clave y los ejecutaran. A Beck se le dio una segunda oportunidad para suicidarse. Una vez más apretó el gatillo, y esta vez la bala lo dejó inconsciente, pero todavía no estaba muerto. Beck no murió hasta que recibió un tercer tiro por parte de un soldado alemán leal a Adolf Hitler.

Después de la guerra, los conspiradores adquirieron la consideración de héroes, cuando los alemanes trataron de enfrentarse a su turbulenta historia. Pero en esa época fueron vilipendiados, y no solo por Hitler, sino también por otros partidarios del régimen. «Los soldados del frente», explica Ulrich de Maizière, «la masa de

oficiales del frente al principio no sintió ninguna empatía hacia el atentado porque tenía la sensación de que el comandante supremo estaba siendo asesinado a sus espaldas. No conocían el motivo… Solo sabían que alguien había querido que el *Führer* del Reich fuera asesinado. Para mí fue diferente, porque conocía a los autores y sus motivos. Así que yo sí que lamenté que el atentado no hubiera tenido éxito, pero no podía decir algo así.»[686]

Los informes confeccionados tras el ataque por la SD, el servicio secreto de las SS, confirman la valoración de De Maizière, según el cual la mayoría de los soldados estaban consternados por este atentado contra la vida de Hitler; y no solo los soldados, sino también parte de la población en general[687]. Muchas personas seguían teniendo a Hitler por un individuo altruista que estaba haciendo todo lo posible para evitar la derrota de Alemania. Claro que había habido reveses, pero con el Ejército Rojo acercándose y el compromiso expresado por los Aliados el año anterior de que solo aceptarían una «rendición incondicional» por parte de los alemanes, muchos pensaban —por utilizar las palabras de Darges— que no era el momento de «apearse de un tren en marcha».

Entonces, Hitler nombró al general Heinz Guderian jefe del Estado Mayor del ejército alemán para suceder a Zeitzler, que había dimitido. Hitler había destituido a Guderian en diciembre de 1941 pero, entonces, ese comandante, que antes había sido un afortunado —había ayudado a conquistar Francia y liderado un avance espectacular hacia Moscú en los primeros días de la invasión de la Unión Soviética —, había vuelto a granjearse el favor del *Führer*. Hitler dejó claro a Guderian en la reunión que mantuvieron el 21 de julio de 1944 que nunca toleraría que su nuevo jefe del Estado Mayor dijera que quería dimitir; Zeitzler había presentado su dimisión cinco días antes de marcharse de verdad, y Hitler hizo hincapié en que la persona que ocupara el puesto debía permanecer en él.

Al principio, Guderian creyó que la actitud de Hitler después de un atentado contra su vida era «sorprendentemente tranquila»[688], pero no tardó en darse cuenta de que «la profunda desconfianza que ya sentía por la humanidad en general —y por los oficiales y generales del Estado Mayor en particular— se había convertido en un odio descomunal… Antes ya era difícil tratar con él, pero ahora se convirtió en una tortura que empeoraba cada mes. Perdía los papeles con frecuencia, y su lenguaje fue adquiriendo un tono cada vez más violento»[689].

Guderian no solo aceptó el puesto de jefe del Estado Mayor, sino que sirvió en el conocido «Tribunal del Honor», que expulsó a los oficiales del ejército bajo la sospecha de que estaban al corriente del complot de la bomba, y luego permitió que fueran juzgados —y ejecutados en todos los casos— por «Tribunales Populares». Esta y otras acciones de colaboración con el régimen nazi han hecho que algunos historiadores militares, como el profesor Robert Citino, se forjaran una opinión tremendamente negativa sobre el carácter de Guderian. «Se le concedió una inmensa hacienda en la Polonia ocupada —y eso quería decir evidentemente que se había

desahuciado a los polacos que vivían allí—, y era un hombre muy ligado al régimen, que siguió recibiendo sustanciosos sobornos por parte del Tercer Reich hasta el último momento de la guerra. Así que yo diría que es un personaje bastante desagradable, y que, si salió a la luz ese rasgo de su carácter, fue gracias al diligente trabajo de un gran número de historiadores en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Como comandante de campo, si me pidieran que me hiciera con el control de un objetivo —la ciudad "B"—, me dijeran que allí tenía mis tropas y me preguntaran quién querría que llevara a cabo las maniobras, seguiría llamando a Heinz Guderian —esté donde esté en el futuro— y vería si podemos llegar a algún tipo de acuerdo. Como árbitro del bien y del mal y de la idea de que puede seguir existiendo la moralidad incluso en tiempos de guerra, sería la última persona a la que llamaría.»[690]

Pero el mero interés propio no explica del todo los motivos que tenía Guderian para servir a Hitler como jefe del Estado Mayor del ejército alemán, como tampoco lo hace el efecto de cualquier rastro de «carisma» que le pudiera quedar a Hitler: tal como hemos visto, Guderian era inmune a este aspecto del liderazgo del *Führer* y había perdido su puesto en diciembre de 1941 en parte porque estaba dispuesto a llevarle la contraria. La principal razón por la que Guderian siguió apoyando a Hitler hasta aquel punto fue seguramente porque, según expresa en sus memorias, «el frente oriental se hallaba al borde del abismo, del que había que rescatar a millones de soldados y civiles alemanes. Yo me habría considerado un mísero cobarde si me hubiera negado a intentar rescatar a los ejércitos del Este y a mi patria, Alemania Oriental»[691].

Según el profesor Citino, no deberíamos creernos a pie juntillas todo lo que afirma Guderian en sus memorias. Sus protestas relacionadas con lo poco que le gustaba tener que servir en el «Tribunal del Honor» y perseguir a sus colegas suenan falsas. Mucho más sincera parece su ira hacia los autores del complot de la bomba. Guderian pensaba que estaba abocado al fracaso aunque Hitler hubiera muerto. Eso obedece, más que nada, a que Guderian estaba centrado en el acuciante problema del avance soviético; y en ese sentido sí que tiene parte de razón, ya que los conspiradores tampoco tenían mucha más idea que Hitler de cómo sacar a Alemania de la guerra contra Stalin y evitar que los soviéticos se vengaran por lo que habían sufrido.

En esos momentos, era ese miedo a lo que pudiera llegar a hacer el Ejército Rojo lo que preocupaba a muchos alemanes. «Niños», decía un dicho popular entre los soldados, «disfrutad de la guerra ¡porque la paz será odiosa!»[692] Y solo tres meses después del atentado fallido, los alemanes vivieron una muestra del comportamiento que podrían adoptar los nuevos ocupantes de su país cuando las tropas soviéticas traspasaron las fronteras alemanas por Prusia Oriental. El 20 de octubre de 1944, el Ejército Rojo se hizo con el control del pequeño pueblo de Nemmersdorf y cometió una serie de atrocidades. La escala exacta de los crímenes cometidos en

Nemmersdorf sigue siendo objeto de debate[693], pero el hecho de que el Ejército Rojo asesinó a civiles y violó a mujeres es incuestionable. El coronel Reinhardt, por ejemplo, visitó la zona el 25 de octubre y escribió a su mujer al día siguiente: «Los bolcheviques lo han arrasado todo cual bestias salvajes, incluido [el] asesinato de niños, por no hablar de los actos violentos cometidos contra mujeres y niñas, a las que también han asesinado»[694].

Para Hitler —y para millones de alemanes— lo que había sucedido en Nemmersdorf simbolizó la razón por la que había que seguir luchando. «Son animales de las estepas de Asia», afirmó Hitler cuando se enteró de lo ocurrido en Nemmersdorf, «y la guerra que estoy librando contra ellos es una guerra por la dignidad de la humanidad europea.»[695] No hay pruebas de que Hitler pronunciara esas palabras con ironía, habida cuenta de que la guerra de «aniquilación» que había instigado contra la Unión Soviética ya se había cobrado la vida de muchos millones de personas; y una de las razones que explican las atrocidades cometidas sobre los civiles alemanes era el deseo de venganza de los soldados del Ejército Rojo.

No obstante, el sufrimiento de los alemanes a manos de los soviéticos —aunque en parte es comprensible— no tiene excusa. Anna Seddig fue una de las cientos de miles de mujeres alemanas que sufrió abusos mientras huía hacia el oeste. Llevaba a su hijo Siegfried de un año. «No había nada de comer. Siegfried tenía sed y, aunque estaba embarazada otra vez, seguía dándole el pecho. También dejaba que la nieve se me derritiera en la boca. Por lo menos teníamos nieve». Una noche, buscando refugio para su bebé y para ella, se encontró con un grupo de soldados del Ejército Rojo. «Los rusos se acercaron y me iluminaron con sus antorchas. Y uno dijo: “Ahora te vamos a dar un lugar en el que cobijarte, mujer”. Y ese lugar era un refugio antiaéreo que tenía una mesa. Esa noche, uno detrás de otro, los rusos me violaron sobre esa mesa. Es como si estuvieras muerta. Todo tu cuerpo es presa de un calambre. Sientes repulsión. Repulsión; no puedo expresarlo de otra forma. Fue en contra de nuestra voluntad. Nos consideraban un blanco fácil. No me acuerdo de cuántos hombres había: diez, quince… No se acababa nunca. Había muchísimos, uno detrás de otro. Recuerdo que uno de ellos también quería, pero luego dijo: “¿Cuántos camaradas han estado ya aquí? Anda, vístete”.»[696]

La situación general era más siniestra que nunca para los alemanes. La escala de los recursos que los Aliados podían utilizar en esos momentos hacía que cualquier medida que pudieran tomar los alemanes resultara insignificante. En 1944, por ejemplo, los alemanes fabricaron menos de treinta y cinco mil cazas y bombarderos, mientras que, juntos, Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética produjeron cerca de ciento treinta mil[697]. Y, a pesar de los sueños a la desesperada de las «armas milagrosas» que estaban en proceso de desarrollo o de un cisma entre los Aliados occidentales y Stalin, el destino de Alemania era evidente hacia finales de 1944. Desprovista de materias primas —la conquista de los pozos petrolíferos rumanos por parte de los soviéticos en abril de 1944 había sido un golpe de

devastadoras proporciones—, la maquinaria militar alemana solo podría durar unos meses más. Pero el coste en términos humanos que conllevaba el seguir adelante con la guerra iba a ser descomunal. Poco menos de dos millones de alemanes habían muerto en 1944, y esa cifra aumentaría proporcionalmente en 1945, con más de cuatrocientos mil fallecidos tan solo en el mes de enero[698].

Aun así, Hitler intentó transmitir la certeza de que todo iba a salir bien, y este fue un factor importante para mantener viva la voluntad de luchar entre los líderes del movimiento nazi. En presencia de un grupo selecto de acérrimos seguidores nazis, su optimismo podía ser contagioso. A principios de diciembre, justo antes de lanzar la ofensiva alemana en las Ardenas —que estaría abocada al fracaso—, Hitler entusiasmó tanto a Joseph Goebbels con el maravilloso futuro que les aguardaba que el ministro de Propaganda tuvo problemas para conciliar el sueño[699].

No obstante, incluso a Hitler, cuya capacidad para no mostrar nunca autocompasión fruto de la «necesidad» había sido una parte esencial de su atractivo carismático, le estaba costando ocultar la idea de que Alemania iba a perder la guerra. Después del fracaso del ataque alemán en las Ardenas, Nicolaus von Below lo oyó confesar que creía que el final estaba cerca, y que solo podía prometer que nunca «capitularía», sino que «se llevaría un mundo al infierno» con ellos[700].

Cada vez se percibía un mayor derrotismo entre distintos sectores de la población alemana, y a la Gestapo se le encargó que ejecutara a «saqueadores, desertores y demás morralla»[701]. También parecía que la idea de que «el *Führer* es más sabio» estaba viniéndose abajo entre aquellas personas que habían luchado por el régimen. En marzo de 1945, tan solo uno de cada cinco prisioneros de guerra alemanes cautivos en el oeste seguía teniendo fe en Hitler; a principios de año eran tres veces más los que habían expresado su confianza en el *Führer*[702].

Ulrich de Maizière, a la sazón teniente coronel, ofrece un claro retrato del rápido declive del líder del Tercer Reich: «Por aquel entonces, Hitler ya estaba enfermo, con una parálisis severa en el brazo derecho, un caminar lento y pesado, gafas azules, problemas de visión, de forma que había que entregarle las cosas con letra grande. Pero no había perdido ni un ápice de su demoníaco carisma. En esta fase final tuve que realizar entre diez y quince presentaciones nocturnas en calidad de 1A [jefe de operaciones] en el Departamento de Operaciones, y fui testigo de lo siguiente: por un lado era un hombre —estoy hablando del efecto humano que irradiaba—, un hombre que tenía un efecto indescriptible sobre los demás al que poquísimas personas podían resistirse. Y los que formaban parte de su entorno estaban completamente sometidos a él. Conozco a muy pocas personas que lograran resistirse al carisma personal de aquel hombre, independientemente de lo feo que fuera. No obstante, el segundo aspecto —algo que resultaba mucho más peligroso— era que Hitler padecía una enfermedad mental, al punto de que se identificaba de forma hipertrófica con el pueblo alemán, y vivía en dicha identificación de sí mismo con el pueblo alemán. Estaba subjetivamente convencido —y esto lo oí de sus propios labios— de que la

nación alemana no sobreviviría a su final ni al final del nacionalsocialismo. Estaría destinada al derrumbamiento. Eso era estar enfermo»[703].

Es indudable que Hitler no quería que Alemania fuera entregada intacta a los vencedores. En marzo de 1945 dijo a Albert Speer: «Si perdemos la guerra, el pueblo también estará perdido. No hace falta preocuparse por lo que el pueblo alemán necesitará para su supervivencia básica. Al contrario: es mejor que destruyamos incluso esas cosas, ya que el país ha demostrado ser el más débil, y el futuro pertenece exclusivamente a la nación oriental más fuerte. En todo caso, solo los inferiores sobrevivirán a este conflicto, ya que los buenos habrán muerto»[704].

Esa opinión no debió de sorprender a Speer ni a ningún miembro de la élite nazi, así como a ninguna de las personas que hubieran leído *Mein Kampf*. En la mente de Hitler, la lógica era ineludible. La vida era un enfrentamiento permanente, y los «más débiles» merecen morir. Era una visión de la fuerza, el poder y la conquista que había resultado atractiva cuando eran los nazis los que ganaban, pero que tenía unas consecuencias totalmente nihilistas en caso de una derrota. Speer confesó que se quedó horrorizado por el deseo de Hitler de dejar Alemania en ruinas, pero era del todo predecible. Hitler simplemente estaba siendo coherente con la visión del mundo que expresó por primera vez en 1924.

Es un momento que simboliza las calamitosas consecuencias de creer en el liderazgo carismático de Hitler. Este siempre había afirmado que no permitiría que se «repitiera» lo ocurrido en 1918, cuando el ejército alemán se había rendido estando todavía en territorio enemigo. Pero el final de la primera guerra mundial parecía en esos momentos un modelo cargado de compasión en comparación con el acto final que contemplaba Hitler.

Algunos alemanes —sobre todo los que se enfrentaron cara a cara con el Ejército Rojo— se sumaron a la opinión de Hitler de que debían morir antes que sobrevivir a una derrota. Rudolf Escherich era uno de ellos. Era miembro de un escuadrón de la Luftwaffe cerca del río Oder, en el este de Alemania. «Éramos todos pilotos jóvenes y entusiastas, y estábamos ansiosos por hacer algo para luchar por la salvación de nuestra patria, aunque era prácticamente inútil»[705]. Él y doce de sus compañeros accedieron a participar en una operación kamikaze llamada «Misión Especial Libertad». Antes de participar firmaron una carta en la que decían: «Nos sacrificamos voluntariamente por nuestro *Führer*, por nuestra patria y por Alemania». El plan era hacer chocar sus aviones, cargados con quinientos kilogramos de bombas, con los puentes del río Oder. Pero la misión fue un fracaso: Escherich se perdió en medio de una densa niebla, y la operación fue abandonada en vista de que el Ejército Rojo ya había cruzado el río.

Lo que sigue resultando intrigante es la motivación de esos pilotos. Escherich afirma que «de ninguna manera» habría llevado a cabo una misión suicida de este tipo contra los Aliados occidentales. «En el oeste eran civilizados, trataban a sus prisioneros de guerra de una manera medianamente humana, y cabía esperar que

trataran a la población alemana derrotada más o menos de forma decente. Pero los rusos no eran así». Cuando se le recuerdan las vergonzosas atrocidades que los alemanes habían cometido en territorio soviético y cómo eso debió de motivar en parte el comportamiento de los soviéticos, Escherich afirma: «En una situación así, uno no se hace esas preguntas. En ese momento nos enfrentábamos a los rusos, que nos estaban aplastando, estaban aplastando a toda nuestra población. Y entonces no te preguntas lo que había pasado antes o si habíamos sido injustos con ellos».

Pero, tal como podría haber predicho Rudolf Escherich, en el frente occidental había muchos alemanes que no estaban dispuestos a «sacrificarse por nuestro *Führer*, por nuestra patria y por Alemania». En marzo de 1945, el mes anterior al intento de misión suicida de Escherich, Hitler expresó su indignación ante el número de soldados alemanes que estaban dejándose capturar en el oeste. «En algunos lugares», señaló, «no ofrecen ninguna resistencia: se rinden con facilidad y de inmediato ante los estadounidenses. Es una deshonra.»[706] Fiel a sus creencias ultradarwinianas, Hitler culpaba a la existencia de la Convención de Ginebra de la voluntad de los alemanes de rendirse, sosteniendo que si dejara «claro para todos» que trataba a los «prisioneros enemigos de forma despiadada, sin tener en cuenta las posibles represalias», los alemanes no estarían tan dispuestos a dejarse capturar a consecuencia de ello.

Mientras tanto, la campaña de bombardeo de los Aliados se había intensificado aún más, donde cabe destacar el ataque sobre Dresde el 13 de febrero de 1945. «La guerra aérea sigue siendo la trágica historia de la situación actual», escribió Goebbels en su diario el 2 de marzo de 1945. «El bando anglo-estadounidense ha vuelto a lanzar contundentes bombardeos en el oeste y el sureste de Alemania que han provocado unos daños imposibles de describir al detalle. La situación se está volviendo más intolerable cada día que pasa, y no tenemos ningún medio con el que defendernos de esta catástrofe.»[707]

Goebbels escribió estas palabras exactamente dos semanas antes de que los Aliados lanzaran un devastador ataque sobre la ciudad medieval alemana de Wurzburgo, en Franconia. El 16 de marzo de 1945, 226 bombarderos Lancaster de la RAF soltaron cerca de cien toneladas de bombas —la mayoría incendiaras, ideadas para crear una tormenta de fuego— sobre Wurzburgo. Más del 80 por 100 del centro de la ciudad quedó destruido, una destrucción proporcionalmente mucho mayor que la de Dresde. «Todo el pueblo estaba en llamas», asegura Christl Dehm, que vivió el ataque, «y por todas partes explotaban bombas de efecto retardado. Por doquier cundía el pánico, se oían los gritos de los heridos y había gente que estaba muriendo quemada y que no podía salvarse. Unas imágenes horribles.»[708]

Pero, a pesar de lo atroces que fueron los efectos del bombardeo, cabe recordar una de las conclusiones de la Encuesta del Bombardeo Estratégico Estadounidense, realizada después de la guerra: «La reacción mental del pueblo alemán ante el ataque aéreo es significativa. Bajo el despiadado control nazi mostraban una resistencia

sorprendente al terror y a las penurias de los repetidos ataques aéreos, la destrucción de sus casas y sus pertenencias y las condiciones en las que se veían obligados a vivir. Su moral, su creencia en la victoria definitiva o en un compromiso satisfactorio y su confianza en sus líderes decaían, pero seguían trabajando con la misma eficiencia siempre que se mantuvieran los medios físicos de producción»[709].

La conclusión de los estadounidenses era que esta «resistencia» era una muestra de que «no se puede subestimar el poder de un estado policial sobre su pueblo». No cabe duda de que el miedo a las represalias por parte del régimen fue un factor importante a la hora de garantizar que la campaña de bombardeos no provocara una desobediencia civil generalizada. Pero la sensación de desesperanza y la falta de alternativas en vista del avance soviético también influyó.

Incluso los *Gauleiter* —algunos de sus seguidores más devotos— ya no estaban tan sometidos a Hitler cuando celebraron su última reunión, el 24 de febrero. Nicolaus von Below, que fue testigo del encuentro, afirma que Hitler «trató de convencer a su público de que solo él podía valorar correctamente la situación. Pero el poder de sugestión que había empleado en el pasado para cautivar a este círculo había desaparecido»[710]. Aun así —si bien esto pasó desapercibido para Von Below—, uno o dos de esos partidarios acérrimos seguían albergando rastros de dicha creencia. Después de su discurso, Hitler se sentó a comer con los *Gauleiter* y se arrancó con un monólogo. Al escucharle, el *Gauleiter* Rudolf Jordan, de Magdeburgo-Anhalt, sintió que se «evaporaba» la actitud de depresión. Era el «antiguo Hitler» en vivo[711].

No obstante, a medida que los soviéticos se acercaban a Berlín, el número de personas que conservaban la fe en Adolf Hitler fue disminuyendo. Incluso aquellos que estaban más cerca de él no compartían su idea de que era necesario quitarse la vida cuando se apagara la llama del Tercer Reich. Heinrich Himmler —«el leal Heinrich», como lo llamaba Hitler— imaginaba un mundo más allá de la victoria de los Aliados. Este hombre que había ayudado a poner en práctica el exterminio de los judíos trató en ese momento de salvar a algunos de ellos. El 5 de febrero de 1945 partió un tren rumbo a Suiza con mil doscientos judíos del campo de concentración de Theresienstadt, en Checoslovaquia. Himmler había llegado a un acuerdo con la Unión Estadounidense de Rabinos Ortodoxos para intercambiar a los judíos por dinero, y estaba planeado que salieran otros trenes cada dos semanas[712]. Hitler se enfureció al enterarse, y ordenó a Himmler que no siguiera embarcándose en empresas de ese tipo. Pero eso no impidió que el 21 de abril, Himmler se reuniera personalmente con Norbert Masur, un emisario del Congreso Mundial de los Judíos, para negociar la entrega de más de mil mujeres del campo de concentración de Ravensbrück. La reunión se celebró en casa del masajista de Himmler, Felix Kersten, y, según este, Himmler le dijo justo antes del encuentro: «Quiero enterrar el hacha de guerra entre nosotros y los judíos. Si hubiera podido decidir, muchas cosas se habrían hecho de otra forma»[713].

El día anterior —el 56.º cumpleaños del *Führer*—, Himmler, junto con otras figuras importantes del Tercer Reich, incluido Hermann Göring, habían abandonado a Hitler en el *Führerbunker* de Berlín. Durante años, ellos y otros nazis destacados habían sido rivales, divididos entre sí en su intento por agradar al *Führer*. Ahora estaban unidos únicamente por su deseo de escapar de él. Era un caso singular, tal como recalcó el profesor *sir* Ian Kershaw, «del barco hundiéndose que abandonaba a la rata»[714].

El 23 de abril, Himmler se reunió con un diplomático sueco, el conde Folke Bernadotte. Himmler, creyendo que Hitler pronto se suicidaría —si no lo había hecho ya— autorizó a Bernadotte que comunicara a los aliados occidentales que Alemania se rendiría incondicionalmente ante ellos, pero no ante el Ejército Rojo. Cuando la noticia se emitió por la radio de la BBC, Hitler no podía creerse dicha «traición». «Claro que Hitler se sintió extremadamente ultrajado», afirma Bernd Freiherr Freytag von Loringhoven, uno de los últimos oficiales alemanes que quedaban en el búnker. «A nivel militar no había ninguna esperanza. Y ahora este paso lo había dado el hombre en el que probablemente más confiaba. Ese hombre lo había abandonado y se había pasado a los Aliados. De resultas de ello, la noche siguiente Hitler tomó la decisión lógica: dictó su testamento personal y político y en dos días estaba muerto.»[715]

De entre toda la élite nazi que había expresado previamente su creencia en el carisma de Hitler, tan solo el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels —junto con su mujer y sus seis hijos—, decidió morir en el búnker con él. La mujer de Goebbels, Magda, fue una de las pocas que acaso mantuviera su fe en Hitler hasta el último segundo, pero no es seguro que su marido creyera tanto en aquel liderazgo carismático en ese momento. Lo más probable es que Goebbels hubiera ponderado las distintas posibilidades que tenía ante sí y considerara que morir junto a Hitler era la más razonable. De ser capturado por los Aliados —y ¿cómo podía esperar una persona con unos rasgos tan distintivos que a lo mejor no lo descubrirían?—, sabía que lo más seguro era que lo ejecutaran. Pero si se quedaba con Hitler, creyó que se convertiría también en un héroe. Dijo algo parecido solo unos días antes, el 17 de abril, en una reunión con sus empleados del Ministerio de Propaganda, cuando explicó que la razón por la que no debían intentar huir de Berlín era que «cien años después» se rodaría una película sobre ese épico período que haría que «volvieran a cobrar vida». Por tanto, «todo el mundo tiene la oportunidad de elegir el papel que interpretará en la película que se rodará dentro de cien años. Os aseguro que será una película cuidada y redentora. Y, por el bien de esta posibilidad, merece la pena permanecer firmes»[716].

Mientras Goebbels trataba de labrarse un final «cinematográfico», Hitler, según su secretaria Traudl Junge, estaba «viviendo su lúgubre vida» paseándose «nerviosamente por las salas[717]» del búnker bajo el jardín de la Cancillería del Reich. «La atmósfera en el búnker era totalmente macabra», confirma Bernd Freiherr

Freytag von Loringhoven. «La gente ya no tenía nada que hacer. Andaban por los pasillos a la espera de noticias. El enemigo estaba muy cerca, así que el principal tema de conversación en el búnker era: "¿Cómo me suicido?".»[718]

El 28 de abril, minutos antes de la medianoche, Hitler dictó un testamento político sorprendentemente coherente con su primera declaración de fe, la carta que escribió en septiembre de 1919 a instancias de Karl Mayr. Ambos documentos están cargados de odio hacia los judíos. En su testamento político, Hitler culpa a los judíos de que estallara la segunda guerra mundial y termina con las palabras: «Sobre todo, encargo a los líderes del país y a sus subordinados que cumplan escrupulosamente las leyes de la raza y que se opongan sin piedad al envenenador universal de todos los pueblos: el judaísmo internacional»[719]. Ninguno de los dos documentos contiene un ápice de humanidad, y ambos reflejan una mente centrada en una creencia segura. Incluso en el momento de su muerte, Hitler no se culpó de ninguna de las calamidades que había hecho sufrir al mundo. Por el contrario, afirmaba: «En estas tres décadas he actuado exclusivamente por amor y lealtad a mi pueblo en todos mis pensamientos, en mis actos y en mi vida».

Hitler no había cambiado: todos los elementos que le habían permitido convertirse en un líder carismático siguieron existiendo en su interior hasta el último aliento. Lo que había cambiado era la percepción que el resto de la gente tenía de él. Como el carisma solo surge como fruto de la interacción entre un individuo y un público receptivo, los repetidos fracasos y las promesas incumplidas habían perjudicado enormemente al atractivo carismático de Hitler no solo entre la población alemana en general, sino entre muchos de sus seguidores más fieles.

Adolf Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945, cuando dieron las 15.30. Se disparó en la cabeza mientras mordía una cápsula de veneno que le había suministrado previamente Himmler. Al final de su vida, el *Führer* desconfiaba tanto del «leal Heinrich» que insistió en que primero probaran una muestra del veneno con su perro, *Blondi*, para asegurarse de que Himmler no pretendía engañarle y permitir que los Aliados lo capturaran con vida[720].

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que debo dar las gracias. Tanto a Janice Hadlow, directora de BBC2, como a Martin Davidson, encargado del Departamento de Historia de la BBC, les entusiasmó esta idea desde el principio, y les estoy muy agradecido por su apoyo.

El profesor *sir* Ian Kershaw trabajó como asesor histórico para las series de televisión y también leyó un borrador de este libro y me ofreció su opinión y sus críticas. Ya he expresado por escrito en otras ocasiones todo lo que le debo —lleva ya veinte años siendo amigo mío y compañero de profesión—, pero me gustaría reiterar mi gratitud aquí. Para mí ha sido una inmensa suerte poder trabajar estrechamente con uno de los expertos en historia más brillantes de los últimos cien años. Pero me apresuro a añadir que las opiniones y los juicios expresados en este libro son exclusivamente cosecha propia.

Otro viejo amigo y compañero de profesión, Detlef Siebert, que también trabajó conmigo durante muchos años en distintas series de televisión sobre el nazismo, leyó este libro y aportó sus comentarios. Es generoso e inteligente a partes iguales.

También me resultaron muy útiles las largas conversaciones que mantuve con toda una constelación de los mejores historiadores del mundo para mi página web educativa WW2History.com. Le doy asimismo las gracias, por supuesto, a la BBC, y, sobre todo, a mi último jefe, Keith Scholey, por concederme el permiso para utilizar material de las transcripciones de mis anteriores series de televisión sobre el nazismo.

A la hora de trabajar conmigo en la serie de televisión, Ann Cattini fue un bastión de estabilidad como directora de producción. En Alemania, el doctor Frank Stucke fue un excelente productor asociado, y también me resultó muy útil el trabajo de investigación en archivos realizado por dos jóvenes académicos alemanes de gran talento: Fabian Wendler y Julia Pietsch. Martin Patmore, que ha rodado prácticamente todo lo que he hecho en los últimos veinte años, realizó un trabajo magnífico —como siempre— al mando de la cámara, al igual que los editores de vídeo: Alan Lygo, Jamie Hay y Simon Holland. Monika Rubel y su equipo de 24 Frames Films de Múnich fueron de gran ayuda con las secciones dramatizadas de la serie, y aguantaron admirablemente mis carencias como director de escena. John Kennedy y su hijo Christopher merecen una mención especial como diseñadores gráficos: su trabajo en la serie de televisión fue excepcional.

En Ebury Press, mi corrector, Albert DePetrillo, y mi editor, Jake Lingwood, llevaban varios años muy implicados en este proyecto. Mi editor estadounidense, Dan Frank, de Pantheon Books, realizó una serie de comentarios muy perspicaces, y mi agente literario, Andrew Nurnberg, sigue siendo igual de importante que siempre para

mi carrera. Mi familia, mis hijos —Oliver, Camilla y Benedict— y mi mujer, Helena, me apoyaron más de lo que me merezco. Mis hijos, sobre todo, han vivido con mi obsesión por este tema toda su vida, y eso es ya mucho tiempo: mi hijo mayor, Oliver, acaba de licenciarse en Cambridge, y mi hija Camilla tiene plaza en Oxford para estudiar Historia (aunque no este período de la historia…).

He dedicado este libro a mis padres, que murieron ambos a la edad de cuarenta y nueve años. Ahora que tengo cincuenta y pocos, la idea de que fallecieran tan jóvenes y en las circunstancias en las que lo hicieron se me antoja más espantosa que nunca.

Imágenes

Adolf Hitler, sentado a la derecha del todo, como soldado raso en el 16.º Regimiento Bávaro de Reserva, conocido como Regimiento «List» por el nombre de su coronel. Los compañeros de Hitler lo consideraban un tanto «peculiar».

bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Archiv Heinrich Hoffmann

Hitler a principios de los años veinte como un político en ciernes en Múnich. Nótese el intento deliberado por parecer «respetable» con un bigote recién recortado y atuendo burgués.

Rex Features

Hermann Göring, que se unió al Partido Nazi en 1922 y resultó herido durante el *Putsch* de la Cervecería al año siguiente. Era uno de los seguidores más estridentes del «carisma» de Adolf Hitler.

bpk/Heinrich Hoffmann

Ernst Röhm con el uniforme de oficial alemán. Röhm, enormemente influyente durante los primeros días del Partido Nazi, capitanearía más tarde a los soldados de asalto y sería asesinado por orden de Hitler en 1934.

bpk

Dietrich Eckart, un disoluto escritor y virulento antisemita, fue uno de los primeros en reconocer el potencial político de Adolf Hitler. Falleció en 1923, pero fue una de las pocas personas sobre las que Hitler hablaba con reverencia.

bpk/Heinrich Hoffmann

Joseph Goebbels, que poseía un doctorado en literatura alemana, fue esencial en la creación del «mito de Hitler», la idea de que era infalible. Trabajando en prensa, radio y cine, Goebbels se convirtió en el propagandista más poderoso que el mundo haya conocido.

Roger Viollet/Getty Images

El general Erich Ludendorff (izquierda) y Adolf Hitler (derecha) en el momento de su juicio en 1924 por su participación en el *Putsch* de la Cervecería. Ludendorff, un héroe de la primera guerra mundial, al principio resultó útil a Hitler, pero pronto fue descartado cuando este decidió que él y solo él era el líder que necesitaba Alemania.

bpk/BayerischeStaatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Soldados de asalto nazis y otras unidades paramilitares de ultraderecha llegan a Múnich para participar en el Putsch de la Cervecería en noviembre de 1923. El *putsch* fue un incompetente intento por iniciar una revolución, pero Hitler convertiría ese fracaso en un mito heroico.

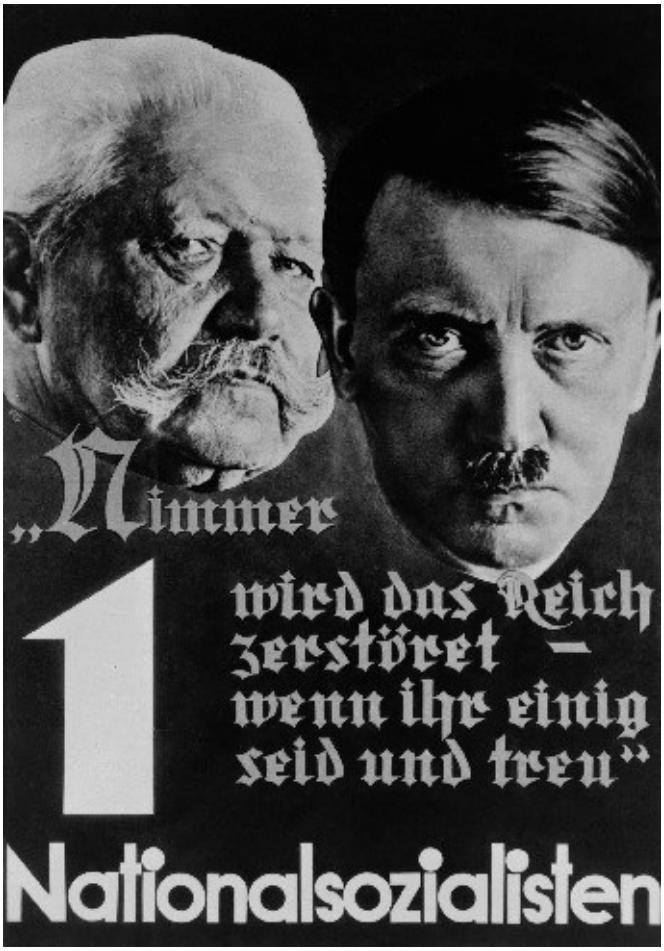
bpk/Heinrich Hoffmann

Hitler frente a la prisión de Landsberg, en Bavaria, en diciembre de 1924, al ser puesto en libertad tras cumplir solo nueve meses de una condena de cinco años por su participación en el *Putsch* de la Cervecería. Cuando salió de la cárcel, habiendo escrito *Mein Kampf*, estaba convencido de que era el salvador de Alemania.

AFP/Getty Images

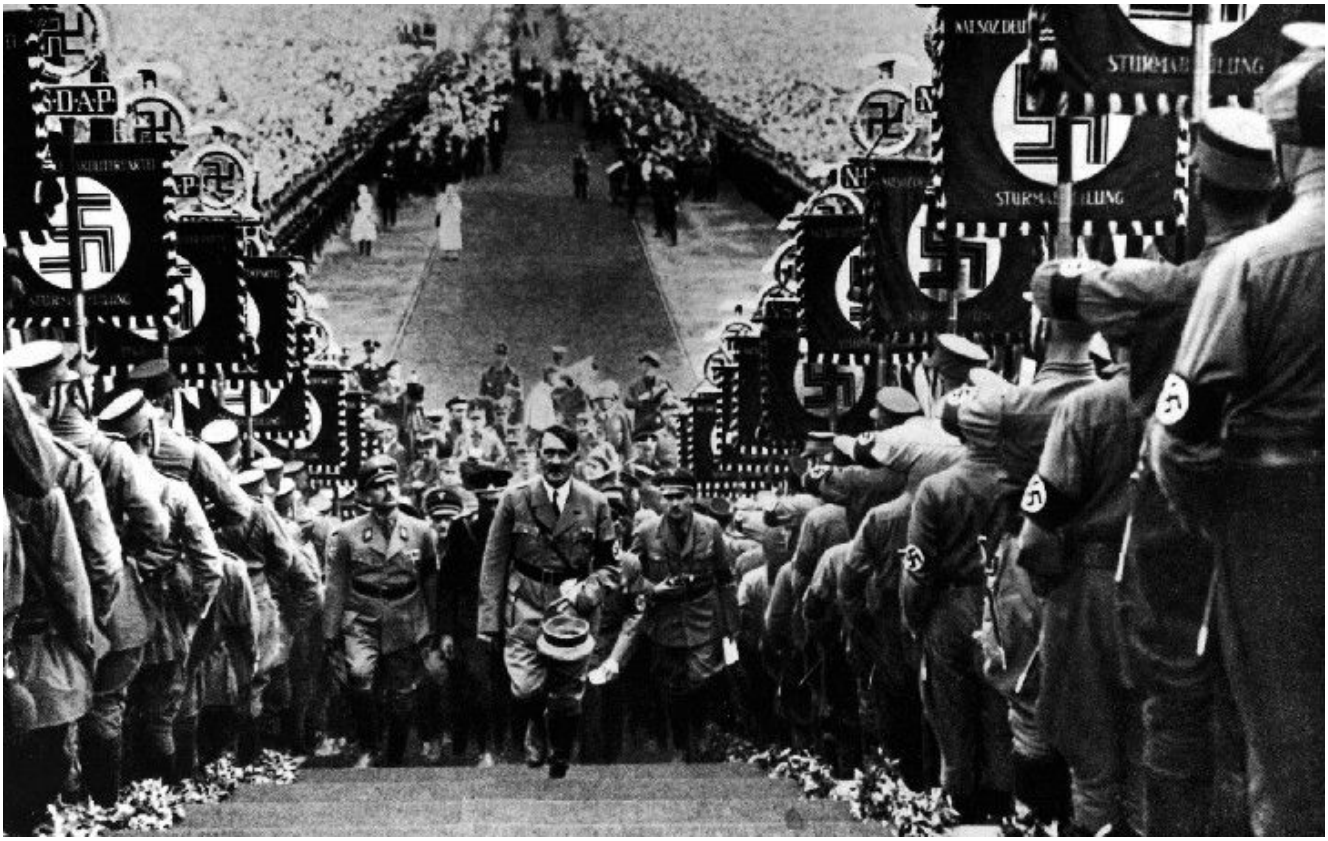
Hitler con un grupo de jóvenes seguidores que lo adoraban. Siempre se dirigía sobre todo a los jóvenes, ya que creía que esa estrategia garantizaría el futuro del movimiento nazi durante mil años.

Time & Life Pictures/Getty Images



Un cartel propagandístico de 1933 en el que aparecen el presidente Hindenburg y Adolf Hitler. En él leemos: «El Reich jamás será destruido si permanecéis unidos y fieles» y, por tanto, era un intento por relacionar a Hitler con el más «respetable» Hindenburg.

Courtesy EverettCollection/Rex Features

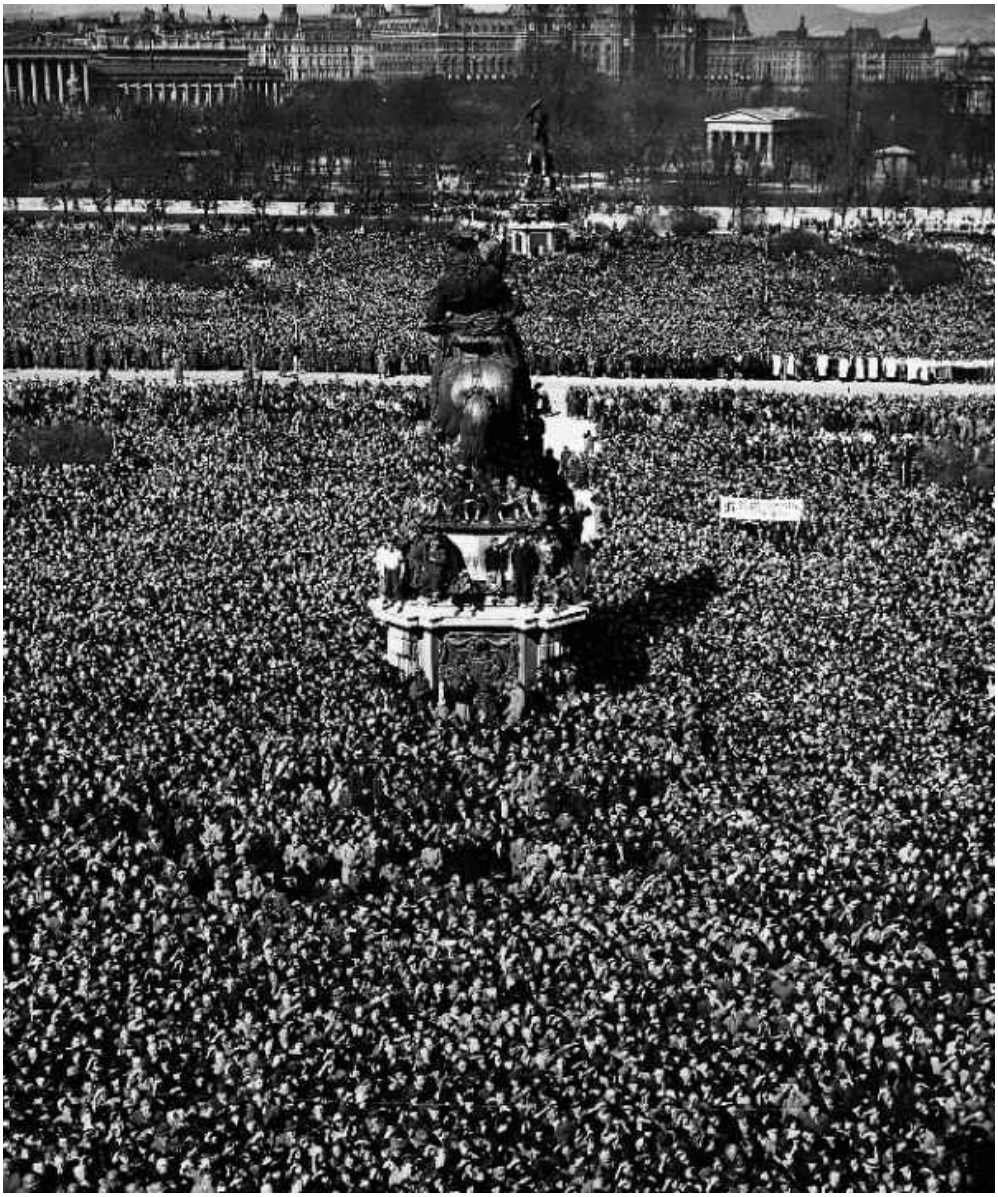


Hitler en el mitin nazi de 1934 en Núremberg. En él se proyectó la película *El triunfo de la voluntad*. Esos actos, con su elaborada escenografía, desempeñaron un papel vital en la creación de un aura «carismática» en torno a Hitler.

Time & Life Pictures/Getty Images

Varios corresponsales mencionaron que la multitud —y las mujeres en particular— parecían extasiadas en presencia de Hitler en desfiles y mítines.

Heinrich Hoffmann



Una multitud de unas doscientas cincuenta mil personas se dio cita en la Heldenplatz, situada en el centro de Viena, para oír hablar a Hitler el 15 de marzo de 1938 y para celebrar la unificación de Austria y la Alemania nazi.

bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del ejército alemán en los años treinta. Hitler nunca le pareció «carismático», pero aun así lo consideraba la mejor opción para un renacer alemán. Beck se dio cuenta demasiado tarde de que Hitler llevaría a Alemania a una guerra que perdería.

bpk/Atelier Bieber/Nather

Hitler como canciller de Alemania y *Führer* del pueblo alemán en los años treinta. Aquí demuestra su famosa «mirada». Pronto sostendría la mirada de la persona que tenía frente a él mucho más tiempo de lo normal, algo que podía generar un efecto «carismático».

bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Una vez que los nazis cosecharon poder, los judíos alemanes corrían un peligro enorme. Aquí, tropas de asalto nazis humillan a un hombre judío y una mujer no judía que mantenían una relación.

Getty Images

Tiendas alemanas dañadas durante la *Kristallnacht* —la «Noche de los cristales rotos»—, entre el 9 y el 19 de noviembre de 1938. Los nazis recorrieron prácticamente enloquecidos toda Alemania, destruyendo propiedades, quemando sinagogas y atacando a judíos.

bpk/Karl H. Paulmann

Después del *Anschluss* —la unificación de Alemania y Austria en 1938— se produjo una oleada de acciones antisemitas. Abajo, judíos austríacos son obligados a fregar las calles.

bpk/BayerischeStaatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Neville Chamberlain, el primer ministro británico, visita Alemania durante la crisis de los Sudetes. No alcanzaba a comprender que Hitler, el líder de un estado europeo culto, pudiera desear una guerra en el continente.

bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Hitler observa mientras las victoriosas tropas alemanas celebran la subyugación de Polonia. Los nazis, ayudados por los soviéticos, que atacaron Polonia desde el este, habían necesitado poco más de un mes para derrotar al ejército polaco.

Time & Life Pictures/Getty Images

Hermann Göring, comandante en jefe de las fuerzas aéreas alemanas, Walter Brauchitsch, jefe del ejército, y Adolf Hitler (de izquierda a derecha) en la primavera de 1941. Los tres ejercerían una influencia crucial en la invasión de la Unión Soviética unas semanas después.

Walter Frentz Collection, Berlin

Hitler en Múnich después de que fracasara el primer intento por derrotar al Ejército Rojo en 1941. Sin embargo, muchos seguían profesándole fe como un líder carismático.

Walter FrentzCollection, Berlin

Una conferencia militar a la que asistió el líder italiano Benito Mussolini (a la izquierda de la foto) en abril de 1942. Junto a Mussolini se encuentran Alfred Jodl, jefe de operaciones del alto mando de las fuerzas armadas alemanas (OKW), Hitler, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del OKW, Ugo Cavallero, jefe del mando supremo italiano y, por último, Eckhard Christian, oficial del Estado Mayor de la Luftwaffe.

bpk/Walter Frentz

El retrato de Hitler por Hubert Lanzinger, en el que aparece como un caballero con armadura reluciente que sostiene un estandarte nazi, refleja un deseo de ver al *Führer* como una figura heroica del mito alemán.

bpk

Hitler planea su próxima acción en verano de 1942 mientras las tropas alemanas avanzan hacia el este y se adentran en el corazón de Rusia. Heinrich Himmler, a la izquierda de la fotografía, acaba de organizar un masivo incremento de la capacidad de aniquilación de los campos de la muerte nazis.

bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Heinrich Hoffmann

Un miembro de un *Eisantzgruppen* alemán dispara a un civil soviético —probablemente un judío— tras la invasión alemana de la URSS. Esos escuadrones de la muerte actuaban detrás de la línea del frente, y en otoño de 1941 mataban a mujeres y niños judíos, además de hombres.

Gamma-Keystone vía Getty Images

Soldados alemanes salen de Stalingrado como prisioneros de guerra tras la derrota alemana en febrero de 1943. Casi cien mil alemanes fueron capturados por el Ejército Rojo en la batalla de Stalingrado, y en su gran mayoría morirían en cautividad.

bpk

Hitler con su perro *Blondi*. A Hitler le gustaban los perros desde hacía años, y quedó consternado cuando un *fox terrier* que había adoptado durante la primera guerra mundial desapareció. *Blondi* murió en el *Führerbunker* en abril de 1945, cuando Hitler ordenó que se probara una muestra de veneno con el perro antes de tomárselo él.

Walter Frentz Collection, Berlin

Un pensativo Hitler durante un vuelo realizado en 1943. En aquel momento, los soviéticos estaban contraatacando en el frente oriental y las fuerzas estadounidenses se encontraban ya en Gran Bretaña, preparándose para una invasión aliada en Francia; las perspectivas para los nazis eran funestas.

Walter Frentz Collection, Berlin

En 1944, Hitler habla con oficiales condecorados de la Luftwaffe en Berghof. Esos jóvenes debieron de recibir instrucción sobre la «infalibilidad» de su «carismático» *Führer* desde 1933.

Walter Frentz Collection, Berlin

Los gestos teatrales de Hitler eran un elemento primordial de sus discursos. Lo más importante para él era la emoción que generaba al intentar establecer un vínculo con su público.

Getty Images

Claus von Stauffenberg, el oficial alemán que puso una bomba en la Guarida del Lobo, en Prusia Oriental, para tratar de asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944.

bpk

Los daños que causó la bomba de Stauffenberg en la sala de conferencias de la Guarida del Lobo. Si las paredes hubieran estado hechas de cemento y no de madera, Hitler no habría sobrevivido.

Time & Life Pictures/Getty Images

Al final, Hitler solo trajo destrucción al mundo. No solo en Berlín —aquí con las ruinas del Reichstag de fondo—, sino en gran parte de Europa. El legado de Hitler incluyó el crimen más monumental de la historia: el Holocausto.

Mondadori vía Getty Images

LAURENCE REES (1957, Reino Unido). Educado en Solihull School y la Universidad de Oxford, es productor y director creativo en la BBC. Es autor y productor de series como *World War II: Behind Closed Doors*, *War of the Century*, *Horror in the East* o *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*. Ganó el British Book Award for History Book of the Year en 2006 por el *bestseller* internacional *Auschwitz: Los nazis y la «solución final»* (Crítica, 2005). Otras de sus obras son: *Una guerra de exterminio* (2006), *Los verdugos y las víctimas* (2008), *A puerta cerrada* (2009) y *El holocausto asiático* (2009), todas ellas publicadas por Crítica.

Notas

[1] Entrada del 18 de enero de 1942, noche, *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, introducción y nuevo prefacio de Hugh Trevor-Roper, Phoenix Press, 2002, p. 221. <<

[2] Konrad Heiden, introducción a *Mein Kampf* por Adolf Hitler, Houghton Mifflin, 1971, p. XXI. <<

[3] Hitler se lo confesó a Leni Riefenstahl, citado en *A Memoir* de Leni Riefenstahl, Picador, 1992, p. 178. <<

[4] Konrad Heiden, *The Fuehrer*, Robinson Publishing, 1999, publicado por primera vez en 1944, p. 35. Heiden expresa la contradicción de Hitler de este modo: «Como figura humana, lamentable; como mente política, uno de los fenómenos más extraordinarios de toda la historia universal». <<

[5] Palabras de Hitler, 18 de enero de 1942, en *Hitler's Table Talk*, p. 221. <<

[6] Véase Max Weber, *Essays in Sociology*, Routledge, 1998, p. 245. <<

[7] Weber, *Essays*. En particular pp. 245-264. <<

[8] Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. VIII-X. <<

[9] August Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, Greenhill Books, 2006, pp. 157159. <<

[10] *Ibid*, pp. 126-127. <<

[11] *Mein Kampf*, pp. 154-155. <<

[12] Citado en inglés en Konrad Heiden, *The Fuehrer*, pp. 70-72. Citado en alemán en Eberhard Jäckel, *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen* 1905-1924, Stuttgart, 1980, pp. 64-69. Reproducción en el Bundesarchiv (BArch) NS 26/4. <<

[13] Citado en Robert G L Waite, *Vanguard of Nazism, the Free Corps Movement in Postwar Germany 1918 to 1923*, Harvard University Press, 1952, p. 22. <<

[14] *Mein Kampf*, p. 165. <<

[15] Véase Thomas Weber, *Hitler's First War*, Oxford University Press, 2010. <<

[16] Citado en *ibid*, p. 215. Weber argumenta asimismo que los correos del regimiento tenían más posibilidades de ser recomendados para condecoraciones que los soldados de la línea del frente, pero eso, por supuesto, no significa que Hitler no estuviese desempeñando una labor peligrosa con valentía. <<

[17] Balthasar Brandmayer, *Meldegänger Hitler 1914-1918*, Múnich/Kolbermoor, 1933, pp. 71-72. <<

[18] Véase, por ejemplo, el interrogatorio a Max Amman en Núremberg, 5 de noviembre de 1947 NARA RG238-M1019-2, y Balthasar Brandmayer, *Meldegänger Hitler*, pp. 72 y 105. <<

[19] BArch, N 28/6 Ludwig Beck a *Frau* Wilhelm Beck, 28 de noviembre de 1918, citado en Klaus-Jürgen Müller, *General Ludwig Beck*, Boppard am Rhein, 1980, pp. 323-328. <<

[20] Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 2005, p. 15. <<

[21] Testimonio inédito. <<

[22] Curiosamente, Hitler fue tratado en el departamento «psiquiátrico» de Pasewalk por ceguera «psicosomática». Véase Weber, p. 221. <<

[23] *Mein Kampf*, p. 202. <<

[24] Anton Joachimsthaler ha escrito ampliamente sobre este tema en *Korrektur einer Biographie: Adolf Hitler 1908-1920*, Múnich 1989, véase pp. 201-213. Los documentos originales se encuentran en el Archivo del Estado Bávaro, Batl. Anordnung des Demob. Batl, vom 3.4.1919. 2 Inf. Regt., Bund 19 Bayrisches Hauptstaatsarchiv (BayHStA), Abt. IV. Joachimsthaler también observa que el regimiento de Hitler rebautizó sus barracones con el nombre del revolucionario socialista Karl Liebknecht, p. 209. <<

[25] Joachimsthaler, p. 213. <<

[26] Véanse las opiniones de Anton Joachimstahler expresadas en *The Making of Adolf Hitler*, producido por Tilman Remme, productor ejecutivo Laurence Rees, BBC 2, 2002. <<

[27] Véase Ian Kershaw, *Hitler: Hubris*, Allen Lane, 2002, p. 119. <<

[28] Weber, *Hitler's First War*, p. 252. <<

[29] Karl Mayr (con el sobrenombre de «Anon»), «I Was Hitler's Boss», *Current History*, vol. 1, n.º 3 (noviembre de 1941), p. 193. <<

[30] BayHStA, Abt. II Gruppen Kdo. 4 Bd. 50/6, citado en Ernst Deuerlein, *Hitler's Eintritt in die Politik und die Reichswehr*, Vierteljahreshefte für Zeit geschichte (VfZ), vol. 7, 1959, n.º 2, pp. 191-192. <<

[31] Testimonio inédito. <<

[32] Citado en Deuerlein, *Hitler's Eintritt*, p. 200. El original se encuentra en el Archivo del Estado Bávaro. *Auszüge aus den Berichten der zum Aufklärungskommando Beyschlag befohlenen Soldaten*, Bay HStA. Ab II Gruppen Kdo 4 Bd 50/5. Handschriftlich. <<

[33] BayHStA, RWGrKdo4/314. Citado en Eberhard Jäckel, *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Stuttgart, 1980, pp. 88-90. <<

[34] *Ibid*. <<

[35] Kurt Lüdecke, *I Knew Hitler*, Jarrolds, 1938, pp. 22-25. <<

[36] Kubizek, *Young Hitler*, p. 33. <<

[37] *Ibid*, p. 157. <<

[38] Testimonio inédito. <<

[39] Testimonio inédito. <<

[40] Discurso de Hitler del 12 de abril de 1922 en N. H. Baynes (editor), *Speeches of Adolf Hitler: Early speeches, 1922-1924, and Other Selections*, Howard Fertig, 2006, p. 5. <<

[41] Discurso de Hitler el 28 de julio de 1922, *ibid*, p. 29. También citado por Eberhard Jaeckel, Jäckel, *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*. Publicado originalmente en *Völkischer Beobachter*, 16 de agosto de 1922. <<

[42] Publicado originalmente en *Völkischer Beobachter*, 22 de abril de 1922. <<

[43] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[44] Discurso de Hitler el 12 de abril de 1922, Baynes, p. 6. <<

[45] Baynes, pp. 15-16. <<

[46] Testimonio inédito. <<

[47] Testimonio inédito. <<

[48] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, Múnich/Grafelfing, 1953, pp. 39-42. <<

[49] Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Göring*, Greenhill Books, 2005, pp. 36-37. <<

[50] *Trial of the German War Criminals: Proceedings of the International Military Tribunal* (edición británica), IX, pp. 64-65. <<

[51] Hitler no «hipnotizaba» a su público, en el sentido de convencerlos para que actuaran en contra de su voluntad. Pero el trabajo pionero del erudito húngaro Sándor Ferenczi sobre la naturaleza del hipnotismo y la sugestión ofrece una panorámica sobre algunos de los motivos psicológicos que podían ocultarse tras la efectividad de Hitler como orador en aquellos primeros años después de la primera guerra mundial. Ferenczi señalaba: «Todo habla mucho más a favor de la opinión de que, en el hipnotismo y la sugestión, la labor principal no es llevada a cabo por el hipnotizador, sino por la propia persona». Ferenczi llegaba a asegurar que uno no puede ser hipnotizado —u objeto de la «sugestión»— a menos que lo consintiera. Asimismo, creía que era inmensamente útil para cualquier persona que desee practicar la sugestión el poseer «un aspecto imponente… una mirada penetrante y una mirada firme… También suele reconocerse que un aire de confianza en uno mismo, la reputación de éxitos anteriores… ayudan en el efecto exitoso de la sugestión». Además, para Ferenczi el «sugeridor» era una especie de «figura paternal» y consideraba que una «condición previa de toda sugestión satisfactoria es que el hipnotizador figure como una "persona adulta" para el sujeto hipnotizado. El primero debe despertar en el segundo los mismos sentimientos de amor o miedo, la misma convicción de infalibilidad, que aquellos que le inspiraban sus padres cuando era niño». (Véase Sándor Ferenczi, *First Contributions to Psycho-Analysis* [publicado originalmente en húngaro, 1909], traducción de Ernest Jones MD, The Hogarth Press and the Institute of Psychoanalysis, 1952, pp. 59-71). No debemos llevar todo esto demasiado lejos en el caso de Hitler, puesto que, casi sin lugar a dudas, no «hipnotizaba» a sus seguidores como lo hace un experto sobre el escenario. Quienes lo seguían lo hacían por propia voluntad y elección. Asimismo, Ferenczi escribe con una seguridad que en ocasiones se beneficia del detalle y la cualificación, como en su afirmación: «En nuestra alma más profunda, todos seguimos siendo niños, y lo seremos toda nuestra vida». No obstante, es sorprendente lo mucho que este primer Hitler coincide con la visión de Ferenczi sobre el buen «sugeridor». Incluso a esa edad —tenía solo treinta y tres años en 1922—, Hitler se posicionaba como una «figura paternal», llamando a la juventud de Alemania a seguirlo y ofreciendo consejos y reprimendas «paternales». En cuanto a la opinión de Ferenczi de que el «sugeridor» debe generar una «convicción de infalibilidad», era exactamente lo que Hitler intentó proyectar desde su primer discurso político. <<

[52] Kubizek, *Young Hitler*, p. 182. <<

[53] Discurso de Hitler el 12 de abril de 1922, Baynes, p. 12. <<

[54] Véase también la obra de los «teoristas de la multitud», cuyo pionero fue Emile Durkheim. E. Durkheim, *The Elementary Forms of Religious Life*, Simon and Schuster, 1995. <<

[55] Konrad Heiden, *The Fuehrer*, RobinsonPublishing, 1999, pp. 91-92. <<

[56] Otto Strasser, *Hitler and I*, Jonathan Cape, 1940, pp. 76-77. <<

[57] *Sir* Nevile Henderson, *Failure of a Mission*, Hodder and Stoughton, 1940, p. 179. <<

[58] Testimonio inédito. <<

[59] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, pp. 32-33. <<

[60] Weber, *Hitler's First War*, p. 257. <<

[61] Ernst H. Posse, *Die politischen Kampfbünde Deutschlands*, Berlín, 1931, pp. 4647, citado en Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism, the Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, Harvard University Press, 1952, p. 266. <<

[62] No aparece citado en Waite, sino en el original, Ernst H. Posse, *Die politischen Kampfbünde Deutschlands*, Berlín, 1931, p. 46. <<

[63] Testimonio inédito. <<

[64] Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, Londres, 1955, p. 46. <<

[65] Karl Mayr (con el sobrenombre de «Anon»), «I Was Hitler's Boss», *Current History*, vol. 1, n.º 3, noviembre de 1941. <<

[66] *Ibid*. <<

[67] Kubizek, *Young Hitler*, p. 42. <<

[68] Charles de Gaulle, *The Edge of the Sword*, Greenwood Press, 1960, p. 58. <<

[69] *Ibid*, pp. 65-66. <<

[70] Weber, *Essays in Sociology*, p. 262. <<

[71] Rees, *Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 2005, p. 26. <<

[72] Friedrich Nietzsche, *The Birth of Tragedy and The Genealogy of Morals*, traducido por Francis Golffing, Doubleday Anchor Books, 1956, p. 186. <<

[73] Peter Viereck, «Stefan George's Cosmic Circle», *Decision*, octubre de 1941, p. 49. <<

[74] Testimonio inédito. <<

[75] Testimonio inédito. <<

[76] Kubizek, *Young Hitler*, p. 185. <<

[77] *Ibid*, p. 83. <<

[78] Testimonio inédito. <<

[79] Ludwig Gengler, *Kampfflieger Rudolf Berthold*, Alemania, 1934, citado en p. 178. <<

[80] Joachim C. Fest, *Hitler*, Harcourt Brace Jovanovich, 1974, p. 132. <<

[81] *Ibid*, p. 133. <<

[82] Citado por Margarate Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler*, Bremen, 1970, p. 67. A su vez, cita a Albert Zoller, *Hitler privat-Erlebnisbericht seiner Geheim sekretärin*, Droste, Düsseldorf, 1949, p. 118. <<

[83] *Ibid*, p. 55. <<

[84] Testimonio de Julius Streicher, viernes 26 de abril de 1946. <<

[85] Waite, *Vanguard of Nazism*, p. 267. <<

[86] Otto Strasser, *Hitler and I*, p. 86. <<

[87] Bruce Campbell, *The SA Generals and The Rise of Nazism*, University Press of Kentucky, 1998, pp. 18-20. <<

[88] Werner Maser, *Der Sturm auf die Republik*, Frankfurt, Athenäum-Verlag, 1965, p. 356. <<

[89] *Völkischer Beobachter*, 6 de diciembre de 1922. <<

[90] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 25. <<

[91] Testimonio inédito. <<

[92] Véase, por ejemplo, Strasser, p. 57. <<

[93] Albrecht Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der 'Kampfzeit' der NSDAP, Dokumentation und Analyse*, Düsseldorf, 1969, pp. 281-283. Tyrell cita extractos de *Der Hitler Prozess vor dem Volksgericht in München, Zweiter Teil*, Múnich, 1924, últimas palabras de Hitler, pp. 85-91. Traducción inglesa en J. Noakes y G. Pridham, *Nazism 1919-1945*, vol. 1, Exeter University Press, 1983, p. 35. <<

[94] Testimonio inédito. <<

[95] En enero de 1922, Neithardt había sido juez en el proceso contra Hitler y otros nazis por una pelea en la cervecería Löwenbräu de Múnich el mes de septiembre anterior y había pedido a sus superiores que fueran laxos con él. Véase Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 28. <<

[96] *The Times*, 2 de abril de 1924. <<

[97] Weber, *Essays*, p. 250. <<

[98] Hitler, *Mein Kampf*, p. 288. <<

[99] *Ibid*, p. 306. <<

[100] Véase p. 96. <<

[101] Becker, *The Denial of Death*, Free Press Paperbacks, 1997, p. 282. <<

[102] *Ibid*, p. 27. <<

[103] Hitler, *Mein Kampf*, p. 290. <<

[104] *Ibid*, p. 305. <<

[105] *Ibid*, p. 679. <<

[106] *Ibid*, p. 654. <<

[107] *Ibid*, p. 661. <<

[108] Testimonio inédito <<

[109] Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, p. 206. <<

[110] Testimonio inédito <<

[111] Dennis Mack Smith, *Mussolini: A Biography*, Vintage Books, Nueva York, 1983, p. 172. <<

[112] Véanse las opiniones del profesor Browning, p. 29. <<

[113] Konrad Heiden, introducción a *Mein Kampf*, de Adolf Hitler, p. XX. <<

[114] Hitler, *Mein Kampf*, p. 581. <<

[115] Ian Kershaw, *Hitler: Hubris*, pp. 242-243. <<

[116] Lüdecke, *I Knew Hitler*, pp. 217-218. <<

[117] Diario de Goebbels, entrada del 15 de febrero de 1926. Si no se indica lo contrario, todas las notas de los diarios de Goebbels pertenecen a Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Vol. I: Aufzeichnungen 1923-1941; Vol. II: Diktate 1941-1945*, Múnich, 1993-2005. <<

[118] *Ibid*, entrada del 13 de abril de 1926. <<

[119] *Ibid*, entrada del 19 de abril de 1926. <<

[120] En particular, Otto Strasser. Véase *Hitler and I*, p. 100. <<

[121] Uriel Tal, *Political Faith of Nazism prior to the Holocaust*, Tel Aviv University, 1978, p. 30. <<

[122] John Whittam, «Mussolini and The Cult of the Leader», *New Perspective*, vol. 3, n.º 3, marzo de 1998. <<

[123] En inglés, Ian Kershaw, *The Hitler Myth*, Oxford University Press, 1987, p. 27. También citado en Albrecht Tyrell, *Führer befiehl… Dokumentation und Analyse*, Düsseldorf, 1969, p. 173. <<

[124] Becker, *Denial of Death*, p. 193. <<

[125] Joseph Goebbels, *Der Angriff* (Berlín, 30 de abril de 1928). Citado por Joseph Goebbels, *Der Angriff. Aufsätze aus der Kampfzeit*, Múnich, 1935, pp. 71-73. <<

[126] Walter Frank, *Franz Ritter von Epp: Der Weg eines deutschen Soldaten*, Hamburgo, 1934, pp. 141-142. <<

[127] AdamTooze, *The Wages of Destruction*, Penguin, 2007, p. 13. <<

[128] Testimonio inédito. <<

[129] Discurso electoral de Hitler pronunciado en 1932 en Eberswald. Archivo incluido en el primer episodio de *The Nazis: A Warning from History*, BBC, 1997. <<

[130] Richard Bessel, «The Potempa Murder», *Central European History*, n.º 10 (1977), pp. 241-254. <<

[131] Testimonio inédito. <<

[132] Testimonio inédito. <<

[133] Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Phoenix, 1995, p. 46. <<

[134] *Ibid*, p. 46. <<

[135] *Ibid*, p. 66. <<

[136] *Ibid*, p. 44. <<

[137] Testimonio inédito. <<

[138] Testimonio inédito. <<

[139] Testimonio inédito. <<

[140] Tal, *Political Faith of Nazism prior to the Holocaust*, p. 28. <<

[141] Thomas Ferguson y Peter Temin, «Made in Germany: The German currency crisis of July 1931», *Research in Economic History*, 2003, vol. 21, pp. 1-53. <<

[142] Testimonio inédito. <<

[143] Weber, *Hitler's First War*, p. 272. <<

[144] Testimonio inédito. <<

[145] Weber, p. 283. <<

[146] Nathaniel Shaler, *The Individual: A Study of Life and Death*, D. Appleton and Company, Nueva York, 1902, p. 199. <<

[147] Ernst Hanfstaengl, *15 Jahre mit Hitler*, Zwischen Weissem und Braunem Haus, 1980, pp. 232-236, y Heinrich Hoffman, *Hitler Was My Friend*, Londres, 1955, pp. 151-152. Véase también Walter C. Langer, *A Psychological Profile of Adolph Hitler. His Life and Legend*, Office of Strategic Services Washington, D. C. Online en: www.nizkor.org. Para el detalle sobre la presunta perversión sexual de Hitler, véase Robert Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Basic Books, 1977. En cualquier caso, se trata de habladurías poco convincentes. Más recientemente, se ha realizado un intento por afirmar que Hitler era homosexual; véase Lothar Machtan, *The Hidden Hitler*, Basic Books, 2001, pero tampoco es convincente. La reseña de Ian Kershaw sobre el libro de Machtan en *Die Welt* 13.10.2001 http://www.welt.de/print-welt/article481144/Der_ungerade_Weg.html plantea algunos interrogantes sobre dicha teoría. <<

[148] Riefenstahl, *A Memoir*, p. 180. <<

[149] Diario de Goebbels, entrada del 26 de junio de 1930, p. 183f. <<

[150] Testimonio inédito. <<

[151] Testimonio inédito. <<

[152] Testimonio inédito. <<

[153] Otto Meissner, *Aufzeichnung über die Besprechung des Herrn Reichspräsiden ten mit Adolf Hitler am 13. August 1932 nachmittags 4.15*. Citado por Walther Hubatsch, *Hindenburg und der Staat. Aus den Papieren des Generalfeldmarschalls und Reichspräsidenten von 1878 bis 1934*, Gotinga, 1955, p. 338. En inglés en Noakes y Pridham, vol. 1, p. 104. <<

[154] Diario de Goebbels, entrada del 13 de agosto de 1932. <<

[155] Tal, *Political faith of Nazism prior to the Holocaust*, p. 7. <<

[156] Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, pp. 162-163. En alemán en Franz von Papen, *Der Wahrheit eine Gasse*, Múnich, 1952, p. 195. <<

[157] Von Papen, *Memoirs*, p. 279. <<

[158] Testimonio de Göring del 80.º día del juicio de Núremberg, 13 de marzo de 1946. <<

[159] Von Papen, *Memoirs*, p. 162. <<

[160] La fuente más antigua de este célebre comentario es Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie*, Zúrich, 1936, p. 278. <<

[161] Hinrich Lohse, *Der Fall Strasser*, en *Forschungsstelle für die Geschichte des Nationalsozialismus* en Hamburgo. En inglés en Noakes y Pridham, vol. 1, p. 111. <<

[162] Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, George Allen & Unwin, 1983, p. 104. <<

[163] Otto Strasser, *History in My Time*, Jonathan Cape, 1941, p. 240. <<

[164] Stachura, p. 116. <<

[165] Hienrich Lohse, *Der Fall Strasser*. En inglés en Noakes y Pridham, vol. 1, p. 113. <<

[166] Strasser, *History in My Time*, p. 236. Véanse también las memorias de Von Papen para una reproducción, p. 279. <<

[167] Véanse las notas que tomó el 2 de diciembre de 1933 Lutz Graf von Schwerin von Krosigk, ministro de Economía del Reich, citado en Wolfram Pyta, «Vorbereitungen für den militärischen Ausnahmezustand unter Papen/Schleicher», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 51 (1992), pp. 385-428. <<

[168] Testimonio inédito. <<

[169] Testimonio inédito. <<

[170] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 43. <<

[171] Von Papen, *Memoirs*, p. 251. <<

[172] Testimonio inédito. <<

[173] Manvell, *Göring*, p. 95. <<

[174] *Ibid*, p. 97. <<

[175] Testimonio inédito. <<

[176] Testimonio inédito. <<

[177] Walther Hofer, *Der Nationalsozialismus: Dokumente 1933-1945*, Frankfurt, 1957, p. 55. Discurso de Hitler del 10 de marzo 1933. Publicado originalmente en Reichsgesetzblatt RGBl 1933, Teil I, Nr. 17, p. 83. <<

[178] *Völkischer Beobachter*, 13 de marzo de 1933. <<

[179] Testimonio inédito. <<

[180] Testimonio inédito. <<

[181] *Völkischer Beobachter*, 24 de marzo de 1933. <<

[182] Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1967, pp. 128-129. <<

[183] Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945, vol. 1: 1932 to 1934*, Bolchazy-Carducci Publishers, 1990, declaración de Hitler del 23 de marzo de 1933, p. 273. <<

[184] *Ibid*, pp. 292-293. <<

[185] Testimonio inédito. <<

[186] *Völkischer Beobachter*, 29 de marzo de 1933. <<

[187] Entrevista de *Daily Telegraph* con Adolf Hitler, publicada en *Völkischer Beobachter*, 28 de julio de 1934. Citada en inglés en Domarus, vol. 1, 1990, p. 317. <<

[188] Joseph Goebbels, *My Part in Germany's Fight*, Londres, 1938, p. 248. <<

[189] Testimonio inédito. <<

[190] Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Batsford, Londres, 1973, pp. 31-32. <<

[191] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[192] Citado en Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Ausge waehlte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*, vol. II. Bielefeld 1961. Publicado originalmente en *NSDAP: Nationalsozialistische Monatshefte*, 4 (junio), 1933. <<

[193] Testimonio inédito. <<

[194] Testimonio inédito. <<

[195] De la crónica del mariscal de campo Von Weichs, citada en Robert J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party 1933-1939*, Corgi Books, 1968, p. 67. <<

[196] *Ibid.* <<

[197] Kurt Gossweiler, *Die Röhm-Affäre. Hintergründe - Zusammenhänge - Auswirkungen*, Colonia, 1983, p. 68. <<

[198] Citado en Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*, vol. II, Bielefeld, 1961. <<

[199] Tooze, *Wages of Destruction*, p. 67. <<

[200] Kershaw, *Hubris*, p. 511. <<

[201] Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, 1950, pp. 379-382. También en Kershaw, *Hubris*, p. 505. <<

[202] De una crónica de Kempka, el chófer de Hitler, citada en Noakes y Pridham, vol. 1, pp. 178-179. <<

[203] *Deutsche Allgemeine Zeitung* (*DAZ*), n.º 302, 2 de julio de 1934. <<

[204] *Völkischer Beobachter*, 3 de julio de 1934. <<

[205] Testimonio inédito. <<

[206] *Völkischer Beobachter*, 1 de julio de 1934. <<

[207] Testimonio inédito. <<

[208] Testimonio inédito. <<

[209] Testimonio inédito. <<

[210] Véase, por ejemplo, la opinión del profesor Norbert Frei sobre la «modernidad» y el «barbarismo» de los nazis, expresada en su entrevista con el autor en WW2History.com. <<

[211] Rudolf Semmler, *Goebbels, The Man Next to Hitler*, Londres, 1947, véase entrada del diario del 12 de diciembre de 1941. <<

[212] Testimonio inédito. <<

[213] Hermann Göring, *Aufbau einer Nation*, Berlín, 1934, pp. 51-52. (También citado, aunque en una traducción ligeramente distinta, en Arthur Schweitzer, *The Age of Charisma*, Nelson Hall, Chicago, 1984, p. 83). <<

[214] David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945*, Oxford University Press, 1983, p. 147. <<

[215] Riefenstahl, *Memoirs*, p. 101. <<

[216] William L. Shirer, *Berlin Diary 1934-41*, John Hopkins, 2002, p. 21. <<

[217] George Orwell, *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. 2, eds. Sonia Orwell e Ian Angus, Harcourt Brace Jovanovich, 1968. <<

[218] *Ibid.* <<

[219] Discurso de Hitler el 8 de noviembre de 1935, p. 727, Domarus, vol. II. <<

[220] Max Domarus, *Hitler-Reden und Proklamationen 1932-1945-kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1, Würzburg, 1962, p. 641. <<

[221] Shirer, *Berlin Diary*, pp. 17-18. <<

[222] Véase p. 29. <<

[223] W. Breucker (ayudante de Ludendorff), *Die Tragik Ludendorffs*, Oldenburg, 1953, p. 107; también en inglés en J. C. R. Wright, *Above Parties: The Political Attitudes of the German Protestant Church Leadership 1918-1933*, Oxford, 1974, p. 78. <<

[224] Speer, *Inside The Third Reich*, p. 150. <<

[225] Hans-Jochen Gamm, *Der braune Kult* (Hamburgo, 1962), pp. 213-214, citado en inglés en Robert G. L. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Bascis Books, Nueva York, 1977, p. 29. <<

[226] Testimonio inédito. <<

[227] Domarus, vol. II, p. 790. <<

[228] Discurso de Hitler el 23 de noviembre de 1937, citado en Arthur Schweitzer, *The Age of Charisma*, Nelson Hall, Chicago, 1984, p. 75. <<

[229] Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich-Nazi conceptions of Christianity*, Cambridge University Press, 2003, p. 2. <<

[230] Diario de Goebbels, entrada del 8 de abril de 1941. <<

[231] *Hitler's Table Talk*, pp. 142-145. <<

[232] Laurence Rees, *Selling Politics*, BBC Books, 1992, p. 50. <<

[233] Entrevista con Wilfred von Oven en *Goebbels: Master of Propaganda*, escrito y producido por Laurence Rees, BBC 2, 1992. <<

[234] *Völkischer Beobachter*, 1 de febrero de 1934. <<

[235] Rees, *Selling Politics*, p. 21. <<

[236] *Die zukünftige Arbeit und Gestaltung des deutschen Rundfunks*. Ansprache Goebbels an die Intendanten und Direktoren der Rundfunkgesellschaften, Berlín, Haus des Rundfunks, 25.3.1933, en Helmut Heiber (ed.), Goebbels Reden, vol. 1: 19321939. Düsseldorf, 1971, p. 94. <<

[237] Welch, *Propaganda and the German Cinema*, p. 158. <<

[238] *Ibid*, p. 170. <<

[239] Rees, *Selling Politics*, p. 51. <<

[240] Weber, *Essays*, p. 248. <<

[241] Entrada del diario de Goebbels, 5 de julio de 1941. <<

[242] Weber, *Essays*, p. 248. <<

[243] Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 37-166. <<

[244] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[245] Rees, *Their Darkest Hour*, p. 196. <<

[246] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 118-119. <<

[247] J. R. C. Wright, *Above Parties-the Political Attitudes of the German Protestant Church Leadership 1918-1933*, OUP, 1974, p. 54. <<

[248] Testimonio inédito. <<

[249] Wolfgang Ruge y Wolfgang Schumann (eds.), *Dokumente zur Deutschen Geschichte*, Berlín, 1977, p. 116. <<

[250] Testimonio inédito. <<

[251] Domarus, vol. II, p. 938. <<

[252] Jonathan Glover, *Humanity-a Moral History of the Twentieth Century*, Londres, Pimlico, 2000, pp. 361-362. <<

[253] Testimonio inédito. <<

[254] Testimonio inédito. <<

[255] *Aufzeichnung ohne Unterschrift* (agosto de 1936), en *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945*, Gotinga, 1977. Serie C: 1933-1936. «Das Dritte Reich: Die Ersten Jahre», vol. V, 2, 26. Mayo bis 31. Octubre 1936. Documento n.º 490, pp. 793-801. <<

[256] Rees, *Selling Politics*, p. 81. <<

[257] International Military Tribunal (IMT) *Der Prozess gegen die Hauptkriegs ver brecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 noviembre 1945-1 octubre 1946, vol. XXXVI, Núremberg, 1948, pp. 489 y ss. <<

[258] *Ibid.* <<

[259] Henderson, *Failure of a Mission*, p. 159. <<

[260] Anuncio de Göring a su llegada al Ministerio de Economía según Wilhelm TerNedden (documentado en una entrevista filmada por el autor). <<

[261] Tooze, *Wages of Destruction*, p. 198. <<

[262] Testimonio inédito. <<

[263] BArch N 28/4. Citado en Klaus-Jürgen Müller, *General Ludwig Beck*, Boppard am Rhein, 1980, pp. 497-498. <<

[264] Testimonio inédito. <<

[265] Nicholas Reynolds, *Treason Was No Crime: Ludwig Beck, Chief of the German General Staff*, William Kimber, 1976, pp. 73-74. <<

[266] BArchN81/2 y OKW898. <<

[267] BArch NS 10/550. <<

[268] Henderson, *Failure of a Mission*, p. 282. <<

[269] Testimonio inédito. <<

[270] Testimonio inédito. <<

[271] O’Neill, *German Army*, pp. 190-191. <<

[272] Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938*, Gotinga, 1965, p. 191. <<

[273] O’Neil, *German Army*, p. 201. <<

[274] Karl-Heinz Janssen, *Der Sturz der Generäle: Hitler und die Blomberg-Fritsch-Krise 1938*, Múnich, 1994, p. 55. <<

[275] Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Phoenix, 2007, pp. 221-222. <<

[276] Robert Service, *Stalin-A Biography*, Macmillan, 2004, p. 348. <<

[277] BArch N 28/4. Citado en alemán en Müller, *General Ludwig Beck*, pp. 498-501. No está claro si Beck pretendía que este documento le ayudara a reflexionar o si quería que fuese entregado a sus compañeros. <<

[278] Reynolds, *Treason Was No Crime*, p. 128. <<

[279] Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War*, University of Minnesota, 1968, p. 34. <<

[280] Reynolds, *Treason Was No Crime*, p. 138. <<

[281] Testimonio inédito. <<

[282] Walter Görlitz, *Generalfeldmarschall Keitel, Verbrecher oder Offizier? Erinnerun-gen, Briefe, Dokumente des Chefs OKW*, Gotinga, 1961, p. 179. <<

[283] Testimonio inédito. <<

[284] Testimonio inédito. <<

[285] Testimonio inédito. <<

[286] Testimonio inédito. <<

[287] Entrevista en *The Nazis: A Warning from History*, episodio 3, «The Wrong War», de la BBC. <<

[288] Domarus, vol. II, p. 1050. <<

[289] *Ibid*, p. 1057. <<

[290] Von Papen, *Memoirs*, p. 438. <<

[291] Rees, *Nazis: A Warning from History*, p. 100. <<

[292] Reynolds, *Treason Was No Crime*, p. 144. <<

[293] Albert Speer, *Inside the Third Reich*, p. 100. <<

[294] Comentario de Albert Speer, según su hermano Hermann, citado en Michael Thad Allen, *The Business of Genocide-the SS, Slave Labor, and the Concentration Camps*, University of North Carolina Press, 2002, p. 59. <<

[295] M. J. Drake, I. W. Mills y D. Cranston, «The chequered history of vasec tomy», *British Journal of Urology*, pp. 475-481, septiembre de 1999. <<

[296] Testimonio inédito. <<

[297] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[298] Véase Ernst Klee, «Euthanasie» *im NS-Staat: Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, Frankfurt/M., S. Fischer, 1983, p. 86. <<

[299] Hitler, *Mein Kampf*, p. 688. <<

[300] Robert Jay Lifton en su estudio clásico, *The Nazi Doctors*, Basic Books, 2000, confirma que la «gran mayoría» de los médicos a los que entrevistó «aprobaban las leyes de esterilización por aquella época», p. 29. <<

[301] *Völkischer Beobachter*, 2 de agosto de 1929. <<

[302] Karl Binding y Alfred Hoche, *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens. Ihr Maß und ihre Form*, Leipzig, 1920, p. 56f. <<

[303] Testimonio inédito. <<

[304] Véase, por ejemplo, Rudolf Ramm, *Aerztliche Rechtsund Standeskunde: Der Arzt als Gesundheitserzieher*, Berlín: W de Gruyter, 1943, pp. 79-80. <<

[305] Welch, *Propaganda*, p. 123. <<

[306] Véase E. Klee, (ed.), *Dokumente zur «Euthansie»*, Frankfurt, 1985, p. 63. <<

[307] Testimonio inédito. <<

[308] Karl Brandt, el médico de Hitler, oyó el comentario y lo recordaba en su declaración durante el juicio a médicos de Núremberg, celebrado en 1947. Véase *USMT Nuremberg, Case I (Medical Case). Transcript of Proceedings*, p. 2482. <<

[309] *Völkischer Beobachter*, 2 de agosto de 1929. <<

[310] Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, pp. 527-591. <<

[311] *Rede Hitlers vor Kreisleitern auf der Ordensburg Vogelsang am 29. April 1937*, en Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick (eds.), *Es spricht der Führer. 7 exemplarische Hitler-Reden*, Gütersloh, 1966, pp. 123-177. <<

[312] Cita de Reinhard Spitzy, *Rees, Nazis: A Warning from History*, p. 94. <<

[313] *Ibid*, pp. 100-101. <<

[314] Ronnie S. Landau, *The Nazi Holocaust*, Londres, I. B. Tauris, 2006, pp. 137-140. Incluido en *The New York Times*, 27 de marzo de 1938, p. 25. <<

[315] *Manchester Guardian*, 23 de mayo de 1936. <<

[316] Golda Meir, *My Life*, Weidenfeld and Nicolson, 1975, p. 127. <<

[317] *Völkischer Beobachter*, 13 de julio de 1938. <<

[318] Discurso de Hitler el 12 de septiembre de 1938, Domarus, vol. 2, p. 1153. <<

[319] Entrevista para WW2History.com. <<

[320] Testimonio inédito. <<

[321] Testimonio inédito. <<

[322] «Dieses Pack ists chlimmer!», *Das Schwarze Korps, Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP*, Organ der Reichsführung SS, Berlín, 17 de noviembre de 1938, n.º 46, vol. 4, primera página. <<

[323] «Damit wir uns recht verstehen», *Das Schwarze Korps, Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP*, Organ der Reichsführung SS, Berlín, 1 de diciembre de 1938, n.º 48, vol. 4, p. 2. <<

[324] «Juden, was nun?», *Das Schwarze Korps. Zeitung der Schut staffeln der NSDAP*, Organ der Reichsführung SS, Berlín, 24 de noviembre de 1938, n.º 47, vol. 4, primera página. <<

[325] William L. Shirer, *Berlin Diary 1934-1939*, The John Hopkins University Press, 2002, entrada del 31 de agosto de 1939, p. 191. <<

[326] BArch RW 19/41, p. 56, Wehrwirtschaftsinspektion [Inspección Económica Militar] VII (Múnich), Wirtschaftsbericht [informe económico], agosto de 1938, 9. 9. 1938. <<

[327] BArch RW 19/41, p. 35, Wehrwirtschaftsinspektion [Inspección Económica Militar] VII (Múnich), Wirtschaftsbericht [informe económico], octubre de 1938, 18. 11. 1938. <<

[328] Leonidas E. Hill, *Die Weizsäcker Papiere* 1933-1950, Frankfurt/Berlín/Viena, 1974, p. 142. <<

[329] Douglass, Frederick, discurso pronunciado en Canandaigua (Nueva York), 3 agosto de 1857. El texto completo en John W. Blassingame (ed.), *The Frederick Douglass Papers*, vol. 3: *1855-1863*, Yale University Press, 1979, p. 204. <<

[330] Testimonio inédito. <<

[331] F. Wiedemann, *Der Mann der Feldherr werden wollte*, Kettwig, 1964, pp. 127128. <<

[332] *Ibid.* <<

[333] Klaus-Jürgen Müller, *General Ludwig Beck. Studien und Dokumente zur politisch-militärischen Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933-1938*, Boppard am Rhein, 1980, pp. 502-512. Original en: BArch N 28/4. <<

[334] Müller, *General Ludwig Beck*, pp. 521 y ss. Original en: BArch (Friburgo), N 28/3. <<

[335] Reynolds, *Treason Was No Crime*, pp. 119-120. <<

[336] Notas para una presentación por parte del jefe del Estado Mayor del ejército, 19 de julio de 1938, con sugerencias adicionales del 16 de julio 1938, citadas en Müller, *General Ludwig Beck. Studien und Dokumente zur politisch-militärischen Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933 - 1938*, Boppard am Rhein, 1980, pp. 554-556. Original en: BArch N 28/4. <<

[337] Testimonio inédito. <<

[338] Citado en Müller, *General Ludwig Beck*, pp. 521-528. Original en: BArch N 28/3. <<

[339] Discurso del 6 de noviembre de 1933, citado en William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Crest, 1962, p. 343. <<

[340] Edgar Röhricht, *Pflicht und Gewissen. Erinnerungen eines deutschen Generals 1932 bis 1944*, Stuttgart, 1965, pp. 119 y ss. <<

[341] Citado en Müller, *General Ludwig Beck*, pp. 542-550. <<

[342] Citado en Müller, *General Ludwig Beck*, pp. 554-556. Original en: BArch N 28/4. <<

[343] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[344] BArchN19/6, Nachlass von Weichs, Erinnerungen, Bd. 2: Weimar und NürnbergAnschluß Österreichs, Besetzung Sudetenland und Böhmen-Mähren - 1. Teil, 1937-1939 (legado de Von Weichs, memorias, vol. 2: Weimar y Núremberg: la anexión de Austria, la ocupación de los Sudetes y Bohemia y Moravia: parte 1 [manuscrito], 1937-1939). <<

[345] *Sir* Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Penguin, 2001, p. 103. <<

[346] Fritz Redl, «Group Emotion and Leadership», *Psychiatry*, 1942, vol. V, pp. 573596. <<

[347] Testimonio de *sir* Frank Roberts en el capítulo 3 de la serie de la BBC *The Nazis: A Warning from History*, 1997. <<

[348] Discurso de Hitler el 12 de septiembre de 1938, Domarus, vol. II, p. 1153. <<

[349] Reunión del 30 de agosto de 1938, documentos de la oficina del gabinete (Archivo Nacional, Kew), CAB 23/94. <<

[350] David Reynolds, *Summits: Six Meetings that shaped the Twentieth Century*, Allen Lane, 2007, p. 37. <<

[351] Carta de Chamberlain a su hermana Ida, 19 de septiembre de 1938. Véase Reynolds, *Summits*, p. 55. <<

[352] John Julius Norwich (ed.), *The Duff Cooper Diaries*, Phoenix, 2006, entrada del 17 de septiembre de 1938, p. 260. <<

[353] Ivone Kirkpatrick, *The Inner Circle*, Macmillan, 1959, pp. 94-97. <<

[354] Lloyd George, artículo publicado en *Daily Express*, 17 de septiembre de 1936. <<

[355] *The Duff Cooper Diaries*, entrada del 17 de septiembre de 1938, p. 260. <<

[356] David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan* (1938-1945), Cassel, 1971. Entrada del sábado 24 de septiembre de 1938, p. 103. <<

[357] Reynolds, *Summits*, p. 60. <<

[358] Tal como se le dijo a Birger Dahlerus, agosto de 1939. Birger Dahlerus, *The Last Attempt*, Hutchinson, 1947, p. 73. <<

[359] Reynolds, *Summits*, p. 107. <<

[360] *Ibid*, p. 111. <<

[361] Testimonio inédito. <<

[362] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[363] Diario de Goebbels, entrada del 29 de septiembre de 1938. <<

[364] Cita del diario de Weizsäcker del 9 de septiembre de 1938, Leonidas E. Hill, *Die Weizsäcker Papiere 1933-1950*, Frankfurt/Berlín/Viena, 1974, p. 145. <<

[365] Por ejemplo, Gerd Überschär, *Generaloberst Franz Halder*, Gotinga, 1991; Ian Kershaw, *Nemesis*; Reynolds, *Summits*. <<

[366] Ben Pimlott (ed.), *The Second World War Diaries of Hugh Dalton 1940-1945*, Jonathan Cape, 1986, anotación del 23 de febrero 1945, p. 836. <<

[367] Laurence Rees, *World War Two. Behind Closed Doors: Stalin the Nazis and the West*, BBC Books, 2008, pp. 345-411. <<

[368] Besprechung bei Generalfeldmarschall Göring am 14.10.38, 10:00, im Reichsluftfahrtministerium, Dokument 1301-PS, en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 noviembre 1945-1 octubre 1946, vol. XXVII, Núrenberg, 1948, pp. 160-164. <<

[369] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[370] Tooze, *Wages*, p. 294. <<

[371] Kershaw, *Nemesis*, p. 161. <<

[372] Besprechung bei Generalfeldmarschall Göring am 14.10.38, 10:00, im Reichsluftfahrtministerium, Documento 1301-PS, en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Núremberg*, 1 noviembre 1945-1 octubre 1946, vol. XXVII, Nürnberg, 1948, pp. 160-164. <<

[373] Domarus, Vol. II, p. 1223. <<

[374] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[375] Testimonio inédito. <<

[376] «Rede Hitlers vor der deutsche Presse» (10 de noviembre de 1938), *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 6 (1958), n.º 2, pp. 175-191. <<

[377] Visita a Beck del 16 de noviembre de 1938. Transcripción de la declaración jurada de Holtzmann con fecha del 19 de abril de 1946; documento adjunto a una carta de Robert Holtzman a Ricarda Huch, 8 de junio de 1946, Institut für Zeitgeschichte (IfZ) Múnich, ZS/A-26a/1, pp. 13 y ss. <<

[378] Palabras pronunciadas por Chamberlain en la puerta de Downing Street el 30 de septiembre de 1938. <<

[379] CAB 27/624 32nd, 14 de noviembre de 1938. <<

[380] Peake Papers, 19 de febrero de 1957, citados en Andrew Roberts, *The Holy Fox, The Life of Lord Halifax*, Phoenix, 1997, p. 128. <<

[381] *Ibid*, p. 128. <<

[382] Véase pp. 129-130. <<

[383] Domarus, vol. III, p. 1449. <<

[384] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 109. <<

[385] Testimonio inédito. <<

[386] Véase p. 122-123. <<

[387] Decreto confidencial del comandante supremo del ejército, el general Von Brauchitsch, sobre la educación de los cuerpos de oficiales, 18 de diciembre de 1938. Citado en: Klaus-Jürgen Müller, *Armee und Drittes Reich 1933-1939. Darstellung und Dokumentation*, en colaboración con Ernst Willi Hansen, Paderborn, 1987, pp. 180-182. Y: *Offiziere im Bild von Dokumenten aus drei Jahrhunderten*, Militärgeschichtliches Forschungsamt, Stuttgart, 1964. El original se encuentra en: Militärgeschichtliches Forschungsamt (MGFA), H 7/30, Sammelheft zu Oberkommando des Heeres Nr. 300/40g PA (2) Ia vom 25.10.1940. <<

[388] Entrada del diario de Jodl el 13 de septiembre de 1938. «Aus den Tagebüchern des Chefs der Abteilung Landesverteidigung, dann Wehrmachtsführungsamt im OKW, Oberst d. G. Jodl», mencionado en Jacobsen and Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*. El diario de Jodl también se ha reproducido en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 noviembre 1945-1 octubre 1946, vol. XXVIII, Núremberg, 1948, Documento 1780-PS, pp. 345393. El original se encuentra en: BArch N 69 (legado de Jodl). <<

[389] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 172. <<

[390] Testimonio del capítulo 3 de la serie de la BBC *The Nazis: A Warning from History*. <<

[391] Diario de Cadogan, entrada del 20 de marzo de 1938, p. 161. <<

[392] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 239. <<

[393] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[394] Discurso del *Führer* a los comandantes en jefe el 22 de agosto de 1939, *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945* (ADAP), aus dem Archiv des Deutschen Auswärtigen Amts, Serie D, 1937-1945, vol. VII, Gotinga u. a., 1953, pp. 167-170, pp. 171-172. <<

[395] Kershaw, *Nemesis*, p. 120. <<

[396] Domarus, vol. III, p. 1459. <<

[397] Reunión del 23 de mayo de 1939, en *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945* (ADAP), aus dem Archiv des Deutschen Auswärtigen Amts, Serie D, 1937-1945, vol. VI, Gotinga u. a., 1956, pp. 477-483. Este documento forma parte de las pruebas de los juicios de Núremberg, documento 79-L, véase *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 noviembre 1945-1 octubre 1946, vol. XXXVII, Núremberg, 1946. <<

[398] Diario de Cadogan, anotación del 30 de agosto de 1939, p. 205. <<

[399] Dahlerus, *The Last Attempt*, p. 60. <<

[400] *Ibid*, p. 62. <<

[401] *Ibid*, p. 70. <<

[402] Testimonio inédito. <<

[403] Kershaw, *Nemesis*, p. 92. <<

[404] Rees, *Their Darkest Hour*, p. 210. <<

[405] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 235. <<

[406] Henderson, *Failure of a Mission*, p. 39. <<

[407] *Ibid*, p. 73. <<

[408] 20 de diciembre de 1938, diario de Ulrich von Hassell. Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher. Aufzeichnungen vom Andern Deutschland*. A partir de la edición revisada y ampliada del manuscrito, con la colaboración de Klaus Peter Reiß, ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, Siedler Verlag, Berlín, 1988, pp. 67-72. <<

[409] Testimonio inédito. <<

[410] Testimonio inédito. <<

[411] De hecho, incluso si se simulan hoy en día las batallas por ordenador, los Aliados siempre ganan. Véase Ernest R. May, *Strange Victory, Hitler's conquest of France*, I. B. Tauris, 2000, p. 6. <<

[412] Carta memorándum de la acusación, crímenes contra la paz: cargos del uno al cuatro; planificar, preparar, iniciar y librar guerras de agresión e invasiones, el plan común o la conspiración, 26 de agosto de 1948, registros de los interrogatorios por parte de Estados Unidos durante los juicios por crímenes de guerra de Núremberg, 1946-1949. 898, rollo 58, 30. <<

[413] Testimonio inédito. <<

[414] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[415] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 114. <<

[416] Martin Kitchen, *The Third Reich, Charisma and Community*, Longman, 2008, p. 306. <<

[417] *Ibid*, p. 307. <<

[418] Kershaw, *Nemesis*, p. 245. <<

[419] Decreto del ObdH [comandante en jefe del ejército], el coronel general Von Brauchitsch, para los oficiales del ejército, Berlín, 25 de octubre de 1939, BArch N 104/3. Citado en: Helmuth Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938 - 1940. Mit weiteren Dokumenten zur Militäropposition gegen Hitler*, ed. por Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch con la colaboración de Hildegard von Kotze, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1970, p. 386. <<

[420] Richard Hargreaves, *Blitzkrieg Unleashed*, Stackpole Books (Estados Unidos), 2010, p. 158. <<

[421] Richard Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, Hippocrene Books, Nueva York, y Leo Cooper Books, Londres, 1997, p. 143. <<

[422] Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobson (eds.), *The Halder War Diary 1939 - 1942*, Greenhill Books, 1988, entrada del 19 de septiembre de 1939, p. 57. <<

[423] Bogdan Musial, *Deutsche Zivilverwaltung und Judenverfolgung im Generalgouvernement*, Wiesbaden, 1999, p. 106; esta cifra también se menciona en Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, p. 35. <<

[424] *Halder War Diary*, entrada del 18 de octubre 1939, p. 73. <<

[425] Diario de Goebbels, entrada del 2 de noviembre de 1939, citado en Giziowski, *Enigma*, p. 162. <<

[426] Carta del 21 de noviembre de 1939. «Ausgewählte Briefe von Generalmajor Helmuth Stieff (ejecutado el 8 de agosto de 1944)», en: *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte (VfZ)*, vol. 2, 1954, n.º 3, pp. 291-305. Algunas secciones de la carta (pero no todos estos fragmentos, que están extraídos del original en alemán) se encuentran también en inglés en Giziowski, *Enigma*, p. 164. <<

[427] *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, ed. y comentado por Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, pp. 67 y ss. Hay una copia del diario en el Institut für Zeitgeschichte (IfZ) de Múnich, ED 53. <<

[428] *Halder War Diary*, entrada del 27 de septiembre de 1939. <<

[429] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[430] *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht* (Wehrmachtführungsstab), vol. I: 1 de agosto de 1940-31 de diciembre de 1941, escrito por Helmuth Greiner, Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen, Frankfurt, 1965, p. 950. <<

[431] May, *Strange Victory*, p. 287. <<

[432] *Halder War Diary*, entrada del 14 de octubre 1939, p. 72. <<

[433] *Ibid.* <<

[434] *Ibid*, entrada del 3 de noviembre de 1939, p. 76. <<

[435] Institut für Zeitgeschichte (IfZ) de Múnich, ZS 603 (de Dohnanyi), *Protokoll der Besprechung mit Frau von Dohnanyi am 1.12.52*, pp. 14 y ss. <<

[436] Kershaw, *Hubris*, pp. 269-270. <<

[437] Testimonio inédito. <<

[438] «Bericht zur innenpolitischen Lage (Nr. 15)», 13 de noviembre de 1939, en: *Meldungen aus dem Reich 1938-1945. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS.* Ed. y con prólogo de Heinz Boberach. Vol. 3, Herrsching, 1984, pp. 449-456. <<

[439] «Meldungen aus dem Reich (Nr. 28)» 13 de diciembre de 1939, en: *Meldungen aus dem Reich 1938-1945. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*. Ed. y con prólogo de Heinz Boberach. Vol. 3, Herrsching, 1984, pp. 563-573. <<

[440] Georg Mayer (ed.), mariscal de campo Wilhelm Ritter von Leeb, entrada del 9 de octubre de 1939, *Tagebuchaufzeichnungen und Lagebeurteilungen aus zwei Weltkriegen*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1976, pp. 187-188. <<

[441] Carta de Wilhelm Ritter von Leeb a Franz Halder del 19 de diciembre 1939, borrador mecanografiado; en la original hay una nota escrita a mano: «enviar por mensajero el 20 de diciembre de 1939. Becker, comandante». De *Tagebuchaufzeichnungen und Lagebeurteilungen aus zwei Weltkriegen*, Stuttgart, 1976, pp. 473-474. Hay una copia en papel de calco del borrador manuscrito en el legado de Von Leeb en el principal archivo estatal bávaro, BayHStA, Abt. IV Kriegsarchiv, Nachlass Wilhelm Ritter von Leeb. <<

[442] Helmuth Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938-1940*. Junto a otros documentos sobre la oposición militar en contra de Hitler, ed. por Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch con la colaboración de Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1970, p. 222. <<

[443] Carta escrita por Walther Nehring, un general de las tropas blindadas, a Geyr von Schweppenburg el 26 de octubre de 1967 sobre si su regimiento blindado [de Nehring] habría actuado contra Hitler. El documento se encuentra en el Institut für Zeitgeschichte (IfZ), Múnich, ED 91/16. <<

[444] Discurso de Hitler del 23 de noviembre de 1939, Domarus, vol. III, p. 1887. <<

[445] Hugh Trevor-Roper, «The Mind of Adolf Hitler», en *Hitler's Table Talk*, Phoenix Press, 2002, p. XXXVII. <<

[446] *Halder War Diary*, 23 de noviembre, p. 80. <<

[447] Del testimonio de Brauchitsch en Núremberg, IMT vol. XX, p. 628. <<

[448] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[449] *Halder War Diary*, 14 de agosto de 1939, p. 20. <<

[450] *Hitler's Table Talk*, 17 de septiembre de 1941, p. 32. <<

[451] Klaus Gerbet (ed.), *Generalfeldmarschall Fedor von Bock. Zwischen Pflicht und Verweigerung. Das Kriegstagebuch*, Herbig Verlag, Múnich/Berlín, 1995, pp. 67 y ss. <<

[452] El general Edouard Requin fue testigo de este comentario de Gamelin, citado en Claude Paillat, *Désastre*, *Les Dossiers secrets de la France contemporaine*, vol. 4, parte 2, Laffont, 1985, p. 185. <<

[453] *Halder War Diary*, entrada del 17 de marzo de 1940, p. 106. <<

[454] *Ibid*, p. 99. <<

[455] *Ibid*, p. 103. <<

[456] General Andrew Beaufre, *Le Drame de 1940*, traducido al inglés como *The Fall of France*, Cassell, 1965, p. 180. <<

[457] May, *Strange Victory*, p. 413. <<

[458] Winston Churchill, *Their Finest Hour, The Second World War*, vol II, Penguin Books, 2005, p. 38. <<

[459] Paul-Émile Caton, *Une Guerre perdu en 4 Jours*, L'Amitié par le Livre, 1969. <<

[460] Publicado inicialmente en B. H. Liddell-Hart (ed.), *The Rommel Papers*, Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1953. [www.eyewitnesstohistory.com, «Blitzkrieg, 1940»]. <<

[461] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[462] Erich von Manstein, *Lost Victories*, Presidio Press, 1982, p. 383. (Estas memorias se deben leer con sumo cuidado; parecen haberse escrito en gran medida para absolver a Manstein de su merecida culpa por sus acciones en el este, y una investigación realizada posteriormente por expertos revela que no es fiable con respecto a la campaña del este en general y a las propias acciones de Manstein en particular). <<

[463] *Hitler's Table Talk*, 16 de agosto de 1942, p. 635. <<

[464] Entrevista con Edward Oates en la sección de testimonios de WW2History.com. <<

[465] Véase p. 63. <<

[466] Kershaw, *Nemesis*, p. 289, Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964, pp. 76, 79-80. <<

[467] *Halder War Diary*, 17 de mayo de 1940, p. 149. <<

[468] *Ibid*, 18 de mayo de 1940, pp. 150-151. <<

[469] *Halder War Diary*, 6 de junio de 1940, p. 182. <<

[470] *Hitler's Table Talk*, 17 de septiembre de 1941, p. 31. <<

[471] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[472] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[473] Tooze, *Wages*, p. 370. <<

[474] Visita de Hitler a París, 23 de junio de 1940, descrita en: Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 248-249. <<

[475] *Halder War Diary*, 22 de julio de 1940, p. 230. <<

[476] Discurso de Hitler, 19 de julio de 1940, Domarus, vol. III, p. 2062. <<

[477] Actas del Gabinete de Guerra del 27 de mayo de 1940, cabinas de la oficina de registro público 65/13 y 66/7. <<

[478] Reunión celebrada el 11 de julio de 1940 en Berghof. <<

[479] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[480] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[481] *Halder War Diary*, 22 de julio de 1940, p. 230. <<

[482] Testimonio inédito. <<

[483] *Halder War Diary*, 13 de julio de 1940, p. 227. <<

[484] Lord Halifax, emisión de BBC Radio, 22 de julio de 1940. <<

[485] Winston Churchill, emisión de BBC Radio, 31 de marzo de 1940. <<

[486] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[487] Alun Chalfont, *Montgomery of Alamein*, Weidenfeld and Nicolson, 1976, p. 318. <<

[488] Halder, *Spruchkammeraussage*, 20 de septiembre de 1948, Institut für Zeitgeschichte (IfZ), Múnich, ZS 240/6, p. 446. <<

[489] *Halder War Diary*, 3 de julio de 1940 en conversación con Hans von Greiffenberg, p. 220. <<

[490] Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I,* University of Cambridge Press, 2004, p. 249. <<

[491] *Halder War Diary*, 31 de julio de 1940, pp. 241-246. <<

[492] Diario de Goebbels, entrada del 10 de julio de 1937. <<

[493] Testimonio inédito. <<

[494] Discurso de Hitler en el mitin del partido celebrado en Núremberg el 13 de septiembre de 1937. <<

[495] Testimonio inédito. <<

[496] Winston Churchill, emisión de BBC Radio, 31 de marzo de 1940. <<

[497] Warren F. Kimball, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. I, William Collins, 1984, WSC a FDR, 20 de mayo de 1940, C-11x, p. 40. <<

[498] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[499] Tooze, *Wages*, p. 405. <<

[500] *Ibid*, p. 399. <<

[501] *Halder War Diary*, 31 de julio de 1940, pp. 241-246. <<

[502] Ian Kershaw, *The Hitler Myth*, p. 157, de «Meldungen aus dem Reich (Nr. 141)», 14 de noviembre de 1940, en Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich 1938-1945. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*, vol. 5, Herrsching, 1984, pp. 1762-1774. <<

[503] «Meldungen aus dem Reich (Nr. 107)», 22 de julio de 1940, en Heinz Boberach (ed.): *Meldungen aus dem Reich 1938-1945*, pp. 1402-1412. <<

[504] Testimonio inédito de Maria Mauth. <<

[505] Liulevicius, *War Land*, p. 278. <<

[506] *Ibid.* <<

[507] BArch RM 41/40. <<

[508] Reunión con Stalin, el 9 de agosto de 1944, con la delegación polaca, celebrada en el Kremlin, Moscú. *Documents of Polish-Soviet relations 1939-1945*, vol. 2, 1943-1945, General Sikorski Historical Institute, p. 334, doc. 189. <<

[509] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[510] Declaración secreta del Dr. Goebbels a representantes invitados de la prensa alemana, 5 de abril de 1940, en Hans-Adolf Jacobsen, *Der zweite Weltkrieg. Grundzüge der Politik und Strategie in Dokumenten*, Fischer Bücherei, Frankfurt/Hamburgo, 1965, pp. 180-181. <<

[511] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 112. <<

[512] Heinrich Himmler: discurso a los *Gauleiter* y otros representantes del partido, 29 de febrero de 1940, citado en Bradley F. Smith y Agnes F. Petersen (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Frankfurt, Berlín, Viena, Propyläen Verlag, 1974, pp. 115-144. <<

[513] Diario de Goebbels, entrada del 24 de enero de 1940. <<

[514] Peter Longerich, *Heinrich Himmler, Biographie*, Múnich, 2010, pp. 86, 797. <<

[515] Heinrich Himmler, «Some thoughts on the treatment of the alien population in the East», 15 de mayo de 1940, en Wolfgang Michalka (ed.), *Das Dritte Reich. Dokumente zur Innenund Außenpolitik*, vol. 2: *Weltmachtsanspruch und nationaler Zusammenbruch 1939-1945*, Múnich, 1985, pp. 163-166. <<

[516] Entrevista con el autor, citada en Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 133. <<

[517] Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz*, Londres, Phoenix Press, 2000, p. 390 e interrogatorio de Höss por Jan Sehn, Cracovia, 7-8 de noviembre de 1946, Instytut Pamieci Narodowej, Varsovia NTN 103. <<

[518] Carta urgente del jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, R. Heydrich, a los comandantes de las fuerzas policiales de seguridad en relación con los pasos consecutivos y los métodos de la «Solución final de la cuestión judía», 21 de septiembre de 1939. La carta es un documento de Núremberg (Doc. 3363-PS) y está reproducida en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 de noviembre de 1945-1 de octubre de 1946, vol. XXXII, Núremberg, 1948. <<

[519] Noakes y Pridham, vol. III, p. 1053. <<

[520] Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Londres, William Heinemann, 2004, pp. 36-43. <<

[521] Götz Aly y Susanne Heim, *Architects of Annihilation*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2002, p. 21. <<

[522] Testimonio inédito. <<

[523] Diario de Stanislav Rozycki, en Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 158. <<

[524] Fragmentos del discurso del gobernador general Hans Frank en una reunión de líderes de distrito y comisarios municipales del distrito de Radom en relación con el plan de concentrar a la población polaca y judía en el Gobierno General, 25 de noviembre de 1939. *Faschismus-Getto-Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkrieges*, ed. por el Instituto de Historia Judía de Varsovia; selección, edición y prólogo de Tatiana Berenstein y otros; Rütten & Löning; Berlín; 1960; p. 46. El original se encuentra en el archivo del Instituto de Historia Judía de Varsovia (Zydowski Instytut Historyczny), Varia I, Nr. 33. <<

[525] Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, University of California, 1974, p. XIX. <<

[526] Para consultar un debate completo sobre las ideas de Paul de Lagarde, véase Stern, *Politics of Cultural Despair*, capítulo 1, pp. 3-83. <<

[527] Kershaw, *Nemesis*, p. 321. <<

[528] Diario de Goebbels, entrada del 17 de agosto de 1940. <<

[529] Testimonio inédito. <<

[530] Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 82. <<

[531] Aly y Heim, *Architects of Annihilation*, p. 58. <<

[532] Service, *Stalin*, p. 312. <<

[533] Aly y Heim, *Architects*, p. 118. <<

[534] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[535] *Halder War Diary*, entrada del 30 de marzo de 1941, p. 346. <<

[536] Testimonio inédito de Bernhard Bechler, ADC (oficial de bajo rango) al general Eugen Müller (general de «Obligaciones especiales») entre otoño de 1940 y primavera de 1942. <<

[537] Alex J. Kay, «Germany's Staatssekretäre, Mass Starvation and the Meeting of 2 May 1941», *Journal of Contemporary History*, vol. 41 (4), p. 685. Véase también Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschaftsund Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 2000. <<

[538] Kay, p. 689. <<

[539] *Rosenberg diary*, 1 y 6 de mayo de 1941, publicado en el *Frankfurter Rundschau*, n.º 140, 22 de junio de 1971, citado en Kay, *JCH*, p. 692. <<

[540] Una idea presentada en Mark Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting, Wannsee and the Final Solution*, Allen Lane, 2002, p. 57, así como en Kay, *JCH*, p. 688. <<

[541] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[542] Diario de Goebbels, entrada del 16 de junio de 1941. <<

[543] El Ejército Rojo volvió a conquistar la ciudad en febrero de 1943, pero los alemanes la recuperaron en marzo. <<

[544] Testimonio inédito. <<

[545] Testimonio inédito. <<

[546] Laurence Rees, *War of the Century*, BBC Books, 1999, p. 99. <<

[547] Testimonio inédito. <<

[548] Diario oficial de Frank, 25 de marzo de 1941 [Cracovia, reunión del gabinete y debate]. Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, Deutsche VerlagsAnstalt, 1975, pp. 335-338. <<

[549] Peter Longerich, *The Unwritten Order*, Stroud, Tempus, 2001, pp. 57-62. <<

[550] *Ibid*, p. 63. <<

[551] Instrucción fechada el 12 de julio de 1941, citada en H. Buchheim, M. Broszat, H. Krausnick, H-A. Jacobsen, *Anatomy of the SS State*, Londres, Collins, 1968, p. 62. <<

[552] Barry A. Leach, *German Strategy Against Russia 1939-1941*, Oxford University Press, 1973, pp. 140-145. <<

[553] Proclama de Hitler del 22 de junio de 1941, Domarus, vol. IV, p. 2451. <<

[554] Discurso de Churchill, 22 de junio de 1941. <<

[555] Proclama de Hitler a los soldados del frente oriental, 3 de octubre de 1941, Domarus, vol. IV, p. 2491. <<

[556] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[557] Citado en *The New York Times*, 24 de junio de 1941, p. 7. <<

[558] Palabras del teniente general Henry Powell, segundo del general *Sir* Alan Brooke, jefe del Estado Mayor de defensa imperial, citado en Joan Beaumont, *Comrades in Arms: British Aid to Russia, 1941-1945*, Londres, Davis-Poynter, 1980, p. 26. <<

[559] Testimonio inédito. <<

[560] Testimonio inédito. <<

[561] Testimonio inédito. <<

[562] *Halder War Diary*, 3 de julio de 1941, p. 446. <<

[563] El jefe del Estado Mayor de la Oficina de Economía Bélica y Armamento con respecto al programa de armamento de las fuerzas aéreas, 26 de junio de 1941, BArch RW 19/559, pp. 43-46 (Der Chef des Stabes des Wehrwirtschaftsund Rüstungsamts betr. Rüstungsprogramm der Luftwaffe, 26. 6. 1941). También citado en: Georg Thomas, *Geschichte der deutschen Wehrund Rüstungswirtschaft (1918-1943/45*), Harald Boldt Verlag, Boppard am Rhein, 1966, pp. 448-451. <<

[564] *Halder War Diary*, 11 de agosto de 1941, p. 506. <<

[565] Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945. Die Entfesselung der Gewalt: Rassismus und Krieg*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1996, pp. 360 y ss. La referencia original es una tabla del registro de guerra de Halder, *Generaloberst Halder. Kriegstagebuch*, vol. III: *Der Rußlandfeldzug bis zum Marsch auf Stalingrad (22. 6. 1941-24. 9. 1942)*, ed. por Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1964, pp. 199, 213. <<

[566] Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, 1939-1941, Presido, 1964, p. 189. <<

[567] *Halder War Diary*, 22 de agosto de 1941, p. 514. <<

[568] Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Penguin, 2009, p. 200. <<

[569] Entrada del 19 de agosto del 1941, en: Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*. Por encargo del Instituto de Historia Contemporánea y con la colaboración del Servicio de Archivo Estatal de Rusia, ed. por Elke Fröhlich. Parte II: *Diktate 1941-1945*. Vol. 1: *Julio-Septiembre 1941*, Múnich [entre otras ciudades], 1996, pp. 255-272. <<

[570] *Hitler's Table Talk*, 19-20 de agosto de 1941, p. 28. <<

[571] *Ibid*, 23 de septiembre de 1941, p. 38. <<

[572] Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, Karl Rauch Verlag, 1968, pp. 108-112. <<

[573] *Hitler's Table Talk*, noche del 27 de enero de 1942, p. 257. <<

[574] *Hitler's Table Talk*, noche del 25 al 26 de septiembre de 1941. <<

[575] Comunicado de la oficina naval al Grupo del Ejército del Norte, véase Domarus, vol. IV, p. 2483. <<

[576] Domarus, vol. III, p. 2491. <<

[577] *Ibid*, p. 2497. <<

[578] Capítulo 1, *War of the Century*, escrito y producido por Laurence Rees, BBC2, 1999. <<

[579] Weber, *Essays*, p. 248. <<

[580] *Halder War Diary*, pp. 529-530. <<

[581] *Table Talk*, 17 de octubre, p. 69. <<

[582] *Ibid*, 17/18 de octubre, p. 71. <<

[583] *Ibid*, 25 de octubre, p. 87. <<

[584] *Ibid*, 10 de octubre, p. 51. <<

[585] *Ibid*, 19 de octubre, p. 74. <<

[586] *Ibid*, 25 de octubre, p. 90. <<

[587] Hugh Trevor-Roper, «The Mind of Adolf Hitler», en *Table Talk*, p. XXXIX. <<

[588] *Table Talk*, 13/14 de octubre, p. 58. <<

[589] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[590] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[591] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[592] Testimonio inédito. <<

[593] Diario de guerra, oficina de Economía Bélica y Armamento/Estado Mayor de la Wehrmacht, 13 de octubre de 1941. BArch RW 19/165, pp. 274/554. <<

[594] Kershaw, *Nemesis*, pp. 440-441. <<

[595] *Halder War Diary*, 10 de noviembre de 1941, p. 555. <<

[596] Guderian, *Panzer Leader*, p. 264. <<

[597] *Ibid*, pp. 265-266. <<

[598] Directiva de Hitler al Grupo de los Ejércitos del Centro, 12 de diciembre de 1941 («Weisung Hitlers für die Heeresgruppe Mitte, 20. 12. 1941») citado en: Wolfgang Michalka (ed.), *Das Dritte Reich. Dokumente zur Innenund Außenpolitik*, vol. 2: *Weltmachtsanspruch und nationaler Zusammenbruch 1939-1945*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 1985, pp. 66-67. El original se encuentra en el Institut für Zeitgeschichte (IfZ) de Múnich, Dok. NOKW-539. <<

[599] Una idea presentada por Ribbentrop en su reunión con el encargado de negocios estadounidense en Berlín el 11 de diciembre de 1941. Véanse los documentos relativos a la política exterior alemana, serie D, vol. XIII, pp. 999-1000. <<

[600] Alexander Mitscherlich y Frederick Mielke (eds.), *Medizin ohne Menschlichkeit Dokumente des Nürnberger Ärzteprozesses*, Frankfurt, Fischer Bücherie, 1960, p. 187. <<

[601] E. Klee, *«Euthanasie» im NS Staat. Die Vernichtung «lebensunwerten Lebens»*, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1983, p. 51. <<

[602] Carta anónima manuscrita proveniente de Ramsau, octubre de 1941, Archivo Estatal de Múnich (StAM), LRA 31933. <<

[603] Carta de Maria Aigner al inspector de colegios, 17 de septiembre 1939, StAM, LRA 48235. <<

[604] *Table Talk*, 14 de octubre de 1941, p. 59. <<

[605] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[606] Longerich, *Unwritten Order*, p. 60. <<

[607] Testimonio inédito. <<

[608] 16 de julio de 1941, comentarios de Hitler, conferencia en la oficina central del *Führer*, en Czeslaw Madajczyk, (ed.), *Generalny Plan Wschodni: Zbiór dokumentów*, Warszawa, Glówna Komisja Badania Zbrodni Hitlerowskich w Polsce, 1990, pp. 61-64. También en los documentos de los juicios de Núremberg: IMT, vol. 38, p. 92 (221-L). <<

[609] Para un análisis detallado del *Generalplan Ost* (en inglés) véase Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 466-476. <<

[610] Diario de Goebbels, 19 de agosto de 1941. <<

[611] Testimonio de Uwe Storjohann, en Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 76. <<

[612] Testimonio de Erna Krantz en Rees, *Darkest Hour*, p. 195. <<

[613] Diario de Goebbels, entrada del 16 de diciembre de 1941. <<

[614] Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, pp. 452-459. <<

[615] Testimonio de Toivi Blatt de una entrevista con el autor. Véase WW2History.com y Rees, *Auschwitz*, pp. 208-210. <<

[616] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[617] Longerich, *Unwritten Order*, p. 109. <<

[618] Diario de Goebbels, entrada del 27 de marzo de 1942. <<

[619] Véase pp. 178-180. <<

[620] Rees, *Auschwitz*, p. 78. <<

[621] David Cesarani, *Eichmann, His Life and Crimes*, Londres, Heinemann, 2004, p. 197. <<

[622] Testimonio de Hans Friedrich, episodio 1, *Auschwitz: the Nazis and the «Final Solution»*, escrito y producido por Laurence Rees, BBC, enero de 2005. <<

[623] Testimonio inédito. <<

[624] Diario de Goebbels, entrada del 20 de marzo de 1942, *The Goebbels Diary*, traducido y editado por Louis P. Lochner, Hamish Hamilton, 1948, p. 92. <<

[625] Winston S. Churchill, *The Grand Alliance, The Second World War*, Vol III, Penguin, 2005, p. 539. <<

[626] Testimonio inédito. <<

[627] Testimonio inédito. <<

[628] Testimonio inédito. <<

[629] Testimonio inédito. <<

[630] Kershaw, *The Hitler Myth*, p. 188. <<

[631] *Ibid*, p. 187. <<

[632] Discurso de Hitler, 26 de abril de 1942, Domarus, vol. IV, p. 2623. <<

[633] *Ibid*, p. 2628. <<

[634] Diario de Goebbels, entrada del 27 de abril de 1942, p. 141. <<

[635] Diario de Goebbels, entrada del 29 de abril de 1942, p. 144. <<

[636] *The Ciano Diaries*, Hugh Gibson (ed.), Simon Publications, 2001, entrada del 29 de abril de 1942, p. 477. <<

[637] *Ibid*, entrada del 30 de abril de 1942, pp. 478-479. <<

[638] *Ibid*, entrada del 30 de abril, p. 478. <<

[639] Véase p. 103. <<

[640] *Halder War Diary*, 23 de julio de 1942, p. 646. <<

[641] Informe taquigrafiado de la reunión del mariscal del Reich Göring con los comisarios del Reich de los territorios ocupados y los mandos militares sobre la situación alimentaria; en la Sala Hermann Göring del Ministerio de la Aviación, el jueves, 6 de agosto de 1942, 16.00. Léon Poliakov y Joseph Wulf, *Das Dritte Reich und seine Diener*, Frankfurt/Berlín/Viena, Ullstein Verlag, 1983, pp. 471 y ss. También en el documento 170-USSR, en: *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg*, 1 de noviembre de 1945-1 de octubre de 1946, vol. XXIX, Núremberg, 1949, pp. 385 y ss. (La traducción al inglés utilizada es la oficial utilizada en los juicios de Núremberg). <<

[642] Tooze, *Wages*, pp. 573-574. <<

[643] Como comandante del Grupo A, Hitler se rendía cuentas a sí mismo en calidad de comandante en jefe del ejército, luego como comandante supremo de las fuerzas armadas, luego como canciller de Alemania y luego como jefe de estado. <<

[644] *Halder War Diary*, 24 de septiembre de 1942, p. 670. <<

[645] Tooze, *Wages*, p. 587. <<

[646] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[647] Testimonio inédito. <<

[648] Discurso de Hitler, 30 de septiembre de 1942, Domarus, vol. IV, p. 2675. <<

[649] Testimonio inédito. <<

[650] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[651] Rees, *The Nazis, A Warning from History*, p. 256. <<

[652] Chris Bellamy, *Absolute War, Soviet Russia in the Second World War*, Macmillan, 2007, p. 533. <<

[653] Testimonio inédito. <<

[654] Rees, *The Nazis: A Warning from History*, p. 276. <<

[655] Conferencia sobre la situación a 1 de febrero de 1943, Helmut Heiber y David M. Glantz (eds.), *Hitler and his Generals, Military Conferences 1942-1945*, Enigma Books, 2004, p. 61. <<

[656] *Ibid*, p. 62. <<

[657] *Ibid*, p. 66. <<

[658] *Ibid*, p. 59. <<

[659] Discurso de Göring en la Sala de los Honores del Ministerio de Aviación del Reich, 30 de enero de 1943, Domarus, vol. IV, pp. 2745-2746. <<

[660] Orden del día al 6.º Ejército, 24 de enero de 1943, Domarus, vol. IV, p. 2743. <<

[661] Testimonio inédito. <<

[662] Testimonio del episodio 6, *Nazis: A Warning from History* de la BBC. <<

[663] Testimonio inédito. <<

[664] Este párrafo y el siguiente son un testimonio inédito. <<

[665] Nicolaus von Below, *At Hitler's Side, The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant 1937-1945*, Frontline Books, 2010, pp. 162-163. <<

[666] Testimonio inédito. <<

[667] Testimonio inédito. <<

[668] Testimonio inédito. <<

[669] Reunión del 6 de octubre en Posen. Heinrich Himmler, *Geheimreden 1933 bis 1945*, Bradley Smith y Agnes F. Peterson (eds.), Frankfurt, Propyläen Verlag, 1974, pp. 169-170. <<

[670] Testimonio inédito. <<

[671] Von Below, *At Hitler's Side*, p. 189. <<

[672] Testimonio del episodio 4, *War of the Century* de la BBC. <<

[673] Michael Balfour, *Withstanding Hitler*, Routledge, 1988, p. 126. <<

[674] Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War against Hitler*, Westview Press, 1994, p. 231. <<

[675] Se utilizó porque era el único licor que se vendía en botellas cuadradas. Véase *Secret War*, p. 233. <<

[676] *Ibid*, p. 231. <<

[677] Testimonio inédito. <<

[678] Schlabrendorff, *Secret War*, p. 269. <<

[679] *Ibid*, pp. 268-269. <<

[680] *Ibid*, pp. 271-272. <<

[681] Kershaw, *Nemesis*, p. 670. <<

[682] Hans Bernd Gisevius, *Valkyrie, An Insider's Account of the Plot to Kill Hitler*, Cambridge, Ma., Da Capo Press, 2009, p. 67. <<

[683] *Ibid*, p. 182. <<

[684] *Ibid*, p. 200. <<

[685] Entrevista con el comandante Otto-Ernst Remer para la serie de ITV *World at War*, publicada en Richard Holmes, *The World At War, the Landmark Oral History*, Ebury Press, 2007, p. 419. <<

[686] Testimonio inédito. <<

[687] Karl Heinrich Peter, *Spiegelbild einer Verschwörung. Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20. Juli 1944. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt*, Seewald, Stuttgart, 1961, pp. 1-10; algunos fragmentos en Kershaw, *Hitler Myth*, pp. 215-216. <<

[688] Guderian, *Panzer Leader*, p. 341. <<

[689] *Ibid*, p. 342. <<

[690] Entrevista con el autor para WW2History.com. <<

[691] Guderian, *Panzer Leader*, p. 340. <<

[692] Según palabras de Ulrich de Maizière. <<

[693] Ian Kershaw, *The End, Hitler's Germany, 1944-1945*, Allen Lane, 2011, pp. 111114. El informe policial del ejército alemán, confeccionado después del ataque soviético, cita veintiséis muertos. <<

[694] Citado en *ibid*, p. 114. <<

[695] Traudl Junge, *Until the Final Hour. Hitler's Last Secretary*, Weidenfeld and Nicolson, 2002, p. 145. <<

[696] Testimonio del episodio 4, *War of the Century* de la BBC. <<

[697] Tooze, *Wages*, p. 639. <<

[698] *Ibid*, p. 653. <<

[699] Diario de Goebbels, entrada del 2 de diciembre de 1944. <<

[700] Von Below, *Hitler's Luftwaffe Adjutant*, p. 223. <<

[701] Manfred Messerschmidt, «Deserteure im Zweiten Weltkrieg», en Wolfgang Wette (ed.), *Deserteure der Wehrmacht*, Essen, 1995, p. 61. <<

[702] Klaus-Dietmar Henke, *Die Amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, Oldenbourg, 1995, pp. 806 y n. 132. <<

[703] Testimonio inédito. <<

[704] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 588. <<

[705] Testimonio del episodio 4, *War of the Century* de la BBC. <<

[706] Informe de la situación a mediodía, 2 de marzo de 1945, Helmut Heiber y David M. Glantz, *Hitler and his Generals*, Enigma Books, 2003, p. 684. <<

[707] Anotación del 2 de marzo de 1945, Joseph Goebbels, Hugh Trevor-Roper (ed.), *Goebbels Diaries*, *The Last Days*, Secker and Warburg, 1978, p. 24. <<

[708] Testimonio de *Bombing Germany*, BBC 2001, escrita y producida por Detlef Siebert; productor ejecutivo, Laurence Rees. <<

[709] *United States Strategic Bombing Survey, Summary Report, (European War)*, 30 de septiembre de 1945, «Some Signposts», p. 23, punto 4. Disponible en Internet tanto en http://www.airforce-magazine.com/MagazineArchive/Pages/2009/October%202009/1009keeper.aspx como en http://www.anesi.com/ussbs02.htm <<

[710] Von Below, *Hitler's Luftwaffe Adjutant*, p. 228. <<

[711] Rudolf Jordan, *Erlebt und erlitten: Weg eines Gauleiters von München bis Moskau*, Leoni am Starnberger See, 1973, pp. 251-258. Citado en Kershaw, *The End*, p. 245. <<

[712] Yehuda Bauer, *American Jewry and the Holocaust: The American Jewish Joint Distribution Committee, 1939-1945*, Detroit, Wayne State University Press, 1981, pp. 429-430. <<

[713] Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Londres, Hutchinson, 1956, p. 286. <<

[714] Prof. *sir* Ian Kershaw, *What is Hitler's place in history?* Charla de la BBC retransmitida en BBC 4, 30 de abril de 2005; productor ejecutivo, Laurence Rees. <<

[715] Testimonio de *Himmler, Hitler, and the End of the Reich*, BBC, 2001, escrita y producida por Detlef Siebert; productor ejecutivo, Laurence Rees. <<

[716] Welch, *Propaganda*, p. 234. <<

[717] Junge, *Last Secretary*, p. 177. <<

[718] Testimonio de *Hitler, Himmler and the end of the Reich* de la BBC. <<

[719] Estados Unidos, Office of United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality, *Nazi Conspiracy and Aggression*, 8 vols. y 2 vols. supl. (Government Printing Office, Washington, 1946-1948), VI, pp. 259-263, n.º de doc. 3569-PS. <<

[720] Junge, *Last Secretary*, p. 181. <<